

The book cover features a collage of various elements. At the top, a red rectangular box contains the text 'PERRY MASON' in bold, black, sans-serif capital letters. Below this, a woman's legs in black high-heeled shoes are positioned diagonally across the center. The background is a textured, light blue and white surface. Several black and white photographs are pasted onto the background: a large portrait of a man's face on the right, a smaller portrait of a man in a suit on the left, and a photograph of a woman in a dress at the bottom center. A newspaper clipping with the word 'GARDENS' is visible on the left. A black rectangular label with white text is placed over the lower part of the woman's legs.

**PERRY
MASON**

GILBERT SUTTON.
370 Lexington Avenue, New York 17, N.Y. • MU 3-7525

**EL CASO DE
LAS PIERNAS BONITAS**

ERLE STANLEY GARDNER



Frank Patton se dedica a estafar a los comerciantes de varios pueblos mediante un concurso cuidadosamente planeado, en que la chica con las piernas más hermosas gana un contrato con una cinematográfica de Los Angeles. Cuando la ganadora llega a Los Angeles, el contrato queda en nada, y por miedo al ridículo que hará si vuelve a su pueblo, decide ganarse la vida en la gran ciudad. Perry Mason es contratado para desenmascarar a Patton y acusarle de estafa ante los tribunales, pero el caso se complica cuando Patton es asesinado en su casa.



Erle Stanley Gardner

El caso de las piernas bonitas

Perry Mason - 03

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Lucky Legs*

Erle Stanley Gardner, 1934

Traducción: J. M. Álvarez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BELL Thelma: Artista de teatro, corista, modelo.

BRADBURY J. R.: Financiero negociante.

CLUNE Marjorie: Taquígrafa, protagonista femenina de esta novela; llámase también «Margy».

DORAY Robert: Dentista.

DRAKE Paul: Detective, director de una agencia de investigaciones privadas.

ELTON Maude: Secretaria de Carl Manchester, de la Fiscalía del Distrito.

Fieldman Sarah: Huésped del hotel donde se cometió el asesinato de Frank Patton.

FRANK: Portero de la casa donde Perry Mason tiene sus oficinas profesionales.

LAMONT Eva: Artista, aventurera, que luego se hace llamar Vera Cutter.

Manchester Carl: Hombre metido en leyes, fiscal del Distrito.

MASON Perry: Abogado, detective, héroe y protagonista de esta novela.

O'MALLEY: Sargento de la Policía de Investigaciones.

PATTON Frank: Empresario de espectáculos.

RIKER Y JOHNSON: Detectives de la Brigada Criminal, de la Policía.

SAMUELS Jack: Judío, encargado nocturno de la Oficina de la Cooperativa Investigadora.

SANBORNE George: Amigo y novio de Thelma Bell.

STREET Della: Secretaria del abogado Perry Mason.

Capítulo 1

Della Street mantuvo abierta la puerta del despacho particular de Perry Mason, mientras anunciaba:

—El señor J. R. Bradbury.

Tras ella penetró en la habitación, con cierta impaciencia y apresuramiento, un hombre de unos cuarenta y dos años, en cuyo rostro se destacaban unos vivos y grises ojos que contemplaban al abogado con franca cordialidad.

—¿Cómo está usted, señor Mason? —dijo el visitante, tendiéndole la mano.

Perry Mason se levantó del sillón giratorio, para estrechar la mano de su visitante. Della Street permaneció por un momento en el umbral de la puerta, observando a los dos hombres.

El abogado era más alto que Bradbury. Incluso parecía más grueso, pero con una obesidad que provenía de sólidos huesos y fuertes músculos, no de un exceso de grasa. Sus ponderados movimientos, conforme se levantaba del sillón y estrechaba la mano del recién llegado, daban una sensación definitiva de superioridad. Aquel hombre tenía el aspecto de una roca de granito, y hasta en su rostro había algo de esa granujienta superficie que presenta la piedra sin labrar, sobre todo en aquel instante en que, sin dar la menor expresión a sus palabras, decía:

—Mucho gusto en verlo por aquí, señor Bradbury. Siéntese, haga el favor.

La secretaria buscó la mirada de Perry Mason.

—¿Necesita usted alguna cosa? —le preguntó.

El abogado negó con la cabeza; luego, mientras Della Street cerraba la puerta, se volvió hacia su visitante.

—Usted le ha dicho a mi secretaria que me había enviado un telegrama —indicó Mason—, pero entre mis papeles no he podido

encontrar ningún despacho que lleve la firma de usted, señor Bradbury.

Este sonrió, cruzando pausadamente una pierna sobre la otra, como si quisiera lucir bien sus cortados pantalones. Parecía hallarse muy a gusto en aquella visita.

—Eso —replicó— tiene una explicación muy sencilla. Deposité ese telegrama en una oficina donde mi nombre es conocido. Y como no quería que se enterasen de mi intervención en este asunto, lo redacté firmado por Eva Lamont.

El rostro de Perry Mason reflejó un repentino interés.

—Entonces —dijo el abogado—, usted es también quien me ha enviado una fotografía por correo aéreo. La fotografía de una joven que...

Bradbury asintió con una inclinación de cabeza, al mismo tiempo que sacaba un cigarro de uno de los bolsillos del chaleco.

—¿Le molestará que fume? —preguntó.

Perry Mason negó con un gesto.

Alcanzando el teléfono de su escritorio, descolgó el auricular, y en cuanto oyó la voz de Della Street, le dijo:

—Tráigame esa fotografía recibida, y también el telegrama firmado por Eva Lamont.

Después de dejar el teléfono en su sitio, y mientras Bradbury recortaba la punta de su cigarro, Perry Mason sacó un cigarrillo de una cajita situada sobre su mesa. Bradbury rascó una cerilla en la suela de su zapato y se apresuró a levantarse de la silla para acercarse a la llama al cigarrillo de Mason; después, aún de pie, aplicó la lumbre al extremo de su cigarro, y estaba depositando la apagada cerilla en el cenicero del escritorio, cuando Della Street abrió la puerta de la oficina exterior y dejó una carpeta sobre la mesa de Perry Mason.

—¿Desea algo más? —le preguntó.

El abogado movió la cabeza en sentido negativo.

Los ojos de Della Street se volvieron curiosos e investigadores hacia la elegante figura de aquel bien vestido caballero que, de pie, daba las primeras chupadas a su cigarro. Luego, se volvió a la puerta y abandonó la habitación.

Coincidiendo con el ruido del pestillo al cerrarse, Perry Mason levantó la tapa de la carpeta y tomó de ella una fotografía

reproducida en papel esmaltado. En ella se veía la figura de una mujer joven, apreciándose por completo sus hombros, brazos, caderas y piernas. Aunque a la fotografía le faltase el rostro de aquella mujer, no era posible dudar de su juventud, juzgando por el esbelto contorno de su cuerpo, la elegante finura de sus manos y la armónica línea de sus piernas, que se exhibían casi por completo en el curioso retrato.

En efecto; las manos de la mujer sostenían sus faldas en alto, para mostrar, sin el menor recato, un par de bien torneadas piernas. Al pie de la fotografía veíase un rótulo escrito a máquina sobre una tira de papel pegada encima de la prueba, cuyo texto era: «La joven de las piernas bonitas».

Unido a la fotografía mediante una pinza de acero, había un telegrama que decía:

Le envío por correo aéreo urgente fotografía de máxima importancia. Guarde fotografía y espéreme en su oficina sin falta.

Eva Lamont

Bradbury se acercó al escritorio, agachándose para contemplar la fotografía.

—La muchacha que figura en este retrato —dijo— ha sido engañada, robada y víctima de una traición.

Perry Mason miró, no a la fotografía, sino hacia el rostro de Bradbury; sus ojos escudriñaban de aquel modo tranquilo y observador con que lograba descubrir la verdad aunque se ocultase bajo la capa del más perfecto fingimiento teatral. Era la escrutadora mirada de un abogado que, después de tratar con clientes de todas clases, ha aprendido a barrer, con toda calma y sin inútiles apresuramientos, las costras de falsedad que muy a menudo encubren los hechos reales.

—¿Quién es ella? —preguntó Mason.

—Su nombre es Marjorie Clune —contestó Bradbury.

—¿Y dice usted que ha sido engañada, robada y víctima de una traición?

—Sí, señor.

—¿Quién es la persona responsable de esos delitos?

—Frank Patton —repuso Bradbury.

Perry Mason señaló con su mano derecha el gran sillón de cuero, situado al otro lado de su escritorio.

—Si usted tiene la bondad de sentarse y explicármelo todo desde el principio —indicó—, es muy probable que podamos arreglar más rápidamente este caso.

—Hay una cosa que deseo que quede bien comprendida entre nosotros —dijo Bradbury, sentándose—, y es que todo lo que yo le diga debe usted considerarlo como información confidencial.

—Desde luego —aseveró Mason.

—Pues bien; me llamo J. R. Bradbury; vivo en Cloverdale; he sido un importante accionista del Banco Nacional de Cloverdale, y durante muchos años fui, además, presidente de la entidad; tengo cuarenta y dos años; hace poco me retiré de ese negocio, para dedicar mi tiempo exclusivamente a inversiones particulares del capital. En fin, soy un ciudadano importante en Cloverdale y puedo darle a usted las referencias que desee, todas ellas excelentes y favorables.

La voz de Bradbury sonaba con esa especial entonación empleada por un hombre cuando dicta. El abogado lo observaba con ojos que parecían penetrar en la mente de su visitante, como los rayos X penetran en los tejidos humanos.

—Marjorie Clune —continuó diciendo Bradbury— es una joven de gran carácter y belleza. Huérfana de padre y madre, estaba empleada como taquígrafa en mi Banco. Probablemente hubiese acabado por casarse conmigo un día u otro. Pero Frank Patton llegó a la ciudad. Era un empresario de acción. Se presentó como agente de una Compañía cinematográfica que estaba buscando a una joven de marcada personalidad y gran belleza, la cual sería anunciada bajo el título de «LA MUCHACHA DE LAS PIERNAS BONITAS». Según decía, su Compañía estaba dispuesta a asegurarle las piernas por dos millones de dólares, anunciándolas, luego, como las más bellas del mundo.

—¿Dijo Patton si estaba autorizado para actuar en nombre de esa Compañía cinematográfica? —preguntó Mason.

Bradbury sonrió cansadamente como si le hicieran hablar de alguna cosa repetida en múltiples ocasiones.

—Mostraba un contrato con una Compañía productora de

películas que tiene sus oficinas aquí, en esta ciudad. El contrato estaba firmado en blanco por esa sociedad cinematográfica, y Patton figuraba como apoderado para seleccionar a la otra parte contratante. A primera vista, se trataba de un contrato por el cual la joven elegida sería empleada como actriz de la Compañía durante cuarenta semanas al año, percibiendo un salario de tres mil dólares por semana. Contenía, no obstante, una cláusula muy célebre, según la cual esa Compañía podía dar por terminado el contrato si se decidía suspender la producción de la película en que la nueva actriz iba a figurar como estrella principal.

—¿De dónde sacaba dinero Patton para todo eso? —preguntó el abogado.

—De la Cámara de Comercio de aquella ciudad. Logró convencerlos con la idea de la gran propaganda que para Cloverdale significaría el haber sido elegida una muchacha de allí. De este modo vendió cierto número de bonos a los comerciantes de la localidad; éstos revendieron unos cuantos a sus clientes. Los bonos garantizaban a sus tenedores una participación en los beneficios de la película.

—Un momento —dijo Perry Mason, cortando la palabra del otro—. Vamos por partes y puntualicemos bien. ¿Así, pues, los tenedores de esos bonos eran verdaderos accionistas de la producción cinematográfica?

—De la producción, no —aclaró Bradbury—; sólo eran copartícipes en los beneficios obtenidos con ella. Hay una gran diferencia entre ambas cosas, pero nosotros no nos dimos cuenta de ello hasta mucho después. La actriz había de firmar un contrato con Patton, quien actuaría como apoderado suyo, percibiendo un porcentaje de sus ganancias. Entre estas últimas estaba incluida una participación en los resultados de la película y Patton cargaba esta obligación sobre los beneficios de los tenedores de bonos.

—Dígame: ¿tenían derecho los tenedores de bonos de intervenir en la selección de la actriz? —preguntó el abogado.

—Veo —repuso Bradbury— que ya se ha hecho usted cargo de la idea. Los bonos eran colocados entre los comerciantes locales; éstos los repartían entre sus clientes en combinación con las ventas que les hacían. Los primitivos tenedores de los bonos repartieron papeles para votar en favor de la muchacha que merecía ser

elegida. Había media docena de candidatas; todas ellas se exhibieron en traje de baño, pasearon por los escaparates de algunas tiendas, sirvieron de modelos vivientes para determinadas marcas de medias, aparecieron cinematografiadas en los salones de la ciudad, permitieron que sus piernas fuesen fotografiadas, y estas fotografías figuraron en los escaparates de las tiendas. Todo ello estimulaba los negocios. Desde luego, no se podía sacar más partido de esas pobres muchachas. Patton hizo un montón de dinero con su cuento.

—¿En qué paró la cosa? —preguntó Perry Mason.

—Marjorie Clune resultó elegida como la más bonita de las concursantes o candidatas, si quiere usted que las llamemos así. Patton le organizó una despedida fastuosa. Hubo un gran banquete. El secretario de la Cámara de Comercio le entregó allí solemnemente el magnífico premio del contrato. Ella lo firmó con una pluma estilográfica que luego fue guardada en una urna de cristal y devuelta a la Cámara de Comercio, para ser conservada en el Ayuntamiento. Cloverdale iba a ser algo más que un simple punto en el mapa de la nación, de allí iba a salir la más importante actriz cinematográfica que existiría en el mundo, la más bella muchacha de América. Patton hizo reservar un departamento salón en el expreso de aquella noche. Margy fue escoltada hasta el coche cama por más de quinientos ciudadanos que la aclamaban sin cesar. Se encontró lleno de flores el saloncito reservado para ella. En la estación tocaba una banda de música. Y por fin arrancó el tren.

Bradbury se interrumpió por un momento, tras el cual dijo, dramáticamente:

—Eso fue lo último que se supo de Marjorie. Nadie ha vuelto a oír hablar de ella.

—¿Cree usted que la han secuestrado, o algo por el estilo? —preguntó el abogado.

—No. Creo que ha sido víctima de un timo, y su orgullo le habrá impedido volver. Considere que la muchacha había salido de Cloverdale soñando con ir a ocupar un puesto entre las grandes estrellas cinematográficas. No tuvo suficiente valor para regresar y admitir que había sido objeto de un fraude legal.

—¿Por qué lo llama usted a eso fraude legal? —quiso saber Perry Mason.

—Porque está hecho con todas las de la ley. No ha habido ninguna actuación de las que el fiscal del distrito de Cloverdale quisiera encontrar para poder actuar. Este señor escribió a la Compañía cinematográfica, y ellos le contestaron que, en efecto, estaban buscando una actriz de esas condiciones; dijeron también que habían autorizado a Patton para buscarla, pues tenían la mayor confianza posible en su buen criterio para descubrir semejante actriz; daban cuenta de la aparición de Marjorie Clune en sus estudios. Ellos la habían empleado durante un par de días en los cuales empezaron a impresionar la película; pero se habían visto obligados a despedirla, entre otras razones, por no resultar miss Clune lo suficientemente fotogénica.

—El contrato estaba limitado a una sola película, ¿no es así? —inquirió el abogado.

—A tres películas, pero supeditando las dos últimas al resultado satisfactorio de la primera.

—Y, naturalmente, el título de esta primera cinta estaría preparado de modo que nada impidiese a la casa cinematográfica el abandonar su producción, cambiándole el nombre y empleando otra estrella en la misma película, ¿no es verdad? —preguntó Perry Mason.

—Exacto —repuso Bradbury—; se ha hecho usted perfecto cargo del caso.

—Bien, ¿y qué quiere usted que haga yo? —inquirió el abogado.

—Pues necesito que ponga usted a Frank Patton entre rejas —dijo Bradbury—. Me parece que ha procedido con una astucia legal muy refinada; y quiero hacer algo no menos astuto y solapado. En primer lugar, hay que buscarlo. Y también hemos de encontrar a Marjorie Clune. Deseo obligarle a que restituya a esa muchacha a su hogar, de un modo digno; y, de paso, quisiera hacerle confesar sus intenciones fraudulentas.

—¿Por qué? —preguntó Perry Mason.

—Porque entonces —contestó Bradbury— el fiscal de este distrito podrá proceder contra la Compañía cinematográfica; y el de Cloverdale procederá contra Patton; pero ambos necesitan poder basar la denuncia en alguna duda razonable. Y este caso está muy embarullado. Si este hombre pretende haber obrado de buena fe, no será difícil procesarlo; mas antes es necesario contar con alguna

declaración suya en que se comprometa.

—¿Y por qué no lo consiguen los propios fiscales? ¿No le parece a usted factible? —indicó el abogado.

—El fiscal de Cloverdale se niega a ocuparse de este asunto, por alguna razón que desconozco —dijo Bradbury—. Y el fiscal de aquí dice que no le incumbe el lavar la ropa sucia de Cloverdale; y añade que si yo quiero presentar una denuncia contra Patton, él no tendrá ningún inconveniente en actuar, pero que no puede derrochar el tiempo y el dinero de su distrito intentando sacar del fuego unas castañas pertenecientes a Cloverdale; a su juicio, el dinero estafado era todo de Cloverdale, no de aquí, y los hechos ilícitos fueron cometidos allí.

—¿Y qué más espera usted de mí? —interrogó Perry.

—Pues usted debe ocuparse de que no me metan en la cárcel por injurias.

—¿Se refiere usted a cuando hayamos encontrado a Patton?

Bradbury asintió, sacando al mismo tiempo una cartera de su bolsillo.

—Estoy dispuesto a pagarle —dijo— un anticipo de mil dólares.

Perry Mason se volvió hacia Bradbury, replicando:

—Lo que usted necesita, en primer lugar, es un buen detective. Paul Drake, director de la Agencia Drake de investigaciones, es un buen amigo mío y se lo recomiendo. Le daré una tarjeta de presentación.

Y así diciendo, tomó el teléfono de su escritorio.

—Della —le dijo a su secretaria—, hágame un recibo de mil dólares a nombre de J. R. Bradbury. Después, llame a Paul Drake; y luego procure que se ponga al aparato Maude Elton, la secretaria del fiscal del distrito.

Capítulo 2

Maude Elton, secretaria general en la fiscalía del distrito, tenía fama de saber más cosas acerca de la historia íntima de los asuntos criminales, que ninguna otra persona de las empleadas en los tribunales. Con un cutis ligeramente pálido, su tipo no era de esa clase que invita a los productores cinematográficos a volverse locos haciendo pruebas fotogénicas, pero el rostro, en cambio, resplandecía siempre con una animada vitalidad, demostrando su alerta espíritu de observación, lo cual la hacía parecer tan incansable como un canario que revolotease, nervioso, al ver a un extraño que se hubiese acercado demasiado a su jaula.

—Buenas tardes, señor Mason —le dijo a su visitante. El abogado contestó con una amistosa mueca.

—Después de habernos tropezado con unos cuantos esperpentos —le dijo— de esos que tanto abundan en esta casa y que parecen incapaces de pensar en nada, excepto en la hora de cobrar su sueldo, resulta muy agradable contemplar un par de ojos como los suyos.

—Lo cual significa, según presumo —repuso ella—, que usted viene dispuesto a sacarme alguna información que no le ha sido posible obtener de ninguna otra persona en esta oficina.

—Al hablar así, demuestra cómo la traiciona a usted el medio ambiente en que vive —observó Mason.

—¿Qué tiene que ver el medio ambiente con todo esto?

—Pues que usted ve siempre las cosas por el lado peor. Se pasa usted el día hablando con sinvergüenzas y con personas que tienen sobrados motivos para no ser sinceras. Pero mi visita de hoy es tan sólo de un pacífico ciudadano, mejor dicho: la de un contribuyente que va a la oficina de un empleado público en busca de información a la que tiene legítimo derecho.

Ella volvió ligeramente a un lado la cabeza, para contemplar al abogado.

—Habré de creer que dice usted la verdad, ¿no le parece?

—Es que es así —replicó Perry Mason.

—¿No me está usted tomando el pelo?

—No, señorita, en absoluto.

—Bien, he visto muchas cosas en mi vida, pero nunca pude esperar encontrarme en un caso tan raro como éste. ¿Qué quiere usted saber?

—Me interesa descubrir quién recibió en esta fiscalía a un hombre llamado Bradbury, que vino aquí desde Cloverdale para consultar acerca de un timo del cual fue víctima la Cámara de Comercio de esta ciudad.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Bradbury? —repitió la joven—. ¡Caramba, el que vino aquí con esa embajada fue un tal doctor Doray..., sí, el doctor Robert Doray!

—No es ése —insistió Mason—. Yo le hablo de un hombre llamado Bradbury..., fíjese bien: J. R. Bradbury.

—Espere un momento —repuso ella—; voy a echar una mirada al libro de visitas.

Y arrastró el dedo índice a lo largo de las páginas de un diario, hasta detenerse en una de sus líneas; entonces, asintió con una inclinación de cabeza.

—Sí, tiene usted razón. Lo recibió Carl Manchester. Ambos señores hablaron con Carl Manchester.

—Y como el doctor Doray es joven, guapo y atractivo, usted lo recuerda sin consultar el registro, mientras que Bradbury, gordinflón y ya en la cuarentena, queda relegado al limbo de los nombres olvidables —comentó Perry Mason—. Una vez más se comprueba la veracidad de los psicólogos, quienes aseguran que sólo recordamos las cosas cuando nos interesan, y...

—Carl Manchester —dijo la joven, interrumpiéndole en su discurso— tiene su despacho en la tercera puerta del pasillo de la izquierda. ¿Le aviso su visita? Si trata usted de inmiscuirse en los secretos de mi corazón, le va a caer en la cabeza ese hermoso tomo de leyes, y le recuerdo que ahí, en la sala de espera, está sentado un hombre muy triste a quien le estafaron los ahorros de toda su vida,

y pensará al verme manejar así los textos legales, que esas maneras son impropias de una dama bien educada y tan fuera de lugar como un acordeón en un funeral.

—Bien, dígle al señor Manchester que ahora mismo voy a verlo —replicó el abogado, sonriendo y atravesando la barandilla interpuesta entre el departamento de la señorita Elton y la por ella llamada sala de espera. Sin detenerse, salió al largo pasillo de las oficinas.

Carl Manchester estaba consultando un voluminoso código, y un cigarrillo a medio consumir colgaba de sus labios, en el momento en que Perry Mason abrió la puerta de su despacho.

Manchester daba la impresión de ser un hombre cuyo cuerpo se pasaba la vida inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a la vertical. Parecía dispuesto a dedicar todos sus ratos libres no a higiénicos paseos, como le hubiese convenido, sino a permanecer agachado sobre textos legales, en honda concentración, o bien mirando a sus visitantes como quien espera que la interrupción no le obligará a perder el punto del libro en que está leyendo.

—¡Hola, Perry! —le dijo al recién llegado—. ¿Qué le trae a usted por aquí?

—La obligación de trabajar para un cliente.

—¡No me diga que también se va usted a ocupar en ese repugnante asesinato a martillazos! —exclamó Manchester—. Hemos logrado reunir una buena colección de pruebas contra esa mujer, pero si usted se mete a...

—No —interrumpió el visitante—, ahora estoy trabajando en el mismo lado de la calle en que usted se hallaba cuando le he interrumpido con mi visita.

—¿Qué quiere usted decir?

—Me refiero a un tal Bradbury, que estuvo aquí hablando con usted acerca de Frank Patton y del supuesto timo que ese individuo explotó en Cloverdale —explicó Mason.

—Ése fue el doctor Doray —replicó Manchester—. Bien, pues Doray volverá aquí dentro de media hora.

—¿A qué vuelve?

—Yo le dije que le buscaría alguna ley interesante para su caso.

—¿Y la ha encontrado usted ya?

—No, porque no existe; pero de ese modo le resultará menos violenta mi negativa a intervenir en el caso.

—En otras palabras, que usted se lava las manos en lo que se refiere a este asunto, ¿no es así?

—Naturalmente. Más vale eso que meternos a lavar la ropa sucia de Cloverdale; al fin y al cabo, aquí no ha pasado nada, pues poco importa que la muchacha resida en esta ciudad, único punto de contacto entre nosotros y ese timo.

—Sin embargo, la Compañía cinematográfica es de aquí.

—¿Y qué?

—Acaso no importe nada esa coincidencia; aunque tal vez signifique algo.

—Se trata del dinero de Cloverdale, y los comerciantes de esta ciudad son los únicos que pueden graznar de indignación —puntualizó Manchester—. Nosotros ya tenemos bastantes quebraderos de cabeza sin meternos en los del vecino. ¿Qué va usted a hacer, amigo Perry?

—Eso depende de lo que pueda hacer —repuso Mason.

—Bien, pero, ¿cuáles son sus propósitos?

—Si yo consiguiera una confesión de Patton, de la cual se dedujese que en todo este asunto no le había guiado otro fin sino conseguir dinero de los comerciantes de Cloverdale o de cualquier otro sitio, cambiaría mucho el aspecto del caso —declaró Perry Mason.

—Escuche —le dijo Manchester—, ese pajarraco de Patton es un individuo muy avisado. Sabe muy bien lo que se hace. Así, no será nada fácil arrancarle semejante confesión.

—Según —comentó Mason.

—¿Según qué?

—Según el modo como uno la busque.

Carl Manchester contempló astutamente a su visitante; después, se quitó el cigarrillo de los labios y lo sacudió sobre un cenicero.

—Ahora empiezo a comprender lo que usted se propone conseguir —dijo el fiscal.

—Ya esperaba yo que usted lo comprendería —declaró Mason.

Manchester lo miró pensativamente y con el ceño arrugado.

—Escúcheme, Mason —acabó por decir el fiscal, mientras paseaba sus dedos por los cantos del Código que tenía en la mesa e

iba pasando las páginas—, nosotros no vamos a lavar la ropa sucia de Cloverdale, pero eso no significa que hayamos de abandonar a Patton por completo. Ese hombre es un sinvergüenza, sin ningún género de duda. Me sobran motivos para pensar así de él. No sé si podríamos conseguir alguna prueba legal para acusarlo; he ahí mi duda. El fiscal de Cloverdale se ha sacudido el muerto de encima, lo cual es una mala señal. Y aquí no nos hace ninguna falta cargar con él, pues ya tenemos materia suficiente para andar apurados todo el día con una cosa u otra, sin necesidad de pedir líos prestados a los demás. Pero si a usted le interesa darle un disgusto a ese individuo, no hay inconveniente en que continúe adelante.

—¿Me deja usted en libertad de proceder como quiera? —preguntó Perry Mason.

—Por mí, puede usted hacer todo lo que le dé la gana.

—¿Y si él protesta?

—Deje eso de mi cuenta —dijo Manchester—. Yo ya sé cómo taparle la boca. Se trata de uno de esos pillos que no se apartan nunca de la Ley. Algún abogado le asesora a Patton, hasta en la cárcel. Tal vez ese jurisconsulto pise terreno firme, mas también puede equivocarse. Todo depende de la intención que les guía y usted sabe, como lo sé yo, que desgraciadamente es casi imposible probar las intenciones por la preponderancia de ciertas pruebas, como se acostumbra en un pleito civil, sobre todo si esas pruebas han de imponerse por sí solas contra toda duda razonable, lo cual es obligado en un caso criminal. Pero si usted quiere ponerse en contacto con Patton, intentando sonsacarle algo en un terreno particular, e indagar al son de qué música baila, siga adelante sin detenerse.

—¿Y no me marca usted ningún límite? —preguntó Perry Mason.

—En lo que concierne a esta fiscalía —contestó Manchester—, no hay más límite que el cielo. Es decir, mientras no le rompa usted algún miembro; nosotros no podemos hacer la vista gorda si usted le da una paliza con un garrote, pero si los golpes proceden de una porra de goma, ya es diferente. En otras palabras: si Patton se presenta en esta oficina a contarnos alguna historia relativa a intromisiones o abusos por parte de usted, nosotros le escucharemos con una gran dosis de escepticismo y de paso le haremos un montón

de preguntas referentes a su ocupación. Nuestra actitud hacia él no será precisamente amistosa.

—Eso es todo lo que quería saber —dijo Perry Mason, con su mano en el tirador de la puerta—. Y, además, le ruego que no le diga nada a Doray acerca de mí.

—Arránquele una buena declaración —indicó Manchester, mientras Mason atravesaba el umbral de la salida al pasillo— y verá usted cómo Cloverdale podrá hacer algo con él.

—En cuanto consiga ese documento —replicó Perry Mason, con cierta aspereza en sus palabras— no tardarán ustedes mucho en enterarse de él.

Y cerró la puerta tras de sí, se detuvo un instante para hacer un festivo comentario con Maude Elton, salió del Palacio de Justicia y tomó un taxi hasta su oficina.

La rubia encargada del despacho de cigarros en el vestíbulo del edificio, contrajo sus pintados labios en una resplandeciente sonrisa, al verlo entrar.

—Buenas tardes, señor Mason —le dijo en cuanto pudo oírla.

El abogado detuvo su rápida marcha para inclinarse sobre el mostrador.

—¿También hoy quiere usted «Marlboro»? —le preguntó la joven.

—Sí, señorita, déme un paquete —contestó él.

—¿Se los pongo en la cuenta?

—No, hoy los pago al contado...

Y Mason echó el dinero en el mostrador, tomó el paquete de cigarros y lo rompió por uno de sus extremos, mientras se apoyaba con un codo sobre la vitrina.

—¿Trabaja usted aquí todo el día? —preguntó Perry.

La muchacha sonrió, al mismo tiempo que contestaba negando con la cabeza.

—Viene usted sólo por las tardes, ¿verdad? —insistió él.

—Sí, me encargo de este despacho durante las horas de la tarde, que es cuando la gente va a los teatros y la venta se anima un poco.

—¿Y qué hace usted durante la mañana y el mediodía?

Ella sonrió de nuevo y movió graciosamente su cabeza de un lado a otro, replicando:

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Quiere usted recordarme más

penas? Cuando una mujer tiene que educar a una criatura y cuidar, además, de su propia madre, no le falta trabajo en casa. Y ya es bastante suerte encontrar un empleo, aunque sólo sea por las tardes.

—¿Qué edad tiene ahora la niña? —preguntó Mason.

Ella volvió a sonreír.

—La misma que cuando usted me lo preguntó la última vez...; cinco años y medio. Todos los meses me suelta usted esta pregunta.

El abogado hizo una mueca, mostrándose avergonzado de su mala memoria.

—Es que se me olvida de una vez a otra —comentó.

Y sacando la cartera de un bolsillo interior, extrajo de ella un billete de veinte dólares.

—Ponga esto en la cartilla de ahorro de la niña, ¿quiere usted, joven mamita?

Los ojos de la muchacha se humedecieron con sentidas lágrimas.

—Óigame, caballero —le dijo—. ¿Por qué hace usted eso tan a menudo? No sé si debo aceptarlo. No me gusta abusar. Sentiría rechazárselo por la niña, pero ahora no pasamos apuros, me gana bien la vida y...

—¿Tendré que repetirle todo lo que le dije la última vez, mamita? —replicó él, interrumpiéndola.

—¿Volvemos a las supersticiones? —le preguntó la joven, a su vez, contemplándolo con unos ojos que querían ser tan duros y brillantes como los de un pato salvaje.

El asintió con la cabeza.

—Apostaría a que todos los jugadores acaban por serlo, mamita, y yo soy uno de los más empedernidos jugadores del mundo. Juego con las emociones humanas, en lugar de hacerlo con naipes. Y siempre que hago un pequeño depósito en la cuenta de su hijita, tengo buena suerte.

Poco a poco, con cierta indecisión, extendió ella la mano y sus dedos se cerraron sobre el billete. Nuevas lágrimas dulcificaron su mirada.

—Acabará usted por hacerme creer que todo eso no es sino una superstición —le dijo—, pero me demuestra cuán bueno es usted.

Perry Mason iba a decir algo, mas se volvió al oírse llamar por su nombre.

Paul Drake, el detective, y J. R. Bradbury, acababan de entrar en

el vestíbulo del gran edificio de oficinas.

Paul Drake era un hombre de alta estatura, pero de hombros caídos. Siempre llevaba la cabeza echada ligeramente hacia delante. Sus ojos eran vidriosos y saltones. Aunque el rostro se contraía a menudo en muecas de buen humor, su mirada permanecía siempre inexpresiva.

—¡Hola, Perry! —le dijo al abogado—. ¿Salía usted ahora?

Mason echó una mirada a su reloj de pulsera.

—No, llegaba en este momento —repuso—. He ido a charlar un rato con los de la fiscalía. Ya veo que usted y Bradbury se han ocupado, juntos, del mismo asunto. ¿Han sacado algo en limpio... o han hecho algo?

Los vivos ojos grises de Bradbury dedicaron un guiño de rápida afirmación al rostro de Perry Mason.

—Yo contestaré a eso —le dijo al abogado—. Este hombre sabe más acerca del caso, en el momento actual, que lo que yo mismo pueda saber.

Mientras hablaba, su mirada se desvió hacia la sonriente rubia del despacho de tabacos.

—¡Hola, señorita! —exclamó—. Le voy a comprar algunos cigarros. Hágame el favor de sacar esa caja, la cual está ahí en aquel rincón de la derecha, y escogeré unos cuantos ahora.

E inclinándose sobre el mostrador, tamborileó en el cristal con dos de sus dedos.

La joven mamita sacó de la vitrina la caja que solicitaba.

—¿Les gustan a ustedes éstos? —preguntó Bradbury—. Son unos magníficos puros de veinticinco centavos.

Mason asintió y escogió un cigarro.

—Tome un par, amigo —dijo Bradbury.

El abogado seleccionó un segundo cigarro.

Bradbury pasó la caja a Paul Drake.

—Elija usted también otros dos —le dijo.

El detective se apresuró a aceptar el ofrecimiento, apoderándose de un par de buenos puros, y Bradbury, a su vez, tomó otros dos y echó un par de dólares de plata sobre el cristal del mostrador.

—Me gustaría discutir este caso con usted, amigo Perry —dijo Drake, mientras la joven marcaba aquella venta en la caja registradora y sacaba el cambio de uno de los compartimientos del

cajón.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, si puede usted dedicarme un momento.

Mientras la vendedora entregaba a Bradbury los cincuenta centavos sobrantes, el forastero clavó directamente en ella la mirada de sus grises ojos, en tanto contraía el rostro con un amistoso visaje.

—Bonito día, ¿eh? —le dijo.

Ella contestó con una amable inclinación de cabeza.

Perry Mason miró su reloj por segunda vez.

—Bien. Me gustaría que nos apresurásemos a subir a mi oficina...

Bradbury separó sus ojos, por un instante, de la joven rubita.

—¿Me necesitan a mí también, compañeros? —preguntó.

—No —repuso Drake—, no es necesaria su presencia. Sólo he de hablar acerca de algunos puntos legales con el señor Mason, para puntualizar la situación exacta en que nos hallamos.

—Dicho de otro modo —añadió Bradbury—, ustedes preferirían charlar solos, sin que les oyera nadie, ¿verdad?

—Es que usted no necesita estar presente —le explicó Paul Drake—, y tampoco va a sacar nada útil de lo que nos oiga discutir. Yo ya tengo los datos que usted podía darme, me parece a mí.

—Lo mismo creo yo —replicó Bradbury, sonriendo ligeramente—. Ya me ha hecho usted bastantes preguntas.

Y alargando su mano izquierda, cogió por la solapa de la americana a Perry Mason, lo separó suavemente del mostrador de cigarros y le dijo, en voz baja y confidencial:

—Hay una cosa de la que quisiera estar seguro.

—¿Cuál es? —preguntó el abogado.

—Me he enterado —repuso Bradbury— de que Bob Doray está aquí, en esta ciudad. Quisiera dejar bien sentado que al encargarle yo de este asunto, se obliga usted a no aceptar ningún trabajo propuesto por él, excepto si yo lo consiento.

—¿Y quién es Bob Doray? —preguntó Perry Mason.

—Un vecino de Cloverdale. Es un joven dentista... bastante pobre, ¿sabe? A mí no me es simpático.

—¿Y qué hace en esta ciudad?

—Ha venido en busca de Margy.

—¿Es amigo de ella? —preguntó el abogado.

—Eso quisiera él.

—¿Y usted cree que vendrá a encargarme del asunto?

—No es fácil, desde luego —dijo Bradbury—. Sólo sé que gestionó en su Banco un préstamo de doscientos cincuenta dólares, poco antes de salir para esta ciudad. Tuvo sus dificultades para conseguir ese dinero.

—Pero aún no me ha explicado usted por qué no quiere verme al servicio de ese individuo —puntualizó Mason.

—Quise decir —explicó Bradbury— que deseaba comprendiese usted la situación, y si por casualidad le visita Doray, me gustaría recordase usted su compromiso conmigo. Posiblemente le ofrecerá un pagaré o algo por el estilo..., pues sus disponibilidades...

—Comprendo —replicó el abogado—. En otros términos: yo he de tener presente que ha sido usted, y no otra persona, quien se preocupó de que la señorita Clune se beneficiara con mis servicios, y usted desea exclusivamente para sí solo el reconocimiento de la muchacha, ¿no es así?

El rostro de Bradbury demostró, con cierto fruncimiento de ceño, la poca gracia que tan claras palabras le hacían, pero se apresuró a disimular su enojo con una sonrisa.

—Bien... —repuso—, no he dicho tanto, pero... en fin, me parece que usted entiende mi idea.

Mason asintió silenciosamente.

—¿Algo más? —preguntó.

—No, nada más. Le he dado al señor Drake todos los detalles del caso, una verdadera montaña de detalles.

—¿Subimos? —consultó Drake.

—Si me necesita, me encontrará a cualquier hora en el Hotel Mapleton —dijo Bradbury, como despedida—. Estoy en el cuarto 693. Su secretaria tiene ya una nota exacta de la dirección y del número del teléfono; y a Drake le he dado también estos detalles.

El aludido lo confirmó con una inclinación de cabeza.

—Vámonos, Perry —insistió.

Los dos hombres se encaminaron hacia el ascensor. Bradbury los siguió con la mirada, durante un momento, medio apoyado en el mostrador del puesto de tabacos; después, sus ojos recorrieron las hileras de revistas allí colgadas en exhibición, hasta que,

bruscamente, salió a la calle.

—Le debo a usted una buena comisión —le dijo Paul Drake al abogado, cuando subían en el ascensor.

—¿Le pagan a usted bien este servicio? —preguntó Mason, en el momento en que la cabina se detenía.

—Bastante bien. Ese hombre no es muy espléndido en cuestiones de dinero, pero he logrado concertar un buen arreglo con él. Este asunto es una ganga.

—¿Lo cree usted así? —le dijo el abogado.

—Me consta —repuso Drake, mientras Mason abría la puerta de su oficina—. Ese hombre, Patton, debe de haber explotado el mismo timo en otros sitios. Está demasiado bien planeado y es demasiado perfecto en su realización, para ser ésta la primera y única vez que lo haya puesto en práctica. Yo no me preocuparé tratando de resolver el misterio de Cloverdale. Escogeré alguno de los casos anteriores... ¡Hola, señorita Street! ¿Cómo está usted?

La secretaria le contestó con una sonrisa, diciendo:

—Me figuro que ha venido usted a ver la fotografía.

—¿Qué fotografía? —preguntó Paul Drake, simulando una infantil inocencia.

La secretaria soltó una carcajada.

—¡Ah, sí! —exclamó el detective—. Bien..., puedo verla aprovechando esta visita.

—Está en la mesa del señor Mason —le indicó Della.

Entretanto, el abogado había entrado en su despacho particular, dejándose caer en el sillón giratorio y tomando de la mesa la carpeta relativa al nuevo asunto. Se la entregó a Drake, quien sacó de ella la fotografía y se puso a silbar mientras la contemplaba.

—Completamente típica —comentó.

—Sí —dijo Mason—, podemos asegurar una cosa acerca de Patton: es un buen seleccionador. Pero usted ha venido a verme con algún motivo: ¿puedo saber cuál, amigo Paul?

—Me gustaría conocer lo que va a ocurrir en este caso —repuso el detective.

—Nada de particular, al menos por el momento —observó el abogado—. Usted debe buscar a Patton; también ha de encontrar a Marjorie Clune. Y cuando hayamos dado con ellos, los interrogaremos. Necesitamos arrancarle al primero una declaración

conveniente, pues el fiscal de este distrito está dispuesto a proceder contra él, y el de Cloverdale no le dejará tampoco en paz.

—Dicho así, con esa naturalidad, la cosa parece muy fácil —comentó Paul Drake, guiñando sus ojos expresivos.

—Lo será, si no perdemos tiempo —replicó Mason—. Soy un convencido de las ventajas de caminar de prisa.

—Pues yo confío en encontrar a Frank Patton —dijo Drake—. Me he procurado una buena descripción de él. Es alto, robusto, de aspecto digno, cincuenta y dos años de edad, su pelo es gris y lleva un bigote muy recortado. Tiene un lunar en el carrillo derecho. Bradbury se ha traído consigo una colección muy completa del «Cloverdale Independent», la cual se halla en su habitación del hotel. Figuran allí anuncios muy apropiados para constituir buenas pruebas y también hay una fotografía que nos puede ser útil. Mi teoría consiste en suponer la estafa en cuestión demasiado bien planeada para haber sido usada en una sola ciudad. Yo puedo descubrir si el mismo tipo se ha dado en otras localidades y, en caso afirmativo, alguno de esos pueblos me proporcionará interesantes detalles acerca de Patton.

—Bien discurrido —dijo Perry Mason, encendiendo un cigarrillo —; continúe por ese camino.

—Pero, ¿qué ocurrirá entonces? —inquirió el detective.

—No comprendo su pregunta.

—Puntualizaré: ¿hasta dónde podemos llegar?

Mason hizo una significativa mueca y contestó:

—Precisamente por eso he estado, hace un momento, en la oficina del fiscal del distrito. Tenemos el cielo por límite.

—¿Se lo diría usted a Bradbury? —preguntó Paul Drake.

—No debemos decírselo —aseguró Mason, con rápidas y contundentes palabras—. No conviene comunicarle una cosa así. Y cuando logremos descubrir dónde se oculta Patton, nos guardaremos la noticia para nosotros solos. Empezaremos por interrogarle; después, cuando hayamos sacado de él algún provecho, ya le explicaremos a Bradbury todo lo realizado: mas no debemos anticiparle lo que pensamos hacer, en ningún momento de este juego.

—Sin embargo..., yo me considero obligado a informar a mi cliente acerca de la marcha del asunto —indicó Drake, algo

disgustado por el consejo.

—Eso es fácil de arreglar —repuso Mason—; soy el abogado de su cliente; por lo tanto, usted me informa a mí y yo cargo con toda la responsabilidad.

El detective observó a Mason con meditativa sonrisa.

—¿Le parece a usted bien esa manera de proceder?

—¡Ya lo creo! —exclamó Mason.

—¿Y el fiscal del distrito no se ocupará de analizar cómo le arrancamos a Patton sus declaraciones?

—Ni por asomo —contestó el abogado—. Como usted comprenderá, en la fiscalía no pueden usar ciertos métodos impropios de su obligada seriedad, pero a nosotros nos está permitido casi todo.

—¿Se refiere usted al empleo de la violencia?

—No la creo necesaria; hay mejores procedimientos. Podemos poner a este pájaro en un lugar donde no tendrá más remedio que romper a cantar. Entonces, le encerraremos en una estratagema bien urdida, obligándole a pensar que estamos encargados de gestionar una denuncia por indebido uso del correo, para cometer una estafa en combinación con su contrato cinematográfico, y esto le forzará a admitir ciertas cosas relacionadas con el negocio de la película.

—¿Y por qué no ha empleado este mismo ardid el fiscal de Cloverdale? —preguntó Drake.

—En primer lugar —aclaró el abogado—, este caso era nuevo para él. En segundo lugar, todos los principales comerciantes de Cloverdale pensaban sacar tajada de este negocio. Cuanto más removiese ese fiscal el cieno, aun con el buen fin de aclarar la situación, más evidente resultaría la credulidad de los negociantes de la pequeña capital. Naturalmente, ante un caso así, se sacudió el muerto de encima.

—¿Y no le explicará usted a Bradbury lo que vamos a hacer?

—No, señor, hasta que esté hecho.

—En otras palabras —comentó Drake—, usted se propone engañarlo, ¿no es así?

El tono de las palabras de Mason fue tranquilo, pero rotundo:

—Ésa es la pura verdad; me propongo engañarlo —contestó.

Capítulo 3

Los últimos rayos de un pálido sol penetraban oblicuamente por las ventanas del despacho de Perry Mason, arrancando irisados reflejos a los cristales de algunas secciones de su librería, cuando el abogado entró, dando un empujón a la puerta y tirando una carpeta sobre su mesa.

—He conseguido un alegato favorable en este caso del cuchillo —le dijo a su secretaria—. Lo habían clasificado como agresión con un arma mortal e intento de asesinato, y ahora lo han reducido a simple agresión; he sabido aprovechar la oportunidad.

—¿Le pagan algo por eso? —preguntó Della Street.

Él negó con la cabeza.

—Trabajo por caridad —repuso—. Después de todo, nadie puede condenar a esa mujer; ha obrado aguijoneada por martirios superiores a los que puede resistir la naturaleza humana. No tenía ni un céntimo y no contaba con ningún amigo.

La joven lo contempló, sonriendo de un modo comprensivo y con cálida mirada.

—Pero ha tenido la suerte de contar con usted —le dijo.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó Mason.

—Paul Drake ha telefoneado varias veces, preguntando por usted; me encargó que lo llamara en cuanto llegase.

—Perfectamente —comentó el abogado—. Ya puede llamarle. ¿Ocurre algo más?

—Nada que salga de lo vulgar —contestó ella—. En su mesa encontrará usted unas notas que yo le había hecho. Las llamadas de Drake son lo único importante entre ellas. También Bradbury ha telefoneado un par de veces, pero me figuro que sólo era para preguntar cómo marcha su asunto.

—Bien —dijo Perry Mason—, no le diga usted que ya estoy aquí,

si por casualidad vuelve a llamar. Antes quiero hablar con Paul Drake.

Y atravesó su despacho particular, sentándose ante su mesa. Apenas había terminado de hacerlo, cuando sonó el timbre del teléfono. Descolgó el receptor, aplicándolo a su oído y en seguida reconoció la voz de Paul Drake.

—Frank Patton caerá en la trampa, amigo Perry —le dijo el detective—. Más claro: hacia las ocho de esta noche sabré datos concretos acerca de él; tal vez un poco antes. ¿Puedo ir a verle a usted ahora mismo, para cambiar impresiones?

—¡Ya lo creo! —contestó Mason—. Espere un momento, sin retirarse del aparato.

Y estableció comunicación con el teléfono de su secretaria, aguardando hasta oír la voz de Della Street.

—¿Se encuentra usted sola, Della? —preguntó.

—Sí..., ¿qué pasa?

—Paul Drake me está telefoneando —explicó el abogado—. Va a venir a verme ahora mismo, para hablarme del asunto Bradbury. Según dice, tiene ya los informes que necesitamos. Es muy importante que nadie me interrumpa hasta haber terminado la entrevista con Drake. Interprete eso, especialmente, en el sentido de que no deje entrar a Bradbury ni me ponga en comunicación con él, pues no quiero hablar sin conocer lo que Drake va a decirme.

—Muy bien; se hará como usted manda —repuso ella.

Mason restableció la comunicación con el detective.

—Ya puede venir cuanto antes —y colgó el receptor en su horquilla.

Dos minutos después, Paul Drake atravesaba la puerta del despacho particular de Perry Mason.

—¿Qué noticias me trae usted? —preguntó el abogado.

—Me parece que he dado con la clave del asunto —dijo Paul Drake, dejándose caer materialmente en el gran sillón de cuero y encendiendo un cigarrillo—. He descubierto que el amigo Patton había timado en una forma similar a la población de Parker City. Y lo curioso del caso es que entonces no usó ningún alias; es decir, que se presentó en Parker City, para engañarlos con la misma comedia dando su nombre de Frank Patton. La Compañía cinematográfica firmante del contrato era la misma que figura en el

de Cloverdale.

—¿Y a quién engatusó en Parker City? —preguntó Perry Mason, curiosamente interesado.

—Pues a los de siempre: a la Cámara de Comercio y a los negociantes de la localidad.

—No, no era ésa mi pregunta. Deseaba saber quién fue la muchacha engañada en aquel pueblo.

—Precisamente por ahí vamos a cazar a nuestro pájaro —repuso el detective—. Se trata de una joven llamada Thelma Bell, y vive aquí en nuestra ciudad. Ya tenemos su dirección y el número de su teléfono. Habita en los Departamentos de Saint James, una especie de hotel barato para residentes, situado en el número 962 del Este de la calle Faulkner, y el teléfono es el número 63891 de la central Harcourt. Ella ocupaba el departamento 301, pero en este momento ha salido. Hemos estado telefoneando, a ver si podíamos ponernos en contacto con ella. Tenemos pruebas que nos hacen creer en la continuación de sus relaciones con Frank Patton.

—¿Cuándo cree usted que podrá hablar con esa muchacha? —preguntó Mason.

—Hacia las ocho de la noche, poco más o menos. Seguramente trabaja en algún sitio, aunque todavía no sé dónde. Era una corista, pero me parece que no le han ido muy bien las cosas. Ganó el concurso de pantorrillas de Parker City, y vino aquí después de firmar un contrato cinematográfico idéntico al de Marjorie Clune. Cuando descubrió que le habían tomado el pelo, volvió a su trabajo de corista, y también ha hecho de modelo para algunos artistas.

—¿Sin dejar de tratarse con Frank Patton? —preguntó el abogado, frunciendo el ceño.

—Sí, señor; aparentemente es de esa clase de muchachas que saben tomarse las cosas tal como vienen. Se dio cuenta de que Patton trataba de ganarse la vida con aquella estafa, y tal vez opinó que no se le podía censurar por eso. Pensando de este modo, se franquearía con él, pidiéndole que la ayudase como mejor pudiera a salir del paso y escapar de la miseria que aquí la esperaba. Por lo menos, así nos lo explicamos nosotros, de acuerdo con los datos conseguidos por mediación de los amigos de la joven.

—¿Y espera usted que regresará a su casa hacia las ocho de esta noche? —preguntó Mason.

—Sí, a esa hora, o tal vez un poco antes.

—¿Cree usted que esta muchacha le dará la dirección de Frank Patton?

—Estoy seguro de conseguirla. He preparado a uno de mis mejores agentes, quien la está esperando para cazarla en cuanto se presente. La convencerá fingiéndose interesado a caer en esta ciudad, atraído por falsas promesas; ese chico sabe hablar bien, y representará su estudiada comedia a las mil maravillas.

—Muy bien —contestó Perry Mason, sacando un hermoso cigarro «Marlboro» de un departamento especial que tenía en uno de los cajones de su mesa—; esto va marchando.

—No se apresure a entusiasmarse —dijo el detective—. Todavía no ha llegado ese momento.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que me gustaría saber exactamente qué piensa usted hacer cuando hayamos encontrado a Frank Patton —repuso Paul Drake.

El abogado se encaró con el detective, adoptando una expresión más dura que el granito.

—Cuando hayamos encontrado a ese hombre —dijo lentamente—, le voy a aplastar.

—¿Quiere usted explicarme de qué modo?

—Aún no lo sé —contestó Perry Mason—. El elemento sorpresa hará aquí un gran papel. Comprenderá usted, amigo Paul, que si bien este timo le ha resultado de un modo magnífico hasta ahora, puede llegar el momento de torcerse las cosas. Todo consiste en el modo cómo se intente, y precisamente ahí es donde fracasan la mayoría de los procesos criminales. Los fiscales se espantan en cuanto se ven frente a un caso en el que se trata de probar la existencia de un fraude o de un intento de estafa. Bien considerado, cualquier timo es un hecho criminal. Sin embargo, la criminalidad se ha de establecer apoyada en una duda razonable. Y es bastante difícil encontrar pruebas o testimonios demostrativos de las malas intenciones que puedan existir en la mente de un hombre, si no se cuenta con otros elementos para fundamentar en dudas razonables el supuesto intento de estafa. Por consiguiente, lo que yo necesito, en nuestro caso, es conseguir una confesión de ese hombre. Me hace falta obligarlo a traicionarse a sí mismo, a admitir que todo su plan

no era sino un timo bien pergeñado, a declarar que sus intenciones, desde el principio al final, consistían en defraudar a los comerciantes con quienes hacía el pretendido negocio y a la muchacha favorecida con el falso contrato cinematográfico. Y para conseguir todo esto, hemos de aplastarlo por sorpresa, hemos de atraparlo cuando no esté en guardia y hacerle perder el equilibrio antes de que pueda darse cuenta de lo que haya de cierto o de fanfarronería en las muchas cosas que aseguremos poder probarle en nuestra acusación.

—De lo cual deduzco que para esto nos estorbará la presencia de Bradbury, ¿no es así?

Perry Mason contempló atentamente a Paul Drake.

—La deducción está bien hecha —dijo el abogado—. Por ahora no necesitamos explicar al señor Bradbury ningún detalle acerca de nuestras gestiones.

El timbre del teléfono de su escritorio empezó a sonar. La voz de Della Street dijo, cautelosamente:

—J. R. Bradbury acaba de llamar y está al aparato, esperando una respuesta. Según dice, se ha enterado de que usted ha vuelto a esta oficina al salir del Palacio de Justicia, y anuncia que vendrá hacia acá, a menos de poder hablar con usted por teléfono.

—Contéstele —dijo Mason— que ahora mismo acabo de entrar por la puerta, pero que estaré muy ocupado durante cinco minutos, al cabo de los cuales puede llamarme, y entonces hablaré con él; dígame que no debe venir por aquí hasta que yo se lo indique. ¿Se ha enterado usted bien?

—Admirablemente, jefe —contestó la joven secretaria.

El abogado colgó el receptor en su sitio y levantó la vista hacia Drake.

—Este prójimo se nos va a convertir en un estorbo de primera categoría.

—¿Quién, Bradbury? —preguntó el detective.

—Sí, señor, Bradbury —repuso Perry Mason.

—Pues parece bastante amable —comentó Drake.

El abogado asintió al comentario, sin decir palabra.

—Supongamos que Bradbury me llame. ¿Qué puedo decirle? —preguntó el detective.

—Explíquele que usted me ha puesto al corriente de todas sus

gestiones y descubrimientos y que yo le he encargado, por el momento, el mayor secreto acerca de esta información.

—Según veo, usted insiste en que yo me niegue a decirle algo, ¿verdad?

—En efecto, ésa es mi opinión. ¿Le extraña a usted?

—Me figuro que no le gustará mucho mi actitud.

—No se preocupe y écheme la culpa —dijo Mason—. Y ahora fíjese bien en mis deseos: necesito que usted esté dispuesto a salir volando conmigo hacia donde se halla Patton, tan pronto como logremos dar con él. Usted debe estar preparado para ayudarme en mi juego, aunque de momento yo lleve la delantera.

—No me preocupa mucho eso —replicó Drake—, sino la situación en que yo quedaré ante mi cliente. En realidad, yo he logrado recoger varios informes, en un asunto encargado por él, y ahora rehúso proporcionárselos.

—Pero eso ocurre después de habérmelos dado a mí —le dijo el abogado—, y yo tomo toda la responsabilidad de su silencio.

El timbre del teléfono volvió a sonar.

Perry Mason arrugó la frente al oírlo, levantó el receptor y dijo:

—¿Qué pasa ahora?

—Me convendría entrar en su despacho. ¿Puedo hacerlo? —preguntó Della Street.

—Desde luego —le contestó él, dejando caer de nuevo el receptor en su sitio. Después se reclinó casi inmóvil en su sillón, clavando los ojos en la puerta de la oficina exterior.

Ésta se abrió, y Della Street deslizóse como una sombra en el despacho de su jefe.

—El doctor Doray está ahí fuera —le anunció tranquilamente—. Insiste mucho en que necesita verlo a usted. He creído conveniente ponerlo en su conocimiento antes de que pueda llegar Bradbury.

Perry Mason entornó los ojos en actitud pensativa, volviéndose después rápidamente hacia Paul Drake.

—¿Hay algo más, Paul? —preguntó.

—Yo ya había terminado —repuso el detective—. A las ocho de la noche, poco más o menos, espero tener nuevas noticias. ¿Estará usted a esa hora aquí, en su despacho?

Mason inclinó afirmativamente la cabeza.

—Puede usted salir —le dijo— por esa puerta, que comunica con

el pasillo exterior.

Paul Drake dejó resbalar sus largas piernas del brazo del sillón de cuero al suelo, se puso en pie y encaminóse hacia la puerta indicada.

—Estoy seguro de ser llamado por Bradbury —dijo, antes de salir.

—Dígale lo que antes le he indicado —replicó Mason; y volviéndose hacia Della Street, señaló, con un movimiento de cabeza, en dirección a la oficina exterior.

—Anuncie al doctor Doray que ya puede entrar —le dijo a su secretaria.

Mientras Paul Drake desaparecía por la puerta del pasillo, Della Street franqueaba la entrada al nuevo visitante, sosteniendo abierta la puerta de la oficina exterior.

—Haga el favor de pasar, doctor —le indicó.

Robert Doray era un hombre de elevada estatura con cabello oscuro, ojos negros, pómulos salientes, una boca sin forma determinada y mandíbula que sobresalía agresivamente hacia delante. Parecía dominado por una extraña desconfianza de sí mismo, cuando se detuvo en el umbral de la entrada.

—Entre, entre —le dijo Perry Mason.

El doctor Doray penetró en el despacho, y el abogado le hizo una seña indicándole el gran sillón de cuero.

En cuanto Della Street hubo cerrado tras ella la puerta de la oficina, Perry Mason clavó la mirada sobre el doctor Doray, analizándolo de un modo franco y resuelto.

—¿Puede decirme el motivo de su visita? —le preguntó.

—Usted es el abogado a quien han recurrido para encontrar a Marjorie Clune —contestó el doctor Doray, sin preámbulos.

—¿Quién se lo ha dicho a usted? —quiso saber Perry Mason.

—He aquí una cosa que no puedo explicarle —repuso el doctor Doray, agitándose con cierta inquietud en el gran sillón de cuero.

El abogado se lo quedó mirando.

—Bueno..., ¿y qué? —preguntó.

—Necesitaba que usted me diese algunos detalles —dijo el doctor Doray—. He pensado, además, que acaso me fuera posible encargarle a usted de representar en este asunto los intereses de Margy..., de miss Clune, quise decir. No sé exactamente si el señor

Bradbury le habrá encargado ya, o tal vez...

—Desgraciadamente —interrumpió Perry Mason—, me es imposible aceptar de usted ningún trabajo. Sin embargo, estoy muy interesado en saber cómo llegó a sus oídos la noticia de mi designación como representante legal en este asunto, y qué le ha hecho a usted pensar que fuese el señor Bradbury quien me ha encargado del mismo.

El doctor Doray inició una sonrisa con su desproporcionada boca, pero sus ojos permanecieron oscuros, brillantes y severos.

—¿No piensa contestar a mi pregunta? —inquirió el abogado.

El doctor Doray negó con la cabeza.

—En vista de las circunstancias —dijo Perry Mason, hablando muy despacio—, estoy a punto de pensar que usted anda en tratos con la señorita Maude Elton, la secretaria de la fiscalía.

El doctor Doray pareció abochornado, a la par que se apresuraba a desviar la mirada de sus ojos.

El abogado hizo varios movimientos afirmativos.

—Voy creyendo, señor doctor, que nos comprendemos perfectamente uno al otro —le dijo.

—No estoy yo tan seguro de semejante cosa —replicó Doray—. Lo que sí me gustaría descubrir, pues siento cierta ansiedad por saberlo, es...

—Una cosa que no le puedo decir —concluyó Perry Mason, interrumpiéndole.

El timbre del teléfono empezó a sonar. A la segunda llamada el abogado descolgó el receptor.

—¿Me dispensará un momento? —le dijo al doctor Doray, y después, acercándose al micrófono, preguntó:

—¿Con quién hablo?

La voz de Bradbury llegó por el alambre.

—¿Se ha enterado usted ya de alguna cosa? —preguntó con interés.

—Sí —repuso Perry Mason, con voz velada—, creo que estoy a punto de conseguir algunos informes importantes para usted, y eso será hacia las ocho de esta noche. Me convendría que viniese usted a mi despacho a las ocho y cuarto a lo más tardar. También deseo que traiga consigo la colección de periódicos que usted conserva y que se refieren a este caso.

—¿Ha dado usted ya con Patton? —inquirió Bradbury, mostrando gran interés.

—Todavía no —dijo Mason.

—¿Ha hablado usted con el señor Drake?

—Sí, señor.

—¿Y Drake no lo ha encontrado tampoco?

—No —contestó el abogado—; sin embargo, me ha informado de sus progresivas gestiones.

—¿Y no puede usted decirme algo más?

—Por el momento, esto es todo. Le ruego que no se olvide de traer los periódicos.

—¿No podría verlo antes de esa hora? —preguntó Bradbury.

—No, señor —dijo Perry Mason—, pues estoy muy ocupado. Ya nos veremos esta noche.

—¿Estará usted ahí cuando yo llegue?

—Lo ignoro. Si no me encuentra en mi oficina, le ruego espere hasta que yo le telefonee, indicándole dónde podemos reunirnos, o hasta que regrese a mi despacho.

—Es que necesito hablar con usted —dijo Bradbury, recalcando mucho las palabras.

—Ya hablaremos esta noche —le repuso Mason—. Hasta luego.

Y se apresuró a colgar el receptor, cortando la comunicación.

Los negros ojos de Doray relucían como si estuviese atacado de fiebre.

—¿Hablabas usted con Bradbury? —preguntó con ronca voz.

El abogado no quiso contestar, limitándose a sonreír. Después continuó:

—Le estaba diciendo a usted, señor doctor, que a mi juicio nos comprendemos perfectamente el uno al otro. Y ya sabe usted que no puedo decirle nada. No obstante, le agradecería dejase su dirección a mi secretaria.

—Ya lo he hecho —replicó el doctor Doray—. No tuve más remedio que dársela para conseguir que me anunciase a usted. Resido en el Hotel Midwick. El número de teléfono es el 36921 de la central Grove.

—Muchas gracias —dijo Perry Mason, levantándose y señalando la puerta de comunicación con el pasillo exterior.

—Puede usted salir por aquí —le indicó.

El doctor Doray se puso en pie, pareció dudar por un momento y respiró con vehemencia, como si estuviese a punto de decir algo y no se atreviera; luego, debió de cambiar la idea, pues se volvió, encaminándose hacia la salida.

—Buenas tardes, señor abogado —murmuró.

—Buenas tardes, señor doctor.

Un brusco portazo dio fin a la entrevista.

Perry Mason descolgó el receptor de su teléfono.

—Della —le dijo a su secretaria—, necesito que se quede usted en la oficina hasta las ocho y cuarto de esta noche; tal vez acabemos un poco antes de esa hora. Tenga dispuestos un buen número de lápices recién afilados y un cuaderno de taquigrafía en blanco. Podría ser que tomara una declaración importante.

—¿Alguna confesión de culpabilidad? —preguntó ella.

—Tal vez sea tan importante como eso —le replicó el abogado, sonriendo ceñudamente conforme dejaba el receptor en su sitio.

Capítulo 4

Perry Mason sacó un llavín del bolsillo, abrió con él la puerta de entrada de su oficina y encendió las luces. Después echó una mirada a su reloj de pulsera. Eran precisamente las seis menos diez minutos. Descorrió el pestillo de la puerta que daba acceso al despacho exterior, lo cruzó a grandes pasos, abrió la puerta de su despacho particular y encendió también la lámpara de este último. Sentándose en una esquina de su escritorio, descolgó el receptor del teléfono. Un prolongado zumbido le demostró que Della Street había dejado el aparato conectado con la línea exterior en el pequeño cuadro de maniobra que la secretaria tenía en su mesa. Perry Mason marcó en el cuadrante de su teléfono el número que había visto apuntado por Della Street en una hoja de las que figuraban en la carpeta de «El caso de las piernas bonitas». Su memoria para los números de los teléfonos era casi fotográfica y sus dedos actuaron de un modo rápido y sin la menor pausa de duda.

—Aquí el Hotel Mapleton —oyó decir a una voz de mujer.

—Quisiera hablar con el señor J. R. Bradbury, que ha venido de Cloverdale —dijo el abogado.

—Espere un instante.

Durante un rato el receptor hizo una serie de ruidos extraños; luego, se oyó el «clic» de una conexión, y una voz de mujer que decía:

—¿Quién es?

—Pregunto por el señor Bradbury —contestó Perry Mason.

—Llame a la habitación 693 —replicó aquella voz de mujer, con un tono muy irritado, y tras estas palabras oyóse el ruido de un receptor que caía bruscamente en su horquilla, al otro extremo de la línea.

En aquel momento oyó cómo se abría y se volvía a cerrar la

puerta de entrada de su oficina exterior. Perry Mason levantó la mirada. El receptor telefónico continuaba dejando oír la canción de sus inarmónicos ruidos. Una sombra cortó la cinta de luz que se formaba en el borde inferior de la puerta del despacho de Perry Mason; segundos después abríase.

El abogado dejó caer el receptor en su sitio.

—¡Hola, señor Bradbury! —le dijo al que entraba—. Precisamente le estaba llamando a usted.

Bradbury se adentró en el despacho, sonriendo con suavidad.

—¿Querrá usted decirme qué ha conseguido hasta ahora? —le preguntó al abogado.

—Pues aún no he conseguido nada —repuso Mason.

—¿Todavía no? —insistió Bradbury.

—Ya se lo he dicho.

—Esta tarde llamó Paul Drake. Me dijo que usted le había dado instrucciones en el sentido de que sólo le comunicase a usted mismo todos los informes que lograse descubrir, y que usted se hacía responsable ante mí de semejante decisión.

Perry Mason tamborileó un poco los dedos de la mano derecha sobre el tablero de su mesa.

—Seamos francos de una vez y por completo, amigo Bradbury —dijo el abogado—. Usted me ha encargado de representar sus intereses. Esto quiere decir que yo soy su abogado, pero no un empleado de usted. Me hallo en la misma situación que ocuparía un cirujano escogido para operarlo a usted. Si este caso se le presentara a usted no se le ocurriría tratar de indicarle cómo habría de hacerle la operación.

—Muy bien dicho, y no soy yo quien proteste de ello —replicó Bradbury sonriendo—. Usted conoce bien su oficio. Antes de venir aquí, ya me había procurado yo informes muy completos acerca de usted. Por consiguiente, todo lo que me diga merecerá mi aprobación.

Perry Mason exhaló un suspiro de alivio.

—Esto simplifica mucho nuestro problema —comentó.

Y sacando un cigarrillo del cajón especial de su mesa, se volvió hacia Bradbury, ofreciéndoselo. Este último movió su cabeza, mientras buscaba algo en uno de los bolsillos de su chaleco.

—Gracias —le dijo el abogado—, pero prefiero fumar uno de

mis cigarros.

—Ha venido usted muy pronto —dijo Perry Mason.

Bradbury señaló hacia un ejemplar de la revista «Liberty», que asomaba bajo su brazo izquierdo.

—He comprado esto para entretenerme —dijo—. Acaban de recibirlas en el puesto de abajo. No quiero molestarlo a usted en lo más mínimo; me sentaré en la oficina exterior, a leer este periódico. Usted puede emprender cualquier trabajo que tuviera pensado despachar, en este rato.

Perry Mason se levantó de su sillón y, apartándose del escritorio, se dirigió hacia la puerta del despacho exterior.

—Eso mismo le iba a indicar yo —le dijo a Bradbury—. Tengo algunos asuntos en los que he de trabajar un rato sin que nadie me distraiga. Ya lo llamaré a usted tan pronto como pueda recibirlo.

Bradbury asintió con un movimiento de cabeza, mientras sus penetrantes ojos se clavaban en Perry Mason.

—¿Cree usted que será capaz de reunir suficientes pruebas para basar en ellas una querrela criminal? —le preguntó al abogado, antes de salir de su despacho.

—No lo creo posible —le contestó Perry Mason— hasta que demos con algo en qué apoyarnos. No se puede formalizar un proceso sin contar con pruebas. Y aún no he conseguido reunir todas las necesarias.

Bradbury salió de la oficina exterior. La puerta cerróse tras él. Perry Mason se puso a leer un ejemplar de las últimas «Sentencias del Tribunal Supremo», entreteniéndose diez minutos en esta lectura; luego se acercó suavemente de puntillas a la puerta que comunicaba con el despacho exterior, abriéndola de repente y mirando hacia afuera.

El señor Bradbury estaba sentado en una de las sillas colocadas a la derecha del escritorio de Della Street, ensimismado en la lectura de su periódico. Ni siquiera levantó la vista. El abogado volvió a cerrar la puerta, acompañando con sumo cuidado los movimientos del pestillo, de modo que éste no hiciese el menor ruido.

Se volvió hacia su escritorio, desvió las «Sentencias» hacia un lado y se puso a fumar, en actitud silenciosa y contemplativa.

El teléfono llamó.

Perry Mason aplicó el receptor a su oído, con un ligero

movimiento.

—Habla usted con Mason —dijo.

La voz de Paul Drake resonó en sus oídos.

—¡Bravo, Perry! He cambiado impresiones con el individuo a quien envié al departamento de esa mujer, encargándole que la esperase hasta que regresase. Ya tiene todos los informes que necesitamos.

—¿Y sabe usted dónde se halla Patton? —preguntó el abogado.

—Sí, ya lo hemos localizado; y estamos bien seguros de que se encuentra en el departamento en que habita. Además, hemos conseguido una buena ración de informes relativos al timo que él explota, acaso los suficientes para convencerlo de que podemos iniciar una querrela criminal contra él. Vive en los Departamentos Holliday, que están ahí, en la Avenida Marple..., en el número 3508 de esta avenida. Él ocupa el departamento 302. He estado allí y he pasado revista a todo. Se trata de una casa de departamentos que pretende poseer un buen servicio de hotel, pero que no lo tiene tan bueno como pretende ni mucho menos. Hay un ascensor automático y un despacho en el vestíbulo de entrada. Algunas veces puede verse a alguien haciéndose cargo de este despacho, mas no ocurre eso muy a menudo. Me figuro que no tropezaremos con muchos inconvenientes para entrar allí sin ser anunciados. Podemos amenazarlo con un proceso criminal en tercer grado y es muy probable que consigamos arrancarle una confesión.

—Bien —dijo Mason—. ¿Dónde está usted ahora?

—Le telefono a usted desde una droguería que se halla en la esquina de la Novena Avenida con la calle Olive. Estoy dispuesto a empezar en cuanto usted llegue. Creo que sería conveniente que trajese usted consigo a Della Street; probablemente nos servirá para extender la declaración.

—No —replicó Perry Mason—, no quiero llevarla conmigo ahora mismo. No me gusta obligarle a presenciar el modo como vamos a tratar a ese individuo. La tendré preparada en un sitio desde el cual podrá tomar un taxi y reunirse con nosotros al minuto de haberla avisado por teléfono.

—Entonces, ¿vendrá usted aquí, a reunirse conmigo? —preguntó Paul Drake.

—Sí, señor; no se mueva de ahí. Estaré con usted dentro de diez

o quince minutos, tal vez antes.

Perry Mason dejó caer el auricular telefónico en su sitio, hizo una pausa momentánea, frunciendo el entrecejo pensativamente, y luego atravesó su despacho y abrió la puerta que conducía a la oficina exterior.

Bradbury levantó la mirada de su revista, en actitud expectante.

—¿Tardará usted todavía mucho rato en poderme recibir?

—No, no mucho —contestó Mason—. Della Street no ha venido todavía, por lo que veo.

Bradbury echó una mirada hacia el inmediato y vacío sillón de la secretaria.

—¿Necesita usted alguna cosa que yo le pueda hacer? —preguntó—. Estoy deseoso de ayudarlo en algo. Como usted sabe, yo...

No acabó la frase porque se quedó mirando a Perry Mason con los ojos muy abiertos y una gran consternación en su rostro.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó el abogado.

—¡Estos malditos periódicos! —exclamó Bradbury—. ¡Qué estúpido soy, me he venido aquí sin ellos!

Perry Mason asintió con varias lentas inclinaciones de cabeza.

—Pues me hacen falta —comentó—. Desearía verlos y no veo inconveniente en que retrasemos nuestra entrevista una hora o cosa así. ¿Cuánto tiempo tardará usted en ir a recogerlos?

Bradbury miró su reloj.

—Tal vez en menos de treinta minutos pueda estar de vuelta con ellos —dijo después de calcular un poco—. Un taxi me llevará al hotel en quince minutos y necesitará otros tantos aproximadamente para regresar aquí. En cuanto al tiempo de recogerlos será muy breve porque podría poner mi mano sobre ellos aun sin encender la luz. Recuerdo que hice un rollo con ellos y los dejé encima de la cama.

—¿Y no los envolvió en algo? —preguntó Mason.

—No, sólo están enrollados y atados en un cordel.

El abogado movió la cabeza en silenciosa censura.

—Nunca haga eso —indicó—. Cuando se empieza a apretarle las clavijas a un timador tan solapado es necesario tener mucho cuidado con la menor prueba o documento que se posea. Estos periódicos son una verdadera prueba acusadora contra Patton y si

éste se enterase de que usted los posee, liaría todo lo posible por robárselos.

—De todos modos, siempre podemos conseguir nuevas copias en los archivos de las respectivas redacciones de esos periódicos —dijo Bradbury—, pero sentiría perder mi completa colección, porque podríamos presentarla como prueba de cargo, junto con la denuncia, si la tenemos preparada.

—No los necesito para presentarlos como prueba —le explicó Perry Mason—. Me hacen falta para extenderlos en una mesa, ante las narices de ese pájaro, y hacerle ver lo que significan como documentos contra él. De modo que vaya por ellos y tráigalos en seguida.

Bradbury dejó caer al suelo su revista y empezó a andar hacia la salida. En aquel momento, abrióse la puerta y Della Street apareció en el umbral.

—¿Llego tarde? —preguntó.

—No —le dijo Mason—. Es que los demás hemos venido demasiado pronto. En este momento iba a salir, Della.

La joven miró significativamente a Bradbury.

—El señor Bradbury —explicó el abogado— se va a su hotel, para recoger algunos papeles que ha olvidado allí. Regresará con ellos dentro de media hora. Es muy probable que antes de que termine esa media hora reciba noticias mías por teléfono..., en todo caso, no pasará una hora sin que yo dé señales de vida. Espéreme aquí hasta que le telefonee, y tenga preparados un bloque de taquigrafía y algunos lápices. El señor Bradbury volverá a esta oficina y debe esperar aquí instrucciones mías.

El rostro de Bradbury denotaba su ansiedad.

—¿Quiere usted decir, señor Mason, que va a conseguir algo ahora mismo? —le preguntó.

—Tal vez —repuso el abogado.

—Pues mire —dijo Bradbury—; en vista de ello, le telefonearé tan pronto como llegue al hotel, para que si usted sabe ya alguna cosa interesante, me anticipe sus instrucciones.

Perry Mason volvió ligeramente la cabeza, de modo que el significativo guiño de su ojo derecho fuese sólo visible para Della Street.

—Conforme —dijo—. Pudiera ser que me fuese necesario que

usted se reuniese conmigo en algún sitio.

Y se volvió hacia Della Street.

—Me marcho —le indicó a la joven.

—¡Un momento! —exclamó Bradbury—; hay una cosa que quisiera consultarle.

Perry Mason miró impaciente a la puerta.

—¿Le ha visitado a usted el doctor Doray? —preguntó Bradbury.

—Sí —repuso el abogado—, ha venido por aquí. ¿Por qué lo quiere saber?

—Supongo que usted no habrá aceptado ningún encargo suyo, ¿verdad?

—No, desde luego que no. He sido fiel al compromiso que tengo con usted. Yo no trabajaré para él en ningún caso.

—Es decir —aclaró Bradbury—, a menos que yo lo consienta.

Mason asintió con una inclinación de cabeza, preguntando:

—¿Por qué dice usted eso?

—Necesito advertirle —explicó Bradbury— que Doray es un hombre algo raro. Cuando usted conozca a Marjorie Clune, no se olvide de esto; y cualesquiera que sean las circunstancias, procure que Doray no se entere de dónde se halla Patton, si usted logra dar con su paradero.

—¿Qué significan sus palabras? —preguntó Mason—. ¿Teme usted que Doray pueda cometer alguna violencia?

—Estoy completamente seguro de que la cometería —afirmó Bradbury—. He tenido ocasión de enterarme de algunas amenazas que él ha proferido.

—Bien —replicó Mason—. No hace ninguna falta que usted se precipite, señor Bradbury; tiene tiempo de sobra para ir a buscar esos periódicos. Por lo menos dispone de una media hora, pero como yo daré noticias por teléfono a esta oficina, usted puede llamar y estar al corriente de lo que ocurra.

Y con paso firme, el abogado salió al pasillo y cerró la puerta de golpe tras él, dejando a Bradbury inclinado sobre el escritorio de Della Street, mirándola con profundo interés mientras le ofrecía un cigarrillo.

Capítulo 5

Perry Mason dejó el taxi en la esquina de las calles Novena y Olive.

—Lo necesitaré a usted dentro de un rato —le dijo al chófer—. No se aleje mucho de aquí.

Cruzó la calle, entró en una droguería, encontrando en ella a Paul Drake, que se apoyaba contra el plafón de mármol del mostrador del bar mientras fumaba un cigarrillo.

—Ha tardado usted bastante en llegar aquí —comentó el detective.

—Es que Bradbury estaba en mi oficina —le dijo Mason— y se empeñó en explicarme unas cuantas cosas acerca de Doray.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó Paul Drake.

—Allí lo he dejado, ofreciendo a Della Street uno de sus cigarrillos —repuso el abogado—. Por cierto, que lo hacía de un modo muy especial.

Los dos hombres se miraron entre sí y lanzaron una carcajada.

—¡Bueno! —dijo el detective—, yo no sé lo que pensará usted acerca de este hombre, pero, por lo que yo he podido observar, estoy asombrado de lo impresionable que es. Al menos ésa es la consecuencia que yo he sacado después de conocerlo un poco. Personalmente, creo que es uno de esos hombres que van por el mundo convencidos de que son irresistibles para las damas. ¿Se fijó usted en el modo estúpido como le sonreía a la joven del despacho de cigarros?

Perry Mason contestó con una leve inclinación de cabeza.

—Sin embargo —continuó diciendo Paul Drake—, no se merece que lo censuremos. Por lo visto, se trata de un soltero cargado de dinero. Ya se habrá dado usted cuenta de la manera cómo va vestido. Su corbata le debe haber costado más de cinco dólares. Y

lleva un terno que es una maravillosa obra maestra. No le digo nada del tono castaño y del dibujo del paño, que han sido escogidos con sumo cuidado y exquisito gusto. Es imposible encontrar nada que le vaya mejor para su tipo. Además, fíjese en sus calcetines, en los zapatos, en la corbata, en la camisa..., en todo lo que lleva con arreglo a un conjunto bien estudiado en su color y...

Perry Mason le interrumpió con un gesto de desagrado.

—Hablemos de otra cosa —dijo—. Vamos a ocuparnos de nuestro asunto. ¿Qué hay de Patton?

—Pues no sé mucho más de lo que le he dicho por teléfono, pero me gustaría combinar con usted un plan de campaña.

—Muy bien —repuso el abogado—; he aquí mi plan de campaña. ¿Ha traído usted su coche?

—Sí.

—Entonces, suba en él y vaya a los Departamentos Holliday. Yo tengo un taxi esperándome aquí cerca; lo utilizaré para este recorrido. Usted podrá correr algo más en su automóvil que yo en el taxi, de modo que convendría me diese unos cinco minutos de ventaja; yo llegaré allí antes que usted y romperé el hielo. Entonces entrará usted en el departamento sin llamada previa. Yo procuraré arreglar las cosas de modo que la puerta quede abierta.

—¿Y qué hago yo después de haber entrado? —inquirió Paul Drake.

—Pues me sigue usted la corriente —contestó Perry Mason—. Yo empezaré asustándole todo lo que pueda. Y, una de dos, él se dejará intimidar o adoptará una actitud de justa indignación. Usted se enterará de cuál de ambas soluciones ha adoptado, en cuanto abra la puerta y le vea la cara. Puede usted simular que no tiene nada que ver conmigo, si así le parece mejor; lo dejo en libertad de escoger la postura que más le agrada. Bradbury volverá a mi oficina dentro de media hora, trayendo consigo una colección de periódicos que tratan de nuestro asunto y que podremos usar como más nos acomode. Uno de nuestros recursos consiste en decirle que una parte de los suscriptores, cuya lista figura en los periódicos, los consiguió por correo, y que, por consiguiente ha utilizado ese servicio público para cometer un delito de estafa.

—No está mal pensado —comentó Drake—; mas para eso nos convendría llevar ya con nosotros esos periódicos.

—Claro está que sí —replicó Mason—, pero Bradbury se los dejó olvidados en su hotel y yo no quise esperarlo. Della Street está en la oficina preparada para tomar un taxi y reunirse con nosotros tan pronto como consigamos amansarlo un poco. Porque es muy probable que en los primeros momentos se ponga hecho una fiera, y yo no he querido exponer a Della a las molestias de escuchar lo que allí se dirá. Ahora, recuerde que yo me propongo tomarle la delantera y que podemos hacer casi todo lo que nos dé la gana. El fiscal del distrito no puede usar ciertos métodos para arrancar una confesión, pero a nosotros sí nos está permitido utilizar casi todo lo que se nos ocurra para obligarle a declarar. Y, entonces, no será muy difícil hacerle repetir más tarde sus palabras ante el fiscal del distrito.

—¿Y usted va a intentar obligarle a admitir que sus propósitos consisten en estafar? —preguntó el detective.

—En eso consiste el busilis de este negocio —dijo Perry Mason—. Le daremos la lata hasta que nos suelte esa declaración. Y después que la hayamos conseguido, poco nos debe importar lo que ocurra.

—Perfectamente —repuso Paul Drake—, vamos allá. Le doy cinco minutos de ventaja. Necesitará usted unos veinte minutos para llegar a la jaula de nuestro pájaro.

—No creo tardar más de un cuarto de hora —replicó Mason—. Pero, de todos modos, usted espere cinco minutos, arranque entonces y no se preocupe de cómo transcurre el tiempo al otro extremo de su recorrido.

Paul Drake asintió, volviéndose hacia el dependiente del mostrador.

—Sírrame un espumoso de los míos —le ordenó.

Perry Mason, entretanto, salió a la calle y le hizo una señal a su taxi, que se hallaba estacionado en la acera opuesta. En cuanto el coche dio la vuelta y se acercó a él, le indicó al chófer:

—A los Departamentos Holliday, en la Avenida Marple..., en el número 3508, si mal no recuerdo. Apresúrese, que tengo prisa.

Se arrellanó en los almohadones del vehículo, mientras éste se ponía en marcha, y encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del que estaba terminando de fumar. Sentado con toda tranquilidad y en serena actitud, no se notaba en él nada que indicase la menor

tensión o nerviosidad. Daba la impresión de un luchador que entretuviera a su enemigo engañándolo con suprema paciencia, en espera de una oportunidad para acabar el combate con una acometida terrible e imprevista.

En el preciso momento en que apuraba su cigarrillo, el taxi disminuyó su velocidad, acercándose al bordillo de la acera.

Perry Mason se inclinó hacia delante y dio unos ligeros golpecitos en el cristal que lo separaba del chófer. Este se volvió al oírlos, corriendo a un lado el cristal, para poder oír lo que su pasajero deseaba decirle. Y el abogado le indicó amablemente:

—No se pare precisamente enfrente de los Departamentos Holliday. Es mejor que lo haga desviándose media manzana hacia este lado.

El conductor hizo una señal de asentimiento, aprovechó el inmediato cruce de una calle y, entrando en ella, se arrimó a la acera.

—¿Qué le parece aquí? —le preguntó a su pasajero.

—Un sitio magnífico —repuso Mason—. Ahora espéreme; pudiera ser que tardara una hora en volver..., tal vez más todavía. No sé si, en realidad, lo volveré a necesitar, pero si así fuera, le advierto que tendré muchísima prisa. Aquí tiene usted diez dólares. Estacione su coche por aquí cerca y ponga el motor en marcha cada cinco o diez minutos para que no se enfríe. Es posible que tengamos que salir volando hacia algún sitio.

El conductor hizo una mueca y se guardó el billete en el bolsillo. Perry Mason descendió del vehículo, buscando el letrero luminoso que marcaba la entrada de los Departamentos Holliday. Una vez que lo hubo encontrado, golpeó el pavimento con sus tacones, avanzando a zancadas tan rápidas y agresivas como llenas de decisión, y le faltaban sólo unos seis metros para alcanzar el portal cuando vio salir de él a una apresurada joven.

Aparentaba tener poco más de veinte años, iba vestida con una chaqueta blanca, provista de un cuello de piel de zorro y llevaba también zapatos blancos y un blanco sombrero con un adorno rojo en la copa. De figura esbelta y graciosa, había cierta sutil ligereza en sus pasos que la hacía caminar como si se deslizase suavemente sin realizar el menor esfuerzo.

El abogado pudo ver por un instante un rostro muy pálido con

grandes ojos azules; luego, aquella cara se volvió rápidamente hacia el otro lado y permaneció así hasta que se hubo cruzado con Perry Mason, mientras unos menudos tacones resonaban sobre el asfalto.

Mason detuvo su marcha, para contemplarla. Había observado algo así como una sombra de pánico en aquellos ojos azules, y el rostro de la joven se mantenía tan rígidamente desviado de la mirada de él, que muy bien podía tratarse de alguna persona conocida del abogado que trataba de no ser reconocida por éste.

La chaqueta moldeaba muy bien su espalda y su talle, y Perry Mason pudo observar a través del paño el ondulante y armónico ritmo al caminar.

Estuvo contemplándola hasta que desapareció en el primer cruce de calles, y entonces continuó su marcha hacia los Departamentos Holliday.

Había un despacho en el vestíbulo, pero no vio a nadie tras el mostrador. En la pared del fondo de la pequeña oficina aparecían unos estantes divididos en muchos pequeños compartimientos, sobre cada uno de los cuales figuraba el número de una habitación. En algunos de ellos estaban colgadas las respectivas llaves, mientras en otros asomaban hojas de papel o sobres de cartas.

Perry Mason echó una mirada al número 302, y vio que en él no había llave ninguna. Dirigiéndose hacia el ascensor, entró en la maloliente jaula, oprimió el botón del tercer piso y la cabina empezó a subir lenta y ruidosamente hacia la vivienda de Patton.

Cuando el ascensor se detuvo con una brusca sacudida, Mason abrió la puerta y salió a un oscuro pasillo. A los pocos pasos, éste formaba un ángulo hacia la derecha; después, tuvo que girar a la izquierda, y tras recorrer un largo trozo recto, llegó al compartimiento 302. Se disponía a llamar con los nudillos, cuando se dio cuenta de que a la derecha de la puerta aparecía el pulsador de un timbre. Aplicó su dedo pulgar sobre el botón y oyó el zumbido de una sirena eléctrica en el interior del reducido departamento.

Pero nadie respondió a su llamada, ni se notó la menor señal de vida tras la puerta.

Mason esperó un rato y entonces volvió a apretar con el dedo el botón del zumbador eléctrico. Al no recibir tampoco ninguna respuesta, golpeó con los nudillos sobre la puerta. Como observara

que había una luz encendida dentro de la vivienda, se inclinó para mirar por el ojo de la cerradura, mas no pudo ver nada de particular.

Aún aguardó en silencio durante unos pocos segundos más; entonces, ceñudo, apoyó su mano derecha sobre el tirador de la cerradura. Ésta cedió sin resistencia, descorriéndose el pestillo, y abrióse la puerta.

Perry Mason entró en la estancia, encontrándose en una habitación que servía de gabinete y de comedor. A la derecha se veía una pequeña cocina. A la izquierda había una puerta cerrada. La estancia se hallaba vacía aunque sobre la mesa aparecían un sombrero de fieltro, un bastón, un par de guantes grises y dos hojitas de papel.

El abogado se acercó a esta mesa, recogiendo aquellos papeles. Ambos eran recados telefónicos que habían sido recibidos por el portero y que debieron ser colocados en el casillero del pequeño despacho existente en el vestíbulo del edificio, para entregárselo al ocupante del 302, cuando se presentara a recoger su llave.

Uno de los mensajes decía tan sólo: «Señor Patton: llame al teléfono 63891, central Harcourt, y pregunte por Margy. Recado recibido a las seis y cinco de la tarde».

En el otro se leía lo siguiente: «Señor Patton: Dígle a Thelma que Margy llegará con unos veinte minutos de retraso. Recado recibido a las ocho de la noche».

Perry Mason se quedó mirando, con el entrecejo fruncido, los dos trozos de papel; luego, los dejó caer de nuevo sobre la mesa, recogió de ésta el sombrero, que era de fieltro gris, y buscó las iniciales en el borde de la badana. Eran F. A. P.

Después, su mirada se desvió hacia la puerta cerrada que había en la izquierda. Dejó caer la mano derecha sobre el borde de la muy limpia mesa y tamborileó un poco con los dedos. Entonces, como si hubiera llegado a una decisión, se dirigió a aquella puerta, abriéndola bruscamente.

Las luces del dormitorio estaban encendidas, igual que las de la primera habitación que encontrara al entrar. A la izquierda podía verse la puerta del cuarto de baño, a medio abrir. En el ángulo opuesto hallábase el lecho, y detrás de él había una mesita de tocador. El espejo de esta última mostraba, por reflexión, una zona

del suelo que Perry Mason no podía ver desde el umbral donde se había parado.

Y en aquel espejo se vislumbraba un pie humano calzado con una zapatilla y apuntando hacia arriba en una posición algo inclinada. A continuación de la zapatilla aparecía un trozo de pierna desnuda, limitada por el borde de una bata.

Perry Mason se quedó completamente inmóvil durante uno o dos segundos, sin poder sustraer sus ojos a la contemplación de aquella imagen que reflejaba el espejo.

Al fin, desvió la mirada por encima del lecho, y vio sobre él una americana, una camisa y una corbata; cerca de estas prendas, y medio colgando hacia el suelo, estaban los pantalones, todo ello en completo desorden. La americana hallábase muy arrugada, y una de las mangas aparecía doblada hacia dentro; los pantalones colgaban como un guiñapo, mientras la camisa ocupaba el extremo opuesto de la cama.

Debajo de ésta veíanse los zapatos y los calcetines. Los primeros eran de color, modelo Oxford, y los calcetines, grises. Mason se fijó entonces en la corbata; también era gris. Y asimismo eran grises los pantalones y la americana.

El abogado avanzó dentro del dormitorio, pasando por delante del cuarto de baño y dirigiéndose al otro lado del lecho.

Allí se paró, contemplando el cuerpo que yacía en el suelo.

Tratábase de un hombre que aproximadamente habría cumplido los cincuenta años; con el cabello grisáceo, un bigote canoso y muy recortado y un gran lunar en la mejilla derecha.

El cuerpo aparecía apenas cubierto por la ropa interior, con una bata de seda medio echada sobre los hombros; el brazo derecho se hallaba metido en la correspondiente manga de la bata, pero ésta se desviaba del hombro izquierdo y el brazo de este lado asomaba desnudo. Una mano estaba extendida, palma arriba, sobre el suelo, con los dedos agarrotados; la otra descansaba encima del pecho. El cuerpo yacía sobre su espalda y los ojos se entreabrían dejando ver un vidrioso reflejo de muerte.

En la tetilla izquierda de aquel hombre veíase una herida de arma blanca, de la cual había manado sangre en abundancia; aun brotaba de ella un espeso y viscoso líquido de color granate oscuro que teñía la bata y manchaba la alfombra. A tres pasos de distancia

del cadáver se hallaba, tirado en el suelo, un cuchillo de larga hoja, de los que se usan frecuentemente para cortar pan. Este cuchillo tenía el acero de unos siete centímetros de anchura junto al mango, y desde allí iba reduciéndose, en su amplitud, hasta terminar en aguzada punta. La hoja tendría unos veintitrés centímetros de longitud total. Aquella arma mortífera estaba cubierta de sangre y era evidente que había sido arrojada allí después de extraerla de la herida.

Perry Mason se inclinó sobre el cadáver y, teniendo buen cuidado de no mancharse con la sangre, oprimió una de las muñecas del hombre. No se notaba ni la más débil pulsación, pero la muñeca estaba aún caliente.

El abogado echó una mirada a todos los detalles de la habitación, fijándose, sobre todo, en las diferentes ventanas. Una de ellas, situada encima del lecho, se abría sobre una escalera de emergencia para caso de incendio, y en las ropas de la cama se observaban ligeros hoyos, como si una persona se hubiese subido o apoyado en ella, para alcanzar la ventana. Mason examinó la puerta que ponía en comunicación el dormitorio con el pequeño pasillo del departamento; estaba cerrada con llave y tenía, además, un pestillo corrido desde el interior de la habitación. Se sacó su pañuelo y restregó cuidadosamente el tirador de la cerradura, hasta la puerta que conducía desde el gabinete al dormitorio, frotando también su tirador con el pañuelo. Después, hizo lo mismo con el pomo de la puerta que desde la pieza principal daba al corredor general del piso.

Mientras estaba limpiando este último, sus ojos vislumbraron cierto objeto que yacía en el suelo, cerca de uno de los rincones de la estancia. Se acercó a él. Era, según pudo ver, una porra forrada de cuero, como las usadas por los policías, con una pequeña correa en uno de sus extremos, destinada a colgársela de la muñeca.

Se agachó para examinarla, absteniéndose de tocarla, y notó que estaba manchada de sangre.

Tirado en el suelo, cerca de la mesa en que reposaban el sombrero, los guantes y el bastón, hallábase un gran trozo de papel de envolver, de color oscuro, que evidentemente lo dejaron caer y aun se mantenía tieso, reteniendo algo de la forma original del objeto que estuvo envuelto en él.

Perry Mason observó que aquel papel de embalaje estaba plegado como si hubiera servido para envolver el cuchillo que él había visto en la otra habitación.

Abrió entonces la puerta del corredor del piso, teniendo cuidado de manipular la cerradura mediante su pañuelo, de modo que las yemas de sus dedos no dejasen la más mínima señal comprometedora.

Luego, empezó a restregar el pomo exterior de aquella puerta, pero al cabo de un momento pareció cambiar de idea. Saliendo al pasillo, cerró la puerta con su mano derecha, sin hacer el menor esfuerzo para evitar que sus dedos se marcaran sobre el pomo exterior.

Todavía se hallaba entretenido en aquella operación cuando percibió el ruido de la puerta del ascensor y una voz de mujer que decía:

—... y puede usted oírla tan pronto como se acerque a su puerta. Está gritando y riendo a carcajadas y diciendo no sé qué acerca de unas piernas premiadas...

Después se oyeron pasos precipitados en el corredor y una malhumorada voz masculina que murmuraba:

—Es probable que no sea otra cosa sino una mujer que se habrá vuelto histérica por culpa de algún asunto amoroso.

—Pero, además, guardia, yo he oído caer algo al suelo. Y sonó como si fuese el cuerpo de una persona. Fue un golpetazo sordo y trepidante...

Perry Mason miró hacia el otro extremo del corredor. Éste era un pasillo sin salida y no tenía ninguna ventana. Después de echar una rápida ojeada hacia atrás, para ver si alguno de los que llegaban había doblado ya la cercana esquina del corredor, extrajo algunas ganchetas de un bolsillo, escogió rápidamente una de ellas y la insertó en la cerradura de la puerta. Aquella llave maestra cumplió su cometido de una manera breve y suave. El pestillo de la cerradura ocupó su hueco en el marco de la puerta, y el abogado deslizaba ya de nuevo la falsa llave en su bolsillo, cuando un policía de uniforme asomaba por la inmediata esquina del corredor; el guardia se quedó parado de repente al ver a Perry Mason junto a la puerta del 302.

El abogado levantó sus nudillos, dando varios golpes sobre el

plafón de la puerta, sin desviar su mirada de ella, como si no hubiese notado la presencia del policía.

Pero con el rabillo del ojo vio cómo el guardia extendía su brazo izquierdo, cerrando el paso con él a una gordinflona mujer de mediana edad, que acababa de volver la esquina del corredor, inmediatamente detrás del policía.

Perry Mason volvió a golpear sobre los plafones de la puerta, esta vez con gran estrépito; después apretó con el pulgar el botón del timbre eléctrico.

Al cabo de un instante, se volvió con un aire desalentado, levantó la mirada y entonces, en apariencia, vio por primera vez al guardia y a la mujer. Y se quedó contemplándolos, como asombrado.

—¡Un momento, amiguito! —exclamó el policía, avanzando hacia él—. Usted y yo tenemos que hablar.

Perry Mason permaneció tranquilo e indiferente.

El polizonte se volvió hacia la mujer.

—¿Es éste el departamento? —le preguntó.

La mujer asintió con la cabeza.

El abogado volvió el rostro hacia la mujer. Ésta llevaba un traje bastante arrugado y unos viejos zapatos e iba sin medias. Su pelo aparecía despeinado y revuelto. En su rostro no había el menor vestigio de maquillaje.

—¿Qué buscaba usted aquí, amiguito? —preguntó el agente.

Perry Mason volvió su cabeza hacia la puerta del 302 y repuso:

—Quería ver al hombre que vive aquí.

—¿Y quién es el hombre que vive aquí? —inquirió el guardia.

—Se llama Frank Patton —dijo el abogado—; mejor dicho, tengo razones para creer que éste es su nombre.

—¿Y para qué quería verlo?

—Para hablar con él acerca de un negocio.

El policía se volvió hacia la mujer, preguntándole:

—¿Conoce usted a este hombre?

—No —contestó ella—. Nunca lo he visto antes de ahora.

Perry Mason frunció el entrecejo, mostrándose irritado.

—No sé por qué necesitan preocuparse acerca de quién sea yo —les dijo.

Y sacando de su bolsillo un tarjetero de piel, tomó una de sus

tarjetas profesionales, entregándosela al policía.

Éste la leyó, y en su voz hubo una nota de respeto cuando le dirigió la mirada y le dijo:

—¡Oh! Es usted Perry Mason, el famoso abogado, ¿verdad? Ya lo he visto a usted en el Palacio de Justicia. ¡Ahora lo recuerdo!

Mason hizo señales de asentimiento con la cabeza, sonriendo amablemente.

—¿Hacía mucho rato que estaba usted llamando en este departamento? —preguntó el guardia.

—No mucho..., tal vez un minuto, acaso un poco más —repuso el abogado.

—¿Y no hay nadie en la vivienda? —inquirió el agente.

—No he podido oír el menor ruido —contestó Mason—, lo cual es extraño, porque tengo muchas razones para suponer que Patton está dentro. He apretado el botón del timbre, pudiendo comprobar que el aparato sonaba dentro. Después, golpeé en la puerta, pero sin conseguir ninguna respuesta. Pensé que tal vez se encontraría en alguna habitación alejada o cambiándose de ropa o algo por el estilo, por lo cual esperé un corto rato, volviendo después a llamar. Precisamente empezaba a impacientarme cuando usted ha llegado.

—Esta señora —explicó el policía— ha oído a una muchacha que lanzaba gritos histéricos ahí dentro, y después dice que escuchó cierto golpetazo sordo, como si alguien se hubiese caído al suelo. ¿Usted no ha oído algo de todo esto?

—No —repuso el abogado—. ¿Cuánto rato hace que usted oyó esos ruidos? —le preguntó a la mujer.

—Pues no mucho —replicó ella—. Yo estaba en la cama. No me encontraba muy bien y me acosté temprano. Al oír ese golpe, después de los gritos, salté del lecho, me puse un traje y unos zapatos cualesquiera y salí en busca del guardia. Lo he traído hasta aquí arriba, tan pronto como lo encontré.

—¿Ha mirado usted si la puerta está abierta? —preguntó el agente.

—Sí, he intentado abrirla, pero me parece que está echada la llave —contestó Perry Mason—. Aunque tal vez no haya hecho girar lo suficiente el pomo de la cerradura, para comprobar si de veras está cerrada con llave; me limité, casi, a comprobar si se abría empujando un poco. Debo manifestarle a usted, guardia, que estoy

muy interesado en descubrir lo que ocurre aquí. Siento ansiedad por ver a Frank Patton. Si, en realidad, está ahí dentro, me gustaría mucho poderlo ver.

El policía miró hacia la mujer, contemplándola ceñudo; después, avanzó hacia la puerta del 302, llamando con sus fuertes nudillos. Como no recibiera ninguna respuesta, tomó su porra y dio con ella varios violentos golpes sobre la puerta. Después intentó abrirla.

—Está echada la llave —comentó.

Volviéndose hacia la mujer, le preguntó:

—Usted ocupa el departamento de enfrente, ¿no es así?

Ella contestó con una inclinación de cabeza.

—Vamos allá —dijo el agente—. Me gustaría telefonar al encargado del edificio, para ver si tiene alguna llave maestra y nos puede franquear el paso.

Perry Mason miró, impaciente, a su reloj de pulsera, encarándose después con la mujer.

—¿Cree usted que habrán pasado ya diez minutos desde que oyó esos ruidos ahí dentro? —le preguntó.

—Una cosa así, me parece a mí —repuso ella.

—¿Quiere usted explicarme exactamente lo que oyó?

—Pues oí a una muchacha que sollozaba. Decía algo referente a unas piernas premiadas, o acerca de que sus pantorrillas habían sido favorecidas con algún premio.

—¿Y hablaba en voz muy alta? —preguntó Mason.

—Sí, señor, ya sabe usted cómo chilla una mujer cuando le da un ataque de nervios...: pues así. Suspiraba y gemía entre palabra y palabra.

—¿No pudo usted oír bien todo lo que dijo?

—No, señor.

—Después de eso, ¿qué oyó usted?

—Entonces, sonó un gran ruido sordo, como si soltaran un saco, dejándolo caer en el suelo, o como el que produciría un cuerpo humano al desplomarse.

—¿Y no oyó usted si entraba alguien en el departamento?

—No, señor.

—¿Tampoco oyó salir a nadie?

—No, señor. No sé cómo quiere usted que yo pudiese oír tantas cosas. Me explicaré: dada la forma en que ese departamento está

situado, con relación al mío, yo puedo oír los sonidos que salen por la ventana del cuarto de baño, pero no todo lo demás que ocurra en el interior.

—Sin embargo, usted oyó el estrépito producido por una violenta caída, ¿no es así?

—Sí, señor; como que hasta trepidaron los cuadros que tengo colgados en las paredes.

—¿Y usted se pudo dar cuenta de que esa muchacha sollozaba y se refería a la suerte de sus piernas?

—Sí.

—Entonces, es que ella debía de hablar desde el cuarto de baño..., ¿no le parece?

—Yo creo que era allí donde estaba.

Perry Mason miró al policía.

—Bien —le dijo—, supongo que a mí no me queda nada que hacer en este mundo. Sí, en efecto, hay alguna mujer mezclada en lo ocurrido, parece que ahora ya no está aquí y, de todos modos, yo he de ver pronto a otro hombre. Por lo tanto, me voy a mi oficina.

—¿Podré encontrarlo a usted allí a cualquier hora? —preguntó el guardia—. No sería difícil que le necesitase como testigo. Yo no sé lo que ha pasado aquí. Tal vez nada de particular... aunque no me gusta ese detalle del porrazo que hizo vibrar hasta los cuadros colgados de la pared.

Perry Mason asintió a sus palabras con un leve movimiento de cabeza, al mismo tiempo que le tendía su mano, en la que llevaba un billete de cinco dólares doblado entre los dedos y sujeto en tal forma, que el agente podía verlo, pero la mujer no.

—Sí, señor —dijo en contestación a la pregunta del guardia—. A mí se me puede encontrar en la oficina a cualquier hora. Aunque, en este caso, yo no puedo servir de testigo, porque no sé nada. No se ha producido el menor ruido desde que yo llegué aquí arriba. El departamento ha permanecido tan silencioso como lo está ahora.

El policía recogió el billete de cinco dólares, haciéndolo resbalar de entre los dedos de Perry Mason.

—Perfectamente, señor abogado. Lo buscaremos a usted, si lo necesitamos para alguna cosa. Voy a procurarme ahora una llave maestra y veremos, de todos modos, qué aspecto presenta el interior de esta habitación.

La mujer sacó una llave de su bolso y abrió la puerta opuesta al 302. El guardia se apartó a un lado de ella, para dejarla entrar, y después penetró él y cerró. Perry Mason avanzó a buen paso, alejándose por el pasillo, y no se preocupó de esperar al ascensor, sino que se precipitó escaleras abajo, saltando de dos en dos los escalones. Al llegar al vestíbulo de la casa de departamentos, redujo su marcha a la de un tranquilo paseante; sin embargo, en el despacho del portero no había nadie.

El abogado volvió a acelerar su marcha en cuanto salió del edificio, acercándose a su taxi.

—Siga derecho por esta misma calle —le dijo al chófer—. Y en cuanto haya recorrido una docena de manzanas, fíjese si ve algún sitio desde el cual pueda yo telefonear..., porque no quiero hacerlo desde ningún lugar de estas vecindades.

El conductor hizo una señal de asentimiento.

—Tengo el motor calentito y todo está dispuesto para salir pitando —le dijo, y cerrando de golpe la portezuela, mientras el abogado se acomodaba en los almohadones del asiento posterior, hizo arrancar el taxi con una brusca sacudida. Después de correr a gran velocidad durante ocho o diez manzanas, disminuyó la marcha, frenando.

—¿Qué le parece esa droguería de la esquina? —le preguntó a su pasajero.

—¡Estupenda! —repuso Mason.

El coche se arrimó a la acera, deteniéndose junto a un poste en el que había un timbre de alarma para casos de incendio.

—Dejaré el motor en marcha, ¿verdad? —dijo el chófer.

—Como le parezca —contestó el abogado—. Tal vez tenga que esperar un buen ratito.

Y, entrando en la droguería, buscó la cabina del teléfono, depositó en éste una moneda y se puso a marcar el número de su oficina.

La voz de Della Street respondió a su llamada.

—¿Está Bradbury ahí? —preguntó Mason.

—En este preciso instante, no —repuso ella—; pero llegará dentro de pocos momentos. Me ha llamado desde el Hotel Mapleton, hará unos quince minutos; dijo que ya tenía los periódicos y que, además, pensaba traer consigo algunos otros

papeles, como unas cartas que habían sido recibidas en la Cámara de Comercio, varios contratos de los que fueron usados por los industriales de su ciudad, unas muestras de las acciones del negocio y un montón de cosas por el estilo. Preguntó si me parecía a mí que esos papeles le serían a usted tan útiles como los periódicos. Dijo que lo traería todo en una cartera.

—¿Y qué le contestó usted? —quiso saber el abogado.

Se oyó reír a la joven.

—Yo no sabía si usted los necesitaba o no —dijo ella—, pero me figuré que lo más conveniente era aprovechar la oportunidad de conservar nosotros esos documentos antes de que pudieran extraviarse o ser robados, de modo que le confirmé la conveniencia de traerlos aquí. Y se puso en marcha hacia este despacho..., ahora mismo entra.

—¿Quiere decirle que se ponga al aparato? Necesito hablar con él —replicó Perry Mason.

El abogado pudo oír las palabras que su secretaria le dijo al recién llegado, las cuales llegaban débilmente por la línea telefónica.

—El señor Mason estaba comunicando conmigo, señor Bradbury —decía la joven—, y me acaba de manifestar que necesita hablar con usted. Puede Utilizar ese aparato que está ahí, encima de la mesa.

Luego, se oyó el chasquido de la conexión establecida por Della; después, la ansiosa voz de Bradbury, que decía a través del hilo:

—Señor Mason..., señor Mason..., ¿me oye usted? ¿De qué se trata?

La voz del abogado fue baja, pero impresionante, al responder.

—Escúcheme bien, amigo Bradbury; le voy a decir a usted algo muy importante, mas quisiera que recibiese la noticia sin alborotarse.

—¿Sin alborotarme? —preguntó Bradbury, sorprendido—. ¿Y por qué he de alborotarme?

—Cállese —le ordenó Mason—, y estése tranquilo y quieto hasta que yo le haya explicado cuál es la situación actual. Límitese a responder sí o no a mis preguntas. No quiero que mi secretaria se entere de lo que estamos hablando. ¿Me comprende usted?

—Sí —repuso Bradbury.

—¿Ha estado usted en su hotel?

—Sí.

—¿Recogió los papeles?

—Sí.

—¿Los tiene usted ahí consigo?

—Sí.

—Y además ha traído usted una cartera con algunos otros documentos, ¿no es cierto?

—Sí.

—La cartera de que usted habló por teléfono a mi secretaria, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien —dijo Mason—. Pues nosotros hemos dado con Frank Patton, hace muy poco rato.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó Bradbury, y su voz era penetrante, a causa de la excitación producida por la noticia—. ¿Qué me dice usted? Supongo que le he entendido bien..., usted me ha dicho que lo había encontrado ya...

—¡Cállese! —bramó Mason con furia ante el teléfono—. Reflexione y use el cerebro que tiene en su cabeza. Ya le he advertido antes que estuviera tranquilo, sentado y escuchando. ¡Haga el favor de no venirme con más exclamaciones!

Hubo un momento de silencio. Después, la voz de Bradbury, mucho más reducida en su tono, dijo:

—Bueno, señor Mason. Puede continuar. Es que no le oía muy bien.

—Ahora, escuche esto —dijo el abogado—, y escúchelo sin interrumpirme, sin hacer ningún gesto por lo que va a oír. Hemos encontrado el domicilio de Frank Patton. Vivía en los Departamentos Holliday, en los cuales ocupaba el número 302. Se trata de un edificio situado en la avenida Maple. Cuando yo salí de mi oficina, fui a visitarlo. Iba a intentar arrancarle una confesión, antes de que usted entrase en escena. Me figuré que su presencia sólo serviría para provocar discusiones, sin beneficiar a nadie. Pero resultó que Frank Patton había sido asesinado unos diez minutos antes de que yo llegase a su vivienda. Alguien le ha clavado en el pecho un cuchillo de cortar pan. Yacía en el suelo de la habitación, inmóvil como una piedra.

—¡Dios mío! —se oyó exclamar a Bradbury, pero después añadió, casi inmediatamente—: Dispénsame, señor Mason. Es que estaba pensando en otra cosa. Continúe su relato, y no haga caso de mi interrupción.

—En el preciso momento en que yo estaba a punto de entrar en la casa vi salir del portal a una muchacha —continuó diciendo el abogado—. Se trata de una joven que puede tener veintiuno o veintidós años. Anda ondulando mucho las caderas y llevaba una chaqueta blanca con un cuello de piel de zorro. Calzaba zapatos blancos y se tocaba con un sombrero blanco, provisto de un adorno rojo en la copa. Sus ojos eran muy azules, y en toda ella se notaba como si huyese de algo. Ahora, amigo Bradbury, yo quisiera saber si esa joven podía ser Marjorie Clune.

Perry Mason pudo oír, a través de la línea telefónica, el entrecortado suspiro de Bradbury.

—Sí..., sí..., la descripción concuerda —dijo éste—. Me acuerdo muy bien de la chaqueta y de ese sombrero.

—Muy bien —replicó el abogado—, pues haga usted mismo deducciones.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que esa muchacha puede verse metida en un mal asunto.

—No comprendo bien...

—Fíjese usted: ella salía del edificio en el preciso instante en que yo entraba; en un departamento inmediato al ocupado por Patton había una mujer que oyó un gran escándalo en casa de su vecino y salió a buscar a un guardia. Unos cinco minutos después de haber llegado yo allí, compareció con el policía. Existe la desagradable probabilidad de que el guardia pueda haber visto, como yo, a Marjorie Clune. También es posible que puedan descubrir que ella estuvo en la habitación de Patton. La vecina declaró que en el cuarto de baño había una muchacha lanzando chillidos histéricos y diciendo a gritos varias cosas acerca de sus premiadas piernas. Este detalle será relacionado en seguida con Marjorie Clune. Y ahora, señor Bradbury, ¿qué me dice usted de todo esto? ¿Y qué quiere que haga yo?

La excitación de Bradbury rebasaba los límites de su dominio personal.

—¿Me lo pregunta usted a mí? —se le oyó gritar—. Ya sabe

usted muy bien cuáles son mis deseos en cuanto a su gestión en este asunto. Siga actuando como abogado y encárguese de defenderla. No abandone el caso y procure, por todos los medios, que no le ocurra nada a ella. Respecto a Frank Patton, ¡que se vaya al infierno! A mí no me importa nada lo que se refiera a él, pero Margy lo significa todo en el mundo para mí. Si ella se mete en un lío, usted debe continuar las gestiones que yo le he encomendado y sacarla del apuro. No se preocupe usted por los gastos del caso. Envíeme la cuenta a mí, que yo la pagaré.

—Aguarde un segundo —le dijo Perry Mason—, y no se sulfure tanto. A ese paso, le dará a usted un ataque. Recuerde que después de colgar el receptor de su teléfono, y si Della Street empieza a hacerle preguntas, no debe explicarle nada. Indíquele que yo le he manifestado mi creencia de que antes de una hora tendré noticias interesantes para usted o alguna cosa por el estilo. Entreténgala como pueda y dígame que me siga esperando ahí. ¿Me comprende?

—Sí, señor —contestó Bradbury, pero su voz sonaba aún muy alterada por la excitación que sentía.

—Y aguárdeme usted también ahí mismo —concluyó Perry Mason.

—Aquí, no —replicó Bradbury—. Me iré a mi hotel. Puede usted encontrarme allí, en mi habitación. Ya sabe usted el número: es la 693. Si telefonea, cite el número de mi cuarto y asegúrese bien de que habla conmigo, antes de decir nada.

—Sería mejor que me esperase ahí, en mi oficina.

—No, no; necesito estar en un sitio donde pueda hablarle con toda libertad. Tengo un montón de cosas que decirle y además necesito enterarme bien de todo lo que está ocurriendo. ¿Querrá usted llamar al hotel dentro de quince minutos y contarme exactamente lo que ha sucedido?

—¡Quíteselo de la cabeza! —exclamó Perry Mason—. Ya le he dicho a usted que no conviene prodigar esta información. Por otra parte, yo estoy muy ocupado y no tengo tiempo para discutir con usted.

Y colgando bruscamente el receptor en su horquilla, salió corriendo de la droguería.

—Vamos a los Departamentos Saint James —le dijo al conductor del taxi—. Están en el número 962 del Este de la calle Faulkner. ¡Y

corra más que el diablo!

Capítulo 6

Perry Mason llamó a la puerta número 301 de los Departamentos Saint James.

Casi instantáneamente, pudo oír el susurro de unos rápidos movimientos que se producían en el interior de la estancia; luego, se notaron en el suelo unas pisadas contenidas; después, un gran silencio, como si la persona que debía hallarse al otro lado de la puerta permaneciese inmóvil, escuchando con un oído apoyado en la madera.

Perry Mason aporreó las tablas con más fuerza.

Hubiese jurado que oía el leve ruido de unos rápidos cuchicheos femeninos. Entonces, tras una silenciosa pausa, una voz preguntó:

—¿Quién es?

Perry Mason dijo, ásperamente:

—Un telegrama.

—¿Para quién? —preguntó la voz femenina, esta vez en tono un poco más alto y confiado.

—Para Thelma Bell —repuso el abogado.

Se produjo el ruido característico de un cerrojo que se descorre. La puerta se entreabrió un poco y un desnudo brazo se asomó por la rendija, seguido de parte de una ancha manga.

—Démelo a mí —dijo la desconocida voz.

Perry Mason abrió la puerta de un empujón, penetrando en el departamento.

Se oyó una especie de remolino de movimientos, así como el rumor acompasado de unas pisadas. Una puerta se cerró de golpe, antes de que él pudiese volver su cabeza en la dirección del ruido. El agua corría en el cuarto de baño y hasta él llegaba el constante murmullo del chorro al caer en la bañera.

Una mujer ataviada con un kimono, en apariencia echado sobre

sus hombros con excesivo apresuramiento, estaba allí plantada, contemplando a Mason, con sus cálidos ojos castaños, en los que se reflejaban indicios de irritada provocación, al mismo tiempo que un poco de pánico.

Tendría unos veinticinco años, y estaba muy bien formada y de justas proporciones.

Perry Mason no apartaba su vista de ella.

—¿Es usted Thelma Bell? —le preguntó.

—¿Y usted quién es?

El abogado paseó su mirada por encima de ella, observando la humedad de sus finos cabellos en las sienes, los descalzos pies, bruscamente metidos en unas zapatillas y la rosada coloración de la piel en los tobillos.

—¿Es usted Thelma Bell? —inquirió de nuevo.

—Sí —dijo la joven.

—Quiero ver a Marjorie Clune.

—¿Quién es usted?

—¿Está Marjorie aquí? —preguntó él, en lugar de contestar.

Ella negó con la cabeza, añadiendo después:

—No he visto a Margy hace siglos.

—Entonces, ¿quién está ahí tomando un baño? —preguntó Mason.

—En ese cuarto no hay nadie.

Perry Mason permaneció inmóvil, contemplando a aquella mujer. Mientras tanto, el agua que caía en el cuarto de baño había sido cortada y se podía oír claramente el ruido de unos presurosos chapoteos, como si alguien se lavase de un modo rápido y vigoroso. Luego, llegó el sonido de unos pies descalzos que chocaron contra el suelo.

El abogado dejó que sus sonrientes ojos contradijeran las afirmaciones de la muchacha, llamando la atención de ella hacia tan palpables pruebas de su embuste.

—¿Quién es usted? —preguntó, una vez más, la joven, con vehemencia.

—¿De veras es usted Thelma Bell? —quiso saber él.

La muchacha asintió con una inclinación de cabeza.

—Pues yo soy Perry Mason, un abogado —le dijo, por fin—. Es indispensable que yo vea cuanto antes a Marjorie Clune.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Ya se lo explicaré a miss Clune.

—¿Cómo se ha enterado de que ella estaba aquí?

—Eso es algo que no necesito decirle en este momento —repuso Perry Mason.

—No creo que miss Clune desee verlo a usted. Me parece que ella no quiere ver a nadie.

—Escuche —replicó el abogado—; yo soy abogado y estoy aquí para defender a miss Clune; ya sé que está en un apuro y vengo a ayudarla a salir de él.

—Ella no está en ninguna situación apurada.

—Bueno..., pues no tardará en estarlo —repuso Perry Mason, con torvo ceño.

Thelma Bell se arropó un poco mejor en su kimono, y dirigiéndose a la puerta del cuarto de baño, dio unos golpecitos en ella.

—Margy —llamó.

Hubo un momento de silencio y entonces se oyó una voz que preguntaba:

—¿Qué pasa, Thelma?

—Acaba de llegar a casa un abogado que desea verte —explicó la joven del kimono.

—Debe estar equivocado —replicó la voz que sonaba tras la puerta del cuarto de baño—. Yo no necesito ningún abogado.

—Mira, haz el favor de salir —dijo Thelma Bell.

Y volviéndose hacia donde estaba Perry Mason, añadió:

—Dentro de un minuto la tendrá usted aquí. Me gustaría que me explicase cómo se ha enterado de que Margy se hallaba en mi casa, porque nadie puede saber que había venido a verme. Llegó esta misma tarde.

El abogado frunció el entrecejo, se acercó a una silla, y dejándose caer en ella, encendió un cigarrillo.

—Seamos sinceros —le dijo a la joven—. Yo la conozco a usted; ya sé que usted es la joven vencedora en el concurso de pantorrillas organizado por Frank Patton en Parker City. Patton le dio a usted un supuesto contrato cinematográfico y la trajo aquí engañada, ¿no es cierto? Y usted fue demasiado orgullosa para volverse a su pueblo. Desde entonces se las arregla como mejor puede, ¿verdad?

Usted ha conocido a Marjorie Clune por mediación de Frank Patton. Esa muchacha se halla enredada en el mismo lío en que usted se había visto antes. Y usted ha querido ayudarla a salir del mal paso. Pues bien, Marjorie Clune ha visitado esta noche la habitación de Frank Patton y yo necesito hablar con ella acerca de lo ocurrido allí y eso ha de ser antes de que se presente la policía a interrogarla.

—¿La policía? —exclamó Thelma Bell, abriendo mucho los ojos.

—Sí, la policía —repitió Perry Mason.

Entonces se abrió la puerta del cuarto de baño, apareciendo en su umbral una mujer joven, de ojos azules, que estaba ciñéndose una bata de franela; se quedó mirando al abogado, sin lograr contener una ligera y brusca exclamación.

—¿Me reconoce usted, verdad? —le preguntó él.

Marjorie Clune no dijo nada.

—Yo la vi a usted cuando salía de los Departamentos Holliday —añadió Mason.

Pero la voz de Thelma Bell intervino, rápidamente:

—Usted no puede haberla visto salir de allí ni de ningún sitio —replicó—, porque ha pasado la tarde conmigo. ¿No es cierto, Margy?

Marjorie Clune continuó con la vista clavada sobre Perry Mason; en sus grandes y azules ojos asomaba un vestigio de pánico, pero no pronunció una sola palabra.

—¡No sé cómo se le ha ocurrido a usted semejante idea! —continuó Thelma Bell, alzando el tono de su voz—. ¿Qué iba a hacer ella en casa de Frank Patton? Bueno, de todos modos, el caso es que ha estado conmigo toda la tarde.

El abogado contempló atentamente a Marjorie Clune.

—Escuche, señorita —le dijo, en amable tono—; estoy aquí para ocuparme de su defensa. Usted se ha metido en un mal asunto. Si no lo cree así en este momento, ya se convencerá de ello muy pronto. Yo soy abogado, y me han buscado para que me encargue de sus intereses. Por lo tanto, es obligación mía hacer todo lo posible en su favor. Necesito hablar con usted. ¿Puedo hacerlo ahora mismo o prefiere esperar a que nuestra conversación tenga lugar sin ningún testigo?

—No —repuso ella—, es mejor que hablemos ahora.

—Adelante, pues —le dijo Perry Mason—, pero vístase antes.

Marjorie se volvió hacia Thelma.

—Tú también debes vestirte.

Había un pequeño cuarto tocador junto a un gran espejo giratorio que ocultaba en su dorso, en una hornacina de la pared, un lecho plegable. Las dos muchachas cambiaron entre sí varias miradas, y por fin se apresuraron a entrar en el minúsculo cuarto.

—No se estén demasiado rato —advirtió el abogado—. No pierdan el tiempo en pequeñeces, porque la Policía puede presentarse de un momento a otro. Vístanse en un periquete.

La puerta del cuartito se cerró de golpe.

Perry Mason se levantó de la silla en la que había tomado asiento y empezó a examinar todos los detalles del cuarto. Acercándose al baño, abrió su puerta. La bañera se estaba vaciando todavía. En el suelo veíase una esterilla de corcho, muy manchada y húmeda. Junto a ella, en un rebujo, yacía una toalla mojada. El abogado lo miró y estudió todo. En el cuarto de baño no había ninguna prenda interior, ningún vestido. Al salir de nuevo a la habitación principal, descubrió la puerta de un armario incrustado en la pared, que hasta entonces no advirtiera, y acercándose a él, lo abrió. Allí había una larga chaqueta blanca, con cuello de piel de zorro, colgada junto a la puerta. Perry Mason tomó entre sus dedos el forro de la chaqueta y lo palpó cuidadosamente.

En su rostro se dibujaron unas enigmáticas arrugas, conforme concluía de examinar los detalles de aquella chaqueta y la dejaba otra vez pendiente del colgador. En el fondo del armario notó la existencia de un estante con zapatos, y los fue observando pieza por pieza. Ninguno de ellos era blanco.

Durante un momento, se quedó plantado, con las piernas muy separadas, inclinando algo hacia delante su robusto cuerpo, los ojos entornados y en actitud pensativa, sin dejar de contemplar la blanca chaqueta con cuello de zorro que tantas meditaciones le despertaba. Aún permanecía en esta postura, cuando la puerta del cuarto tocador se abrió y Marjorie Clune presentóse en la habitación principal, estirando los bordes de su vestido y Componiéndose. Transcurrieron unos segundos, y tras ella apareció Thelma Bell.

—¿Quiere usted que hablemos delante de su amiga? —preguntó el abogado inclinando su cabeza hacia Thelma Bell.

—Sí, señor —contestó ella—. No tengo ningún secreto para

Thelma.

—¿Será usted sincera y me lo contará todo?

—Sí.

—Primero le diré unas palabras acerca de mi persona —empezó Perry Mason—. Soy abogado. He resuelto algunos casos muy difíciles, y puedo confesar que el éxito me ha sonreído casi siempre. El señor Bradbury ha venido a esta ciudad y se interesa por usted. Desea presentar una denuncia contra Patton. Si le es posible, quiere meter a ese hombre en la cárcel. Fue a visitar al fiscal del distrito, pero allí le dijeron que no se podía hacer nada, por no contar con suficientes pruebas. Entonces me vino a buscar. Según entendí, deseaba de mí que me las arreglase para arrancarle una declaración comprometedora. Creo que el fiscal le había señalado la necesidad de contar con alguna prueba así, antes de dar un solo paso por vía legal. Sea como fuere, yo me procuré un detective y empezamos por buscar el paradero de Patton. Al fin dimos con la señora Thelma Bell, y por ella nos enteramos del domicilio de Patton.

Perry Mason se volvió hacia la aludida.

—Usted habló anoche con alguien procedente de la agencia de detectives —le dijo.

Ella asintió, inclinando la cabeza.

—No sabía que aquel hombre fuese un detective —repuso—. No pude poner en claro lo que deseaba de mí. Parecía necesitar algunos informes y yo se los di, pero ignorando para qué los necesitaba.

—Bien —continuó declarando el abogado—, ésta es la verdad de lo ocurrido. A mí me encargaron la defensa de usted, señorita Marjorie. Se me encomendó la gestión de entregar a Patton a la justicia. Y en cumplimiento de mi deber, me dirigí al departamento de Patton en cuanto me fue conocida su dirección por medio del detective que había estado hablando con Thelma Bell. Allí la vi a usted, Marjorie, cuando salía del edificio.

Entre las dos jóvenes se cruzó una fugaz mirada.

Marjorie Clune lanzó un profundo suspiro, volviéndose para contemplar fijamente al abogado y preguntarle:

—¿Qué encontró usted en casa de Frank Patton, señor Mason?

—¿Qué dejó usted, señorita Marjorie? —replicó él.

—No pude entrar —dijo la joven.

Perry Mason, sin añadir una palabra, le reprendió con varios

movimientos negativos de cabeza.

—¡No, señor, no pude! —gritó ella, acaloradamente—. Subí hasta el departamento y oprimí el botón del timbre eléctrico. Nadie respondió a mis llamadas. Entonces me marché.

—¿Y no miró usted si la puerta estaba abierta? —preguntó el abogado.

—No —contestó Marjorie.

—¿De veras? Lo cierto es, señorita —replicó él—, que cuando usted salió allí había...

—¡Ya le he dicho a usted que no llegué a entrar!

—Dejemos correr ese punto —dijo Mason—. Mientras usted salió de aquella casa, una vecina había ido en busca de un guardia para que la acompañase hasta las habitaciones de Patton. Ella acababa de oír un verdadero escándalo que procedía de aquellas habitaciones. Dice que una muchacha gritaba algo relativo a la suerte de sus piernas, chillando como si tuviese un ataque de histerismo. Después percibió el sordo batacazo de un cuerpo que se desplomaba en el suelo con un golpe tan violento, que hasta hizo temblar los cuadros colgados de la pared.

Perry Mason se interrumpió en su explicación, contemplando fijamente a Marjorie Clune.

—Bien..., ¿y qué más? —preguntó ella, dando a su voz el matiz exacto que correspondía a una cortés indiferencia en la atención.

—Sencillamente —repuso el abogado—, que me gustaría saber si usted se cruzó con ese guardia mientras se alejaba del edificio.

—¿Qué importa eso?

—Importa mucho, porque usted presentaba un aspecto acusador. Cuando me miró y vio que yo la estaba mirando, volvió la cabeza al otro lado y se condujo como si tuviese miedo de que la fuese a detener, acusándola de un robo u otro delito.

Perry Mason la observaba con sus ojos entornados, concentrándose en una perspicaz contemplación.

La muchacha se mordió el labio inferior.

—Pues... sí —confesó lentamente—, vi a ese policía.

—¿A qué distancia de los Departamentos Holliday?

—Bastante lejos..., tal vez a dos o tres manzanas de aquel edificio.

—¿Iba usted despacio?

—Sí, andaba despacito... Mejor dicho, trataba de...

La joven se interrumpió.

—¿Trataba de qué? —quiso saber el abogado.

—Trataba de ir despacio, como si fuera de paseo —contestó ella.

—Continúe explicándose —le indicó Mason.

—No tengo nada más que decir, porque eso es todo lo que ocurrió.

—Conque usted vio al policía. Bueno, ¿y qué ocurrió después?

—Nada.

—¿La vio él a usted?

—Sí.

—¿Qué hizo usted entonces? ¿Apresuró el paso?

—No —repuso ella.

—Piénselo bien —le dijo el abogado—. Usted iba casi corriendo cuando yo la vi. Aquello no era pasear; más bien parecía como si tratase usted de ganar una carrera de marcha atlética. Por lo tanto, ¿está bien segura de que no iba al mismo paso cuando el guardia la vio?

—Sí, estoy segura de ello.

—¿Por qué lo afirma tan rotundamente?

—Porque no andaba a ningún paso.

—¡Ah! Entonces, ¿estaba usted parada?

—Sí.

Perry Mason fijó su tranquila mirada en ella, y después dijo, muy despacio y no sin cierta amabilidad:

—Bueno, eso quiere decir que cuando usted vio de repente al guardia, sintió un desmayo. Naturalmente, no tuvo más remedio que detener su marcha... hasta es posible que incluso se llevase la mano a la garganta o hiciese algún otro ademán por el estilo. Entonces, usted se volvería para fingir que contemplaba fijamente el escaparate de alguna tienda, ¿no es así?

Ella confirmó la suposición con un gesto.

Thelma Bell deslizó un brazo por encima de los hombros de Marjorie Clune.

—No mortifique tanto a la pobre niña —le dijo al abogado.

—Lo que yo estoy haciendo —repuso Perry Mason a Thelma Bell — es en beneficio de ella. Compréndalo así, señorita Marjorie. Usted debe hacerse cargo de ello. Yo no soy sino un amigo suyo.

Estoy aquí para defenderla. Es muy posible que los agentes de policía se presenten aquí aun antes de que yo haya terminado mi conversación con usted. Por consiguiente, es importante que sepa exactamente lo ocurrido y que usted me diga toda la verdad.

—No le he contado sino verdades —replicó Marjorie.

—¿Y también me contó verdades cuando me aseguró que no había entrado en el departamento?

—Naturalmente. Yo fui a visitar a Patton, pero no pude entrar en su casa.

—¿Y no notó usted ninguna señal de vida en el interior de la vivienda? ¿No oyó usted gritar a alguien..., algún chillido histérico..., o algo que hiciese referencia a unas piernas premiadas?

—No, señor —contestó la joven.

—Entonces, ¿usted se volvió hacia el ascensor, bajando en él y saliendo a la calle?

—Sí.

—¿Insiste usted de un modo definitivo en que no entró en aquella habitación?

—Lo aseguro de un modo definitivo.

Perry Mason suspiró, volviéndose hacia Thelma Bell.

—¿Qué me dice usted de todo esto, señorita Thelma? —le preguntó.

La interpelada arqueó las cejas.

—¿Quién..., yo? —exclamó en un tono de cortés sorpresa.

—Claro está que mi pregunta es para usted —dijo Perry Mason, dando un furioso acento a su voz.

—Bien —replicó Thelma Bell—. ¡Esto sí que me hace gracia! ¿Qué tengo yo que ver con este asunto?

—Bien sabe usted lo que yo quiero decir —repuso el abogado—. ¿Estuvo usted esta tarde en el departamento?

—¿Se refiere usted al de Frank Patton?

—Sí, señorita.

—Pues le aseguro que no estuve allí.

Perry Mason la midió con su tranquila mirada, como considerando qué especie de impresión produciría aquella joven al declarar en el sillón de los testigos.

—Dígame alguna cosa más, señorita Thelma —le rogó.

—Esta tarde salí con un muchacho amigo mío —explicó la

joven.

El abogado alzó sus cejas.

—Es usted una buena chica —le replicó.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sí, es una buena chica por haber vuelto tan temprano a casa.

—Eso es cuenta mía y no le importa a nadie —añadió ella.

Perry Mason se miró las puntas de los zapatos, fingiendo un repentino interés por ellos.

—Sí —dijo—, tiene usted razón; eso es cuenta suya.

A estas palabras siguió un largo silencio.

De repente el abogado se encaró con Marjorie Clune, preguntándole:

—¿Tenían ustedes esta noche, señoritas, alguna cita combinada con Frank Patton?

Ellas se miraron, arqueando las cejas.

—¿Una cita con Frank Patton? —preguntó Marjorie Clune, como si hubiese alguna imposibilidad material para creer lo que sus oídos acababan de escuchar.

Perry Mason asintió con la cabeza.

Las jóvenes cambiaron entre sí varias significativas miradas, acabando por echarse a reír ruidosamente, como si aquello resultase muy divertido.

—No sea tonto —dijo Marjorie Clune.

El abogado se recostó en la silla. Sus facciones permanecían inmóviles, sin expresar nada, mientras sus ojos miraban con calma y tranquilidad.

—Muy bien —comentó él—. He tratado de proporcionarles a ustedes una buena salida para su conflicto. Si no la quieren aprovechar, no me quedará nada que hacer, salvo continuar sentado aquí acompañándolas y esperando la llegada de la Policía.

E hizo una pausa, cayendo de nuevo en un tranquilo y meditativo silencio.

—¿Y por qué ha de venir aquí la Policía? —preguntó Thelma Bell.

—Porque saben que aquí se halla Margy.

—¿Cómo se ha enterado?

—Descubriéndolo del mismo modo que yo lo hice.

—¿Se puede saber cómo lo dedujo usted?

Él bostezó, encubriendo el inevitable gesto con cuatro dedos que golpearon blandamente sobre sus labios, y mientras bostezaba movía la cabeza de un lado a otro, pero sin hacer ningún comentario perceptible.

La mirada que Marjorie Clune dirigió a Thelma Bell era francamente intranquila.

—¿Y qué hará la Policía? —preguntó la primera de ambas jóvenes.

—Muchas cosas —repuso Perry Mason, con torvo ceño.

—Escúcheme —dijo Thelma Bell, repentinamente—, usted no puede poner a esta niña en semejante aprieto.

—¿De qué aprieto habla usted? —preguntó el abogado.

—Me refiero a lo de suponerla culpable de un asesinato, insistiendo en considerarla complicada en él, y sin hacer nada para protegerla.

La máscara de paciente tranquilidad cayó del rostro de Perry Mason, al mismo tiempo que contraía los músculos y sus ojos se tornaban duros y fríos, como los de un gato que, dormitando bajo los rayos solares, viese de repente brincar a un descuidado pájaro, sobre una rama situada a su alcance.

—¿Cómo sabía usted que se trata de un asesinato, señorita Thelma? —preguntó el abogado, enderezándose en la silla y volviéndose hacia ambas jóvenes, de modo que sus duros ojos pudieran clavarse fijamente en ellas.

La interpelada lanzó una entrecortada exclamación, retrocediendo un poco y contestando, con trémula voz:

—Pues... porque... porque, porque... usted ha obrado como si se tratase de un crimen. No recuerdo bien, pero apostaré que hasta lo ha citado.

—Escúchenme ahora, jovencitas —les dijo—; pueden ustedes creermme a mí, si es que no prefieren oírse lo decir a la Policía, pero lo cierto es que ambas tenían esta noche una cita con Frank Patton. Usted, Marjorie, le telefoneó, dejándole nota del número de su aparato. He aquí el tal numerito. La Policía lo recogerá también, y por él vendrán a esta casa. Después, nuestra amiga Margy volvió a llamar, dictando un recado que se recibió, en el edificio donde vivía Patton, momentos antes de llegar éste, indicándole dijese a su amiga Thelma que ella llegaría con unos veinte minutos de retraso.

»Tanto la una como la otra, ustedes dos han ganado concursos que Frank Patton organizó; ambas fueron escogidas como poseedoras de las más lindas piernas existentes en dos pequeñas ciudades. Una de ustedes, por lo menos, ha salido en los periódicos, figurando como ganadora en el concurso de pantorrillas... y, probablemente, puede decirse lo mismo de la otra. Es una clase de publicidad que Patton prodigó en la Prensa de las localidades donde organizó su concurso.

»Ahora nos encontramos con que una muchacha lanza gritos histéricos y habla de sus pantorrillas en el cuarto de baño del departamento de Frank Patton. Entre esos gritos se le oye usar varias veces las palabras «pantorrillas premiadas».

»Yo he visto a Marjorie Clune salir del edificio en que vivía Frank Patton. Ella dice que no logró entrar en sus habitaciones. Eso es lo que ella asegura, pero tanto es posible que entrara, como que no. La Policía se interesará mucho por poner en claro este detalle, y sus métodos de investigación serán, como de costumbre, bastante directos y no muy agradables.

»Yo soy el único amigo con quien ustedes, pobres niñas, pueden contar en todo el mundo para ayudarlas a salir de este enredo. Estoy tratando de ampararlas. Cuento, para ello, con mi experiencia y mis conocimientos. Y ustedes se resisten a aceptar mi auxilio. Las veo ahí sentadas y arqueando las cejas, mientras cambian miradas significativas y exclaman: «¿Cómo? ¿Que hemos ido a ver a Frank Patton? Ja, ja, ja, ¡no sea tonto!».

»No olvidemos que, cuando yo he llegado aquí, las he encontrado a ustedes dos, mis queridas señoritas, atacadas de una fiebre de limpieza. Tal vez padecen de «histerismo bañatorio», por decirlo así. Les ha faltado tiempo para tirarse de cabeza dentro de la bañera. Como no cabían las dos juntas, se han bañado una tras de otra, pero apenas había salido la primera, cuando ya estaba dentro la segunda.

—¿Hay algún mal en ello? —preguntó Marjorie Clune, agresivamente—. Me parece que podemos bañarnos cuando nos dé la gana.

—¡Oh, desde luego que sí! —exclamó Mason—. No hay sino un inconveniente: que la Policía verá una prueba acusadora en esos baños tomados a primera hora de la noche y se le ocurrirá pensar si

no tenían ustedes alguna razón especial para tomarlos.

—¿Y qué razón podíamos tener, para tomar un baño, que logre interesarle a la Policía? —demandó Marjorie Clune, en el mismo tono altanero que había usado para su anterior pregunta.

Perry Mason se volvió hacia la bella muchacha de un modo brusco.

—Muy bien —le dijo—, si usted se empeña en oírlo, será preciso decírselo. La Policía supondrá que usted se estaba limpiando manchas de sangre de sus medias, lavándose todas las salpicaduras que acaso cayeron sobre usted cuando peleó con Frank Patton.

La muchacha se encogió como si el abogado acabase de pegarle un fuerte golpe.

Perry Mason alzó de la silla su fornido corpachón, dominando a las dos jóvenes con su alta estatura.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Habré de martirizar a dos jovencitas para conseguir arrancarles la verdad? ¿Quieren explicarme por qué no hay ningún vestido en el cuarto de baño? ¿Qué han hecho ustedes de las ropas que se quitaron de encima? Y usted, Marjorie Clune, ¿qué hizo con el par de zapatos blancos que llevaba cuando salió de aquel edificio?

Marjorie se le quedó mirando con ojos que el terror hacía más grandes. Sus labios temblaban.

—¿Sabe..., conoce la Policía ese detalle?

—Se darán cuenta de él inmediatamente —le aseguró el abogado—. Ahora, vamos al grano y no perdamos tiempo. No sé de cuántos minutos disponemos, pero debemos hacer frente a la cuestión de un modo franco.

Thelma Bell dijo unas palabras en tono rápido e inexpresivo.

—Supóngase que, en efecto, hayamos estado allí. ¿Cambia la cuestión por eso? Nosotras, como es natural, no lo hemos matado.

—¿No? —demandó Perry Mason—. ¿Puedo suponer que les faltaba motivo?

Y volviéndose hacia Marjorie Clune, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hacía que usted estaba allí cuando yo llegué?

—Es... espere un mo... momento —repuso la joven, con temblona voz—. Es que no tomé un... un taxi. Vine en tranvía.

—Dígame la verdad. ¿Estuvo usted en las habitaciones de Frank Patton, mejor dicho, en el cuarto de baño, lanzando chillidos

histéricos y gritando cosas referentes al premio de sus piernas?

Ella negó con un ademán de cabeza, sin pronunciar una palabra.

—Óigame —dijo Thelma Bell, rápidamente—; ¿podrá sospechar la Policía que Marjorie estuvo allí, si el guardia que la vio en la calle no se le ocurre relacionarla con el crimen?

—Tal vez no —contestó Perry Mason—, ¿por qué lo pregunta?

—Porque yo puedo usar, desde ahora, esa chaqueta blanca con el cuello de piel de zorro —explicó Thelma—. También puedo ponerme el sombrerito del adorno. Juraré que me pertenecen ambas cosas.

—Y así se meterá usted precisamente en la ratonera —repuso el abogado—. Es muy probable que el guardia no recuerde tanto las facciones de la muchacha vista por él como los detalles de su indumentaria. En cuanto vea esas prendas, se figurará que fue usted a quien él vio. La identificará como a la joven con quien se cruzó en las inmediaciones del lugar del crimen.

—Pues eso es lo que yo quiero que haga —dijo Thelma Bell lentamente.

—¿Por qué razón? —preguntó Perry Mason.

—Porque yo no he estado de ningún modo cerca de aquel sitio —repuso ella.

—¿Puede usted probarlo? —inquirió el abogado.

—¡Claro está que puedo probarlo! —exclamó la joven con brava entonación—. No pensará usted que yo me voy a meter en un enredo como ése sin poder probar una coartada, ¿verdad? Quiero proporcionarle un recurso a Marjorie, pero no soy tan loca que para conseguirlo me mezcle yo misma en semejante lío criminal. Usaré esas prendas, y ya pueden los policías identificarme como les dé la gana. Al guardia de aquel barrio le dejaré jurar que yo soy la joven a quien él vio salir del edificio. Después, les probaré que no.

—¿Dónde se hallaba usted? —preguntó Perry Mason.

—Con un muchacho amigo mío.

—¿Y cómo fue que volviese tan temprano a su casa?

—Porque nos peleamos.

—¿Con qué motivo?

—¿Le importa mucho saberlo?

—Sí.

—Pues discutimos acerca de Frank Patton.

—¿Qué tenía que ver Frank Patton con ese joven amigo de usted?

—A él no le gustaba nada Frank Patton.

—¿Cómo? ¿Estaba celoso?

—No, ya sabía cuáles eran mis sentimientos hacia Patton. Mi amigo creía que Patton me arrastraba por una mala pendiente.

—¿De qué modo?

—Proporcionándome amistades sospechosas.

—¿Como por ejemplo...?

—Obligándome a servir de modelo a artistas, dibujantes y gente de esa clase.

—A su joven amigo no le gustaba eso, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo se llama ese muchacho? —quiso saber Perry Mason.

—Se llama George Sanborne.

—¿Dónde vive?

—En el hotel Gilroy, habitación 925.

—Escuche —dijo Perry Mason—; supongo que usted no está tratando de engañarme.

—¿Yo engañar a mi abogado? ¡No diga tonterías!

—No soy abogado suyo —replicó él—. Me he encargado de la defensa de Marjorie Clune solamente. Pero estoy dispuesto a proporcionarle a usted una buena coartada.

Thelma extendió un brazo, señalando hacia el aparato telefónico.

—Ahí tiene usted el teléfono —le dijo a Mason—. Puede usted llamar a George Sanborne. El número es: Central Prospect, 83945.

El abogado se acercó al teléfono, descolgando de su horquilla el receptor.

—Haga el favor de ponerme en comunicación con «Prospect, 83945» —le indicó a la telefonista de la centralita del edificio, cuando ésta le preguntó el número que deseaba. Mientras decía estas palabras, se dio cuenta de que unos rápidos cuchicheos femeninos tenían lugar tras él.

Pero Perry Mason no se volvió. Mantuvo el receptor contra su oído, permaneciendo frente al aparato, con los pies muy apartados uno del otro y la barbilla echada hacia delante. Se oyeron varios zumbidos en la línea; luego, el chasquido metálico de una conexión,

y una voz de mujer exclamó:

—Aquí, «Hotel Gilroy».

—Póngame en comunicación con el señor Sanborne, que está en el 925 —dijo el abogado.

Un momento después se dejó oír una voz masculina que preguntó:

—¿Con quién hablo?

Perry Mason repuso:

—La señorita Thelma Bell ha sido víctima de un accidente de automóvil hace casi una hora. Está en el Hospital de Urgencia, y nosotros hemos encontrado el nombre de usted en una tarjeta que llevaba en el bolso. ¿Conoce usted a esta joven?

—¿Cómo dice...? ¿Quiere usted hacer el favor de repetírmelo? —preguntó la voz masculina.

El abogado volvió a explicar lo mismo, pero recalcando más las palabras.

—¡Oiga! ¿Qué paparrucha me está contando? —exclamó, airada, la masculina voz—. ¿Se cree usted que habla con un imbécil?

—Aquí, en el hospital, hemos pensado que tal vez fuese usted un amigo que se interesase por la señorita —contestó Mason.

—¡Qué hospital, ni qué demonios! —bramó la voz de aquel hombre—. He estado de paseo con Thelma Bell toda la tarde. La he dejado bien sana no hace más de media hora. Por tanto, no creo nada de ese falso accidente de automóvil.

—Muchas gracias —replicó el abogado, y colgó de un golpe el receptor.

Luego encaróse con Marjorie Clune.

—Escúcheme, señorita —le dijo—. Ahora no tenemos mucho tiempo para andar con explicaciones. Usted puede pensar que Thelma Bell es su mejor amiga en este mundo, pero sólo hay una persona que deba oír la relación exacta y verdadera de lo ocurrido, y esta persona es su abogado. ¿Me entiende usted bien?

Ella inclinó la cabeza, en señal de asentimiento.

—Si usted lo asegura... —replicó Marjorie.

—Sí, yo lo aseguro.

Y volviéndose hacia Thelma, le dijo:

—La considero una amiga leal de Marjorie, pero por eso mismo debe usted comprenderme bien. Cualquier cosa que ella le cuente,

se lo podrán arrancar, de un modo o de otro, delante del Jurado, en el curso de un juicio criminal. En cambio, todo lo que ella me diga a mí será una comunicación secreta, porque no hay poder en el mundo capaz de hacerme despegar los labios.

—Lo comprendo —repuso Thelma Bell.

—Lo celebro. Por consiguiente, ¿está usted deseosa de ayudar a Marjorie a salir de este conflicto?

—Sí, señor.

—Bien, pues póngase esas ropas —le dijo a Thelma—. Quiero ver qué tal le sientan.

Ella se dirigió al armario y descolgó la chaqueta. Después de ponérsela, le probó también el sombrero.

—Le están bastante bien —comentó el abogado—. ¿Y no tiene usted algunos zapatos blancos?

—No —contestó ella, secamente.

—De todos modos..., es muy probable que ese hombre no se acuerde de los zapatos —dijo Perry Mason, pensativo—. Ahora, lo que yo le pido a usted es que salga de esta casa y se ponga a pasear por la otra acera de la calle. Dentro de un rato, más o menos largo, verá usted venir hacia aquí un automóvil de la Policía. Probablemente lo reconocerá usted por las inscripciones contenidas en la placa de matrícula. Si no sabe distinguirlo por este detalle, fíjese en la clase de carrocería. Se tratará, a buen seguro, de un coche de la brigada criminal, y en este caso, tres o cuatro corpulentos individuos de anchos hombros, que más bien parecerán guardias vestidos de paisano, descenderán de él. O será un coche provisto de radio, uno de esos «roadsters» ligeros, o «coupés», tripulados por dos hombres. Uno de ellos bajará del vehículo mientras el otro se quedará dentro, para atender las posibles llamadas del altavoz.

—Creo que me será fácil reconocerlo en cuanto se acerque —replicó ella—. ¿Y qué quiere usted que haga entonces?

—Tan pronto como vea a los policías encaminarse hacia el portal de esta casa, debe usted acercarse a paso lento, cruzando la calle como si en aquel momento regresara de un paseo por cualquier parte. Puede usted decir que ha ido a la droguería para comprar un sello de aspirina, o cualquier otro pretexto que se le ocurra. El caso es que se meta entre las garras de la Policía. Ellos

empezarán en seguida a interrogarla. No se apresure a indicarles que usted tiene una buena coartada. Por el contrario, finja que se halla apurada y toda confusa. Conteste a las preguntas de ellos del modo que más despierte sus sospechas. Muéstrese llena de ansiedad y dígales que no está dispuesta a explicar a cualquiera dónde ha estado y qué ha hecho allí.

»Si aquel polizante encontró algo particularmente sospechoso en el modo como Margy se portó al cruzarse con él, le habrá faltado tiempo para relatar su encuentro y hacer una descripción de la joven. En este caso, lo más probable es que dicha descripción no se refiera tanto a la muchacha como a su indumentaria. Marjorie, al divisar el uniforme del guardia, se dejó arrebatar por el pánico, deteniéndose y dándole la espalda, al mismo tiempo que fingía interesarse por aquel escaparate. Pero como se dirigía a practicar otra diligencia, acompañado de aquella mujer que le había llamado para descubrir lo que estaba ocurriendo en el departamento vecino, no pudo fijarse mucho en nuestra amiga. Pero después de entrar en la vivienda de Patton, habrá encontrado allí, sobre la mesa, aquellos recados telefónicos en los que figuran claramente los nombres de Margy y Thelma Bell, y esto le habrá hecho pensar en todo lo visto por él, momentos antes, mientras estaba en la calle, tratando de recordar si se ha cruzado con alguna mujer sospechosa de hallarse mezclada en el asesinato. Y entonces es muy fácil que se haya acordado de la chaqueta blanca y del sombrero.

»Es decir, que se va usted a meter en la mismísima boca del lobo. La cosa no será muy agradable. Desde luego, el suceso le proporcionará cierta notoriedad, y quién sabe cuántas cosas más.

»Pero la cuestión estriba en saber si usted se ve capaz de hacernos ese favor.

—Me siento capaz de hacerlo y deseo ayudarles —dijo Thelma.

Perry Mason se volvió entonces a Marjorie.

—Usted debe revisar bien este departamento —le indicó—. Quite de en medio todo lo que le pertenezca y métalo en una maleta, para sacarlo de aquí tan rápidamente como le sea posible. Váyase a un hotel cualquiera. Al entrar en él, deberá inscribirse con su verdadero nombre, pero escríbalo de modo que no resulte demasiado fácil encontrarlo en las listas de hospedaje... ¿Cuál es su segundo apellido?

—Francés —contestó ella.

—Muy bien. Pues inscribábase como M. Francés Clune, y no se olvide de firmar siempre así. Recuerde también que no debe citar a Cloverdale como lugar de su procedencia. Ahora vive usted en nuestra ciudad. Simule que es usted uno de los residentes de esta población y ponga esa dirección, como domicilio habitual suyo. Aquí tiene mi tarjeta profesional. En ella consta el número de mi teléfono: Broadway, 39251. Haga el favor de llamar a mi oficina, en cuanto esté instalada; pregunte por mi secretaria, la señorita Street, y dígame dónde se ha alojado. No mencione ningún nombre por teléfono; diga simplemente que usted ha hablado conmigo a primera hora del día y que yo le rogué me dejase su dirección. Después, díctele el nombre del hotel y el número de la habitación en que usted se halle. Hecho esto, enciérrese con llave en su cuarto. No salga de él bajo ningún pretexto ni se aparte mucho del teléfono. Estése donde yo pueda llamarla, sin perder un segundo, a cualquier hora del día o de la noche. Haga que le sirvan las comidas en su habitación. No trate de comunicarse conmigo, a menos que ocurra algo. Si la Policía lograra encontrarla, ponga una cara de niña lo más inocente posible y no conteste a una sola de sus preguntas, excepto cuando deseen saber si tiene usted un abogado; a eso contésteles que yo me he en cargado de sus asuntos y solicite que le permitan hablar conmigo.

Ella asintió con lentas inclinaciones de cabeza, sin apartar su mirada del rostro de Perry Mason.

—¿Ha comprendido usted bien todo lo que le he indicado? —pregunto éste.

—Creo que sí.

—Entonces a la obra —dijo el abogado—. Y recuerde que, ocurra lo que ocurra, usted no debe declarar nada a nadie hasta que haya hablado con migo. Ni siquiera le permito que conteste a ninguna pregunta. No debe decirles ni quién es usted ni de dónde viene. En el preciso instante en que, alguno de esos hombres la arreste, pida que la pongan en comunicación con su abogado y enséñeles mi tarjeta. Dígales que le deben permitir telefonarme. Si ellos se lo consienten, yo le hablaré por teléfono, insistiendo en que usted no debe decir nada. Y si esta gente no le deja que me telefonee, enfádese mucho y póngase muy irritada. Dígales que si

ellos no le consienten hacer lo que les pide, usted tampoco hará lo que ellos quieran; es decir que si no le permiten telefonearme, usted se negará a responder a las preguntas que le hagan. Y cada vez que le pregunten algo, usted rehusará contestar, empleando el mismo argumento: que usted no les dirá nada, a menos que le dejen llamarme. ¿Comprende usted bien?

—Comprendo —repuso ella.

Perry Mason se dirigió a la puerta. Al pasar junto a Thelma Bell, le dio unos golpecitos en el hombro, diciéndole en voz baja:

—Buena muchacha, muy buena muchacha.

Y salió al pasillo, donde esperó que la puerta se cerrase tras él, escuchando el ruidito que el pestillo hizo al alojarse en su hueco.

Capítulo 7

J. R. Bradbury estaba sentado en el vestíbulo del hotel Mapleton cuando Perry Mason se presentó en la puerta principal del establecimiento.

Bradbury tenía un aspecto de fría y competente superioridad exhibiendo un terno de lana gris de doble tono que hacía juego con el color de sus ojos. Llevaba una camisa también gris, una corbata gris con puntitos rojos, calcetines grises de lana y unos zapatos blancos y negros, propios de un deportista. Estaba saboreando meditativamente un buen habano, cuando sus vivos ojos se fijaron en la figura de Perry Mason.

Bradbury se puso en pie en seguida, acercándose al abogado.

—Cuénteme alguna cosa de nuestro asunto —le dijo, rápida y ansiosamente—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha encontrado usted a Marjorie? ¿Qué puede usted hacer por ella? ¿Qué...?

—Tranquilícese... no se impacienta —replicó Perry Mason—. Vamos a donde nos sea posible hablar sin testigos. ¿Qué tal estaríamos en su habitación?

Bradbury hizo una señal de asentimiento, volviéndose hacia el ascensor; pero, entonces, se paró de repente y dijo:

—Hay un pequeño «speakeasy»^[1] a la vuelta de la esquina, donde estaremos muy bien. Allí nos despacharán algo para comer y nos servirán también buena bebida. Yo la necesito... porque en el hotel no tengo nada.

—Pues usted guía, amigo mío —repuso el abogado.

Bradbury emprendió la marcha, saliendo por la puerta giratoria del vestíbulo; esperó en la acera un momento, para dar lugar a que saliese Mason, se agarró al brazo del abogado y le dijo:

—¿Hay alguna pista que no comprometa a Marjorie?

—¡Calle! —exclamó Perry Mason—. Espere hasta que estemos

en donde podamos hablar libremente, y si en ese «speakeasy» que usted conoce no es posible charlar en secreto, tampoco le diré nada allí.

—No se preocupe por eso —dijo Bradbury—. Tomaremos un reservado muy tranquilo. Es un establecimiento muy íntimo. A mí me dio una tarjeta de presentación el jefe de los camareros del hotel.

Doblaron la esquina, se detuvieron ante una puerta cerrada y Bradbury apretó el botón de un pulsador eléctrico. Uno de los paneles de la puerta se corrió a un lado, y en el oscuro hueco aparecieron un par de ojos azabache que observaron atentamente a Bradbury y a su acompañante; luego, el misterioso vigilante desapareció; oyóse el tenue chirrido de un pestillo que se descorría, y la puerta giró sobre sus goznes.

—Hemos de subir la escalera —indicó Bradbury.

Perry Mason pasó delante, iniciando la ascensión por los alfombrados escalones. Un mayordomo les recibió inclinándose muy ceremonioso.

—Quisiéramos un reservado —le dijo Mason.

—¿Para ustedes dos solamente? —preguntó el mayordomo.

El abogado asintió con un gesto.

El criado dudó un instante. Luego, acuciado por la firme insistencia de la mirada de Perry Mason, se volvió, condujo a los recién llegados a través de un pequeño salón comedor, en el que había numerosas mesas demasiado llenas, cruzaron un reducido cuadro de madera muy encerado, destinado a los amantes del baile, y recorrieron un pasillo alfombrado. El criado levantó una cortina, y Perry Mason entró en una pequeña habitación, sentándose ante una mesa. Bradbury le siguió, ocupando el puesto enfrente.

—Tráigame una buena botella de vino tinto, y un poco de pan francés tostado, con mantequilla —le dijo el abogado—, y nada más para mí.

—Pues yo quiero un buen vaso de whisky —añadió Bradbury—. Mejor dicho, será preferible que traiga un cuartillo de whisky, un cubito con hielo y un par de botellas de cerveza de jengibre. El señor Mason tomará probablemente un vasito cuando termine su vino.

—No lo creo —replicó el abogado—. Vino tinto y pan francés,

no pienso probar otra cosa.

—Entonces, traiga sólo una botella de jengibre —le dijo Bradbury al mayordomo.

En cuanto la cortina volvió a caer, Bradbury se quedó mirando a Mason, arqueando las cejas.

El abogado se inclinó hacia delante, con los ojos apoyados en la mesa, y empezó a hablar en voz baja y confidencial, pero de un modo rapidísimo:

—He encontrado a Marjorie Clune. Ahora vengo de verla. Está complicada en el asunto; no sé hasta qué punto ni lo que esto la puede perjudicar. Estaba con una amiga suya, una muchacha llamada Thelma Bell. Esta última está a salvo de toda sospecha. Puede probar una buena coartada, y se halla dispuesta a ayudar a Marjorie, para sacarla del apuro. No pude conseguir que Marjorie me contase todo lo ocurrido. Me dijo algo, pero estoy seguro de que su relato no fue completo. No me atreví a tratar de arrancarle toda la verdad en presencia de Thelma Bell, y tampoco quise llevarme a Marjorie Clune a otra habitación, para hablar en secreto con ella, porque temí que Thelma pensase que estábamos planeando algún complot en el que ella resultase comprometida. Thelma se va a portar lealmente con su amiga. Ahora no le puedo explicar a usted todos los detalles. Se trata de uno de esos casos en que cuanto menos sepa usted, menos se enredará en el asunto.

—Pero, dígame, ¿saldrá Margy con bien de este lío? —preguntó Bradbury—. ¿Puede usted prometerme que conseguirá salvarla?

—Yo no puedo prometer nada —contestó Perry Mason—. He hecho cuanto me ha sido posible y menos mal que pude verla antes que la Policía.

—Dígame algo acerca de Frank Patton —rogó Bradbury—. ¿Cómo ocurrió eso?

—Ignoro lo sucedido —repuso el abogado—. Descubrí dónde vivía y me dirigí allá.

—¿Y cómo se las arregló usted para conocer su domicilio? —quiso saber Bradbury.

—Por medio del detective que usted contrató a instancias mías.

—¿Cuándo se enteró usted de la dirección de Patton?

—Esta misma tarde.

—Entonces, ¿sabía ya dónde vivía ese individuo cuando usted

salió de su oficina esta noche?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no me invitó a que le acompañase?

—Porque su presencia no me hacía ninguna falta. Yo necesitaba intentar arrancarle a Patton una especie de confesión o, por lo menos, una declaración en la que admitiese ciertas cosas comprometedoras para él. Me constaba que usted perdería su sangre fría y que era muy probable que empezase a lanzar un torrente de acusaciones que no nos iban a conducir a ninguna parte. Por consiguiente, quería hablar a solas con él, tendiéndole una o dos hábiles trampas y procurando hacerle caer en una de ellas. Conseguido esto, me pondría severo con él; después de dominarlo un poco, pensaba hacerles venir a usted y a mi secretaria. Esta última hubiese tomado notas taquigráficas de nuestra entrevista.

Bradbury mostró su conformidad, asintiendo con inclinaciones de cabeza.

—Todo eso me parece muy bien —dijo—. Sin embargo, confieso que al principio me lastimó un poco su proceder.

—Pues no hay razón alguna para que usted se sienta lastimado —replicó Mason—. Estoy trabajando en este asunto con las mejores intenciones y el mayor interés posible en favor de todos ustedes. Por consiguiente, debe usted tener confianza en mí, y no quiero añadir nada más.

—De acuerdo —comentó Bradbury—. Continuemos.

—Bien; pues, como le estaba diciendo, me encaminé al domicilio de Patton —prosiguió el abogado—, y una vez allí, di varios golpes en la puerta del departamento. No respondió nadie. Me agaché, tratando de descubrir algo a través del agujero de la cerradura. Pude observar que había una luz encendida en el interior de la vivienda. Mirando más atentamente por el pequeño orificio, descubrí una mesa en la que vi un sombrero, un bastón y un par de guantes. No me cabía duda de que pertenecían a Patton, porque eran muy propios de él, respondían por completo a la descripción que se me había hecho de ese individuo.

»Volví a llamar a la puerta, utilizando también el zumbador eléctrico. Entre cada dos llamadas me paraba a escuchar, pero no logré el menor ruido. Ya estaba dispuesto a marcharme, cuando me di cuenta de la presencia de un guardia, que se hallaba de pie en el

más cercano ángulo del pasillo. Evidentemente, me había estado observando durante un corto rato, por lo menos, aunque no puedo determinar cuánto tiempo llevaba allí.

»En realidad, yo presentí que tal vez había ocurrido algún suceso desagradable, en el que iba a verme mezclado, pero no me era posible hacer nada, y tenía que afrontar audazmente la situación; por lo tanto, me dirigí hacia el policía. El me detuvo, cortándome el paso, y quiso saber qué estaba haciendo yo y por qué trataba de entrar en el departamento. Yo le contesté que deseaba ver a Frank Patton, que tenía entendido residía en aquella vivienda y me parecía que debía estar en casa a aquella hora. Le dije al guardia quién era yo y le di mi tarjeta.

»Con el policía se hallaba una mujer, quien explicó que vivía en la habitación de enfrente. Me pareció un poco entrometida. Presentaba un aspecto como si acabara de saltar de la cama, vistiéndose en un periquete. Nos dijo que se había acostado temprano, porque no se sentía del todo bien; que había oído a una mujer que se sulfuraba en el cuarto de enfrente, lanzando gritos histéricos y chillando acerca de muchas cosas, entre las cuales le llamaron la atención ciertas palabras relativas a unas «piernas bonitas». Parte de esto ya se lo he contado a usted por teléfono.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó Bradbury.

—Entonces —continuó explicando Perry Mason—, el guardia entró en la vivienda de aquella mujer y celebraron allí un conciliábulo. Al fin, el policía consiguió abrir la puerta de la vivienda de Patton, encontrando que éste había sido asesinado con un gran cuchillo de cortar pan una de esas temibles armas de hoja triangular enorme y larga. Procuré ponerme inmediatamente en contacto con usted porque necesitaba concretar lo que usted quería que yo hiciese con referencia a Margy.

—¿Y cómo supo usted que Margy estaba mezclada en este asunto? —inquirió Bradbury.

—Porque la vi allí cerca; por eso lo llamé a usted invitándole a reunirnos y tratar del caso —explicó el abogado—. Como ya le anticipé, ella salía del edificio donde moraba Patton en el preciso instante en que yo llegaba a él y presentaba tal aspecto de haber cometido una acción culpable que precisamente por eso me llamó la atención. No era tanta de seguro su culpabilidad como el pánico

que demostraba sentir. En sus ojos se reflejaba un gran miedo. Llevaba puesta esa chaqueta blanca que ella tiene y el sombrerito blanco con el adorno rojo en la copa, pero debemos partir del supuesto de que usted no sabe nada de esto. Se lo digo a usted confidencialmente. Por lo tanto, guárdese estas noticias para usted solo.

—Claro que me las guardaré para mí solo —exclamó Bradbury—. Pero dígame: ¿Por qué no le habló usted entonces?

—Yo no la conocía —contestó Perry Mason—. No tenía la menor idea de quién pudiera ser hasta un buen rato después. Sólo me fijé en ella a causa del semblante de pánico que presentaba cuando se me acercó. Después, al oír lo que aquella mujer le contaba al guardia, referente a una muchacha que había lanzado chillidos histéricos, gritando algo acerca de sus piernas, supuse que debía de haber sido Margy quien estuvo en el cuarto de baño de Patton.

—¿Y qué podía estar haciendo ella en el cuarto de baño de Patton? —preguntó Bradbury.

—¡Vaya usted a saber! —replicó el abogado—. Todo parece indicar que la pareja sostuvo una pequeña discusión. El cuerpo de Patton llevaba una bata a medio poner, pero debajo de ella no aparecía ninguna de las piezas de su traje, sino sólo ropa interior. Tal vez intentó jugarle alguna mala palada a Marjorie, y la muchacha se haría fuerte en el cuarto de baño. Por lo menos, así es como yo me lo figuro.

—Y entonces Patton trataría de penetrar en el cuarto de baño, donde ella, al defenderse, lo hirió, ¿no es así? —dijo Bradbury.

—No —repuso Mason—, porque el cadáver no estaba en el cuarto de baño. El cuerpo de Patton yacía en el dormitorio, al lado opuesto del cuarto de baño. Hay la posibilidad de que la muchacha se encerrase en el cuarto de baño y Patton tratara de abrir la puerta. Al conseguirlo, se produciría entre ellos una corta lucha, y entonces es cuando la joven lo debió herir en legítima defensa. Pero hay otra explicación: que mientras ella estuviese en el cuarto de baño, con la puerta atrancada, entrara alguien en el cuarto, asesinando entonces a Patton.

—¿Estaba cerrada con llave la puerta de entrada a la vivienda? —preguntó Bradbury.

—Desde luego —dijo el abogado—, esa puerta estaba cerrada

con llave. ¿No le he dicho a usted que el guardia tuvo que ir en busca del portero o de alguien que pudiera abrirle la puerta?

—Entonces —comentó Bradbury—, si esa puerta estaba cerrada con llave, ¿cómo pudo entrar nadie en el departamento, mientras Margy se hallaba en el cuarto de baño?

—Eso es fácil de explicar —replicó Mason—. Sea quien sea el que haya cometido el crimen, pudo muy bien cerrar la puerta con llave cuando salió.

Bradbury asintió de nuevo, con lentas inclinaciones de cabeza.

—¿Y qué me dice usted del detective, de ese Paul Drake? —le preguntó al abogado—. ¿Andaba por allí cerca?

—Habíamos convenido en que Paul Drake me seguiría algún rato después —replicó Perry Mason—. Yo le dije que me dejase tomar una delantera de cinco minutos. Antes me había reunido con ese detective en la esquina de las calles Novena y Olive, y allí estuvimos un rato. Combinamos nuestro plan de campaña; de acuerdo con él, Drake debía salir de aquella esquina cinco minutos después de haber partido yo. El iría en su propio coche, mientras yo tomaba un taxi. Es probable que el detective tardase menos tiempo que yo en recorrer la distancia entre ambos sitios; sin embargo, no he tenido oportunidad de hablar posteriormente con él. Me figuro que, en el preciso momento en que él se acercaba al edificio donde vivía Patton, debió de ver a la mujer y al uniformado policía que entraban en la casa. Entonces pensaría que las cosas no iban del todo bien, en vista de lo cual, haría uso de su astucia, permaneciendo escondido por allí cerca hasta poder descubrir qué ocurría. Sea lo que fuere, ésa es la explicación que yo me he dado acerca de su ausencia; y, como ya le he dicho, no he tenido oportunidad de volver a hablar con él.

En aquel momento se levantó la cortina, y el camarero trajo lo que habían pedido. Bradbury cogió el frasco de whisky y vertió una buena cantidad en su copa; después echó dos o tres trozos de hielo, añadió un poco de cerveza de jengibre, mezclándolo todo con la cucharilla y consumiendo la mitad del vaso en tres grandes sorbos.

Perry Mason contempló rigurosamente la botella que le habían servido, acercando el cuello a sus narices, para apreciar el aroma; llenó el vaso de aquel vino tinto, partió uno de los trozos del pan francés y, llenándose la boca de aquella miga caliente, sorbió una

buena porción del vino.

—¿Desean algo más los señores? —preguntó el camarero.

—Por el momento, estamos servidos —repuso Bradbury—. Ya tocaremos el timbre cuando deseemos la cuenta. Entretanto, ¿quiere hacer el favor de procurar que nadie ni nada nos estorbe?

El camarero asintió con una inclinación.

—Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir —indicó Perry Mason.

Bradbury hizo un gesto de conformidad, mas añadió:

—Es que yo necesito decirle algo.

El abogado le lanzó una rápida mirada.

Bradbury confirmó lo dicho con un gesto.

—Pues ya le escucho —replicó Mason.

El camarero salió, después de recoger sus cosas, y las cortinas volvieron a cerrarse.

—En primer lugar —empezó diciendo Bradbury, muy lentamente— necesito que se haga usted cargo de una cosa, amigo Mason, y es ésta: que estoy decidido a ayudar a Marjorie Clune en el asunto que nos ocupa, ocurra lo que ocurra.

—¡Caramba, ya lo sabía! —exclamó Mason, arrancando con los dedos una nueva porción del pan francés—. Siempre he tenido la impresión de que ése era su propósito.

—Por lo demás —continuó Bradbury—, procuraré, por todos los medios, que Marjorie Clune salga libre de este enredo, aunque tenga que fastidiar a otros.

—Lo creo —repuso Perry Mason—; todavía no me ha dicho usted nada nuevo.

Bradbury se inclinó hacia delante, mirando fijamente a Perry Mason.

—Entiéndame bien, señor abogado —le dijo—. No quiero que exista entre nosotros la menor incomprensión con respecto a ese propósito mío. —Y repitió, recalcando bien cada sílaba—: Procuraré, por todos los medios, que Marjorie Clune salga libre de este enredo aunque tenga que fastidiar a otros.

Había una cierta agresividad, una firme insistencia en el tono con que pronunció las últimas palabras, hasta el punto de que Perry Mason detuvo su vaso a la mitad de camino entre la mesa y los labios, mientras sus ojos se enfocaban repentinamente sobre

Bradbury, iluminados con un nuevo reflejo.

—¿Cómo? —exclamó el abogado.

—Marjorie Clune —continuó Bradbury— es para mí lo más importante. Yo la amo más que a la propia vida. Haría cualquier cosa por ella. Todavía no conozco bien los detalles de lo que haya podido ocurrir, ni usted tampoco los conoce, pero deseo dejar definitivamente sentado que Marjorie Clune no debe correr ningún peligro. Estoy dispuesto a luchar por ella contra el mundo entero. No me importa quién pueda ser el que se me oponga.

—Continúe... continúe... —dijo Perry Mason, sosteniendo aún el vaso de vino sin acabar de acercárselo a sus labios.

—Me gustaría saber cuánto tiempo estuvo usted llamando a la puerta, antes de que se presentaran allí el guardia y la vecina.

—Pues algo así como un minuto o dos —repuso el abogado—. ¿Por qué le interesa ese detalle?

—¿Recuerda usted exactamente qué hora era cuando el policía llegó?

—No, no miré el reloj.

—He aquí una cosa que debe ser aclarada, me parece a mí —dijo Bradbury.

—Y me parece bien —replicó Mason, dejando en la mesa el vaso, sin haber llegado a beber el vino—. Prosiga, Bradbury, le escucho con interés.

—Desearía saber la hora exacta en que se cometió el asesinato y el tiempo transcurrido hasta que usted llegó al departamento de la víctima —continuó diciendo Bradbury—. El tiempo puede ser en este caso un elemento de la mayor importancia.

—Sí que puede serlo —convino el abogado.

—Me parece muy estrambótico que si Margy estaba encerrada en el cuarto de baño mientras alguien mataba a Frank Patton, haya aparecido luego la puerta cerrada con llave.

—¿Por qué le extraña eso? —preguntó Perry Mason.

—En primer lugar —repuso Bradbury—, es completamente imposible para mí el creer que Marjorie Clune tuviese una llave de la vivienda de Frank Patton. No admito semejante cosa.

—Continúe —le dijo Mason, al ver que se callaba—. Estoy escuchando.

—En el supuesto de que Marjorie Clune se hiciese fuerte

refugiándose en el cuarto de baño, y Frank Patton lograra forzar la puerta, produciéndose una lucha durante la cual lo matase Marjorie, en legítima defensa, ella habría sido la última persona que salió por aquella puerta.

—Sí, señor —admitió el abogado—. ¿Y qué?

—Pues que, admitido tal supuesto, la puerta no pudo ser cerrada con llave... desde el momento en que Marjorie Clune no la tenía, y supuesto que difícilmente pudo cerrarla el muerto. Por otra parte —continuó diciendo Bradbury, cuyos ojos se clavaban con firme insistencia en los de Perry Mason—, supongamos ahora que Marjorie Clune estuvo encerrada en el cuarto de baño, y que Patton trató de entrar en él, pero sin llegar a conseguirlo; si entonces hubiera penetrado en la vivienda alguna otra persona y, después de matar a Patton, se volviese a marchar, como usted ha indicado antes, cerrando con llave la puerta, ¿cómo pudo salir Marjorie del cuarto?

Perry Mason continuó contemplando a Bradbury, sin salir de su silenciosa meditación.

—La única solución posible que nos queda —prosiguió Bradbury— es la de suponer que Marjorie Clune huyese del baño mientras el asesino y su víctima luchaban entre sí. Esto es, mientras Frank Patton estaba entretenido, peleándose con el intruso que había penetrado por la puerta de su vivienda. En ese caso, Marjorie Clune habría visto al asesino; y, una de dos: es indudable que pudo reconocerlo, si ya le era conocido, o que sería capaz de dar algunos detalles descriptivos de él, si no lo había visto anteriormente.

—¿Y entonces...? —preguntó el abogado.

—Y entonces el criminal, en su lucha con Patton, lo heriría, huyendo después del departamento. Si las cosas ocurrieron así es muy probable que ese hombre haya visto a Marjorie Clune, ya cuando salía del cuarto de baño, ya cuando él huía por los pasillos, o bajando en el ascensor.

—Usted nos está resultando un magnífico detective, amigo Bradbury —dijo Perry Mason—. Ese razonamiento ha estado muy bien hecho y lo ha expuesto con gran claridad.

—Con él sólo he tratado de demostrarle —replicó Bradbury, lentamente— que, por el mero hecho de venir de un pueblo, no se me debe dejar abandonado de modo que haya de ser yo quien haga

frente a los acontecimientos y me encargue de luchar cuando la ocasión se presente. Usted no debe menospreciarme así, señor abogado.

Los ojos de Perry Mason se llenaron de visible interés, notándose en ellos un creciente respeto hacia aquel hombre.

—¡Caramba, no diga eso, amigo Bradbury! —exclamó—. Yo lo tengo a usted en muy buen concepto y no pienso cambiar de opinión.

—Muchas gracias, señor letrado —repuso Bradbury, y tomó de la mesa el alto vaso de whisky, consumiendo lo que en él quedaba.

Perry Mason lo contempló atentamente durante unos segundos; luego, levantó su vaso y se bebió a grandes sorbos el vino que contenía, volviéndolo después a llenar.

—¿Ha terminado usted ya con lo que tenía que decirme? —le preguntó a Bradbury.

—No, señor. Todavía queda otro punto por tratar, y es éste: me satisface esa posibilidad de que Marjorie Clune haya visto al asesino, pues si no ha lanzado ningún grito de alarma es señal de que el criminal le era conocido y ella no deseaba comprometerlo.

—¿Alude usted al doctor Doray? —inquirió el abogado.

—Exactamente —dijo Bradbury, con un acento de terminante frialdad en su voz.

—Óigame —replicó Mason—; creo que podré convencerlo a usted de una cosa, señor Bradbury. Yo vi a Marjorie Clune cuando ella salía de la casa del crimen. Me paré y estuve observándola hasta que hubo recorrido algo más de media manzana, tras lo cual reemprendí mi marcha y entré en el edificio. Una vez allí, tomé el ascensor. Al llegar al piso, salí de la cabina y me encaminé directamente al departamento de Patton. Mientras recorrí los pasillos, no me crucé con nadie que pudiese venir de la vivienda de Patton. Permanecí delante de la puerta hasta después de haber llegado el guardia. Este no hubiese permitido a nadie salir del departamento, sin detenerlo hasta después de practicada la investigación. Por consiguiente, es razonable suponer que el departamento estaba vacío ya cuando yo llegue allí. Existe, desde luego, la posibilidad de que el asesino hubiese bajado por la escalera mientras yo subía en el ascensor, pero esto es tan sólo una posibilidad, fíjese bien. Yo ya conozco al doctor Doray. Si lo hubiese

visto por allí, en la calle o en la casa, lo habría reconocido en seguida.

—¿Y qué me dice usted de las ventanas? —preguntó Bradbury—. Porque supongo que allí habrá alguna ventana, ¿verdad?

—Sí, hay un balcón que comunica con una escalera exterior para casos de incendio —repuso Mason, hablando lentamente.

—¡Ahí lo tiene usted! —puntualizó Bradbury, con aire de triunfo.

—Bien, pero si el señor Doray hubiese sido el que entró en la vivienda —dijo el abogado—, y si Marjorie Clune salió, huyendo, del baño y se escapó por la puerta, ¿con qué fin hubiera cerrado con llave el doctor Doray la puerta del departamento marchándose después por el balcón y bajando por la escalerilla de salvamento?

—Ésa es una de las muchas cosas que hemos de aclarar —contestó Bradbury.

—Sí —confirmó Mason—, hay una infinidad de cosas por determinar cuando hayamos recopilado más detalles, amigo Bradbury. Comprenderá usted que al más ducho le sea materialmente imposible reconstruir la escena del crimen mientras no conozca todos los datos y antecedentes.

—Lo comprendo muy bien, pero desearía puntualizar que los hechos, tal como nosotros los conocemos, no parecen estar de acuerdo en ciertas cosas que, sin duda, deben de haber ocurrido.

—Eso ya lo resolveremos cuando nos veamos en el juicio oral y empiece el análisis de la tesis presentada por la acusación.

—Preferiría dejarlo resuelto ahora mismo —indicó Bradbury.

—Así, pues, ¿usted cree que Bob Doray es el culpable en este asesinato? —preguntó Perry Mason.

—Si he de ser franco con usted, le diré que sí. Ya le he manifestado, en nuestras conversaciones anteriores, que es un hombre peligroso. Tengo la impresión, por no decir la certeza, de que él ha intervenido en este crimen, y asimismo estoy seguro de que Marjorie Clune tratará de protegerlo, si le es posible.

—¿Cree usted, pues, que esa muchacha está enamorada de Doray?

—No puedo asegurar tanto. Opino, más bien, que él la tiene fascinada. Puede ser que Marjorie crea que lo ama, pero usted comprenderá, señor letrado, que hay una gran diferencia entre

ambos.

Perry Mason contempló los duros y chispeantes ojos de Bradbury, mientras pensaba que aquel hombre le merecía cada vez más respeto.

—Le comprendo a usted muy bien —dijo el abogado.

—Por otra parte —continuó Bradbury—, si a Marjorie Clune se le ocurriera sacrificarse para proporcionar una coartada al doctor Doray, propongo que le impidamos llevar a cabo semejante plan. ¿Me he explicado claramente?

—Demasiado claramente —repuso Perry Mason.

Bradbury inclinó el frasco sobre su vaso, vertiendo en él otra copiosa porción de whisky y diluyéndola después con un poco de cerveza de jengibre, que tomó de la otra botella.

—Ocurra lo que ocurra —dijo—, a Marjorie no se le debe permitir que se sacrifique por el doctor Doray.

—Entonces, ¿usted quiere que yo procure demostrar que el señor Doray cometió el crimen? —preguntó el abogado.

—Por el contrario —contestó Bradbury, con lentas palabras—, deseo inculcarle, señor letrado, que en el caso que las circunstancias me diesen a mí la razón, y el doctor Doray resultara complicado en este crimen o se demostrase que fue él quien realmente cometió el asesinato, pienso encargarle a usted de la defensa de ese señor.

Perry Mason dio un brusco salto en su silla.

—¿Cómo dice usted...? —preguntó.

Bradbury confirmó sus palabras con lentas inclinaciones de cabeza.

—Sí, señor. Le rogaré a usted —dijo— que defienda al doctor Doray.

—Tenga en cuenta —advirtió el abogado— que si yo me hago cargo de su defensa, haré lo mejor que se me ocurra para sacarlo libre de la causa.

—Eso se sobreentiende. ¿Quién ha dicho lo contrario? —replicó Bradbury.

Perry Mason cesó de masticar su pan, empezando a tamborilear con los dedos en el borde del mantel, mientras contemplaba fijamente a Bradbury.

—No, señor —dijo, muy despacio—, usted no merece que yo ni nadie le menosprecie, amigo Bradbury... ¡Nunca se le vuelva a

ocurrir semejante cosa!

El aludido sonrió, satisfecho.

—Y ahora, señor abogado —dijo—, después de haber logrado ponernos de perfecto acuerdo el uno con el otro, ha llegado el momento de olvidar los negocios para comer y beber un poco.

—Es usted muy dueño de hacerlo —le repuso Mason, acompañando sus palabras con una amistosa sonrisa burlona—, pero yo tengo que volver a mi oficina; me figuro que a estas horas habrá ya varios detectives de la policía rondando alrededor de ella.

—¿Por qué? ¿Qué quieren de usted? —inquirió Bradbury.

—¡Oh! Se habrán enterado que yo estuve en el edificio donde vivía Patton y desearán descubrir por qué fui allí y todo lo que se refiera a este asunto.

—¿Piensa usted decirles muchas cosas?

—No les explicaré nada relativo a usted, amigo Bradbury —contestó el abogado—. Me propongo conservarle muy en el fondo de esta cuestión.

—Eso está muy bien pensado —contestó Bradbury.

—Y si se presenta alguna ocasión de hacer publicidad periodística acerca de una novela romántica cuyo protagonista sea el doctor Doray, no me la dejaré escapar.

—¿Por qué?

—Porque... —y Mason se interrumpió mirando fijamente a su interlocutor. Tras una corta pausa, continuó diciendo—: Usted es un hombre inteligente, Bradbury, de modo que puedo hablar con franqueza. Tiene usted bastante edad, muchos más años que Marjorie Clune, y posee cierta fortuna. Supongamos que esa joven se vea enredada en un grave asunto criminal; las primeras informaciones periodísticas le darán notoriedad presentándola como ganadora en un concurso de pantorrillas; a continuación, tardarán muy poco en explicarle al público la historia del acaramelado y acaudalado señor de edad que ha venido a la metrópoli a luchar por salvarla del apuro. No me negará usted que esto producirá en el público y en el Jurado una impresión diferente de la que puede conseguirse organizando las cosas de otro modo.

—¿Cuál es ese otro modo? —preguntó Bradbury.

—Pues la teoría de presentar a Marjorie Clune como a una muchacha que vino amargamente desilusionada a esta ciudad,

siendo seguida por el doctor Robert Doray, joven dentista de pocos más años que ella, quien abandonó su profesión, procurándose todo el dinero con el firme propósito de hallar a la extraviada joven. Así presentaremos el asunto bajo un cuadro por completo diferente, dándole un aspecto de romántica juventud.

—Comprendo —dijo Bradbury.

—En nuestro caso tenemos un inconveniente que nos estorba mucho: el concurso de pantorrillas —continuó diciendo Perry Mason—. En el instante en que los periodistas cacen la primera noticia de todo ese enredo, empezarán a publicar fotografías de Marjorie Clune: fotografías que, como es natural, incluirán sus piernas. Esto servirá para atraer la atención de sus lectores, pero así no lograremos que se haga pública la clase exacta de propaganda que necesitamos proporcionar a Marjorie.

Bradbury asintió, mostrando su conformidad con lentas inclinaciones de cabeza.

—Hay una cosa, señor letrado —dijo—, sobre la cual podemos ponernos de acuerdo.

—¿De qué se trata? —preguntó Mason.

—Pues de que debemos procurar siempre no despreciarnos el uno al otro —explicó Bradbury, sonriendo—. Y no piense, ni por un segundo, que usted necesita explicarme la importancia de cualquier cosa que haga, señor letrado. Prosiga sus gestiones y organice la publicidad en el sentido que mejor le parezca —y, al decir esto, los ojos de Bradbury se clavaron sobre el abogado con un duro destello de psicología comercial—. Pero tampoco debe ocurrírsele, ni por un instante, que yo voy a dejar a Marjorie Clune metida en este enredo, sin combatir por ella hasta empleando dientes y uñas. Y estoy dispuesto a arrastrar al fondo a cualquiera, ¿me entiende usted?

Perry Mason lanzó un suspiro, mientras vertía las últimas gotas del vino en su vaso y arrancaba un trozo de pan, que untó con una buena porción de mantequilla.

—¡Caramba! —exclamó—. Eso ya me lo había dicho usted muchas veces, amigo Bradbury.

Capítulo 8

Perry Mason esperó hasta que Bradbury hubo entrado en el ascensor del hotel Mapleton y arrancó hacia arriba; entonces, utilizando una de las cabinas telefónicas, llamó a su oficina.

La voz de Della Street le llegó en tono bajo y precavido.

—¿Ha pasado algo malo? —preguntó la joven secretaria.

—¿Por qué dice eso? —quiso saber él.

—Porque aquí tengo a dos detectives esperándole a usted.

—Perfectamente. Dígales que esperen un poco más. Ahora mismo voy.

—¿Está usted bien?

—¡Claro que estoy bien!

—¿No le ha ocurrido nada?

—La voz de la joven se hizo más baja al explicarle, en rápidas y fugaces palabras:

—Se muestran muy recelosos. Como me han oído hablar por teléfono, se han marchado a escuchar en el otro aparato.

Luego, en un tono mucho más alto, se le oyó decir.

—Sencillamente, yo no puedo asegurarles a ustedes cuándo llegará aquí el señor Mason. Me figuro que vendrá a cualquier hora de esta noche, porque me encargó que me quedase esperando hasta recibir algún recado suyo. Todavía no me ha llegado ninguna noticia de él. Si ustedes tienen la amabilidad de indicarme su nombre, yo le diré que estuvieron aquí para visitarlo, o déjenme el número de su teléfono y él los llamará cuando llegue, si le parece bien hablar con ustedes.

Perry Mason disfrazó el timbre de su voz y dijo:

—Dispense, me he equivocado de número —y colgó el receptor.

Al salir de la cabina telefónica, se detuvo un instante, encendiendo un cigarrillo y contemplando la pequeña ascua con

ojos que seguían meditativamente a las rizadas volutas de humo. Luego, inclinó de repente la cabeza, como si hubiese llegado a una decisión, atravesó el vestíbulo a grandes pasos, alquiló un taxi y se hizo conducir, sin perder un instante, a su oficina. Su actitud no podía ser más serena ni airosa, cuando, abriendo la puerta de par en par, exclamó:

—¡Hola, Della!

—Esos dos caballeros... —empezó a decir la joven secretaria, volviendo la cabeza hacia los dos hombres que estaban allí sentados, con las sillas recostadas contra la pared.

Uno de ellos se echó hacia atrás la solapa de la americana y metió el pulgar por la abertura del chaleco, sacando el tirante lo suficiente para que se viese cierto escudo dorado. Al mismo tiempo, dijo:

—Queremos hablar con usted un minuto.

Perry Mason dejó que su rostro se iluminase con una sonrisa de bienvenida.

—¡Ah! —exclamó—, son ustedes de la Policía, ¿verdad? Muy bien..., muy bien... Pensé que tal vez serían un par de clientes, y lo sentía porque esta noche estoy muy cansado. Vengan conmigo... hagan el favor de entrar aquí.

Y mantuvo abierta la puerta de su despacho particular, dejando que los detectives entrasen antes que él. Mientras entornaba dicha puerta echó una ojeada hacia el pálido rostro de Della Street, observó que la joven lo miraba muy asustada, y con el ojo derecho hizo un rapidísimo guiño. Después acabó de cerrar la comunicación entre ambas oficinas, indicó con un ademán unas sillas a los visitantes y acercándose al gran sillón giratorio, se sentó y puso los pies sobre la mesa.

—Bien —dijo—, ¿de qué se trata?

—Yo soy Riker —explicó uno de los hombres— y éste es Johnson. Trabajamos en la brigada criminal.

—¿Fuman? —preguntó Mason, señalando hacia un paquete de cigarrillos que estaba al otro lado del escritorio.

Los dos agentes aprovecharon la invitación.

El abogado esperó hasta que hubieron encendido y entonces les dijo:

—Bueno, ¿de qué se trata, muchachos?

—Usted ha ido a visitar a un hombre llamado Frank Patton, que vivía en los Departamentos Holliday, en la Avenida Maple.

—Sí —repuso—, estuve allí y llamé muchas veces, pero no pude conseguir ninguna respuesta. Mientras tanto, llegó allí un guardia, acompañado de una vecina que había ido en su busca y que charlaba por los codos, contando una ristra de historias acerca de una muchacha a la que había oído lanzar gritos histéricos. Yo me figuré que tal vez aquel hombre se había embarcado la noche pasada en una juerguecita y no deseaba que lo interrumpiesen por nada.

—Pues el resultado fue que allí se había cometido un crimen —dijo Riker.

El tono de voz de Mason fue de completa indiferencia al replicar:

—Sí, oí que el guardia conseguía forzar la puerta y se encontraba con un asesinato allí dentro. No tuve tiempo ni oportunidad de enterarme de más detalles. Creo que el inquilino yacía en el suelo de su dormitorio, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Riker—, allí lo encontraron muerto. Estaba caído en el suelo, en paños menores. Tenía una bata a medio poner. Le encontraron un cuchillo clavado en el corazón.

—¿Hay alguna pista? —inquirió Perry Mason.

—¿Por qué nos pregunta eso? —quiso saber Johnson.

El abogado se rió.

—¡No se vayan a figurar otra cosa, muchachos! —exclamó—. Ese hombre no tenía que ver nada conmigo, pues yo sólo iba a verlo para tener una entrevista con él. Por lo demás, su muerte me ha fastidiado de verdad.

—¿Quiere explicarnos el significado exacto de esas palabras? —le preguntó Riker.

—Se enterarán ustedes de todo lo que se refiere a este asunto en cuanto a mí me concierne, sin más que preguntárselo a Carl Manchester en la fiscalía del distrito —les dijo Perry Mason—. Hemos estado ocupándonos juntos del caso, y yo iba a ser un acusador especial que pondría a Patton en las parrillas de la justicia.

—¿Y de qué clase de delito pensaba usted acusarlo? —inquirió Riker.

—No había nada que pudiera servir de acusación contra él —

repuso el abogado—. Precisamente por eso iba yo en su busca. Habíamos supuesto que yo conseguiría combinar alguna trama que pudiera servir de base sólida a la acusación. Carl Manchester no estaba seguro de tener motivos suficientes para proceder contra él.

—No se preocupe del aspecto legal de la cuestión —dijo Johnson—. A nosotros nos interesan más bien los detalles íntimos.

—Pues ya les explicaré: ese individuo practicaba una especie de timo, del que hacía víctimas a las muchachas que tenían las piernas bonitas —relató Mason—. En cuanto pescaba a una joven con unas buenas piernas, ya la estaba enredando en un lío en el que la pobre chica acababa por pagar los vidrios rotos. Esta estafa la practicó en varias pequeñas ciudades, abusando de la Cámara de Comercio de cada localidad, de la cual hacía su centro de operaciones, y resultando perjudicada la muchacha.

—¿Quiere usted decir que les tomaba el pelo a los chicos de la Cámara de Comercio? —preguntó Johnson.

Perry Mason afirmó con la cabeza.

—Algo por el estilo —añadió—. ¿Por qué no?

—Todo el mundo supone que esos chicos son gente demasiado avispada para dejarse engañar por nadie.

—Así lo creen ellos —repuso el abogado—, pero el caso es que los han timado con todas las de la ley. Si ustedes quieren saber mi opinión, les diré que se han dejado embaucar con excesiva facilidad.

Los ojos de Riker se clavaron en Perry Mason con astuta mirada.

—Parece ser que usted es muy listo —le dijo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el letrado.

—Que cuesta mucho dinero utilizarlo a usted como abogado.

—Afortunadamente —comentó Perry Mason, haciendo un guiño—, así es.

—Muy bien. Se ve que alguien estaba interesado en este asunto lo bastante para aflojarle a usted la pasta, encargándole que preparase una acusación contra ese hombre.

Mason confirmó la suposición, inclinando la cabeza.

—Está usted en lo cierto —repuso.

—Perfectamente —replicó Riker—. ¿Y quién es el ricachón?

El abogado movió la cabeza, sonriendo y exclamando.

—¡Qué picaros son ustedes..., qué picaros!

—¿Nos quiere explicar esas palabras? —exigió Riker.

—Significa que ustedes, muchachos, se quieren pasar de listos. Ya sé que trabajan para ganarse la vida, ni más ni menos como hago yo. Ahora me acaban de preguntar una cosa que tal vez les agradaría saber. Si yo creyese que eso tenía algo que ver con el crimen, acaso les contestase, pero el nombre de esa persona no presenta la menor relación con el asesinato, y, por consiguiente, ¡maldita la falta que les hace a ustedes conocerlo!

Y para suavizar un poco sus palabras, les sonrió amistosamente.

—Se lo hemos preguntado en nuestro afán de hallar un motivo al crimen —dijo Riker—. Quien le haya pagado a usted una buena suma para meter a ese hombre en la cárcel, podría tener asimismo buenos motivos para llegar a cometer un asesinato.

Mason hizo una mueca.

—Eso podría ser cierto si antes no me hubiese dado un anticipo de mil dólares al encargarme de organizar la acusación contra Patton —replicó el letrado—. De haber tenido la intención de asesinarlo, se hubiese ahorrado bonitamente su millar de dólares; no había ninguna necesidad de regalarme ese dinero, para luego ir a matar al hombre que le estorbaba, con lo cual me evitaba a mí el trabajo de justificar mis honorarios como acusador.

Johnson asintió inclinando lentamente la cabeza.

—No obstante —añadió Riker—, yo daría cualquier cosa por saber quién le encargó a usted el asunto.

—Es posible —repuso el abogado—, pero yo también daría cualquier cosa por no decírselo, y se da el caso de que, según las leyes vigentes, ésta es una de esas pequeñeces que se conocen bajo el nombre de «confidencias profesionales». Ustedes no me pueden obligar a declarar y, por lo tanto, no les es factible exigirme que conteste a ninguna de sus preguntas. Mas no es preciso enfadarse por eso.

Riker contemplaba pensativamente las puntas de sus zapatos.

—Yo no estoy tan seguro de eso —murmuró.

—¿De qué? —preguntó Mason.

—De lo de no enfadarme con usted.

—¡No saque los pies fuera del tiesto! —exclamó el abogado—. Ya les he dado bastantes noticias, muchachos. Les he dicho todo cuanto podía confesar sin hacer traición a las confidencias de mi

cliente.

—De modo que a ese hombre le interesaban las chicas guapas de su pueblo, ¿no es así? —interrogó Johnson, en tono agresivo.

Perry Mason se echó a reír.

—¿Por qué no se lo pregunta usted a Carl Manchester? —le replicó.

Riker clavó una pensativa mirada sobre el abogado.

—¿Será usted capaz de no darnos más detalles?

—Amigo Riker, a mí me gustaría mucho ayudarlos a ustedes en su misión, pero me está vedado decirles el nombre de la persona que me encargó el asunto. Creo que no me portaría bien si tal hiciera. Pero puedo contarles otras muchas cosas que...

Sin terminar la frase, se puso a tamborilear con los dedos sobre el borde de la mesa escritorio.

—¡Vamos..., vamos, cuéntenos! —exclamó Riker.

El juriconsulto dejó escapar un profundo suspiro.

—Hay una muchacha de Cloverdale... —explicó—, la última víctima del asesinado..., una jovencita llamada Marjorie Clune, que en este momento se halla en algún lugar de nuestra ciudad...

—¿Dónde? —quiso saber Riker.

—Realmente, les aseguro que no lo sé —contestó Perry Mason.

—Bueno, pues continúe —le dijo Johnson—. ¿Qué pasa con esa muchacha?

—Yo no sé muchas cosas acerca de ella —siguió diciendo el abogado—, pero sí que tiene un novio que vino siguiéndola desde Cloverdale..., un tal doctor Robert Doray. Este señor se hospeda en el hotel Midwick, ése que está ahí, en el Este de la calle Faulkner. Se trata de un buen chico. Yo estoy seguro de que es incapaz de premeditar un asesinato. No obstante, si se ha encontrado cara a cara con Patton, muy bien pudiera ser que se hubiese visto en el caso de tener que propinarle una soberana paliza.

—¡Ahora sí que nos está usted dando una interesante noticia! —exclamó Riker.

La expresión de Mason, en aquel momento, no podía ser más franca, con los ojos bien abiertos y una inocencia infantil reflejada en su rostro.

—¡Claro que sí! —replicó—. Ya les dije a ustedes que deseaba proporcionarles cuantos datos pudiera. ¡Caramba!, me consta que

ustedes, compañeros, tienen que ganarse la vida con su trabajo, igual que me pasa a mí. A decir verdad, yo no puedo quejarme de la Policía en ninguno de los casos de que me ocupo. Ustedes investigan y reconstruyen el crimen lo mejor que les es posible, y entonces me toca a mí presentarme ante el Tribunal y procurar destruir su labor. Así es nuestro negocio. Si ustedes, compañeros, no realizan su tarea de un modo que les permita practicar detenciones y arrestos, no existirá para mí ninguna posibilidad de ganarme unos honorarios defendiendo a los acusados. Ningún individuo se decide a gastarse los cuartos en un abogado hasta que se ve en una situación apurada.

Riker asintió con inclinaciones de cabeza.

—Es la pura verdad —dijo.

—¿Y no puede usted decirnos algo más relativo a esa Marjorie Clune? —preguntó Johnson.

Perry Mason tocó el timbre, llamando a Della Street.

—Della —le dijo, en cuanto se presentó—, tráigame aquella carpeta del «Caso de las piernas bonitas», ¿me hace usted el favor?

La secretaria acogió el encargo con una amistosa inclinación de cabeza, se dirigió hacia los archivadores y un momento después volvía con un cartapacio repleto de documentos y papeles. Perry Mason le dio las gracias.

—Nada más, por el momento —le dijo.

Ella volvió a cerrar la puerta de la oficina exterior, con una violencia que revelaba su indignación contra los visitantes.

El abogado extrajo la fotografía contenida en aquella carpeta.

—Bueno, muchachos —les dijo a los detectives, mostrándoles la prueba—, he aquí un retrato de Marjorie Clune. ¿Green ustedes que la reconocerían si la encontrasen por ahí?

Riker se puso a silbar.

Ambos detectives se levantaron de sus asientos, acercándose para examinar más de cerca la fotografía.

—Una muchacha con tales piernas —proclamó Johnson— ha nacido tan sólo para provocar conflictos. Apostaría a que está complicada en este asesinato.

Mason se encogió de hombros.

—No seré yo quien lo afirme, compañeros —les dijo, jovialmente—. A mí me han pagado para levantar una acusación

contra Patton. Como ahora está muerto, ya no tengo nada que hacer con él. Ustedes tienen el derecho de callarse todo lo que yo les he dicho, cuando vayan a hablar con Manchester. Entretanto, lo mejor que pueden hacer es vigilar a ese doctor Doray. En cuanto los periódicos empiecen a lanzar noticias del crimen, es muy posible que Doray decida regresar a Cloverdale considerando que nada lo retiene aquí.

—Yo tenía entendido que vino tras la muchacha —repuso Riker. El abogado arqueó sus cejas.

—¿Lo cree usted así? —preguntó.

—¿No fue usted mismo quien nos lo dijo?

—Me parece que no.

—Pues por algo tenía yo esa impresión —comentó Riker.

Mason suspiró haciendo un expresivo movimiento con las manos.

—Muchachos —les dijo—, repito que no podrán probar nada apoyándose en mis declaraciones. Ya les he dicho todo lo que yo sé acerca de este caso, sin llegar a violar ninguna confidencia profesional, y ustedes pueden seguir hablando conmigo desde ahora hasta las dos de la madrugada, pero no conseguirán que yo añada una sola palabra interesante para ustedes.

Riker sonrió y se puso en pie.

Johnson dudó por un instante, empujando, por fin, hacia atrás la silla en que estaba sentado.

—Pueden ustedes salir por este pasillo —les indicó Mason, abriendo la puerta que daba al corredor principal del piso.

Cuando hubo oído que los pasos de ambos detectives disminuían de intensidad conforme doblaban la primera esquina del pasillo, al dirigirse hacia el ascensor el abogado cerró de golpe, comprobó si dejaba la cerradura en forma que no se pudiese abrir desde fuera, encaminóse hacia la puerta que comunicaba con la oficina exterior, la abrió y se puso a sonreír ante Della Street.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la joven, con voz velada por la emoción.

—Patton ha sido asesinado —replicó el abogado, en contestación a su secretaria.

—¿Antes de que usted llegase allí o después?

—Antes; si lo hubiesen matado después de mi llegada, me vería

complicado en el caso.

—¿Y ahora no está usted complicado?

Él movió la cabeza, sentóse después en el borde de la mesa de su secretaria, lanzó un suspiro y repuso:

—Verdaderamente, no lo sé.

Della se levantó, acariciando con sus fríos y hábiles dedos los ensortijados cabellos de su jefe.

—¿No me lo puede usted decir? —le preguntó, en voz muy baja.

—Paul Drake telefoneó poco antes de que usted llegase aquí —replicó Mason—. Me dio la dirección de Patton, que acababa de descubrir. Ese hombre vivía en los Departamentos Holliday. Yo salí corriendo hacia allá; Drake había de seguirme cinco minutos más tarde. Pocos pasos antes de llegar a ese edificio, vi a una linda muchacha que salía de él. Llevaba una chaqueta blanca, un sombrero blanco con un adorno rojo en la copa y unos zapatos también blancos. Sus ojos eran azules y revelaban cierto miedo. Precisamente me fijé en ella porque presentaba un aspecto anormal que la hacía aparecer como culpable de algún reciente delito que le causase mortal espanto. Entonces entré en la casa, subí al cuarto y di unos golpecitos en la puerta. Nadie contestó. Utilicé el timbre eléctrico, sin lograr tampoco que acudiese nadie, resultando que la llave no estaba echada y la puerta se abrió.

El abogado se calló por un momento, con la cabeza caída hacia delante, mientras los dedos de la joven se apoyaban dulcemente en la espalda de él.

—Bien, ¿y qué más? —le preguntó.

—Entré en la vivienda —continuó diciendo Mason—. En seguida noté algo sospechoso en el ambiente. Encontré, primero, una especie de salita o cuarto de labor. Allí había un sombrero, un bastón y unos guantes de hombre. Ya los había visto antes de entrar, atisbando por el ojo de la cerradura. Esto me hizo pensar que el departamento no estaba vacío, que allí debía de haber alguien.

—¿Y por qué se decidió usted a entrar? —preguntó la secretaria.

—Necesitaba obtener ciertos detalles de Patton, y como éste no había contestado a mis llamadas, pensé que tal vez se me presentaba una buena oportunidad para enterarme de algo interesante.

—Continúe —dijo la joven.

—En el cuarto de labor no había nada de interés; pero cuando atravesé la puerta que daba al dormitorio, encontré a Patton tumbado en el suelo; estaba muerto. Le habían asestado una puñalada con un cuchillo de hoja grande. Aquello era una faena bastante sucia.

—¿Por qué dice eso? —preguntó ella.

—Patton murió instantáneamente, desde luego, pues la herida era enorme —le explicó Mason—. Cortó una de las grandes arterias que salen del corazón, y estas lesiones producen una hemorragia terrible, como usted sabe.

Della hizo un esfuerzo para evitar el espasmo de horror que asomaba en su rostro, y replicó, con lentas palabras:

—Sí, me lo imagino..., no me diga más. Y entonces, ¿qué hizo usted?

—Ya se lo he contado casi todo. En la otra habitación, tirada en el suelo, vi una porra; todavía no me he explicado la presencia de este artefacto.

—Pero si a ese hombre le mataron con un cuchillo —observó la secretaria—, ¿qué hacía allí aquella porra?

—Eso es lo que no puedo imaginar —repuso el abogado—. En este crimen hay algunos detalles muy raros.

—¿Dio usted cuenta del caso a la Policía?

—Ahí es donde las cartas se vuelven contra mí. Limpié muy bien las impresiones digitales mías que podían haber quedado en los tiradores de las puertas, y me apresuré a salir de allí. Me constaba que Paul Drake llegaría unos cinco minutos más tarde que yo, y me propuse que fuese él quien descubriera el cadáver. Yo tenía otras cosas que hacer, y ya sabía que Drake pondría el caso en conocimiento de la Policía.

»En el preciso instante en que me alejaba del departamento, oí un portazo en el ascensor y unas voces se acercaron. Entre ellas se destacó la de una mujer, contando algo acerca de una muchacha que había lanzado gritos histéricos, y por sus palabras deduje que aquello se lo decía a un guardia. En seguida supuse lo que podía ocurrir: si a mí me veían salir de la vivienda donde Patton había sido asesinado, me iba a ver metido en un buen aprieto. Si me quedaba allí, dispuesto a relatar la verdad exacta de lo que acababa

de ver y hacer, me exponía a que no creyesen ni una palabra. No es precisamente que yo temiera verme acusado del asesinato, pero sí hubiese parecido como si uno de mis clientes fuera el criminal y habiéndome comunicado su delito por teléfono, me hubiese yo apresurado a quitar de en medio ciertas pruebas o algo por el estilo. Ya puede usted figurarse en qué lío me hubiera visto metido. También me daba cuenta de que alguna de las personas por cuya defensa estoy cobrando honorarios debía de andar mezclada en aquel asunto. Y después de que el guardia me viese salir del cuarto, o tan sólo me descubriera junto a la puerta, en ademán de acabar de salir, no estaría en buenas condiciones de hacerme cargo de la defensa de cualquier persona acusada de aquel asesinato, porque el jurado pensaría que mi cliente podía muy bien ser el verdadero culpable y haberme encargado a mí de desfigurar lo ocurrido.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó Della, con creciente interés—. ¡Eso sí que es meterse en líos!

—Sólo me quedaba un camino —repuso Mason—, si las cosas eran tal como yo me las figuraba. Tuve que pensar muy de prisa. Tal vez hubiese podido adoptar otra actitud, pero ignoro cuál. Me hallaba en una de esas ocasiones en las que un hombre ha de decidirse y lo ha de hacer sin perder ni un segundo. Saqué una llave maestra de mi bolsillo y pude acabar de cerrar la puerta. Tenía una cerradura de las más sencillas. Conseguido esto, sin que me viesen hacerlo, adopté una expresión indiferente, como si no me pudiera imaginar que hubiese un guardia a pocos pasos de mí, y empecé a llamar a la puerta. El policía apareció por el inmediato ángulo del pasillo y me vio de pie, frente a la entrada de la vivienda de Patton y dando golpes en la puerta. También pulsé dos o tres veces el botón del llamador eléctrico; luego, hice un gesto de disgusto y me volví para marcharme. En aquel momento simulé que veía al guardia por vez primera.

—¡Muy bien! —exclamó la secretaria.

—Sí, hasta ahí todo fue muy bien —replicó el abogado, juiciosamente, como si hubiese estado comentando la manera cómo había llevado a cabo una jugada de bridge—. Pero entonces cometí la mayor torpeza de mi vida.

—¿Cuál? —preguntó la joven, abriendo ligeramente los ojos y contemplando, muy interesada, el rostro de su jefe.

—La de menospreciar la elevada inteligencia del señor J. R. Bradbury.

—¡Oh! —murmuró Della, notándose en su voz una gran sensación de alivio. Y entonces, tras una pausa, preguntó—: ¿Es que tiene alguna...?

—¡Ya lo creo..., más de lo que usted se figura! —contestó Perry Mason.

—Yo puedo decir una cosa con respecto a él —opinó la joven secretaria—; que se fija mucho en las mujeres y que se porta con ellas como un jovencito. Cuando usted se marchó, él me estaba ofreciendo un cigarrillo..., ¿lo recuerda?

—Sí.

—Pues luego se inclinó hacia mí, para darme lumbre.

—Y trató de besarla..., ¿no?

—No —repuso ella lentamente—, y eso es lo más célebre del caso. Yo creí que tal era su propósito. Aun pienso que tuvo la idea de intentarlo, pero algo le hizo cambiar de pensamiento.

—¿Qué fue ello?

—Lo ignoro.

—Tal vez se le ocurrió que usted me lo iba a contar a mí, ¿verdad?

—No, no creo que fuera ése el motivo.

—¿Y qué hizo en definitiva?

—Se inclinó muy junto a mí, acercando una cerilla, y encendió el cigarrillo que yo tenía en la boca; luego, se volvió a enderezar y se fue al otro extremo de la oficina. Allí se quedó parado, contemplándome como si yo fuese un cuadro, o acaso como si tratara tan sólo de imaginarse qué tal quedaría en un retrato. Su mirada fue un poco rara. Me examinaba en una forma tan extraña, que a veces parecía como si no me viese.

—Y después, ¿qué pasó? —preguntó el abogado.

—Después abandonó, por fin, aquella actitud, sonrió y dijo que le parecía llegado el momento oportuno para irse a buscar los periódicos y la cartera de los documentos.

—¿Y se marchó?

—Sí.

—A propósito, ¿qué hizo con esos papeles?

—Los dejó aquí cuando volvió.

—¿Le indicó, antes de irse, algo referente al contenido de la cartera?

—No dijo nada. Creo que en ella están guardados los papeles que me citó cuando telefoneó desde su hotel, poco antes de volver con ellos. Ya le dije a usted cuáles eran, ¿no recuerda?

Ella señaló hacia un armario, con un movimiento de cabeza.

Perry Mason se levantó, acercóse al armario, abrió la puerta y sacó una cartera de cuero y un montón de periódicos. Se entretuvo un instante examinando el diario que estaba encima. Por su cabecera pudo ver que se trataba de un número del *Cloverdale Independent* editado hacía unos dos meses.

—¿Tiene llave este armario? —preguntó el abogado.

—Sí —repuso Della—, está en mi llavero.

—Pues cerrémoslo bien y guardemos en él estos papeles, hasta que podamos agregarles otras pruebas documentales —dijo Mason.

—¿Quiere usted que los meta en la caja de caudales?

—No les concedo tanta importancia, aunque sí me gustaría conservarlos bajo llave.

La secretaria se acercó al armario, volvió a meter en él la cartera y los periódicos, introdujo la llave en la cerradura y dio dos vueltas.

—Todavía no me ha contado usted —le recordó al abogado— cómo fue eso de que menospreciase la inteligencia del señor Bradbury.

—Ahora se lo explicaré. Yo vi a una muchacha que salía de la casa donde se cometió el crimen. Supuse que debía de estar complicada de algún modo en ese asesinato, aunque no puedo puntualizar cómo y hasta qué punto. No me hubiese preocupado mucho de ella, si no hubiera sido por la posibilidad de que se tratase de la propia Marjorie Clune. Quise cerciorarme de mi suposición, y entonces telefoneé a Bradbury.

—¿Y le dijo usted que habían asesinado a Patton?

—Eso es, y le pregunté si sabía algo acerca de Marjorie. Me constaba que si era esa joven la que yo vi salir de la casa de departamentos, tendría que ponerme a trabajar inmediatamente y con gran celeridad, para ganarle la delantera a la Policía.

—Muy lógico. Yo no creo que usted pudiera haber hecho otra cosa, ¿verdad? —preguntó la joven—. Usted tenía que cerciorarse de la veracidad de lo que había supuesto y de paso enterarse de lo

que Bradbury deseara que se hiciese.

—Igual pensé yo.

—Ya me figuré que ocurría algo grave. Mientras usted le hablaba por teléfono, Bradbury se mostró absolutamente alarmado. Yo no sabía qué era lo que usted le estaba diciendo, pero parecía como si le estuviesen dando latigazos. Hubo momentos en que pensé que iba a dejar caer el teléfono. Empezó a jadear, mientras sus ojos se abrían de tal modo, que parecían salirse de las órbitas.

—Bien —comentó Mason—, pues ya lo sabe usted todo. Ésta es la situación actual, resumida en pocas palabras.

—¿Y qué ve usted en ella de malo? —preguntó Della.

—Me preocupa, porque no me atrevo a poner en conocimiento de la Policía que entré en el lugar del crimen. Si yo les hubiese dicho la verdad, a estas horas ya estarían probablemente sospechando de mí, como si fuera yo el autor del crimen. Estoy obligado a insistir en mi estrategia de la puerta cerrada con llave. Por otra parte, esta maldita puerta cerrada con llave puede llegar a figurar de un modo bastante prominente en el proceso. ¡De un modo muchísimo más prominente de lo que a mí me convendría!

—Bueno —dijo ella—, ¿y cree usted que la Policía será capaz de descubrir su visita a la vivienda de Patton?

—No estoy yo tan seguro como usted de esa incapacidad policíaca —repuso el abogado—; de lo que sí estoy convencido es de que Bradbury va a ser un peligroso antagonista.

—¡Un antagonista! —exclamó la joven—. ¿Cómo se le ocurre semejante cosa? Ese señor es un cliente. ¿Por qué se va a convertir en un antagonista?

—Ése es el punto peligroso del caso. Ahí es donde se me fue la mano.

—No le entiendo a usted.

—La muchacha que salía del edificio resultó ser, en efecto, Marjorie Clune. De un modo o de otro, ella ha intervenido en el suceso. Ignoro hasta dónde llega esa intervención. Bradbury está loco por ella. La ama de un modo desesperado y se ha servido comunicarme que si la chica resulta comprometida en el proceso, él lucharía en su favor sin importarle un comino quién pueda salir sacrificado. Está dispuesto a salvarla a cualquier precio.

Della Street entornó los ojos pensativa; luego, de un modo

repentino, se volvió hacia su libro de apuntes y dijo:

—¿Esperaba usted algún recado de una joven que había de telefonar para dejar su dirección?

—Sí —contestó Mason—; esa joven es Marjorie Clune. Se ha trasladado a un sitio donde podré hablar con ella. Todavía no he tenido ocasión de interrogarla y enterarme de lo ocurrido. Siempre tenía alguna visita.

—Momentos antes de que usted llegase —explicó Della Street—, llamaron por teléfono. Una voz de mujer joven pronunció estas solas palabras: «Dígale al señor Mason que estoy en el Hotel Bostwick, habitación 408, y que compruebe esa coartada».

—¿Y no dijo nada más?

—Ni una palabra más.

—¿Qué coartada he de comprobar?

—Yo no lo sé. Me figuré que usted lo sabría.

—Sólo hay una persona que disponga de una buena coartada en este crimen —replicó el abogado—, y ésa ya la he comprobado.

—¿A quién se refiere usted?

—A Thelma Bell. Estuvo toda la tarde de paseo con un individuo llamado Sanborne, de lo cual me he podido convencer, hablando con ese joven antes de que Thelma pudiera comunicarse con él.

—Tal vez sea ésa la coartada que ella desea ver comprobada por usted.

—Ya la he comprobado.

Mason frunció el entrecejo, contemplando pensativamente a su secretaria; después, movió la cabeza con lentos movimientos negativos.

—Es la única cosa a la cual se puede referir su extraña advertencia —comentó—. Volveré a comprobarlo, tan pronto como haya hablado con Paul Drake, quien me debe de estar esperando lleno de impaciencia. Tenía que haberse reunido conmigo en el departamento de Patton, pero es muy listo y se dio cuenta de lo que ocurría, por lo cual se mantuvo escondido, sin delatar su presencia.

—¿Desea usted que me quede por más tiempo?

—No —repuso el abogado—, váyase a su casa.

Mientras ella se ponía el sombrero y el abrigo, empolvándose un poco las mejillas y añadiendo un ligero retoque a sus labios, Perry Mason introdujo ambos pulgares en las aberturas del chaleco e

inició sus clásicos paseos a través de la oficina.

—¿Qué le pasa a usted? —quiso saber la joven, dejando de mirarse al espejo y volviéndose para observarlo a él.

—Estaba reflexionando acerca de aquella porra.

—¿Y ha deducido algo?

—Cuando usted pueda explicarme qué razón puede haber para que un hombre mate a otro con un cuchillo y después se vaya a la habitación inmediata y arroje allí al suelo una porra, me habrá dado usted la solución definitiva y completa de este caso.

—Quizá se trate de uno de esos casos en que el criminal deja falsas pruebas —repuso la secretaria—. Tal vez el asesino tenía una porra en la cual figuraban huellas digitales de alguna persona a quien deseaba comprometer en su crimen. Acaso esas marcas digitales fueran hechas algunos meses antes de que él llevase allí la porra y entonces...

—Y entonces —continuó el abogado—, hubiese matado a la víctima con aquella misma porra comprometidora. Sin embargo, en la cabeza de Patton no se veía ninguna señal. Lo que lo mató fue la herida abierta por el cuchillo, y lo mató instantáneamente. Esa porra no tiene mayor relación con la muerte de Patton que el revólver que está guardado en el cajón derecho de mi escritorio.

—¿Por qué, pues, la dejaron allí?

—Eso mismo quisiera saber yo —le contestó Mason, echándose a reír de repente—. Bueno, ya se ha estrujado bastante el cerebro con este asunto. Al fin y al cabo, usted no ha de actuar como detective.

La joven se detuvo, con la mano en el tirador de la puerta, contemplando con cierta curiosidad a su jefe.

—Señor Mason —le dijo—, ¿por qué no hace usted como los demás abogados?

—¿Se refiere usted a crear falsas pruebas y sobornar a testigos perjurios?

—No, no quise decir eso. Mi idea es la siguiente: ¿por qué no se sienta usted en su despacho y espera allí a que le vayan a traer las cosas? Deje que la Policía vaya a donde quiera e investigue lo que le dé la gana y después acuda usted a la vista del proceso y procure destruir la labor de esa gente. ¿Por qué se mete usted siempre en la línea de fuego, arriesgándose donde más peligro hay y comprometiéndose por sí mismo en el asunto?

Él contestó, después de hacer una alegre mueca:

—¡Que me emplumen si lo sé! Sólo puedo decirle que yo soy así..., punto final. Montones de veces he visto cómo un jurado negaba la culpabilidad de una persona, porque no la habían podido acusar, apoyándose en una duda razonable. Y a mí no me gustan los veredictos de esa clase. Yo prefiero demostrar, de un modo definitivo, la inocencia del acusado. Me encanta jugar con los hechos. Tengo la manía de arrojarme en medio de una situación, procurando cogerle la delantera a la Policía y ser el primero en descubrir lo que realmente ocurrió.

—Y entonces proteger a alguna persona desamparada —añadió Della.

—¡Cierto! ¿Por qué no? —exclamó Mason—. Eso forma parte del juego.

Su secretaria le sonrió desde la puerta.

—Buenas noches —le dijo, antes de desaparecer.

Capítulo 9

Perry Mason marcó en su teléfono el número correspondiente a la oficina de Paul Drake. A los pocos segundos, oyó la voz del detective, que pronunciaba cautelosamente la clásica palabra:

—Diga.

—Ante todo —le recomendó el abogado—, no mencione ningún nombre, si no está usted solo. La ruta que conduce a mi casa está ahora limpia de enemigos.

—Pues salgo volando y estaré en su presencia dentro de unos diez minutos —replicó Paul Drake—. ¿Puede usted esperarme?

—Sí —le dijo Mason.

El letrado dejó caer el receptor en su sitio, se recostó en su sillón giratorio, y encendió un cigarrillo. Luego, apartándose de la boca, lo mantuvo ante su vista, observando las rizadas volutas que el humo formaba al ascender lentamente. Así se estuvo un buen rato, sin hacer el menor movimiento, abstraído en contemplar el ondulante humo, con ojos que parecían soñar. Cuando el cigarrillo se hubo consumido por sí solo en más de su mitad, inclinó la cabeza con lentitud, como si hubiese llegado a alguna decisión, y entonces volvió a poner el cigarrillo entre sus labios, fumándolo con cierta energía hasta que lo concluyó. Luego aplastó la colilla en el cenicero, al mismo tiempo que echaba una mirada a su reloj.

En aquel preciso instante, oyó un ligero ruido producido por el tirador de la puerta que daba al pasillo del piso.

Perry Mason se acercó a dicha puerta, mas antes de abrir hizo una pausa.

—¿Quién va? —preguntó.

—Ábrame, Perry —oyó decir a Paul Drake, y el abogado franqueó la entrada al detective.

—Pudo usted salir con bien del paso, ¿verdad? —preguntó

Mason.

—¡Claro que sí! —exclamó Paul Drake—. Hice lo que, a mi juicio, necesitaba usted que yo hiciera.

—¿Cómo se dio usted cuenta de lo que había ocurrido?

—En primer lugar —explicó el detective—, me entretuve un poco por culpa de una avería en el arranque de mi coche. Ese maldito aparato se puso muy tonto. Parecía como si alguien lo hubiese atrancado, y a mí no se me ocurrió cuál podía ser la causa del atasco. Estuve un buen rato manipulando la llave del arranque y la palanca del cambio de marchas. Por fin, se me acercó un paseante que sabía algo acerca de las manías de ese mecanismo, y me indicó que alguno de los engranajes debía de estar clavado, y que si yo ponía el coche en la directa y le dábamos unos cuantos empujones hacia atrás y hacia delante, tal vez se arreglaría todo por sí solo. Ensayé el procedimiento, y me dio buen resultado.

Perry Mason observaba atentamente a Paul Drake.

—Bueno, ¿y qué más? —le preguntó.

—No se impaciente —repuso el detective—. He empezado por explicarle a usted la causa de mi pequeño retraso.

—¿A cuántos minutos ascendería ese retraso?

—No lo sé. Recuerdo que llegué a las cercanías de los Departamentos Holliday en el momento en que usted se marchaba en el taxi. Puede ver aún su vehículo, que se iba alejando calle abajo. Llevaba tal marcha, que parecía como si usted huyese de alguna situación muy apurada. En seguida me figuré que ocurría algo grave, en cuyo caso encontraría algún mensaje para mí en el cuarto de Patton, si es que usted no escapaba de algún peligro imprevisto. Por consiguiente, entré en el edificio y subí al piso, tomando cuantas precauciones se me ocurrieron. Un guardia estaba acabando de abrir la puerta de la vivienda de Patton, cuando yo me acerqué a ella por el pasillo.

—¿Y usted no quiso meter baza en el asunto? —preguntó Perry Mason.

—No, señor. Yo no sabía si usted necesitaba de mí para alguna coartada o no. Allí había unos cuantos curiosos, formando un círculo de espectadores alrededor del guardia, y yo me mezclé entre ellos.

—¿Entró usted allí?

—¿Se refiere a las habitaciones de Patton?

—Sí.

—Pues no entré. Me fue imposible entrar porque no tardó en presentarse la brigada de investigación criminal. Pero soy muy buen amigo de un par de chicos que forman parte de ella, y también andaban por allí los fotógrafos de los periódicos. Con todos estos conocimientos a disposición, no necesito decirle que me enteré de todos los detalles.

—Veamos cuáles son —indicó el abogado.

—En primer lugar, y antes de empezar mi relato, ¿tiene usted algo que decirme?

—Sólo que yo también llegué un poco retrasado —explicó Mason— y cuando subí al piso encontré la puerta cerrada. Mirando por el ojo de la cerradura, vi allí dentro un sombrero, un bastón y unos guantes. Estuve un buen rato dando golpes en la puerta, pero...

—Ya sé toda esta historia que usted le contó al policía —advirtió, interrumpiéndole, Drake.

—Bien, ¿pues qué quiere que le cuente?

El detective se encogió de hombros, preguntando a su vez:

—¿Cómo puedo yo saberlo?

—Bueno —replicó el abogado—, si usted conoce ya mi relato, no tengo nada que añadir.

—Es una historia muy bonita —comentó Paul Drake. Y luego añadió, tras una pausa—: Si no fuese por una cosa...

—¿Qué cosa es ésta? —quiso saber Mason.

—Empezaré por contarle lo que allí ocurrió —le dijo el detective—, y entonces podrá usted atar cabos.

—Adelante, pues —indicó el abogado a Drake con cierta sequedad.

Paul Drake se revolvió en el gran sillón de cuero, hasta que sus largas piernas quedaron colgando por encima de uno de los brazos. En el opuesto apoyaba cómodamente la cabeza.

—En efecto: sobre la mesa del cuarto de éste había un sombrero, unos guantes y un bastón de caña. Eran los de Patton. Una mujer... la misma que usted vio, por supuesto; una mujer cuyo nombre resultó ser Sarah Fieldman, que vive en el cuarto de enfrente, había oído a una muchacha lanzar gritos histéricos; figurándose que aquel

ruido procedía del cuarto de baño, pensó que la muchacha se había refugiado en él y que tal vez algún hombre trataba de penetrar tras ella. El cadáver de Patton fue hallado en el suelo de su dormitorio, vestido tan sólo con algunas prendas interiores; tenía una bata a medio poner que sólo le cubría un hombro; uno de sus brazos estaba metido en la correspondiente manga, pero el otro aparecía desnudo. La muerte fue casi instantánea; la produjo una sola herida muy penetrante, causada con un largo cuchillo para cortar pan. Este cuchillo era nuevo. La lesión se hallaba situada precisamente en el centro de la región cardíaca. Se trataba de un asesinato repugnante, con abundancia de sangre que lo manchaba todo. Las puertas estaban cerradas con llave, y la entrada al dormitorio tenía el pestillo echado por dentro. Se encontró una ventana abierta que comunicaba con una escalera exterior para casos de incendio; sobre el lecho se observaban huellas indicadoras de que algún hombre se había apoyado en él para alcanzar la escalera de socorro.

»En el cuarto de baño la Policía halló un pañuelo de mujer; estaba completamente mojado, como de haber servido para fregar algo o como si se hubiera ensuciado de sangre y luego hubiesen intentado lavarlo, para hacer desaparecer todo vestigio de mancha. En las caras laterales del lavabo había salpicaduras de agua sanguinolenta. Se notaban señales de precipitación por parte del asesino. Parecía como si alguna mujer hubiese intentado limpiarse de sangre sus vestidos, o lavarse ella misma, sin haberlo conseguido por completo. En la habitación principal la Policía encontró una porra.

—Espere un instante —interrumpió Mason—. Usted ha dicho que el cuchillo era nuevo. ¿Cómo pudo precisar ese detalle la Policía?

—Se encontraron sobre la hoja vestigios del yeso con que había estado marcado el precio. Además, el cuchillo lo llevaron al departamento envuelto en un papel. Aparentemente, un papel de embalaje que hallaron allí, debe de ser el mismo en que habían empaquetado el cuchillo cuando fue comprado. La Policía ha registrado algunas huellas digitales en ese papel, aunque no son muy buenas, porque en su mayor parte aparecen borrosas. Los tiradores de las puertas interiores no presentaban ninguna huella digital. Parece ser que alguien los ha limpiado con esmero. La

cerradura exterior de la vivienda tiene demasiadas impresiones, haciéndose difícil deducir nada de ellas, porque allí están mezcladas las del guardia, las de la señora Fieldman, tal vez las de usted mismo, y muchas otras.

—¿Se sospecha de alguien? —preguntó Perry Mason.

—No sé lo que quiere usted que le conteste.

—Si han visto salir a alguien de aquella vivienda —explicó el abogado.

Paul Drake se le quedó mirando con aquella festiva expresión tan característica de su rostro, aunque los ojos permanecieron vidriosos y desprovistos de toda animación.

—¿Se puede saber por qué pregunta usted eso? —inquirió el detective.

—No es sino una pregunta rutinaria —le repuso Perry Mason.

—El guardia del barrio informó que había visto a una mujer cuya actitud le pareció sospechosa. Además, sobre la mesa se encontraron un par de recados telefónicos femeninos. La Policía hubiese concedido mayor importancia a estos mensajes de no haber sido por un detalle.

—Veamos cuál es ese detalle —dijo el abogado.

—Pues ese detalle es nada menos que un buen amigo de usted: el doctor Doray —explicó Drake—. El automóvil de este buen señor estaba parado frente a la casa del crimen a la hora en que se cometió el asesinato. Mejor dicho, lo estacionaron media manzana más allá.

—¿Y cómo lo sabe la Policía?

—Porque lo dejaron frente a una boca de incendios. El guardia del tráfico puso en él la correspondiente etiqueta, avisándole de haber sido multado. Al tomarle el número, se fijó en que procedía de Cloverdale. Cuando el parte del homicidio llegó a las oficinas de la brigada de investigación criminal, los oficiales de ésta se pusieron en relación con los de la fiscalía del distrito, y alguno de los listos que abundan en la fiscalía recordó que Carl Manchester se había ocupado en un caso en el que figuraba un hombre llamado Patton. Consultaron a Manchester, descubrieron que se trataba del mismo individuo, y les faltó tiempo para fijarse en que usted estaba interesado por el caso, en que Bradbury no era ajeno al mismo y en que el doctor Doray también formaba parte de los sospechosos.

—Entonces, ¿por qué no se pusieron a buscar a Bradbury? —preguntó Mason.

—Porque de momento les interesó mucho la prueba que tenían contra Doray. Se pusieron al habla con el policía que había multado el coche de Doray.

El abogado guiñó los ojos pensativamente y preguntó:

—¿Hay algo más?

—Ahora estoy llegando al punto que da lugar a que su historia parezca un poco cómica —dijo Paul Drake.

—¿Qué es ello?

—Los Departamentos Holliday no se cansan de recomendar a sus inquilinos que entreguen siempre las llaves en el escritorio del vestíbulo cuando salgan a la calle —continuó explicando el detective—. Por esta razón todas las llaves llevan una gran placa sujeta con una cadenita. Sobre la placa están grabados unos largos párrafos de instrucciones, indicando al cliente que no deje de echar la llave a un buzón de Correos, sin olvidarse de pegar en la misma placa el correspondiente sello de franqueo, cuando por distracción se la lleven al marcharse de aquella especie de hotel para residentes.

—Sí, es una costumbre bastante corriente entre los hoteles y casas de departamentos —repuso Mason.

—La Policía encontró la llave del cuarto de Frank Patton en uno de los bolsillos de su americana —siguió diciendo Drake—. Evidentemente, aquel hombre había abierto la puerta al llegar a su vivienda, metiéndose después la llave en el bolsillo en que la hallaron. Tal vez cerraría con llave por dentro, o tal vez no; la teoría de la Policía es que no cerró. La razón que tienen para pensar así es que, si hubiera cerrado con llave la puerta desde dentro, lo más probable es que la hubiese dejado en la misma cerradura. Esa gente cree que Patton había citado en su vivienda a alguna mujer. Acaso a dos mujeres. Por lo tanto, dejaría la puerta abierta para facilitar la entrada a esas mujeres.

—Entonces —dijo el abogado—, ¿cómo se explica la Policía el hecho de que la puerta estuviese cerrada con llave?

Los vidriosos ojos de Paul Drake se volvieron hacia Mason, sin que en ellos pudiera leerse ninguna expresión determinada; su rostro permaneció contraído con aquella helada mueca de buen

humor tan característica en el detective.

—La Policía se figura que el asesino fue quien, al salir, cerró con llave la puerta —le dijo al abogado.

—El asesino —replicó Mason— no necesitaba hacer eso, porque pudo salir alcanzando la escalerilla de incendios y marchándose por ella.

—Entonces, ¿quién cerró la puerta? —preguntó Drake.

—El mismo Frank Patton.

—En el supuesto de que tal cosa sea cierta, ¿por qué no dejó la llave puesta en el lado interior de la cerradura?

—Porque se la metería distraídamente en el bolsillo.

El detective se encogió de hombros.

—Eso es casi seguro, y constituye la explicación más razonable —insistió Perry Mason—. Considero bastante frecuente y natural el caso de que cualquier hombre cierre con llave una puerta por el lado interior de la misma y se guarde luego la llave en el bolsillo.

—No veo la necesidad de que se ponga usted a discutir conmigo —repuso Drake—. Guárdese su argumentación para exponerla ante el jurado. Yo me limito a contarle a usted lo que pasó y nada más.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que aquella mujer oyó el ruido de un cuerpo que caía en el suelo, hasta que llegó el guardia? —preguntó el abogado con acento inquisitivo.

—Tal vez unos diez minutos —dijo el detective—. La mujer saltó del lecho, pues estaba ya acostada, se echó encima un vestido, bajó en el ascensor, buscó al policía, le tuvo que explicar la historia de lo ocurrido, convenciéndole de que era algo que merecía su intervención, y lo acompañó hasta el departamento de la víctima. Después, hay que contar el rato durante el cual estuvieron hablando con usted, y también el que el guardia perdió en procurarse una llave. En fin, acaso representen unos quince minutos todas estas operaciones, digamos diez minutos, contando sólo hasta el momento en que usted vio, por primera vez, al guardia en el pasillo.

—Una persona puede hacer muchas cosas en diez minutos —indicó Mason.

—No tantas, si se trata de limpiar manchas de sangre. Es un trabajito en el cual tendría que apresurarse bastante —comentó Paul Drake.

—¿Conoce la Policía el lugar donde se hospeda Bradbury? —

preguntó el abogado.

—No creo que la Policía se preocupe mucho por Bradbury, desde ningún punto de vista —contestó el detective—. Ellos no saben dónde se alberga, pero, desde luego, pueden fácilmente descubrirlo revisando los registros de los hoteles. Además, a Carl Manchester le basta con saber que puede enterarse de este dato por mediación de usted.

—Mas yo me las arreglaré para mantenerme discretamente en segundo término, hasta que salga a relucir en primer lugar el nombre de Doray —dijo Perry Mason—. Necesito que los periódicos enfoquen la cuestión desde el punto de vista de un romántico amor entre jóvenes antes de que se les ocurra presentar al acaramelado señor de cierta edad que se entusiasma por una jovencita.

Paul Drake manifestó su conformidad, inclinando la cabeza.

El timbre del teléfono empezó a sonar de un modo insistente. Mason frunció el entrecejo al oírlo.

—¿Sabe alguien que está usted aquí? —preguntó, dirigiéndose al detective.

Éste movió la cabeza, negándolo.

Perry Mason se inclinó sobre el aparato esperando, no obstante, unos segundos, con la mano extendida a pocos centímetros del receptor; por fin, se decidió bruscamente a contestar y, cogiendo el auricular, dijo:

—Aquí Perry Mason. ¿Con quién hablo?

Una voz de mujer replicó:

—Tenemos un telegrama para el señor Perry Mason. ¿Quiere usted que se lo envíe o que se lo lea por teléfono?

—Léalo —repuso el abogado.

—El telegrama ha sido depositado en esta misma ciudad —explicó la empleada—, y dice así: «COMPRUEBE BIEN LA COARTADA DE ELLA ANTES DE DEJARLE HACER ALGO». El mensaje —concluyó diciendo la ronca voz de la operadora— está firmado tan sólo con la inicial M, ¿lo entiende usted?, eme de Michigan.

—Muy bien, gracias —dijo Mason.

—¿Necesita usted que le enviemos una copia a su oficina?

—Bueno, pero mándemela por la mañana —le indicó a la telefonista, y continuó sosteniendo el receptor en su mano. Para

cortar aquella comunicación, bajó con el dedo índice la horquilla que sirve de soporte al auricular.

—¡Esto sí que tiene la mar de gracia! —comentó en voz baja—. ¿Por qué me envía esa chica un telegrama, y cómo demonios se le ocurre redactarlo así?

Y con la misma mano en que sostenía el receptor marcó rápidamente el número del Hotel Bostwick, que era el 93821 de la central Exeter.

El detective, mientras tanto, lo observaba con una falta de atención que parecía casi indolencia, a juzgar por el poco interés que ponía en su mirada.

Perry Mason oyó una voz femenina que dijo con voz displicente:

—Aquí el Hotel Bostwick. ¿Qué desea?

—¿Quiere usted ponerme en comunicación con la habitación número 408? —le pidió el abogado.

La voz de la operadora del hotel replicó casi instantáneamente:

—La señorita que ocupa el cuarto 408 acaba de salir hace unos instantes.

—¿Está usted segura? —preguntó Perry Mason.

—Absolutamente segura.

—Me extraña, porque esa señorita debía estar esperando una llamada mía. ¿Quiere usted hacer el favor de comprobar si contesta alguien desde su habitación?

—Lamaré, puesto que usted se empeña —repuso la telefonista—, pero no hay nadie allí. Ya le he dicho a usted que la señorita ha salido a la calle.

El abogado aguardó durante breves momentos, y entonces volvió a oír la voz de la empleada, quien le confirmó su anterior predicción, pues no había podido recibir respuesta alguna del aparato 408.

Por segunda vez oprimió el resorte que cortaba el contacto, quedándose un buen rato inmóvil en aquella postura. Aún seguía mirando pensativo hacia el aparato, cuando el timbre de llamada sonó repentinamente.

—Me parece que esta noche le contratan a usted de telefonista —comentó Paul Drake.

Perry Mason soltó la horquilla del receptor y preguntó:

—¿Quién llama? —pronunciando estas palabras con brusca y

nerviosa aspereza.

La voz de Della Street resonó en sus oídos.

—¡Gracias a Dios que lo encuentro, señor Mason! ¿Está usted solo?

—Exceptuando a Paul Drake, sí. ¿Qué le ocurre a usted?

—Escuche lo que le voy a decir, porque es un asunto en el que pronto figurará usted —le indicó la joven—. Dos detectives acaban de seguirme hasta aquí; me parece que quieren hacerme pasar esta noche en la cárcel. Se han puesto muy inconvenientes.

—¿Tienen algún motivo, Della?

—Pretextan que yo he llamado por teléfono al doctor Doray, avisándole de que la Policía le andaba buscando y diciéndole que huya.

—¿Quién les ha metido en la cabeza semejante idea? —inquirió Perry Mason.

—Óigame —repuso la secretaria—, y entérese bien, porque pienso que ya están en camino para echarse encima de usted. Aseguran que alguien ha llamado por teléfono al doctor Doray, residente en el Hotel Midwick, a una hora comprendida entre las nueve y cuarto y las nueve y media de esta noche, comunicándole que Patton había sido asesinado; me han dicho que Doray iba a ser detenido como sospechoso, y que han encontrado algunas pruebas muy poco favorables para el doctor y para Marjorie Clune; parece ser que Marjorie se ha escondido y trata de eludir la acción de la Policía. En otras palabras: que esa muchacha se les ha escurrido de entre las manos, lo cual la perjudicará muchísimo si Bob Doray llega a ser detenido por la Policía. Dicen que alguien ha aconsejado al doctor que se marchara de esta ciudad y procurara no ser interrogado por la Policía.

Al abogado se le iba arrugando la frente conforme se enteraba de todo aquello.

—¿Y por qué razón nos meten a nosotros en el lío?

—Porque la voz de quien telefoneó a Doray era de mujer —le explicó Della Street—. A la telefonista del Hotel Midwick se le ocurrió escuchar, curiosa, y cuenta que la persona que hablaba con el doctor dijo llamarse Della Street y ser secretaria de Perry Mason.

Los ojos del abogado adquirieron una expresión tan dura, que parecían de cristal biselado.

—¡Bonita hazaña la de esa mujer! —exclamó.

—Ya puede usted decirlo —repuso Della Street—. Pues bien, en este momento van dos pajarracos camino de su oficina. Prepárese para recibirlos.

—Gracias por el aviso, Della —dijo Perry Mason—. ¿Estuvieron muy insolentes con usted?

—Procuraron estarlo.

—Pero todo fue bien, ¿verdad?

—Sí —contestó la joven—. Negué sus acusaciones con la mayor sencillez e indignación, y no pudieron sacarme de esa actitud. Sin embargo, me asusta pensar en lo que le puede ocurrir a usted.

—¿Por qué siente ese temor?

—Porque... ¡en fin, ya sabe usted a qué me refiero!

—Perfectamente —repuso el abogado—. Escuche, Della; no se apresure, váyase a la camita y déjeme a mí arreglar este asunto.

—¿Confía usted en poder sortear los peligros de su situación? —le preguntó, solícita, la muchacha.

Él se rió de un modo suave y tranquilizador.

—¡Desde luego, Della, naturalmente! —exclamó—. Buenas noches y que duerma bien.

Y dejando el auricular colgado en su horquilla, se volvió hacia Paul Drake, diciéndole:

—Bien, he aquí un caso a propósito para que usted se luzca como detective: una mujer ha telefoneado al doctor Doray mientras éste se hallaba en su hotel, manifestándole que ella era la señorita Street, secretaria del abogado Perry Mason; que Frank Patton había sido asesinado en el dormitorio del departamento que le servía de vivienda; que Marjorie Clune estaba complicada en el crimen y que la Policía anda buscándola para detenerla; que le aconsejaba se ausentase de la ciudad antes de que la huida se le hiciera imposible, pues si los detectives daban con él y le interrogaban, podría perjudicar mucho a Marjorie; que Perry Mason se encargaría de la defensa de Marjorie y que de parte de él le recomendaba aquella fuga inmediata.

Paul Drake lanzó un prolongado silbido.

—Añada usted que dos detectives vienen hacia acá en este momento, para ver lo que me pueden sacar, y ya puede figurarse los encantos de la situación en que nos veremos metidos.

—¿Le han dicho a qué hora tuvo lugar esa misteriosa conferencia telefónica? —inquirió el detective.

—Hacia las nueve de esta noche... entre nueve y nueve y cuarto. Doray acababa de llegar a su hotel cuando lo llamó esa mujer.

Paul Drake se quedó mirando fijamente al abogado.

—¿Y cómo demonios se iba a saber ya, en su oficina de usted, que habían matado a Patton? A esa misma hora, la Policía estaba descubriendo el asesinato.

Perry Mason clavó sus ojos en el detective.

—Eso, amigo Paul —le dijo—, es una de las cosas que los policías vienen a preguntarme.

Drake consultó, nervioso, su reloj.

—No se preocupe —le aconsejó el abogado—, pues no permitiré que esos agentes lo encuentren a usted en mi despacho.

—¿Y permitirá que lo encuentren a usted? —preguntó el detective.

La rugosa cara de Perry Mason permaneció inexpresiva, asemejándose a la de un explorador habituado a resistir, impasible, los embates del mal tiempo. Sus tranquilos ojos estudiaban los menores gestos de Paul Drake.

—Mi querido amigo —le dijo, al fin—, voy a ser franco con usted. Lo que me acaba de preguntar es una de esas cosas a las que a mí no me gusta responder inmediatamente.

Y rechazando hacia atrás su sillón giratorio, se puso el sombrero echándoselo sobre la frente.

Sin pronunciar palabra alguna, ambos hombres se apresuraron a salir del despacho por la puerta que daba al pasillo del piso. Perry Mason apagó las luces, y con un suave portazo cerró tras ellos.

—¿Adónde podríamos ir? —preguntó el letrado—. ¿A su oficina?

Paul Drake no contestó, mostrándose inquieto y preocupado por demás.

—¿Qué le pasa a usted? —quiso saber Perry Mason—. ¿Se está volviendo miedoso? Usted y yo hemos hecho frente a situaciones tan malas como ésta. ¿Por qué se porta ahora como si yo tuviese la viruela? El que un par de policías quieran hacerme una pregunta, a la que no tengo la menor intención de contestar, me parece muy pobre motivo para que yo no pueda refugiarme en su oficina para

charlar amistosamente con usted. Si lo encontrasen a usted en mi despacho, comprendería que le supiera mal, pero no veo la razón de que se moleste porque a mí me vean en el suyo.

—No se trata de eso —replicó el detective—. Es que yo tengo que confesarle a usted una cosa y no sé cómo empezar. Yo se la iba a decir antes, cuando le llamaron por teléfono.

—¿Cómo? ¿Tenemos secretos? —preguntó el abogado.

Paul Drake asintió con una inclinación de cabeza, desviando al mismo tiempo la mirada.

—Bueno —dijo—, pues vamos a ver si encontramos un taxi y nos alejamos pronto de aquí.

Capítulo 10

Perry Mason dejó subir primero en el taxi a su compañero, el detective. Luego, acercándose al conductor, le dijo:

—Vamos en seguida calle abajo, hasta haber recorrido un par de manzanas, y entonces métase en una travesía y siga por donde se le antoje, pero a buena velocidad.

El taxista se le quedó mirando, lleno de curiosidad, durante un momento, pero pronto se apresuró a cumplir la orden y arrancó a toda marcha. Mason se volvió hacia Paul Drake, en cuanto se hubo sentado.

—Bien, soy todo oídos —le indicó.

—Me encuentro en una situación muy especial —empezó el detective—. Ante todo, quisiera que comprendiese bien una cosa, amigo Perry: que no trato de prescindir de usted. No quisiera perder a ninguno de mis clientes, y menos al que ahora tengo a mi lado. Yo bien traté de hablar con usted, mas no me fue posible. En vista de ello, telefoneé a Bradbury, que, en realidad, es mi verdadero cliente en este caso, y a él le pareció muy bien mi plan. Además..., el asunto me valía un par de cientos de dólares; y a mí me hace falta ese dinero. Los negocios han estado muy parados desde hace algún tiempo, y yo...

—Déjese de lamentaciones y vamos al grano —repitió el abogado—. Hable claro y cuénteme lo que ha sucedido; y hágalo rápidamente, porque tengo que ir a varios sitios.

—Pues allá van los hechos —dijo Paul Drake, muy de prisa—. Una vez que me hube enterado de todos los detalles del crimen, regresé a mi oficina, dispuesto a esperarlo a usted. Mientras lo aguardaba, se me presentó allí una joven. Era una mujer muy bien vestida y bastante atractiva, con unos ojos muy originales; me sería difícil expresar en qué consiste su raro aspecto, pero tiene una

expresión que no es de las que más me gustan. Me dijo que estaba enterada del asesinato de Patton y...

—Espere un segundo —interrumpió Perry Mason—. ¿Cómo demonios podía estar ya enterada, a aquella hora, de que a Patton lo habían matado?

—No lo sé —repuso Drake—. Me limito a repetir lo que ella me dijo.

—¿Le hizo usted esta misma pregunta a ella?

—Sí.

—¿Y qué explicación le dio?

—Se me rió en mis narices y me replicó que mi oficio era el de hacer informaciones, no el de pedírselas hechas a otros.

—¿Sabe usted cómo se llama esa joven? —preguntó el abogado.

—Ella dio el nombre de Vera Cutter. No me dijo dónde vive. Me anunció que volverá a ponerse en comunicación conmigo cuando necesite decirme o preguntarme alguna otra cosa, pero que no intente, por mi parte, seguirla o indagar nada acerca de ella. Me explicó que se había enterado de que Marjorie Clune estaba comprometida en un asesinato, y como ella es muy buena amiga de Marjorie y...

—Aguarde un instante —le advirtió Perry Mason, interrumpiéndole—. Pongamos esto en claro: ¿se trata, acaso, de una muchacha de veinticuatro o veinticinco años, con ojos castaños y de mirar apasionado, cabello de color caoba, un cutis tostado por el sol y...?

—No —replicó Paul Drake—, no es Thelma Bell, si es ahí adonde quiere usted ir a parar. Me sé de memoria la descripción de Thelma Bell. Recuerde usted que yo he tenido a un hombre esperándola en su vivienda, con objeto de conseguir la dirección de Patton. No, esta otra mujer tendrá unos veinticuatro años, pero es una morenita muy resuelta y decidida. Tiene unos chispeantes ojos negros, es muy alta, con manos delgadas, que parecen no descansar nunca, una piel tan pálida, que hasta diríase que es un color cadavérico. Y además también...

—¿Qué tal está de piernas? —preguntó el abogado, cortándole la palabra al otro.

Drake se le quedó mirando.

—¿Qué quiere usted decir?

—Le preguntaba si tiene las piernas bonitas y si le gusta exhibirlas —explicó Mason.

Los ojos del detective parecieron mirar al abogado en investigadora contemplación. Tras de su vidriosa apariencia se adivinaba un latente fuego animador.

—¡Alto ahí! —comentó Perry Mason—. Le advierto que hablo en serio.

—Explíquese —repuso Drake.

—Es muy sencillo. Todo lo que sabemos de Patton se refiere a mujeres que han sido escogidas por poseer lindas piernas. Él las ha utilizado con fines publicitarios. Por consiguiente, se me había ocurrido si esta mujer no estaría con Patton, más bien que con Marjorie Clune.

—Comprendido, comprendido —le atajó el detective—. Pues, sí, las tiene muy bien formadas y le gusta cruzarlas cuando se sienta y dejarle a uno ver una buena ración de medias.

—Continúe su relato —indicó Mason.

—Esa mujer —prosiguió Paul Drake— pretendía que yo aceptase de ella el encargo de proteger los intereses de Marjorie Clune. Parecía estar enterada de una infinidad de detalles íntimos del caso. No quiso decirme cómo habían llegado a su conocimiento. Me aseguró que el doctor Doray tiene un genio endemoniado, que dicho señor estaba muy celoso de Patton durante todo el tiempo que este último pasó en Cloverdale, y que Doray vino a esta ciudad no con el propósito de rescatar a Marjorie, sino con el de matar a Patton.

El abogado contemplaba fijamente al detective.

—¿Y usted telefoneó a Bradbury? —le preguntó.

—Sí, llamé a su hotel y lo encontré allí. Después de explicarle cuál era la situación, le pregunté si podía aceptar el trabajo que me ofrecían. Al principio me dijo que no, que deseaba trabajase exclusivamente para él, y por lo tanto, no quería verme al servicio de ninguna mujer ni preparando informes para ella. Aquella joven pudo oír nuestra conversación, y me dijo que no había inconveniente en que yo presentase todos mis informes a Bradbury, pues ella sólo deseaba que se hiciese justicia y le tenían sin cuidado las incidencias de mi gestión.

—¿Repitió usted estas palabras a Bradbury? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Y qué le contestó él?

—Que eso cambiaría mucho el aspecto de la cuestión, por lo menos en cuanto a él se refería. Concluyó diciendo que, si a mí me interesaba trabajar para aquella mujer, no había inconveniente en que aceptase su encargo.

—¿Y usted le explicó detalladamente a Bradbury las teorías de la joven, con respecto a Doray?

—Sí.

El abogado tamborileó con las bien cortadas uñas de su derecha sobre el cristal de la ventanilla del taxi. De repente, se encaró con Paul Drake.

—Eso lo explica todo —le dijo.

—¿Explica el qué?

—La curiosa confidencia relativa al automóvil de Doray.

El detective no pudo evitar un brusco movimiento de sorpresa, mas, de pronto se repuso adoptando en su asiento una postura rígida e inmóvil.

—¿Cómo ha adivinado usted que se trataba de una confidencia? —le preguntó.

—Cuando usted me ha contado que la brigada criminal se puso en contacto con el fiscal del distrito, y todos esos detalles tan interesantes, ya me pareció un poco demasiado rápido y otro poco demasiado eficiente, para ser obra de la Policía sólo —dijo Perry Mason—. Usted sabe tan bien como yo que la mayor parte de las gestiones felices policíacas, prescindiendo de las clásicas y rutinarias, tienen siempre por origen confidencias y delaciones. Ahora bien, ¿quién le contó a usted que el automóvil de Doray estaba parado por allí cerca?

—Si he de decirle la verdad —repuso Paul Drake—, y ya que viene al caso, le confesaré, amigo Perry, que ésta es la única cosa en que no he sido sincero con usted; en realidad fue esa mujer quien me contó que el coche del doctor Doray estaba cerca de la escena del crimen en el momento de cometerse el asesinato, y ella fue también quien me dijo que lo había dejado estacionado frente a una boca de incendios y que lo multaron por dicho motivo.

Los ojos del abogado brillaban de excitación.

—Dígame —le indicó el detective—, ¿acaso se distinguía ese coche por alguna particularidad especial?

—Sí, tengo entendido que no se trata de un automóvil vulgar. Es un «roadster» ligero, pero le han añadido toda clase de accesorios; por ejemplo: lleva una infinidad de bocinas disimuladas y un montón de faros. Por lo visto, el doctor Doray consideró como excelente anuncio el conducir un coche que llamase la atención. Cloverdale, ya lo sabe usted, es una ciudad pequeña, y...

Perry Mason dio unos golpecitos en el cristal delantero para avisar al chófer.

—He de apearme aquí —dijo.

Luego, se encaró con Paul Drake.

—¿Se vuelve usted a su oficina? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y esa mujer se hallará todavía en su despacho?

—Sí, estaba allí conmigo cuando usted me llamó por teléfono. Eso me obligó a retrasar unos minutos mi salida. Ella me advirtió que esperaría mi regreso.

El conductor del taxi acercó su coche a la acera y, después de pararlo, bajó para abrir la puerta. El abogado se detuvo un instante, en el momento de apearse.

—Escuche, Perry —le dijo el detective—. Siento muchísimo el giro que han tomado las cosas. Si con ello pudiese remediar algo, estoy dispuesto a devolverle a esa mujer sus doscientos dólares y echarla de mi oficina. Me hace mucha falta el dinero, pero...

Perry Mason le hizo una mueca, mientras replicaba:

—Amigo Paul: si realmente siente usted remordimientos, puede usted pagar el taxi cuando lo despida al llegar a su oficina.

Y dichas estas palabras en tono burlón, cerró de golpe la portezuela, quedándose allí parado hasta contemplar cómo el taxi desaparecía por la primera calle de la izquierda. Entonces se encaminó a buen paso hacia el restaurante nocturno que había visto al pasar y en cuya fachada pudo advertir la presencia de una pequeña placa esmaltada, indicadora de un teléfono público. Corrió hacia la cabina, apresurándose a marcar un número. Una voz femenina le contestó:

—Aquí es la oficina de la Cooperativa Investigadora.

—¿Quién está de encargado esta noche? —preguntó el abogado.

—El señor Samuels.

—Haga el favor de ponerme en comunicación con él. Yo soy

Mason, el abogado..., Perry Mason..., sí, él ya me conoce.

Un momento después, oyó el «clic» de una conexión, y la empalagosa voz de Samuels le dijo:

—Buenas noches, señor letrado. ¿Hay algo en que podamos servirle? Y sabe usted que estamos deseosos de ser honrados con algún encargo suyo, porque...

—Perfectamente —replicó Mason, cortando aquel chorro de cumplidos—, pues ahora se les presenta una ocasión propicia, y el mejor medio de conseguir muchos encargos míos consistirá en servirme con rapidez en este asunto. Tome nota del caso: en el despacho del detective Drake hay una mujer; en este instante debe estar hablando con Paul Drake. Se trata de una joven de veinticuatro o veinticinco años, poco más o menos; es esbelta y bella, con una figura muy agradable, morena, de ojos como el azabache y cabello muy negro. De un momento a otro, se marchará de aquella oficina; no es probable que tarde mucho. Y yo quisiera saber a dónde irá y todo lo que haga; necesito que ustedes no la pierdan de vista de noche ni de día. Utilicen, para este trabajo, tantos hombres como sean necesarios, sin reparar en gastos. No me envíen ningún dato por correo; ya los llamaré cuando quiera saber algo. Mientras tanto, conserven el mayor secreto y no pierdan ni un segundo.

Volvió a oírse la melosa voz al otro extremo de la línea telefónica, repitiendo, con no fingido interés:

—Veinticuatro o veinticinco años, esbelta, morena de ojos negros... En el despacho del detective Drake.

—Eso es —confirmó el abogado—. Y póngase a trabajar inmediatamente.

Colgó el teléfono y salió, como una flecha, en dirección a la calle; una vez en la acera, miró a un lado y a otro, hasta descubrir los faros de un taxi que pasaba. Agitando la mano derecha, hizo que el coche se parase junto al bordillo.

—Lléveme al Hotel Gilroy —le dijo al chófer—, y vamos aprisa.

Las calles estaban desiertas; en la mayor parte de ellas habían cesado de funcionar las señales de tráfico, y el taxi pudo llegar, a gran velocidad y en breve tiempo, al Hotel Gilroy.

—No se aleje mucho de aquí —le indicó Mason al conductor—. Voy a necesitarlo de nuevo, y no quisiera equivocarme y tomar otro

taxi en mi precipitación. Si no he regresado dentro de diez minutos, procure que no se le enfríe el motor para arrancar sin pérdida de tiempo.

Luego, precipitándose en el vestíbulo del hotel, saludó con un ademán al soñoliento empleado del despacho y se encaminó hacia los ascensores.

—Al noveno piso —le dijo al mozo.

Cuando el ascensor detuvo su marcha, Perry Mason preguntó:

—¿Hacia dónde está el 927?

El mozo señaló a uno de los extremos del pasillo, advirtiéndole:

—Precisamente junto a aquella luz indicadora de la salida para caso de incendio.

El abogado avanzó a lo largo del pasillo con tan grandes zancadas, que sus tacones resonaban a pesar de la gruesa alfombra. Encontró la puerta del 927, en el preciso lugar señalado por el mozo del ascensor. Al llegar allí dio media vuelta, encontrándose frente al 925, cuya habitación se hallaba en el lado opuesto del pasillo. Dio unos ligeros golpecitos sobre la puerta de este último cuarto.

El montante estaba abierto y la puerta era de madera bastante delgada. Perry Mason pudo oír los crujidos de los muebles de una cama. Volvió a llamar. Al cabo de un momento, le llegó el leve ruido de unos pies descalzos que avanzaban sigilosamente; luego, después de notar algún movimiento detrás de la puerta, una voz de hombre preguntó:

—¿Quién llama?

—Abra en seguida —repuso el abogado, en tono áspero.

—¿Qué quiere usted?

—Necesito hablarle.

—¿De qué?

—Le repito que abra en seguida —replicó Mason.

Oyóse funcionar el pestillo, y la puerta giró sobre sus goznes. Un hombre en pijama, con los ojos hinchados por el sueño y reflejando en su rostro una expresión de alarma, encendió las luces y se quedó parpadeando, deslumbrado.

Perry Mason se acercó a la ventana, por la cual entraba una fuerte corriente de aire, agitando las cortinas de encaje, y la cerró. Después de echar una rápida ojeada por la habitación, señaló al lecho.

—Vuélvase a la cama —le dijo al ocupante del cuarto—. Desde ella me podrá usted hablar cómodamente.

—¿Quién es usted? —preguntó aquel hombre.

—Soy Perry Mason, el abogado. ¿Le dice algo mi nombre?

—Sí, he leído algo acerca de usted.

—¿Me esperaba?

—No... ¿Por qué?

—Venía tan sólo a poner en claro algunos detalles. ¿Dónde ha estado esta noche, desde las siete en adelante?

—¿Necesita usted saberlo para alguna de sus gestiones?

—Sí, señor.

—¿Y por qué le interesa ese dato?

El abogado se le quedó mirando fijamente.

—Le supongo enterado de que Thelma Bell ha sido arrestada bajo acusación de asesinato.

El rostro de aquel hombre se contrajo en angustiosa expresión.

—¿Arrestada? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—No hace mucho rato.

—¡Caramba! Pues no..., no sabía nada.

—Usted se llama George Sanborne, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Estuvo usted con Thelma Bell esta tarde?

—Sí.

—¿Entre qué horas?

—Desde las siete y cuarto o las siete y media, aproximadamente, hasta alrededor de las nueve.

—¿Dónde la dejó usted?

—A la puerta de la casa de departamentos en que vive..., el edificio Saint James; ahí, en el 962 del Este de la calle Faulkner.

—¿Por qué se separó usted de ella tan temprano?

—Nos peleamos.

—¿Cuál fue la causa de su decisión?

—Un hombre llamado Patton.

—Pues precisamente la acusan de haber asesinado a ese hombre —indicó Mason.

—¿A qué hora lo asesinaron? —preguntó Sanborne.

—Hacia las ocho cuarenta.

—Entonces es imposible que ella lo matara.

—¿Está usted seguro?

—Sí, señor.

—¿Puede usted probar que ella se hallaba con usted a esa hora?

—Sí, señor; creo que sí.

—¿Adonde fueron ustedes? ¿Qué hicieron?

—Salimos a las siete y veinte minutos, poco más o menos, si mal no recuerdo, con la idea de ir a un «cine». Luego, decidimos esperar hasta la hora de la segunda sesión. Nos fuimos a un «speakeasy», nos sentamos allí y charlamos durante un buen rato; entonces fue cuando empezó nuestra discusión. Habíamos bebido un par de copas, por lo cual no me extraña que yo perdiese mi calma. Además, yo estaba resentido contra Patton. Me molestaba que hundiera a mi amiga en el fango y que ella se lo consintiese. Ese hombre no pensaba en nada, salvo en explotar su cuerpo. Thelma había ganado un concurso de piernas, y Patton se lo repetía continuamente con demasiada insistencia. De haberle oído hablar a él, usted hubiese pensado que mi amiga no tenía otra cosa en el mundo que un par de piernas. Sólo le encontraba trabajo en los coros de las revistas, o bien para servir de modelo a ciertos pintores o dejarse fotografiar sus piernas, con destino a determinados anuncios de medias, o algo por el estilo.

—¿Y por eso se pelearon ustedes? —preguntó Perry Mason.

—Sí, señor.

—¿Y entonces se volvieron a su casa?

—Sí.

—¿Conoce usted a alguien en ese «speakeasy»?

—No.

—¿Dónde está situado?

Los ojos de Sanborne se apartaron del rostro del abogado.

—Yo no quisiera crearle ningún conflicto al dueño del «speakeasy» —murmuró.

El abogado se sonrió con cierta melancolía.

—¡No se preocupe por eso! —exclamó—. Piense que se trata de la coartada de su amiga. Esos establecimientos saben cubrir las apariencias y todos ellos pagan a quien les protege. Además, ahora hay que hacer frente a una acusación de asesinato, y eso es cosa

grave. Dígame, pues, ¿dónde está ese «speakeasy»?

—En la calle cuarenta y siete, esquina a la calle Elm.

—¿Conoce usted al portero? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Se acordará él de usted?

—Creo que sí.

—¿Conoce usted también al camarero que les sirvió?

—No recuerdo precisamente quién fue.

—¿Habían bebido ustedes algo antes de ir allí?

—No.

—Cuando ustedes tomaron asiento, ¿qué fue lo primero que pidieron?

—Pedimos un combinado.

—¿Cuál?

—No me acuerdo. Uno cualquiera de los muchos que sirven allí.

—Procure recordarlo. ¿Era un «Martini...» un «Manhattan...» un «Hawain...»?

—Sí, ahora caigo. Era un «Martini».

—¿Los dos tomaron un «Martini»?

—Sí, señor.

—Y después, ¿qué más pidieron?

—Después tomamos otro «Martini».

—¿Y luego, algo más?

—Luego, pedimos algo para comer..., un bocadillo cualquiera.

—¿Se acuerda usted de qué era?

—Sí, de jamón.

—¿Los dos lo tomaron de jamón?

—Sí, señor.

—¿Y qué más?

—Creo que después nos hicimos servir dos copas de licor.

—¿No está usted seguro de ello?

—Sí, ahora lo recuerdo bien.

—¿Era whisky, de centeno o de maíz?

—Whisky de centeno.

—¿Ella también lo tomó?

—Sí.

—¿Con cerveza de jengibre?

—Sí, señor.

Perry Mason lanzó un suspiro de disgusto. Después se levantó de la silla que ocupaba y se puso a dar paseos y a hacer virajes.

—Debería haberlo supuesto antes —exclamó.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Sanborne.

—Evidentemente —dijo el abogado—, su amiga Thelma Bell le había aleccionado a usted antes de telefonearle yo esta tarde. Cuando le dije que llamaba desde el Hospital de Urgencias, usted representó muy bien su comedia. Pero ahora ha hablado usted como un chiquillo de escuela.

—¿A qué se refiere usted?

—¡Bah!, ¡a ese cuento de que los dos tomaron lo mismo! De modo que tanto su amiga como usted se bebieron sendos «Martinis», luego se tragaron unos bocadillos de jamón y después se rellenaron la tripa con dos vasos de whisky de centeno y cerveza de jengibre, ¿verdad? ¡Valiente testigo haría usted para probar una coartada en un caso de asesinato!

—Pues no le he dicho sino la pura verdad —replicó Sanborne.

Perry Mason volvió a sonreír melancólicamente.

—¿Sabe usted lo que Thelma Bell ha declarado ante la Policía? —le preguntó al joven.

Sanborne negó con la cabeza.

—Pues le preguntaron acerca de todo lo que había bebido —explicó el abogado—, y ella dijo que ustedes habían entrado en un «speakeasy»; que usted tomó un «Manhattan» y ella un combinado de los que se bebían en otros tiempos; que ambos habían cenado antes de ir allí..., fíjese bien, ustedes dos; que ninguno comió nada mientras estuvieron en el «speakeasy»; que usted pidió luego una botella de vino y dos vasos, bebiendo algo de él, y que entonces fue cuando discutieron y ella se marchó a su casa.

Mientras hablaba Mason, Sanborne se mesaba con los dedos su enmarañado cabello.

—Yo no podía sospechar —dijo el joven— que nos fuesen a preguntar tantos detalles acerca de estas bebidas.

Perry Mason se dirigió hacia la puerta.

—No use su teléfono hasta mañana por la mañana —le recomendó a Sanborne—. ¿Me ha comprendido bien?

—Sí, ya le he comprendido, pero... ¿no podría llamar...?

—Repito lo antes dicho —insistió el abogado—; no use su

teléfono hasta mañana por la mañana.

Dicho esto, dio un violento tirón de la puerta, cerrándola después tras él con un brusco portazo, y se fue por el estrecho pasillo camino del ascensor. Sus hombros estaban ligeramente inclinados hacia delante, en actitud abatida. Su rostro, a pesar de todo, permanecía como siempre, sin exteriorizar la menor expresión, mientras sus ojos mostraban cierta fatiga.

El ascensor subió con su monótono zumbido, parándose al nivel del piso. Perry Mason entró en él.

—¿Encontró usted a su amigo? —preguntó el mozo.

—Sí.

—Si desea usted alguna cosa —empezó a decir el empleado—, yo podría...

—No, usted no puede proporcionarme lo que yo necesito —le replicó el abogado, interrumpiéndole de un modo casi salvaje. Y después añadió, al cabo de un momento, con festivo humor—: ¡Ojalá pudiese usted proporcionármelo!

El encargado del ascensor condujo la jaula hasta el nivel del vestíbulo, y allí se quedó contemplando curiosamente a Perry Mason, mientras éste atravesaba, decidido, el gran portal del hotel.

—Vamos a los Departamentos Saint James... en el número 962 del Este de la calle Faulkner —le dijo Mason al chófer del taxi, con un dejo de cansancio en su voz, en tanto abría bruscamente la portezuela.

Capítulo 11

Perry Mason empujó la puerta giratoria que daba acceso al vestíbulo de los Departamentos Saint James. Un muchacho negro estaba sentado detrás del escritorio, con los pies encima de éste y la silla echada hacia atrás. Tenía la boca abierta y por ella se escapaban sonoros ronquidos.

El abogado avanzó silenciosamente a través del vestíbulo, pasando por delante del escritorio; dejó atrás el ascensor y empezó a subir por la escalera. Remontaba los escalones con lentas y suaves pisadas recorriendo los tres tramos con una marcha uniforme y sin pararse a descansar. En cuanto llegó a la puerta del departamento de Thelma Bell, dio en ella unos ligeros golpecitos con los nudillos. Tras la tercera llamada pudo percibir el rechinar de los muelles de una cama.

—Ábrame, Thelma —le dijo en voz baja.

La oyó acercarse a la puerta, después descorrió el pestillo y la joven hizo su aparición, contemplándolo con sus grandes y asombrados ojos.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Mason—. ¿Ocurre algo?

—Nada —repuso él—. Sólo deseo comprobar unas cosas. ¿Qué tal le ha ido con los policías?

—No se fijaron, ni por casualidad, en la chaqueta y el sombrero —explicó Thelma—. Se presentaron aquí para interrogarme acerca de una cita que, según ellos se habían enterado, tenía yo con Frank Patton. No hicieron la menor alusión a que éste hubiera muerto, y yo tampoco les dejé comprender que ya lo sabía. Les conté, en efecto, que estaba citada con él para mañana, a las nueve, y que mi amiga, Marjorie Clune, iba a reunirse con nosotros a la misma hora; que desde algún tiempo a esta parte no había visto yo a Marjorie, que ignoraba dónde residía; y que no sabía cómo encontrarla en

aquel momento.

—¿Qué replicaron ellos? —preguntó el abogado.

—Yo me paseaba de un lado a otro, para que se fijasen en mi chaqueta blanca y en el sombrero —repuso la joven—, pero ninguno de ellos quiso darse cuenta de mi indumentaria.

Perry Mason entornó los ojos en actitud pensativa.

—Le explicaré a usted lo que ha ocurrido —dijo—. Vinieron aquí porque habían visto aquel recado sobre la mesa del departamento de Patton. Su visita no tenía más objeto que comprobar con usted si la cita existía en realidad. Aún no habían tenido tiempo para cambiar muchas impresiones con el guardia del barrio. Sin embargo, más tarde lo harán, y entonces alguno de ellos puede recordar que usted vestía chaqueta blanca y un sombrero como los vistos por el guardia, y volverán otra vez por aquí.

—¿Lo cree usted así? —preguntó ella.

El abogado asintió pensativo, sin apartar del rostro de la joven su escudriñadora mirada.

—Dígame —replicó, en contestación a la última pregunta de Thelma—, ¿le preocupa a usted el resultado de su coartada?

—¡Oh, no! —le dijo ella—. Mi coartada es perfecta. Ya le he dicho a usted que yo no estuve allí, y en ello no hay mentira alguna.

—¿Conoce usted bien a su amiga Margy? —preguntó Perry Mason.

—No mucho. Es decir, sólo hace un par de semanas que la conozco. No obstante, me es muy simpática y trataré de hacer todo lo que pueda en su favor.

—Pero no intentará salvarla del lío de este asesinato, llegando al extremo de ponerse usted misma en peligro, ¿no es verdad?

Thelma movió negativamente la cabeza.

—No nos acusarán de asesinato —replicó la joven—; por lo menos, a mí.

—Recuerde usted que en la vivienda de Patton se encontró un recado escrito, indicándole llamase al 63891 de la central Harcourt y preguntara por Margy —dijo el abogado—. Y ese teléfono es el de aquí. Me extraña cómo los detectives...

—¡Oh, ya les he explicado eso! —exclamó Thelma—. Les dije que yo no estaba en casa a las seis de la tarde, pero que Margy, sin duda alguna, vino por aquí a visitarme hacia esa hora, puesto que

encontré una nota de ella, cuando regresé, echada por debajo de la puerta.

—¿Y no le pidieron la nota para verla?

—¡Oh, sí, claro está que sí!

—¿Qué les contestó usted entonces?

—Les dije que la había metido en mi bolso, sin la menor intención de conservarla; que más tarde la tiré, no pudiendo recordar cuándo, pero que tal vez fue en el «speakeasy» donde luego estuve con ese muchacho amigo mío.

—¿Aceptaron ellos como buena esa explicación?

—Sí. No parecían muy interesados acerca de mi persona; en cambio, les inquietaba mucho lo referente a Margy, sobre todo lo relativo a las piernas de mi amiga. Me preguntaron si alguna vez había oído yo llamarla «La muchacha de las piernas bonitas».

—¿Cuál fue su respuesta?

—Les dije que sí, naturalmente.

—¿No sabían que usted también había ganado un concurso similar en Parker City?

—No, estaban enterados de muy pocos detalles acerca de mí. Sólo les interesaba saber si yo conocía bien a Frank Patton, a lo cual les contesté que no muy bien, que yo me relacioné con él por mediación de Margy, y que pensaba ir a su casa, acompañando a mi amiga, pues Patton tenía algún trabajo para nosotras dos. Les indiqué que, a pesar de lo convenido, estaba dispuesta a suspender mi visita si había alguna razón para que yo no fuese a casa de aquel hombre. Ellos titubearon durante un buen rato, hasta que, por fin, me recomendaron que no acudiese a la cita, porque Patton había muerto. Al darme esta noticia, me miraron para observar cómo me la tomaba yo.

—¿Y cómo se la tomó usted? —preguntó Mason.

—Les dije que no me sorprendía nada aquella desgracia, pues yo había oído hablar de su debilidad cardíaca y de lo mal que andaba de salud. Entonces me contaron que había muerto asesinado, y yo me quedé mirándoles a la cara y exclamé: «¡Dios mío!», dejándome caer en la cama. Después abrí mucho los ojos y dije: «¡Y pensar que yo estaba citada con él mañana por la mañana! ¡Dios me valga! ¿Qué hubiese ocurrido si no llego a enterarme de eso y hubiera subido mañana hasta su habitación?».

—¿Dijeron algo de ello entonces?

—No. Examinaron atentamente todos los detalles de la cama y se marcharon.

—A todo esto, usted seguía llevando la chaqueta blanca y el sombrerito, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

Perry Mason metió los pulgares en las aberturas de su chaleco y se puso a dar paseos, de un lado a otro, por el alfombrado suelo del departamento. Thelma Bell llevaba un pijama y se cubría con un kimono. La joven se contemplaba sus desnudos pies, mientras culebreaba con ellos.

—Se me están quedando helados los pies —dijo—. Voy a ponerme unas zapatillas.

El abogado hizo varios movimientos negativos con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Creo conveniente que se vaya a otro sitio —repuso Mason.

—¿Por qué? —volvió a inquirir la muchacha.

—Para huir de la Policía.

—No necesito hacer tal cosa.

—Pues yo pienso que sería lo mejor.

—Pero eso no me favorecería nada.

—Usted ya tiene su coartada, ¿no es verdad?

—Sí —contestó ella lentamente y no sin visible duda.

—Bien —dijo el abogado—. Entonces, no debe temer nada, porque todo saldrá bien.

—Mas si yo tengo una buena coartada, ¿por qué he de esconderme?

—Porque a mí me parece que eso es lo mejor que usted puede hacer en este momento.

—¿Quiere usted decir que eso favorecerá a Marjorie?

—Tal vez.

—Si es en beneficio de Marjorie —repuso Thelma, con rápida decisión—, así lo haré. Estoy dispuesta a cualquier cosa, con tal de ayudarla.

Y encendiendo una lamparita eléctrica que para leer tenía en la cabecera de su lecho, se ajustó el kimono más estrechamente contra la cintura, contemplando a Perry Mason, y le dijo:

—¿Cuándo debo salir?

—Ahora mismo —contestó él—, tan pronto como se vista.

—¿Adónde iré?

—A un sitio.

—¿Tiene importancia que vaya a un lado o a otro?

—Yo creo que sí.

—Por lo tanto, ¿quiere eso decir que usted escogerá el lugar adonde debo ir?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque necesito dejarla donde la pueda encontrar en cuanto me haga falta.

—¿Ha hablado usted con Margy? —le preguntó ella, con los ojos muy abiertos y clavados sobre Mason, en inocente mirada llena de vivo candor.

—Dígame, primero, si usted la ha visto —replicó el abogado.

—¡No, claro está que no! —exclamó la joven, en un tono de creciente sorpresa.

Perry Mason interrumpió repentinamente sus paseos y se quedó plantado con los pies muy separados y adelantando de un modo agresivo la barbilla. Acababa de sacudir la fatiga que había doblegado los músculos de su espalda y contemplaba a la joven con un sombrío destello en sus tranquilos ojos.

—¡No me mienta! —exclamó fieramente—. Usted ha hablado con Marjorie Clune después de haber salido ella de aquí.

Los ojos de Thelma Bell fueron agrandándose al mismo tiempo que reflejaban su disgusto.

—¡No se ponga así, señor Mason! —exclamó la muchacha, en tono de reproche.

—No haga caso de mi actitud —replicó él—. Pero lo cierto es que usted ha hablado con Marjorie Clune desde la última entrevista que tuve yo con ella.

Thelma movió la cabeza en muda negación.

—Ha hablado con ella —repitió Perry Mason, en enérgico tono —, y engañó a Marjorie explicándole que usted había cambiado impresiones conmigo y que yo opinaba que ella debía huir de esta ciudad, o le dijo algo por el estilo. Sea como fuere, usted es quien le ha recomendado el marcharse fuera de aquí. Algo le ha insinuado usted que la ha obligado a escapar.

—¡Yo no he hecho tal cosa! —gritó la joven—. No le he dicho nada parecido a eso. Ella fue quien me explicó a mí...

—¡Ah! —replicó el abogado—. De modo que Marjorie es quien ha dicho algo. ¿Y qué ha sido ello?

Thelma Bell clavó la mirada en el suelo. Tras un momento de duda, contestó en voz baja:

—Que se marchaba de esta ciudad.

—¿Y no le ha indicado a dónde iba?

—No.

—¿Le dijo, al menos, cuándo partía?

—Pensaba salir a medianoche —repuso Thelma.

Perry Mason echó una mirada a su reloj y después comentó:

—O sea, hace unos tres cuartos de hora.

—Sí, creo que sí.

—¿A qué hora tuvieron ustedes esa conversación?

—Debió de ser hacia las once de la noche, poco más o menos.

—¿Le indicó su amiga dónde se albergaba?

—No, sólo me dijo que había de marcharse.

—¿Y no le explicó nada más?

—Se limitó a darme las gracias.

—¿A darle las gracias por qué?

—Por ponerme su ropa y despistar con este procedimiento a la Policía.

—¿No le dijo nada referente a un recado para mí? —preguntó el abogado.

—No. Me comunicó que usted le había recomendado permanecer aquí, en la ciudad, sin moverse de su habitación del hotel, pero que se habían presentado ciertas circunstancias debido a las cuales se le hacía absolutamente imposible seguir cumpliendo sus instrucciones.

—¿Y no le explicó qué circunstancias eran ésas?

—No.

—¿Ni siquiera alguna insinuación?

—No, señor.

—¿No me engaña usted?

—No, señor Mason, no le miento —repuso Thelma, pero su mirada esquivó la del abogado.

Este contemplaba con adusto ceño a la joven.

—¿Cómo pudo enterarse usted de que mi secretaria se llamaba Della Street? —inquirió él.

—No sabía semejante cosa.

—¡Oh, sí, ya lo creo que usted lo sabía! —exclamó Mason—. Usted ha telefoneado al doctor Doray, fingiéndose Della Street. Usted le ha dicho que le hablaba Della Street, la secretaria de Perry Mason, para recomendarle que huyese de esta ciudad.

—¡Yo no le he dicho semejante cosa!

—Pero usted le ha telefoneado.

—¡Nada de eso es cierto!

—¿Sabe usted dónde se hospeda ese señor?

—He oído a Margy mencionar su nombre por casualidad. Me parece recordar que vive en un hotel..., el Hotel Midwick, según creo.

—Sí —repuso el abogado—, tiene usted una memoria bastante buena.

—¡A ver si me va usted a culpar por cosas así! —protestó bruscamente Thelma, mirándole con gran indignación—. En primer lugar, yo no he llamado al doctor Doray.

—¿Y él no la llamó a usted?

—No.

—¿No tiene noticias de él?

—No.

—¿No le dijo Marjorie alguna cosa referente a ese señor? Ella abrió los ojos.

—No —repuso.

—¿Acaso no estaba enamorado de Marjorie el doctor Doray? —preguntó Perry Mason.

—Creo que sí.

—¿Y ella le correspondía?

—No lo sé.

—¿Ama su amiga a Bradbury?

—Lo ignoro.

—¿No habló nunca con usted de sus asuntos?

—¿De qué clase de asuntos?

—De los del corazón..., de sus afectos. ¿No le dijo si quería a alguien?

—No, nunca intimamos mucho. Me explicaba con frecuencia

detalles de su vida en Cloverdale y de los apuros en que se vio metida por culpa de Frank Patton. Me decía que le daba miedo la sola idea de regresar a Cloverdale; que estaba tan avergonzada de lo ocurrido, que no se veía capaz de volver a presentarse ante sus conciudadanos.

Perry Mason señaló, con un gesto, hacia el pequeño ropero.

—Vístase ahora —le dijo.

—¿No puede dejar eso para mañana?

—No —le contestó él—. Hay muchas probabilidades de que la Policía vuelva por aquí esta misma noche.

—Pero yo tenía entendido que a usted no le importaba que yo hablase con la Policía; sino todo lo contrario: que a usted le convenía una actuación mía, apropiada para hacerles creer que yo era la muchacha vestida con una chaqueta blanca y vista por el guardia cuando salía de la casa de apartamentos.

—He cambiado de opinión —dijo Mason—. Por consiguiente, vístase en seguida.

Thelma se puso en pie y dio dos pasos hacia el ropero, mas repentinamente se volvió hacia el abogado, encarándose con él.

—Deseo hacer constar una cosa, señor Mason —le dijo, en un tono enérgico y vibrante—. Ya sé que puedo confiar en usted. Me consta que usted no abandona nunca a sus clientes. Sin embargo, le recuerdo que sólo tengo una razón para obrar así, y éste es mi deseo de ayudar a Marjorie. Quisiera proporcionar a esa muchacha una coartada definitiva.

El jurisconsulto asintió con un áspero gesto.

—No se preocupe ahora por eso y vístase pronto —le repuso.

Y volvió a emprender sus idas y venidas a lo largo de la habitación, mientras Thelma Bell se vestía en el cuartito inmediato. Cuando la joven reapareció, completamente ataviada y llevando incluso en la mano una pequeña maleta, Perry Mason miró a su reloj.

—Supongamos que usted tomase ahora un pequeño tentempié —le dijo a la muchacha.

—Bien pensado —replicó ella—. Daría cualquier cosa por poder ir a un café.

—Vamos, pues —concluyó el abogado, cogiéndola del brazo y tomando en la otra el ligero maletín.

Así salieron del apartamento. El negro del vestíbulo se hallaba despierto cuando pasaron ante él. Se les quedó mirando con unos ojos que la curiosidad agrandaba, pero aún se veía en su rostro cierto aturdimiento, cierta somnolencia que daba a su mirada un aire de incomprensión.

Mason hizo una señal al taxi, para que se acercase.

—Siga calle abajo —le dijo—, y párese en el primer restaurante que encuentre abierto, donde nos habrá de esperar un momento.

El chófer vio uno a dos manzanas de allí y detuvo su coche delante del establecimiento. El abogado escoltó a Thelma Bell hasta el mostrador del restaurante y, después de sentarse, pidió jamón y huevos fritos para él, duplicando la orden al observar un alegre gesto de su compañera. El camarero empujó dos gruesos vasos llenos de agua, a lo largo del mármol del mostrador, hasta dejarlos frente a ellos; después sacó dos cuchillos y los correspondientes tenedores, colocándolos debidamente ante sus parroquianos.

De repente, Perry Mason lanzó una imprevista exclamación.

—¡Mi cartera!

—¿Qué le pasa a su cartera? —preguntó la joven.

—Ahora la echo de menos —repuso él—. Seguramente me la he dejado en su departamento.

—Pues yo creo que no, porque usted no la sacó para nada, ¿verdad?

—Sí que la saqué del bolsillo —contestó Mason—. Estuve buscando una dirección. Y lo malo es que está llena de tarjetas mías. No quisiera que los policías se enterasen de que yo he estado allí. Haga el favor de darme la llave del cuarto; iré volando y la recogeré.

—Yo puedo acompañarlo —repuso la joven.

—No —dijo él—, es mejor que usted espere aquí. Los detectives pueden presentarse en su domicilio de un momento a otro.

—¿Y qué ocurrirá si lo encuentran a usted allí?

—Les diré que iba en busca de usted.

—¿Y cómo podrá justificar la posesión de mi llave?

—No me acercaré si no veo la costa completamente libre de piratas.

Thelma le dio la llave de su cuarto. Perry Mason guiñó un ojo al camarero.

—Sirva sólo una de esas raciones de jamón y huevos —le dijo—, y añada una buena taza de café. Conserve la otra hasta que yo regrese.

Y salió rápidamente del restaurante, acercándose al taxi y diciéndole al conductor:

—Regrese a los departamentos Saint James tan aprisa como pueda y pare un momento allí.

El chófer del taxi hizo dar media vuelta a su coche y apretó a fondo el pedal del acelerador. Al cabo de pocos segundos había recorrido las dos manzanas de la desierta calle y se paraba frente a la casa de departamentos. Perry Mason atravesó corriendo el vestíbulo. Esta vez, el muchacho de color se le quedó mirando con ojos llenos de interés. Mason subió en el ascensor al tercer piso y abrió la puerta del cuarto y después de encender, cerró cuidadosamente tras él; después corrió el pestillo para que nadie pudiese abrir desde fuera, y entonces inició un rápido registro del interior de la vivienda. No se detuvo a mirar en los cajones incrustados en la pared, junto al tocador ni en sitios similares; pero sí rebuscó bien en los oscuros rincones del armario, no tardando muchos segundos en encontrar una sombrerera de cuero escondida bajo uno de los estantes tras un montón de ropas colocadas allí con la visible intención de ocultarla.

El abogado la sacó del armario, abrió el cierre y levantó la tapa.

En su interior había una falda, un par de medias y unos zapatos blancos. Se notaba que estas prendas habían sido lavadas recientemente, porque aún estaban mojadas. La humedad, al empapar toda la sombrerera, dio lugar a que se desprendiese de ella cierto olor cuando la tapa fue abierta.

En las medias no se observaba el menor vestigio de mancha, pero encontró uno o dos puntos sobre la falda que no habían sido limpiados, y los zapatos presentaban inconfundibles restos de parduscos manchones.

Perry Mason volvió a cerrar la sombrerera y abandonó el departamento, llevándosela.

—¡Oiga! ¿Vive aquí, señor? —le preguntó, al pasar por el portal, el negrito del escritorio.

Mason sacó un dólar de plata y lo echó encima del mostrador.

—No —contestó—, sólo he venido por hoy a ocupar la

habitación de un amigo.

—¿Me quiere decir qué número es? —inquirió el muchacho de color.

—¡El 509! —gritó el abogado, mientras empujaba ya la puerta giratoria del vestíbulo y salía a la calle, antes de escuchar más preguntas.

Le dio la sombrerera al conductor del taxi y le dijo:

—Lléveme otra vez al restaurante. Después de dejarme allí, vaya a la estación central, compre un billete para College City, facture esta sombrerera con el billete, vuelva a la puerta del café y entrégueme el billete y el talón, procurando que la señorita que me acompaña no los vea. ¿Lo ha comprendido usted bien?

El chófer del taxi hizo un gesto de asentimiento.

Perry Mason le entregó un billete de veinte dólares.

—Para los gastos —añadió.

Al cabo de un momento, volvía a entrar en el restaurante. Thelma Bell levantó un poco la cabeza del plato de jamón y huevos que la cautivaba en aquel instante.

—¿La encontró usted? —preguntó la joven.

Él hizo una señal afirmativa.

—Se ve que se me había salido del bolsillo mientras estuve sentado en la silla —explicó—. Ha sido una buena cosa el haber ido a recogerla, porque yacía en el suelo de un modo muy visible. Los policías la hubiesen encontrado al entrar y esto nos hubiera ocasionado algunas perturbaciones, porque yo he dicho allí que iba a otro departamento diferente del suyo.

El camarero metió la cabeza por el arco de una ventanilla que separaba la sala en que se hallaban de la cocina del establecimiento y vociferó:

—Pon ya en el fuego esos huevos y prepara el jamón.

Perry Mason se sentó ante el mostrador y con la cucharilla empezó a dar vueltas en la taza del café que el camarero acababa de colocar frente a él.

—¿Había alguien allí? —preguntó Thelma.

—No —repuso él—, pero pueden llegar de un momento a otro.

—Parece estar usted muy seguro de eso.

—Lo estoy.

—Como usted ya sabe —dijo la muchacha, deteniendo por un

instante el trozo de jamón que se llevaba a la boca—, ocurra lo que ocurra, hemos de proteger a Margy.

El abogado replicó con voz soñolienta:

—Precisamente me están pagando para eso.

A estas palabras siguió un largo intervalo de silencio. El camarero le trajo a Mason su ración de jamón y huevos. El los engulló en un instante, acabando casi al tiempo que Thelma Bell.

—Muy bien, muchacha —dijo—. Vamos ahora a algunos sitios.

—¿No puede usted decirme cuáles son?

—En primer lugar, uno que no está muy lejos.

—Es que tengo un par de citas convenidas para mañana y pasado; he de trabajar como modelo.

—Deshaga esos compromisos.

—No me queda ni un céntimo y necesito para mis gastos algún dinero.

—Ya lo tendrá usted —repuso Mason.

Y terminando de sorber el café que quedaba en su taza, el abogado se limpió los labios con una servilleta y se encaró con Thelma.

—¿Vamos? —le preguntó.

—Vamos —dijo ella.

Perry Mason le ofreció galantemente el brazo, llevándola hacia la puerta del restaurante. El taxi regresaba de su encargo en el preciso momento en que ellos salían a la calle.

—Tenga usted, señor —le dijo el conductor, tendiéndole su mano, bien cerrada y con la palma hacia abajo.

El abogado recogió el billete de ferrocarril y el talón de facturación.

—¿Qué es eso? —quiso saber Thelma Bell, curiosa y extrañada.

—Una cosa que le encargué al chófer que me comprara, aprovechando estos minutos —contestó él. Y dirigiéndose a aquel hombre, le preguntó—: ¿Le ha quedado cambio suficiente para pago de lo que marca el taxímetro?

—¡De sobra, ya lo creo! —contestó el conductor. Y luego añadió, descaradamente—: ¡Y hasta hay lo bastante para que yo pueda cobrar una buena propínea!

Mason contempló a la muchacha con cierta intención.

—¿Puedo confiar en usted? —le dijo.

—Mientras sea para ayudar a Margy, sí. Ya se lo he dicho antes.

El juriconsulto se sacó de un bolsillo de su chaleco el billete de ferrocarril que el chófer acababa de darle y se lo entregó a la joven, indicándole:

—Aquí tiene usted un pasaje de ida para College City. Aprovéchelo y hospédese allí en un hotel cualquiera, pero inscribiéndose con su verdadero nombre. Finja que va usted a esa ciudad con objeto de servir de modelo a un artista. Si alguien le pregunta o se pone a investigar los motivos de su viaje, respóndale con ese cuento, pero no le diga ni una palabra más. Si la cosa se pone seria, procure telefonearme, y sobre todo no suelte prenda hasta haber recibido instrucciones mías.

—¿Se refiere usted al caso de que caiga bajo las garras de la Ley?

—Sí, a esa gente me refiero.

Mason consultó su reloj.

—¿Habrá algún tren para College City a estas horas?

—Dentro de veinte minutos sale uno. Puede usted partir en él.

Y entregándole al chófer el maletín de Thelma, ayudó a ésta a subir al taxi.

—Buenas noches —le dijo, despidiéndola—, y mucha suerte. Telefonee a mi oficina o envíeme un telegrama. No se olvide de decirme el nombre del hotel en que se haya hospedado y no haga tonterías.

—¿Tonterías? —preguntó la joven.

—Sí, la tontería de escaparse —exclamó el abogado—. Necesito que permanezca usted donde yo pueda encontrarla inmediatamente, si hace falta.

Ella le tendió la mano, acompañándola de una sonrisa.

—Ya sabe usted que yo haría cualquier cosa por Margy —le dijo.

Perry Mason estrechó aquella manita. Las puntas de los dedos estaban frías como el hielo.

Mientras tanto, el chófer se había acomodado en su asiento.

—¿Y usted no quiere que yo le diga a nadie dónde me escondo? —preguntó Thelma—. Me refiero, como es natural, a George Sanborne.

El abogado negó con la cabeza, mientras sonreía paternalmente.

—No —le repuso—. Conservaremos este secreto, para dar más

tarde una sorpresa..., una gran sorpresa.

El motor del automóvil empezó a rugir, poniéndose en marcha. Perry Mason cerró de golpe la portezuela y se quedó plantado al borde de la acera, observando cómo el taxi se alejaba, hasta que la pálida luz roja posterior desapareció tras una esquina de la calle. Entonces, volvió a entrar en el restaurante.

—¿Dónde se encuentra el teléfono? —le preguntó al camarero.

Este se lo indicó, señalando hacia un rincón del extremo opuesto de la sala.

El abogado se encaminó allá a grandes pasos, introdujo una moneda y marcó el número del despacho de la Cooperativa Investigadora; en cuanto oyó la voz de la telefonista de aquella agencia, le dijo:

—Soy Perry Mason. Haga el favor de ponerme en comunicación con el señor Samuels, si aún está ahí.

Un momento después pudo escuchar la voz del judío, saludándole con ostentosa cordialidad.

—Hablo con el señor Mason, ¿verdad? Muy buenas noches, señor Mason. Hemos hecho exactamente lo que usted quería. Después de encontrar a esa persona no la hemos perdido de vista ni un segundo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó el abogado.

—Todavía no hace diez minutos que mis hombres me han dado el último informe por teléfono. Esa joven salió de la oficina de Paul Drake una media hora después de haberme telefoneado usted encargándome el asunto. De allí se fue al Hotel Montmartre, donde tiene alquilada una habitación bajo el nombre de Vera Cutter, de Detroit, Michigan, pero no citó la calle ni el número en que habita en dicha población, cuando se registraron sus datos al entrar en el hotel. Se hospeda en él desde las primeras horas de la noche de ayer; es decir, desde las nueve y media, poco más o menos. Y ahora viene una cosa muy extraña: su equipaje es completamente nuevo y lujoso y está marcado todo él con las iniciales E. L. Lleva, además, un bolso muy elegante y adornado con un monograma de plata cincelada; y en este monograma figuran también las letras E. y L. ¿Le encuentra usted alguna explicación a esto?

—Todavía no, pero ya veremos —contestó Perry Mason—. Entretanto, continúen vigilándola.

—¿Volverá usted a llamar cuando quiera informes?

—Sí, y asegúrese bien de que soy yo quien le habla, antes de dar ninguna explicación. Charle conmigo durante un minuto, siempre que llame, hasta estar convencido de que no se trata de otra persona que haya usurpado mi nombre; y no dejen ni por un segundo de perseguir a esa muchacha. Necesito saber todo lo que se pueda acerca de ella. Será mejor que añada un par de hombres más a este servicio y si alguien se presenta en el hotel, para ver a la joven, síganlo también y averigüe de quién se trata y cuantos pormenores puedan descubrirse. Ahora, ¿cómo estamos en lo referente al teléfono? ¿Puede usted conquistar a la telefonista del Hotel Montmartre, para que le deje escuchar las conversaciones que sostenga esa mujer?

—Uno de nuestros hombres está ocupándose ahora en ese asunto —le contestó Samuels—. Se presentarán, naturalmente, bastantes dificultades, pero...

—¡Al diablo con las dificultades! —exclamó el abogado—. Ya sabemos que el mundo está lleno de dificultades. A mí me sobran para dar y repartir. Bueno... la cuestión es que hay que escuchar las conversaciones telefónicas de esa mujer; necesito saber de qué se trata en ellas.

—Muy bien, señor Mason —repuso Samuels—; haremos cuanto sepamos y podamos.

Perry Mason bajó el soporte del receptor, con el dedo medio de su mano izquierda, para cortar la comunicación; registró su bolsillo en busca de otra ficha, la depositó en el aparato y llamó a la oficina del detective Drake.

El propio Paul se puso al teléfono, contestando a su llamada.

—Estaba usted sentado junto al aparato, esperando oír sonar el timbre, ¿verdad, amigo Drake? —le preguntó el abogado.

Se oyó reír al detective.

—Son cosas de nuestro oficio..., y a usted no le ha venido mal que le conteste en seguida, ¿verdad?

—¿Ocurre algo digno de contarse? —replicó Perry Mason.

—Hay montañas de cosas dignas de mención —repuso Paul Drake—. Pero opino que usted debe irse ya a su casa y meterse en la cama, amigo Perry.

—¿Por qué?

—El misterio de este asesinato está completamente resuelto.

—¿Cómo dice usted?

—La Policía ha descubierto la pista del cuchillo.

—¿Se refiere usted al arma con la cual mataron a Patton?

—Sí, señor.

—¿Y a dónde les conduce esa pista?

—Al hombre que lo compró.

—¿Han identificado ya a ese sujeto?

—Prácticamente, sí. Tienen una descripción de él que concuerda en todos los puntos esenciales.

—¿Y de quién se trata? —preguntó el abogado.

—De su amigo el doctor Robert Doray de Cloverdale —declaró Paul Drake, floreando la frase con cierto énfasis.

—No se pare ahí —dijo Perry Mason— y cuénteme el resto de tan interesante gestión.

—Pues allá va, poco más o menos, todo lo que ha llegado a mis oídos: La Policía se encargó de hacer investigaciones profundas acerca del arma. Han estado trabajando en ello desde que descubrieron el cadáver y encontraron restos de la marca del precio en la hoja del cuchillo. Le explicaré: no sólo había señales visibles del precio de venta, sobre la hoja de acero, sino también otra del de coste; en estos últimos tiempos se han subido los precios en tales objetos y por el de coste se descubrió que el cuchillo había formado parte de una remesa de reciente fabricación, adquirida ya al nuevo precio aumentado, puesto que no se encontraron vestigios de otra marca de coste anterior ni la menor señal de que hubiese sido borrada.

—Continúe —le dijo el abogado, observando que Drake hacía una pausa.

—Empezaron por suponer que el cuchillo había sido adquirido en una tienda de ferretería. El papel en que lo envolvieron, hallado también en el departamento de Patton, era un poco más grueso del que ordinariamente se usa en las tiendas de precios únicos. En vista de ello consultaron a los principales comerciantes de ferretería que pudieron encontrar levantados a aquella hora, ordenándoles que llamasen por teléfono a sus dependientes y encargados de venta y trataran de encontrar quién usaba aquel sistema especial de marcar los precios de coste. Esto era tan dificultoso como una caza de

gansos silvestres, pero tuvieron mucha suerte, porque a poco de empezar sus gestiones, tropezaron con un corredor de ferretería que era íntimo amigo de un detallista de la calle Belmont y sabía que allí tenían aquella manera particular de marcar los costes; además, el corredor recordó que su cliente le había comprado, diez días antes o poco más, una docena de cuchillos como aquél. La Policía se puso en relación con el mencionado detallista, y éste se acordó de la venta del cuchillo, proporcionándoles una descripción bastante completa del hombre que lo compró. Esta descripción coincide con la del doctor Doray. Después, los detectives llamaron a las redacciones de varios periódicos, encontrando una en que poseían un archivo bastante completo de los diarios de Cloverdale; valiéndose de éstos, buscaron hasta dar con un retrato del doctor Doray. Este señor había formado parte de una comisión liquidadora municipal y con tal motivo se publicó su fotografía en aquel periódico. Se trataba de un clisé muy poco detallado, como usted puede figurarse, pero les bastó para utilizarlo como base de identificación. El detallista ferretero lo reconoció en seguida y de un modo absoluto: a él no le cabía la menor duda de que el doctor Doray era el hombre que compró el cuchillo.

»La Policía se dio cuenta de que habían llevado a cabo un bonito trabajo y ahora están dando la gran batida en busca de Doray. Aparentemente, el pájaro se les ha escapado, lo cual, dicho sea de paso, le pone a usted en evidencia.

—¿Por qué? —preguntó Perry Mason.

—Pues a causa de aquella curiosa llamada telefónica que, según parece, procedía de su oficina de usted y puso a Doray en antecedentes de lo que estaba ocurriendo. La Policía le ha concedido mucha importancia a este detalle. No tengo inconveniente en avisarle a usted, de un modo confidencial, que va a sufrir bastantes molestias con este motivo; y, además, me figuro que a Bradbury no le gustará mucho lo ocurrido.

—¡Que se vaya al diablo! —exclamó el abogado—. Yo no llamé a Doray y, por añadidura, tampoco es cierto que alguien hablara desde mi oficina.

—Bueno —replicó Paul Drake, con cierto júbilo—, si asegura que no fue usted quien le telefoneó y su secretaria declara que tampoco; a menos que detuviesen a Doray y éste les dijera todo lo

contrario.

—Eso no cambiaría en lo más mínimo la situación —dijo Mason—. Ciertamente, Doray no conoce lo bastante la voz de mi secretaria, para identificarla por teléfono o para jurar que la reconoció. Todo lo que puede asegurar es que una mujer le dijo ser Della Street. Es muy fácil decir eso. Yo puedo llamar ahora a Bradbury y decirle que soy Paul Drake y que le aconsejo se ausente inmediatamente de esta ciudad.

El detective se rió. Parecía hallarse de muy buen humor.

—Bien —dijo—, ya sé que perdería el tiempo si tratara de discutir con usted los aspectos legales de la cuestión. Pero sí hay algo que le debe preocupar un poco.

—¿Qué es ello?

—Me refiero a Marjorie Clune.

—¿Le pasa algo?

—La Policía ha comprobado, hasta cierto punto, que Marjorie Clune y el doctor Doray fueron juntos en un automóvil hasta las proximidades del departamento de Patton. Han encontrado a cierto individuo que tiene una pequeña confitería, frente a la boca de incendios junto a la cual Doray estacionó su coche. Ese hombre recuerda la llegada del automóvil y también que de él bajaron un hombre y una mujer. La descripción del hombre coincide con la del doctor Doray y los datos de la mujer corresponden por completo al tipo de Marjorie Clune. El tal confitero es uno de esos pajarracos que se divierten mucho con las desgracias que les ocurren a otras personas. A estas horas ha visto ya muchos automovilistas que han dejado su coche frente a aquella boca de incendios y han sido multados por dicho motivo, y le encanta contemplar la cara que ponen cuando regresan a su vehículo y se encuentran el cartoncito colgando del volante o de la manivela de la puerta; eso le hizo fijarse más en Doray y Marjorie Clune.

—¿Se ha explicado la Policía, de algún modo, la misteriosa presencia de aquella porra? —preguntó Perry Mason.

—No, ése es un detalle que probablemente no influirá en este caso de un modo particular.

—¿Por qué no?

—Porque el crimen no fue cometido con ella. Ese artefacto no tiene más relación con el asesinato, que el bastón encontrado

encima de la mesa. Mejor dicho: aún es menos importante, porque el bastón pudo ser identificado como perteneciente a Patton, mientras nadie sabe a quién pertenecía aquella porra.

—En otras palabras —dijo el abogado—; esos señores de la Policía se figuran que el caso está resuelto, ¿no es así?

—Ni más ni menos.

—¿Y usted cree que yo voy a pagar los vidrios rotos?

—Yo me limito a avisarle —repuso Drake—. Me consta que usted se ha preocupado de lo relativo a la defensa de Marjorie Clune, y de ningún modo quisiera verlo metido en un lío como consecuencia de sus gestiones, que pueden hacerle reo de felonía y dar lugar a que lo procesen por intervención en el crimen.

—Ya que usted pisa ese terreno —replicó Perry Mason—, le voy a dar una pequeña lección, amigo Paul. Nadie puede hacerse reo de felonía, si ésta no existe por ninguna parte. Además, a nadie se le puede acusar de cómplice por el mero hecho de haber ayudado a una persona que no es culpable de nada. Si el acusado principal no resulta convicto, el cómplice deja de serlo, prescindiendo de lo que haya podido hacer.

—Así, pues, ¿considera usted inocente a Marjorie Clune? —preguntó Drake.

—Marjorie Clune es mi cliente —repuso el abogado, con grave dignidad—. Por lo tanto, ¿le puedo preguntar qué es lo que espera, amigo Paul?

—No entiendo lo que quiere decir.

—Usted se halla ahora en su oficina; está sentado junto a su teléfono, esperando algo. ¿Puedo preguntarle qué?

El detective replicó, sin disimular, en su tono de voz, que aquellas palabras le habían disgustado:

—Escúcheme, amigo Perry: ya le dije a usted que no aceptaría ningún asunto contrario a sus intereses. Así lo convine con Bradbury, y pensaba que usted estaba de acuerdo con este criterio. El encargo que esa muchacha me ha dado no se opone, de ningún modo, a que yo siga trabajando en el asunto que ustedes me proporcionaron. En realidad, a mí me parecía que ambas gestiones se ayudaban mutuamente. Mi nueva cliente asegura que Marjorie Clune es inocente, pero culpa a Doray del asesinato; dice que Marjorie Clune tratará, tal vez, de proteger a Doray, y...

—Ya me sé de memoria todo ese asunto —interrumpió Perry Mason—. Pero aún no me ha dicho usted qué es lo que espera.

—No se impaciente —repuso Paul Drake—, que ya estoy llegando a eso. Según mis noticias, procedentes de la Jefatura de Policía, los detectives se entrevistaron con Thelma Bell a primera hora de esta noche. Ellos no pensaban, en aquel momento, que esa muchacha estuviese complicada en el caso lo suficiente para garantizarles la ejecución de ciertas medidas preventivas. Me figuro que ya habrán cambiado bastante de opinión. Ahora creen que Thelma posee informes importantes y los oculta, pudiéndolos dar. Tengo entendido que van a detenerla, y estoy esperando escuchar los detalles de su declaración. ¿Tiene usted alguna objeción que hacer?

—Absolutamente ninguna, mi querido amigo —contestó el abogado—. Puede usted seguir esperando ahí mismo hasta que la Policía detenga a esa joven.

Y sonriendo silenciosamente, Perry Mason colgó el receptor en su horquilla.

Capítulo 12

El sol de la mañana caía de plano sobre las calles de la ciudad, cuando Perry Mason se incorporó en un canapé del establecimiento de los baños turcos. Sus ojos aparecían tranquilos y claros. Poco antes le habían afeitado, y en su rostro no quedaba el menor vestigio de fatiga.

Se dirigió a una de las cabinas telefónicas de la casa de baños y llamó a la oficina del detective Drake. Una telefonista contestó a su llamada.

—¿Está el señor Drake? —dijo el abogado.

—No —repuso la voz femenina—, el señor Drake salió hace cosa de media hora.

—¿Sabe usted dónde ha ido?

—Sí, se fue a su casa, para dormir un rato.

—Yo soy Mason —indicó el abogado—. ¿Puede usted decirme hasta qué hora se quedó anoche en su oficina?

—¡Oh, no se ha movido de aquí hasta hace una media hora! —exclamó la muchacha—. Ha estado aguardando una llamada telefónica. Esperaba recibir importantes informes.

—¿Y no los ha conseguido?

—No, señor; no se movió de su sillón en toda la noche, mas por fin ha decidido tomarse algún descanso. Me ha dejado el encargo de que lo llame en seguida si se presenta algún nuevo acontecimiento en el asunto Patton, ese trabajo que usted le ha encargado, ¿no es así?

—Yo y otros —replicó Mason con una sonrisa.

—¿Quiere usted llamarlo a su casa? Puedo darle el número del teléfono.

—No hace falta, pues ya lo tengo apuntado. Sólo quería saber si aún continuaba ahí. No tenía nada para comunicarle.

Y colgó el teléfono mientras por su rostro se extendía una amplia sonrisa; luego, regresó al cuarto donde había dejado sus ropas; se vistió y fue a recoger sus alhajas al despacho del establecimiento, aprovechando la ocasión para echar una mirada a su reloj. Eran las ocho y treinta y cinco de la mañana.

Volviendo a meterse en la cabina telefónica, marcó el número de su propia oficina. Las acostumbradas palabras de Della Street: «Buenos días, aquí la oficina de Perry Mason», sonaron en sus oídos de un modo vibrante, fresco y agradable.

—No mencione ningún nombre —empezó advirtiéndole el abogado—; habla usted con el alcalde de Pondunk. Quisiera tratar acerca de una emisión de bonos municipales para...

—¡Oh! —exclamó la joven secretaria—. ¡Cuánto me alegro de que haya usted llamado! —y se notaba una gran satisfacción en su voz.

—¿Hay algo de nuevo? —preguntó él.

—Un montón de noticias.

—¿Puede usted hablar con libertad?

—Sí, no hay nadie aquí en este momento, salvo el señor Bradbury, y a éste lo he puesto en la biblioteca.

—¿Cuáles son esas cosas que usted tiene que contarme? —inquirió Mason—. Tenga mucho cuidado en el modo cómo las explica por teléfono.

—Todas ellas se refieren a Bradbury —le dijo Della.

—¿Qué le ocurre?

—Quiere verle a usted y dice que necesita hablarle ahora mismo.

—Pero a mí no me interesa entrevistarme con él —repuso el abogado.

—No estoy yo tan segura de eso —replicó la joven—. Ese caballero ha sufrido una verdadera transformación. Recuerdo ahora cuanto usted dijo acerca de él, y me convenzo de que estaba en lo cierto. Es un hombre digno de ser tomado en consideración, y en este momento lo veo decidido a tener una conversación con usted. Dice que si no logra verlo antes de transcurrir una hora, pueden cambiar mucho las cosas con respecto a usted; me ha encargado de que, si usted me telefoneaba, no olvidase advertirle de esto. Me recomendó también le dijese a usted que él no está dispuesto a

consentir que se mantenga una puerta cerrada entre la mujer a quien él ama y la libertad de ella.

A estas palabras siguió un momento de silencio, durante el cual se fue arrugando la frente de Perry Mason, a consecuencia de sus pensamientos.

—¿Se da usted cuenta del significado de esas palabras? —le preguntó la secretaria.

—¡Ya lo creo! —exclamó el abogado—, pero lo mismo da que yo tenga ahora una explicación con ese pájaro, que más tarde. De todos modos, no conseguiré intimidarme con sus amenazas.

—Me parece —dijo Della— que tenemos por aquí cerca a unos detectives, vigilando nuestra oficina.

—Sí..., es muy posible —confirmó Mason—. Tratan de detenerme. Ahora le voy a decir, amiga mía, lo que debe usted hacer. Estoy a unas ocho manzanas de este despacho, en los baños turcos situados en la parte alta de la avenida. Coja usted a Bradbury y métanse los dos en un taxi. Denle al chófer la dirección de estos baños turcos. Yo les esperaré en el portal, donde pueden reunirse conmigo.

—¿Le parece seguro para mí el salir acompañada de Bradbury? ¿No cree usted que los detectives sospecharán algo al vernos juntos?

—No, no lo creo así —replicó él—; y además, necesito un testigo. Por consiguiente, lo mejor será que usted se meta un lápiz en el bolso, acompañado de un cuaderno de taquigrafía, para usar ambas cosas si se hacen necesarias. Me dispongo a llegar a un acuerdo con Bradbury, y eso va a ser ahora mismo.

—Muy bien, jefe —dijo la joven—. Estaremos ahí dentro de unos diez minutos, pero hágame el favor de ser prudente, señor Mason.

El abogado fruncía el ceño, pensativamente, mientras dejaba caer el receptor en su sitio. Abandonó los baños turcos y ascendió un tramo de escaleras, encontrándose acariciado por los cálidos rayos solares de la espléndida mañana. Sin salir del resguardado rincón que formaba la bajada desde la acera a la casa de baños, se entretuvo en contemplar a los apresurados transeúntes que se dirigían a los grandes edificios de oficinas situados en la sección comercial de la ciudad.

Sus ojos escudriñaron los rostros que desfilaban ante él con el aguzado y rápido interés del hombre que ha aprendido a juzgar los

caracteres ya al primer vistazo y cuyo interés por la naturaleza humana está lo suficientemente despierto para saber leer las historias escritas en las calles de una ciudad.

De cuando en cuando, alguna joven y atractiva mujer, sintiendo sobre ella el impacto de su mirada, volvía la cabeza para devolvérsela de un modo furtivo o descarado, buscando aquellos penetrantes e investigadores ojos. En determinadas ocasiones, había también hombres que se daban cuenta de que eran observados por Mason, y fruncían el ceño, no sin cierto enfado, o se encaraban con él de un modo que le demostrase claramente su convencimiento de haber sorprendido a un detective trabajando.

Llevaría el abogado cinco minutos, tal vez, en aquella inmovilidad, cuando se acercó una joven rubia, que caminaba con gran premura calle abajo. La muchacha, intuitivamente, sintió los ojos de Mason fijos sobre ella y esta sensación le obligó a levantar los suyos. De repente, su rostro se animó con una sonrisa. El abogado se quitó el sombrero.

Era la joven encargada del despacho de cigarros en el vestíbulo del edificio de su oficina.

—¿Qué hace usted ahí, tan pensativo, señor Mason? —le preguntó la joven, dirigiéndose hacia él.

—Tratando de encontrar una contestación a esta pregunta: ¿por qué va usted tan de prisa?

—Es una vieja costumbre.

—¿Sería usted capaz de hacerme un favor, mamita?

—¡Naturalmente!

—Pues olvídense de que me ha visto aquí, si alguien se lo pregunta.

—¿Huye usted de algún cliente o de la Policía? —quiso saber ella.

—De ambos —le repuso el abogado, haciendo una significativa mueca.

—No seré yo quien le censure a usted por evadir un encuentro con su nuevo cliente —dijo la joven.

Mason la contempló con cierta curiosidad.

—¿A cuál se refiere usted?

—A uno que siempre lleva el traje, la corbata, la camisa, los calcetines..., todo del mismo color castaño y haciendo juego una

cosa con la otra.

—¿Quiere usted decir Bradbury?

—Sí, ése que compró aquellos cigarros que usted no fuma. Gracias por el negocio, señor Mason. Yo ya sabía que usted no los iba a fumar.

Él se rió.

—Tenemos la obligación de no permitir que el dinero de los forasteros se pierda para nuestra ciudad, ¿no le parece? Y dígame: ¿ha ocurrido algo malo entre usted y Bradbury?

—¡Oh, nada! —exclamó la joven—. Sólo que a mí me parece un tonto de pueblo.

—¿De dónde saca usted esa impresión?

—¡Bah, de las cosas que hace! Cada vez que entra en el edificio se para a charlar un rato conmigo, ¡y me trata con una intimidad...!

—¿Se refiere usted a lo que dice?

—¡Oh, no! ¡Si no habla casi nada! Es su tono de voz y la manera de mirar lo que me parece demasiado íntimo. Una muchacha puede decir siempre si un hombre se interesa o no personalmente por ella.

El abogado paseó su mirada por la esbelta figura de la joven, con cierto aire de aprobación.

—Me parece que usted no puede criticarle por eso —afirmó.

Ella se sonrió de un modo franco y le dijo:

—No me haga sonrojar, señor Mason. Ciertamente, no me disgusta el que me miren. Eso lisonjea mi vanidad y me proporciona bastantes ventas. Pero lo que no me agrada es la asiduidad de algunos moscardones de mostrador, siempre dispuestos a darle la lata a una, dejando allí grandes paquetes para que se le guarden y creyendo que con el escaso beneficio de una revista de cinco centavos pagan sobradamente el favor y la molestia.

En aquel momento, un taxi se acercó al borde de la acera.

—No se olvide de lo que le dije, mamita —le advirtió nuevamente Perry Mason, mientras se despedía, quitándose el sombrero, y se dirigía hacia el auto.

—¡Dios mío! —exclamó la rubita—, ¡esta mañana ha estrenado un nuevo terno! Se nos ha vestido de gris..., ¡fíjese qué cara de tonto pone! ¡A ver si pensará que venimos de una juerga!

El abogado no concedió la menor atención al comentario. Sus ojos estaban clavados en Bradbury, conforme se acercaba a la

portezuela del taxi. Al llegar junto al vehículo, la abrió de un tirón y se metió dentro, gritándole al chófer:

—Siga a lo largo de esta calle, amigo, hasta que llegue a una travesía donde no haya demasiado tráfico. Entonces, métase en ella y estacione el coche en cuanto vea un sitio vacío.

Y después de dedicar una sonrisa a Della Street, hizo frente a la hosca mirada de Bradbury.

—¡Hay que ver lo insistente que se pone usted! —le dijo.

Los ojos de Bradbury permanecían invariablemente enfocados sobre los suyos.

—Soy un luchador infatigable, señor Mason —hizo constar, sin la menor crudeza en su tono.

El abogado estudió aquellos ojos grises y fríos, contempló el enérgico ángulo facial de su cliente y hubo de hacer un gesto de asentimiento. Sacando, después, de su americana un paquete de cigarrillos, ofreció uno a Della Street. Bradbury rechazó otro con un movimiento de cabeza y rebuscó en los bolsillos de su chaleco un cigarro puro; entonces, mientras Mason se ponía en la boca uno de los cigarrillos, Bradbury encendió una cerilla, rascándola a lo largo de la suela del zapato. El jurisconsulto encendió otra, y ambos ofrecieron fuego a Della Street; ésta agradeció con un guiño de sus ojos la que le presentaba Bradbury, aceptando la de su jefe. El primero arrugó la frente, mientras desviaba la cerilla hasta su cigarro. Perry Mason encendió después su cigarrillo y le dijo a Bradbury:

—Bueno, ¿qué diablos le ocurre ahora? Tengo entendido que usted iba a hacer no sé qué cosas si no lograba verme.

—Ya he hecho alguna —replicó el interpelado, remarcando las palabras con lentitud—. A mí me parece que tengo derecho a conferenciar con mi abogado, cuando antes lo he contratado mediante una buena remuneración.

—No discutamos ese punto —dijo Mason—. Al fin y al cabo, ahora ya ha conseguido usted entrevistarse conmigo. ¿Se puede saber lo que quiere?

—Le pido a usted que se encargue de defender al doctor Robert Doray contra la acusación de haber asesinado a Frank Patton.

—Yo creía que usted deseaba emplearme en la defensa de Marjorie Clune.

—Y lo sigo deseando. Pero también quiero que defienda al doctor Doray.

—¿Cree usted que ambos serán procesados?

—Por lo pronto, se les acusa formalmente a los dos de haber intervenido en el asesinato —contestó Bradbury—. Esta mañana me llegó la noticia, se ha extendido una acusación en regla contra ellos y se ha dictado el correspondiente auto de procesamiento y prisión.

—¿Quiere usted concretarme de un modo preciso lo que desea que yo haga? —preguntó el abogado.

—Necesito que defienda al doctor Robert Doray —dijo Bradbury, en claras y cortantes palabras—. Procure que lo absuelvan.

—No será muy fácil conseguir la absolución de los dos —indicó Perry Mason, muy despacio, con la mirada fija en las espirales de humo que se desprendían de su cigarrillo—. Si ambos han sido acusados de asesinato conjuntamente, debe de ser por razones éticas. Yo no puedo encargarme de la defensa de él y de ella. En otras palabras, es posible que Doray intente desviar toda culpabilidad sobre Marjorie Clune, del mismo modo que a ésta se le puede ocurrir echarla sobre Doray.

—No sea tan técnico, señor letrado —comentó Bradbury—. Desde luego, la situación es crítica, debemos hacer algo y hacerlo inmediatamente. Me hace falta ver absuelto al doctor Doray. Usted sabe, tan bien como yo, que aquí no se va a discutir ningún conflicto de intereses. Si existe alguna posibilidad de que se desarrolle un conflicto, será cuando cada uno de ellos intente tomar a su cargo toda la responsabilidad del crimen, con el fin de escudar al otro. He aquí una cosa contra la cual quiero estar prevenido. Y por eso deseo que usted los defienda a ambos: para evitar que tal cosa ocurra.

—Bien —dijo el abogado, con calmoso acento—; discutiremos un poco acerca de estos detalles éticos, cuando llegue el momento oportuno. Según tengo entendido, aún no han detenido a ninguno de los dos.

—Así es, en efecto.

—¿Sabe usted hasta dónde ha llegado la Policía en sus investigaciones relativas a este caso?

—Han conseguido reunir algunas pruebas formidables —repuso

Bradbury—, muy comprometedoras para el doctor Doray. Dudo de que hayan logrado encontrar otras similares contra Marjorie Clune.

—Y usted quiere que yo consiga la absolución de Doray, ¿verdad?

—Sí, usted debe procurar que Doray quede en libertad.

—Suponga que se haga necesario emplear distintos abogados defensores para cada uno de los acusados —dijo Perry Mason, entornando los ojos y mirando a Bradbury con tan aguda concentración, que sus profundas pupilas parecían brillar con destellos acerados—. En tal caso, ¿a quién quiere usted que yo defienda?

—No creo que eso llegue a ser necesario —contestó Bradbury— y, por consiguiente, no necesito discutir ese punto. Sólo insistiré en que usted debe encargarse de la defensa de ambos, señor abogado, y en que, como parte de su trabajo, ponga en claro la cuestión de la puerta.

Los ojos de Perry Mason se cerraron aún más, hasta que los párpados parecieron formar una sola línea.

—¿Qué cuestión es ésta y de qué puerta se trata? —preguntó, interesado.

—Me refiero a lo de aparecer cerrada con llave la puerta del departamento de Patton —repuso Bradbury—. Hay algunas cosas en las cuales no necesito insistir más, señor Mason. No me tenga por tan loco. Aprecio de verdad lo que usted ha hecho. Reconozco que lo hizo con las mejores intenciones y en interés de todos los que podían resultar comprometidos, tal como usted interpretaba este interés en aquella ocasión. Sin embargo, estimo que la Policía será capaz de probar que Marjorie Clune estuvo en el departamento hacia la hora del asesinato. Si la puerta de la vivienda de Patton no tenía echada la llave, Marjorie pudo muy bien entrar allí, descubrir el cadáver y huir empujada por el pánico... sin ser culpable de otro crimen que el de haber dejado de dar cuenta a la Policía de lo que allí dentro viera. Por el contrario, si la puerta del cuarto estaba cerrada con llave, ello significaría que Marjorie Clune disponía de otra llave. También significaría que la joven debería de haber tenido el suficiente dominio de sus facultades mentales para entretenerse a volver a cerrar, una vez que salió de aquellas habitaciones. Tal hipótesis no resultará muy favorable para

Marjorie, no ayudará mucho su causa y no dirá nada bueno en cuanto a su carácter.

—Pero supongamos ahora que Marjorie Clune haya estado, efectivamente, en el cuarto de baño y que allí lanzase gritos histéricos. Supongamos también que alguien oyera sus chillidos y, penetrando sigilosamente en el departamento, matase a Frank Patton...

—Entonces —comentó Bradbury, con decisión y en un tono de voz demostrativo de que había estudiado cuidadosamente esta fase de la situación—, Marjorie Clune seguiría siendo la última que salió del cuarto, a menos que se hubiese escapado mientras el asesino estaba dentro. El haber encontrado un cadáver y no dar la voz de alarma, puede ser, acaso, una violación de alguna ley. Mas el haber hallado allí a un asesino enfrascado en la comisión de su crimen, con las manos en la masa, por así decirlo, ayudándole entonces a escapar, podría dar lugar a que la acusaran de complicidad. Y yo no quiero que ella figure como cómplice. En resumen, señor letrado, que la cuestión de esa puerta cerrada con llave está adquiriendo cada vez más importancia.

Della Street se movía en su asiento, sin encontrar una postura cómoda.

Mientras tanto, el taxi se había metido por una calle lateral, recorriendo dos o tres manzanas y a la sazón se estaba parando junto a la acera.

—¿Le parece bien aquí? —preguntó el conductor.

—¡Magnífico! —dijo Perry Mason.

Su voz tenía cierto deje monótono, como si hablase entre sueños. Sus ojos continuaban estudiando a Bradbury con hipnótica fijeza.

Luego, con la misma lentitud, sin alterar aquella monotonía inexpresiva, le dijo a Bradbury.

—Pongámonos bien de acuerdo. ¿Usted quiere que yo me encargue de la defensa de Marjorie Clune y de la de Doray?

—Sí, señor.

—Me habrá de pagar por esta nueva gestión.

—Desde luego.

—Y, por otra parte, usted insiste en que he de conseguir la absolución de ambos.

—Sí, señor —confirmó Bradbury—, insisto en la necesidad de una completa absolución. En las circunstancias actuales, señor letrado, estimo que puedo exigirle ese final. Si no se logra una franca absolución, me veré obligado a realizar una completa revelación de ciertos hechos que no creo necesario mencionar en este momento, pero los cuales demuestran de un modo decisivo, a mi juicio, que la puerta fue cerrada con llave algún tiempo después de que Marjorie Clune y el asesino hubieron salido del departamento donde se cometió el crimen.

—Eso parece un ultimátum —dijo el abogado.

—Si quiere usted llamarlo así, por mí no hay inconveniente: es un ultimátum. No quiero ser demasiado duro, señor letrado. No necesito hacerle ver a usted que le estoy poniendo en un aprieto; pero me propongo conseguir una franca absolución favorable para Marjorie Clune. Ya hemos discutido bastante este punto en ocasiones anteriores.

—¿Y en cuanto a Bob Doray...?

—Espero la absolución del doctor Robert Doray.

—Usted no se da cuenta de que, prácticamente, todos los detalles de este caso señalan, de un modo infalible, la culpabilidad del doctor Doray —indicó Mason, recalcando sus palabras.

—¡Sí que me doy cuenta! —exclamó Bradbury—. ¿Por quién me ha tomado usted..., por un tonto?

—No, señor; ni mucho menos —repuso el abogado, en un respetuoso tono—. Sólo hacía constar que usted me ha encomendado una tarea bastante difícil.

Bradbury sacó una cartera de su bolsillo.

—Ahora que ya hemos discutido esta fase de la situación —dijo —, no tengo inconveniente alguno en admitir que, en efecto, se trata de una gestión laboriosa, y deseo vivamente demostrar que estoy dispuesto a pagarle bien. Ya le he dado a usted un anticipo de mil dólares. Y en este momento hago a su secretaria un pago adicional de cuatro mil dólares. Espero darle a usted mayor compensación cuando el jurado dicte un veredicto de inculpabilidad.

Con el sereno dominio de un banquero, Bradbury contó cuatro mil dólares en billetes, entregándoselos a Della Street.

La joven, indecisa, dirigió a su jefe una mirada interrogadora.

Perry Mason le hizo un gesto de asentimiento, y luego dijo:

—Bien, veo que nos hemos entendido perfectamente, lo cual resulta siempre satisfactorio. Ahora deseo manifestarle una cosa, amigo Bradbury: yo me esforzaré por defender como es debido a Marjorie Clune y al doctor Doray; haré todo lo posible para alcanzar un veredicto favorable. Sin embargo, quiero llamar su atención hacia lo mismo que me decía hace un momento: usted aseguraba que es un luchador. Pues bien, yo también lo soy. Usted lucha por sí mismo. Yo lo hago por mis clientes. Y cuando yo empiece a combatir por Marjorie Clune y por el doctor Doray, le garantizo que pegaré fuerte. A mí no me gusta hacer las cosas a medias.

El rostro de Bradbury no cambió de expresión ni en él hizo el menor movimiento un solo músculo.

—No me importa un comino lo que usted haga —dijo—, ni los procedimientos que emplee. Lo único que me interesa es el estar seguro por completo de que esas dos personas serán absueltas.

En aquel momento, Della Street rompió a hablar con vehemencia.

—No quiero seguir permaneciendo indiferente ante cosas a las que hace referencia, señor Bradbury —le gritó, en un arranque inesperado—. Estoy pensando de usted que es el hombre más dañino que he conocido. Usted tiene la culpa de que el señor Mason se saliera de su camino, en su noble afán de proteger a la persona a quien usted le ha encargado que defienda. Y así hizo cosas que...

—Tranquílese, Della —le advirtió Perry Mason.

La joven observó una mirada de su jefe que la hizo callarse en el acto.

—Ya veo —repuso Bradbury— que su secretaria está muy bien enterada de nuestro asunto.

—Usted no ve nada, aunque se lo figure —replicó Mason, en áspero tono—. Y voy a aprovechar ahora la ocasión de decirle, señor Bradbury, que será mucho mejor, para usted mismo y para sus clientes, que procure no meter sus dedos en el pastel. Ya nos comprendemos..., ¿verdad?, y con esto habrá bastante.

—Sí, basta con lo dicho —añadió Bradbury.

—Por otra parte —concluyó el abogado—, deseo que cesen esas encubiertas amenazas dirigidas a mi secretaria. Procure no volver a intimidarla para que le prepare ninguna nueva entrevista conmigo.

—No pienso solicitar una sola entrevista más con usted —dijo Bradbury—. Ahora ya le he dado mi ultimátum, y seguiré sosteniéndolo, pero conste que le hago a usted absolutamente responsable de los resultados finales.

Della Street abrió la boca para decir algo, mas con una rápida inspiración pareció tragarse las palabras que estaba a punto de pronunciar, pues había visto la adusta cara de Perry Mason, y esto la dejó más silenciosa que una estatua.

El abogado se volvió hacia Bradbury y le dijo:

—Muy bien; estamos de acuerdo. Voy a bajar aquí. Usted puede acompañar otra vez a Della Street hasta mi oficina. Y pague allí el taxi.

Bradbury asintió.

—No se olvide de darle un recibo por el nuevo anticipo —advirtió Mason a su secretaria.

—Creo innecesario añadir que el tiempo tiene un enorme valor en nuestro caso —observó Bradbury—. La Policía está acumulando pruebas peligrosas contra el doctor Doray.

—¿Sabía usted que lo han identificado ya como comprador del cuchillo? —le preguntó Perry Mason.

El rostro de Bradbury reflejó su sorpresa y consternación.

—¿Quiere usted decir que han podido probar que él fue quien adquirió el cuchillo con el cual mataron a Patton?

—Sí, señor.

—¡Dios mío! —exclamó Bradbury, desplomándose hacia atrás en los almohadones del taxi, mientras contemplaba al abogado con ojos despavoridos y combando los labios de su entreabierta boca.

—¿Y sabía usted también que han logrado comprobar que el automóvil del doctor estuvo parado en las inmediaciones del lugar del crimen y mientras éste se cometía? —le preguntó Mason.

—Sí, ya lo sabía. Por eso pensé que la acusación contra Doray era bastante comprometedor para él. Pero esa otra prueba... ¡Dios mío!, es decisiva, ¿no le parece?

El abogado contestó con un ligero encogimiento de hombros.

—¿Puedo preguntarle —le dijo— por qué se muestra usted de repente tan ansioso de conseguir la absolución del doctor Doray?

—Eso es cuenta mía —repuso Bradbury.

—Porque yo tenía entendido que el doctor Doray era su rival en

cuanto al afecto de miss Clune, y en ese caso no me explico que usted sienta la menor amistad hacia él... es decir, ese entrañable cariño que ahora demuestra tenerle.

—Mis sentimientos hacia el doctor Doray no tienen la menor relación con este proceso —hizo constar Bradbury, en un tono de voz que, indudablemente, reflejaba la intención de un reproche—. Usted es abogado. Su negocio consiste en defender a las personas acusadas de algún crimen, procurando resulten absueltas. Yo le he dicho a usted que espero obtenga la completa absolución del doctor Doray, así como la de Margy. Si no se logra un veredicto de inculpabilidad, a causa de las pruebas recogidas por la policía, me propongo emprender otro camino, con la ayuda de un nuevo jurisconsulto, para intentar que ciertos hechos reales llamen la atención del Tribunal y se consiga una nueva vista.

—Esos hechos, si no comprendo mal, son los referentes a la puerta cerrada, ¿no es así?

—Exactamente.

—Bien, es usted bastante explícito —comentó Mason.

Y después el abogado hizo una mueca tranquilizadora a Della Street.

—No se preocupe, muchacha —le dijo—. Me he visto en casos mucho peores que éste.

—Pero —replicó ella, calurosamente—, ¿cómo puede este señor...?

Mason frunció el ceño, agitando su cabeza con bruscos movimientos negativos.

—Mi querida Della, el tiempo es delicioso.

—¡Ah! ¿Sí? —preguntó la joven.

—Sí, señorita —repuso el abogado—, y cuando usted quiera discutir algún asunto con el señor Bradbury, yo prefiero que hablen del tiempo. En él encontrarán siempre un absorbente motivo de contestación. Bien utilizado, es inagotable. Le agradeceré que haga todo lo posible para que el señor Bradbury no se salga de él.

—Pierda cuidado —replicó Bradbury, mientras sus labios se contraían en una repentina y franca sonrisa—. Yo sólo lucho con luchadores, señor Mason. No me meto con las mujeres. En este caso no pude contenerme al observar que su secretaria estaba enterada del asunto tratado por mí y de los puntos a que yo aludía. Esto

parece indicar que...

Perry Mason le interrumpió con firme e insistente tono:

—El tiempo, señor Bradbury, es encantador para esta época del año. Hace un calor extraordinario.

Bradbury asintió con inclinaciones de cabeza, añadiendo:

—Y, como antes iba a decir, no trataré de tomar ventajas sobre usted aprovechándome de cualquier cosa que la señorita Street pueda decir o hacer.

El abogado abrió la puerta del taxi, saltó a la acera y levantó la cabeza, lanzando una investigadora mirada al despejado cielo. Después se quitó el sombrero.

—No me extrañaría —dijo— que viniesen nubes esta tarde.

Bradbury iba a decir algo, pero el golpazo de la puerta del taxi cortó sus palabras, y Perry Mason pudo escapar calle abajo retrocediendo hacia la avenida.

Capítulo 13

Perry Mason tomó un taxi, haciéndose conducir al aeropuerto. En diez minutos escasos la joven encargada del despacho de informaciones le puso en relación con un aviador que se dedicaba a alquilar por horas un rápido avión de cabina cerrada. El abogado midió a aquel hombre con una mirada que terminó reflejando su aprobación. Luego, sacándose la cartera del bolsillo, tomó de ella varios billetes de Banco nuevos y tersos, entregándoselos al piloto.

—¿Está usted dispuesto para partir ahora mismo?

—Sólo se requiere unos pocos minutos para calentar el motor —le dijo el aviador—. Todo lo demás está listo... es decir, tengo el tanque lleno de gasolina y los mecanismos bien repasados.

—Pues vamos —replicó Perry Mason.

El piloto sonrió.

—Todavía no me ha dicho usted a dónde quiere ir —indicó.

—Ya se lo diré a usted mientras calienta el motor.

Y ambos emprendieron la marcha a lo largo del ancho paso cementado. Un pequeño aeroplano de chata cabina cerrada relucía al sol.

—Ése es mi aparato —dijo el aviador.

Perry Mason lo contempló, observando todos sus detalles, mientras dos mecánicos lo sacaban al centro del campo y calzaban las ruedas con grandes bloques, poniendo en marcha el motor para que se calentase.

—Un avión correo ha salido de aquí hacia medianoche —explicó el abogado—. Quiero seguir a ese aeroplano postal.

El piloto se le quedó mirando.

—¡Jamás lo alcanzaremos! ¡Caramba!, ya debe estar lo menos en...

—No necesito alcanzarlo. Sólo he hablado de seguirlo. ¿Dónde

hace la primera parada?

—En Summerville.

—¿Cuánto tiempo empleamos para llegar allí?

—Alrededor de una hora.

—Pues ésa será nuestra primera escala —dijo Perry Mason—. Tal vez no tengamos que ir más allá, aunque también es posible que hayamos de seguir.

El aviador abrió la puerta de la pequeña cabina.

—Ya puede entrar y sentarse —le indicó a su pasajero—. ¿Ha volado usted alguna vez?

El abogado contestó que sí con la cabeza.

—Pues no se preocupe por las bolsas de aire —le dijo el piloto—. No encierran el menor peligro, aunque los novatos se asustan mucho con ellas.

Y mientras Mason se acomodaba en su asiento, dio un último paseo circular, inspeccionando su aeroplano; luego, subió y se sentó ante los mandos, cerró la puerta de la cabina, corrió los pestillos de seguridad y les hizo una seña con la mano a sus mecánicos. Estos últimos retiraron los bloques de madera. El piloto abrió la llave del gas y el aeroplano aumentó su rugido, poniéndose en marcha.

Durante toda la hora siguiente, Perry Mason permaneció sentado sin apenas moverse, mientras sus ojos contemplaban el panorama con mismo interés abstracto y especulativo con que a veces miraba a las volutas de humo que ascendían desde su cigarrillo.

El aviador se atrevió a lanzar durante el viaje, disimuladamente, una o dos confundidas ojeadas a su preocupado pasajero, pero no se decidió a decirle nada hasta que volaron sobre Summerville. Entonces le indicó:

—Esa población de ahí abajo es Summerville.

Perry Mason miró hacia el aeropuerto sin demostrar gran interés, limitándose a corresponder con una ligera inclinación de cabeza a la advertencia del piloto.

Este último inclinó su aparato hacia delante, y pronto fueron perdiendo altura. Cuando las ruedas rebotaban ya sobre el terreno, Mason le gritó al aviador:

—¡No se pare demasiado cerca del hangar!

El piloto cortó por completo el paso del gas, con lo que su aeroplano se detuvo tras un corto recorrido. Dos empleados se

acercaron a ellos, corriendo por la dura pista de tierra apisonada que servía de acceso al campo.

El abogado descendió del avión, avanzó a grandes pasos al encuentro de aquellos nombres, los contempló con una rápida mirada y, de repente, les dijo:

—¿Estaba alguno de ustedes de servicio cuando llegó el aeroplano del correo..., ese que pasa por aquí hacia la una?

—Yo, sí —contestó el más alto de los dos.

Mason se apartó con él hacia un lado y, bajando la voz, le explicó:

—Estoy buscando a una joven que iba de pasajera en ese aeroplano. Tiene poco más de veinte años, unos ojos muy azules, es esbelta, bien formada y...

—En el avión correo no iba ninguna muchacha —interrumpió aquel individuo, de un modo positivo—. Sólo viajaban en él dos hombres. Uno de ellos descendió aquí y el otro continuó el viaje.

Perry Mason contempló al empleado, mientras surcaban su frente varias arrugas. Sus ojos reflejaban un destello tan duro, que obligaron al mecánico a desviar momentáneamente la mirada de los suyos.

—¿Podría usted describirme con algún detalle a esos dos pasajeros? —le preguntó.

—Uno de ellos era un señor grueso y calvo. Representaba unos cincuenta años, me parece a mí, y era un poco jorobado. Tenía ojos de pez, y no recuerdo muchos detalles de él. Continuó su viaje en el mismo avión. El otro que bajó era joven y llevaba un traje de sarga azul. Su cabello era oscuro, y los ojos negros. Me preguntó si antes de amanecer había de parar aquí algún otro aeroplano, y yo le dije que no. Al oír mi respuesta, se quedó algo indeciso, y entonces quiso saber por dónde podría llegarse al Hotel River View.

Los ojos del abogado, apartándose del mecánico, se enfocaron a lo lejos. Durante unos pocos segundos permaneció absorto en profunda meditación. Luego, sacando un billete de cinco dólares de su bolsillo, se lo dio a aquel hombre, a la par que le decía:

—Estaba pensando si usted podría proporcionarme un taxi —dijo Mason.

—Siga por este camino y encontrará uno —repuso el mecánico. Mason se volvió hacia el aviador.

—No guarde su aeroplano —le indicó—; consérvelo preparado para partir de aquí sin pérdida de tiempo.

—¿En qué dirección saldremos? —quiso saber el piloto.

—No lo sé —le contestó su pasajero—. Espere hasta que yo regrese, y entonces se lo diré.

Mason siguió al mecánico, quien lo condujo hasta el punto donde se hallaba estacionado el taxi.

—Hotel River View —le ordenó el abogado al chófer.

Durante el recorrido, Perry Mason cambió apenas de postura. Muy echado hacia atrás sobre el tapizado respaldo, sus ojos en actitud paciente y tranquila, sin ver lo que miraban, no concediendo la menor atención a los edificios que desfilaban a gran velocidad por las ventanillas de ambos lados del coche. Cuando el vehículo se detuvo frente al Hotel River View, Mason pagó la carrera, penetró en el vestíbulo y se acercó al conserje.

—Me encuentro en un pequeño apuro —le dijo al empleado—. Tenía que reunirme aquí con un caballero, para celebrar una entrevista relativa a varios negocios. Este señor ha llegado de la capital en un aeroplano que hace escala aquí a la una y veinte de la madrugada. Nunca he tenido muy buena memoria para recordar nombres, y por añadidura, se me ha olvidado traer la correspondencia concerniente al asunto. El encargado del registro podría tal vez orientarme un poco, y por eso me dirijo a usted, a ver si tiene la bondad de ayudarme a salir del apuro.

El conserje, complaciente, abrió y consultó el libro de entradas.

—Me parece que ya lo tengo —le dijo—. Hacia la una y media hemos alquilado una habitación a un señor llamado Charles B. Duncan.

—¿Me puede indicar el número de esa habitación?

—Sí, señor —repuso el conserje, sonriendo—, se trata de..., del juego de habitaciones que solemos dar a las parejas de novios cuando vienen de viaje de bodas: es la *suite* número 601.

A Perry Mason no le debió de hacer ninguna gracia aquella coincidencia, porque se le quedó mirando durante uno o dos segundos, de un modo tan firme como serio; sus tranquilos y pacientes ojos parecían lanzar dardos a los del hombre que le estaba atendiendo desde detrás del mostrador.

—¡Maldita casualidad! —dijo, por fin, y se encaminó hacia el

ascensor.

Después de desembarcar en el sexto piso preguntó por la situación de la *suite* 601, lanzándose como un huracán a lo largo del pasillo que le indicaron; una vez ante la puerta buscada, iba ya a descargar en ella imperativos golpes, cuando repentinamente detuvo su mano, pronta a caer ya sobre los plafones. Cambiando de idea, abrió el apretado puño y tamborileó con las yemas de sus dedos, de un modo dulce y apacible, sobre las tablas de la cerrada puerta, haciendo un ruidito muy parecido a la tímida llamada que hubiese empleado una mujer.

En el interior sonaron unos rápidos pasos que se acercaban a la entrada. Oyóse el descorrer de un pestillo, la puerta giró sobre sus bisagras, y el abogado se encontró frente a las ansiosas pupilas del doctor Doray.

Aquel rostro recorrió en un instante toda una gama de expresiones: desilusión, miedo, ira...

Perry Mason se introdujo en la habitación y dio un empujón a la puerta, cerrándola de nuevo.

Doray retrocedió dos o tres pasos, sin apartar su mirada del rostro del visitante.

—Conque en unas habitaciones nupciales, ¿eh? —preguntó el abogado.

El doctor Doray se desplomó bruscamente en el borde de la cama, como si las rodillas se le hubiesen negado a seguir aguantando su peso.

—Bien..., usted dirá —añadió Perry Mason.

Pero aquel hombre, caído sobre el lecho, no dijo nada.

El tono del abogado se llenó de impaciencia al insistir:

—¡Ea..., emiece a hablar!

—¿De qué quiere que hable? —preguntó el doctor Doray.

—Necesito conocer toda la historia de lo ocurrido —repuso Mason.

El pobre doctor lanzó un profundo suspiro, contemplando, sin cesar, al abogado.

—No tengo ninguna historia que contar —dijo.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —inquirió Mason.

—Pues esconderme. Ya me figuré que la cosas se estaban poniendo muy en contra mía. Recibí su aviso, y por eso me vine a

esta población.

—¿De qué aviso habla usted?

—Del mensaje que su secretaria me dio, recomendándome que huyera y me ocultase en alguna parte.

—Claro... —añadió Perry Mason, sarcásticamente—, y entonces el señor tomó el aeroplano de medianoche, se escapó de la metrópoli volando como un pajarito, cayó en este pueblo y alquiló las habitaciones nupciales.

Doray confirmó, con cierta obstinación:

—Exacto. Me dieron esta serie de habitaciones.

—¿Y por qué no ha venido Marjorie Clune con usted? —preguntó el letrado.

Al oír tales palabras, Doray saltó desde el borde del lecho.

—¡Usted no debe hablar así! —exclamó—. ¡Eso es un insulto para Marjorie... y ella no es de esa clase de muchachas! La considero incapaz de pensar semejante cosa.

—¡Oh! —replicó Perry Mason—. ¿Pero no se iban a casar ustedes? En este caso, ¿tendría algo de particular mi pregunta? Yo pensé que acaso habían decidido celebrar su boda y pasar aquí la luna de miel.

El doctor se sonrojó.

—Ya le he dicho a usted que no sé nada acerca de Marjorie Clune. Me trasladé aquí porque pensé que las cosas se complicaban demasiado en contra mía. Pero de ningún modo va a reunirse conmigo.

—Sin embargo —replicó el abogado, hablando muy despacio—, cuando he llamado a la puerta, he golpeado con las yemas de los dedos, para producir la misma clase de ruido que una mujer hubiese hecho si estaba muy segura de quién se hallaba al otro lado. Usted se precipitó a abrir, con una franca expresión de vehemencia en su rostro, y al verme se ha quedado como si alguien le hubiese golpeado la cara con una toalla mojada.

—Su imprevista aparición ha sido una gran sorpresa para mí —dijo el doctor—. No me podía imaginar que nadie conociese mi escondite.

Perry Mason encajó ambos pulgares en las aberturas de su chaleco, avanzó un poco la cabeza hacia delante y se puso a dar paseos por la habitación.

—Le aseguro —empezó a decir el señor Doray— que se equivoca. Tiene usted una idea muy errónea de...

—Cállese —le interrumpió el abogado, pronunciando las sílabas lentamente y sin emoción alguna—. Déjeme pensar. Cuando reflexiono no me gusta estar distraído.

Y siguió paseando en silencio, durante más de tres minutos; luego, de repente, se encaró con el doctor Doray. Continuaba con sus pulgares metidos en las aberturas del chaleco, la cabeza hacia delante y sobresaliéndole mucho la mandíbula inferior.

—He sido un tonto al haber venido aquí —dijo.

—¿De veras? —preguntó Doray, alarmado.

Mason asintió con un gesto.

—Sí, ya estoy demasiado metido en este maldito asunto. Pero vine aquí, en primer lugar, porque pensé encontrar en este pueblo a Marjorie Clune. Deseaba proporcionarle una buena coartada... ¡pues bien sabe Dios que le va a hacer mucha falta! ¿Por qué no salió con usted en el avión de medianoche?

—Le repito que no sé nada de esa joven. Ni la he visto, ni he hablado con ella.

El abogado dio dos o tres sacudidas de cabeza, dejándose casi invadir por la tristeza.

—Vamos a ver si razonamos un poco —dijo—. Ninguno de sus amigos ha oído hablar de ella. Usted se dejó dominar por la alarma. A Bradbury le ha pasado otro tanto. Ambos están enamorados de ella. Bradbury tiene mucho dinero, pero es más viejo. Usted, en cambio, se ha dedicado a la práctica de su profesión de dentista, por espacio de un par de años, en los cuales no ha podido ahorrar mucho. Tenía que pagar una buena colección de instrumentos y herramientas de su equipo y había de ir acumulando práctica. Pidió cuánto dinero prestado pudo conseguir y se fue a la capital, en busca de Marjorie. También le interesaba hacer caer a Patton en las garras de la justicia.

»Así las cosas, llegó usted en su automóvil, procedente de Cloverdale. Hay que hacer constar que se trata de un coche característico, poco vulgar. Ya en la metrópoli, se puso usted en relación con Marjorie Clune, ignoro cómo. Por ella se enteró del lugar donde Patton residía, mas aún no lo conocía usted cuando me vino a ver. Por consiguiente debe de haberse entrevistado con ella

después de su visita a mi oficina. Usted no tenía ningún otro medio de conseguir la dirección de Patton, si no era por conducto de esa muchacha. No le sobraba bastante dinero para contratar los servicios de un detective. Marjorie Clune tenía una cita convenida con Patton. El automóvil de usted se estaciona frente a una boca de incendios, siendo multado por dicha causa. Por lo tanto, equivale a tener ya el dinero en el bolsillo el apostar que usted condujo a Marjorie en su coche cuando ella acudió a la cita con Patton.

»Después, Patton aparece asesinado. El arma empleada es un cuchillo. La Policía sigue la pista de este cuchillo y logran encontrar la tienda de ferretería donde fue adquirido. El vendedor le identifica a usted por medio de una fotografía, asegurando que se trata de la misma persona que le compró el cuchillo.

El rostro de Doray palideció repentinamente.

—Yo no he declarado nada de eso —dijo.

—No tiene que declararlo —replicó Mason, en un calmoso y deliberado tono de voz—. Soy yo quien relata ahora tales hechos. Prosigo: encuentro a Marjorie Clune y le recomiendo se vaya a un hotel y se inscriba en él con un nombre falso. Ella había de esperar a que yo la llamase. No debía salir de su habitación, bajo ningún pretexto. En apariencia, era una mujer de las que cumplen siempre sus promesas.

»Entonces ocurre algo, y ella no respeta lo convenido. Se me escapa sin avisarme. Al tratar de seguir sus movimientos, descubro que ha intentado partir en el avión de medianoche. Salgo tras de ese aeroplano, y me lo encuentro a usted aquí. Por lo tanto, queda bien patente que por culpa suya ha violado ella la promesa que me dio. Y ahora, ¿qué argumentos se le ocurren a usted?

—No usaré ninguno —repuso Doray—. Sólo insisto en que no tengo la menor noticia de Marjorie Clune.

—Entonces, ¿esa joven no se reunirá aquí con usted?

—No, señor.

—¿Niega usted haber hablado con ella por teléfono?

El abogado estudió la fisonomía del doctor Doray, con marcadas muestras de enfado en sus brillantes ojos.

—¿Qué necio es usted! —le gritó—. ¿Acaso se figura que un dentista de pueblo, sin otros méritos que el haber ejercido su profesión durante tres o cuatro años, me va a engañar en mi

especialidad? Aunque usted sea bastante joven y no menos tonto, jamás se me ocurriría discutirle el modo de empastar cualquiera de mis dientes. Y, no obstante, usted tiene la audacia de sentarse ahí y comprometer la seguridad personal de la mujer a quien ama, tratando de contarme mentiras.

—¡Yo no le he mentado, se lo aseguro! —protestó Doray, mientras en la frente y en la nariz le relucían múltiples gotas de sudor.

Perry Mason respiró a fondo.

—Tenía a Marjorie Clune por una muchacha dulce y agradable, por una niña poco amiga de disimulos, una criatura a quien las cartas se le ponían en contra suya. Yo había decidido combinarle cuantas coartadas se me ocurrieran. Por eso no quise quedarme sentado en mi despacho, esperando que los agentes vinieran a arrestarla, y luego presentarme a defenderla ante el Tribunal el día de la vista. Por el contrario, me lancé a la línea de fuego, en el afán de proporcionarle una buena coartada. Quería situarla en una posición que le permitiera burlarse de la acción policíaca. Deseaba meterme donde me pudiera enterar de toda su historia y analizar después dónde estaba el punto flaco, para atacar por ahí, qué cosas debía ella olvidar y cuáles convenía hacer resaltar en beneficio suyo. Necesitaba aleccionarla un poco acerca de lo que la Policía iba a hacer cuando la detuviese. Ya la tenía yo donde me era conveniente para mis actuaciones cuando se presenta usted, habla con ella y me estropea todo el plan, sólo porque se le antoja traerla aquí, a Summerville, y correrse una juerguecita de fin de semana.

El doctor Doray hizo ademán de levantarse de la cama donde se hallaba sentado, pero su interlocutor se le acercó y, con férrea mano, le dio un empujón hacia atrás, obligándole a seguir allí.

—No se mueva —le dijo— ni replique una sola palabra. Estoy haciendo relato de los hechos, pero aún no le he preguntado nada. Marjorie había de reunirse con usted en el aeroplano de medianoche. No lo hizo así. Puede figurarse lo que eso significa. Quiere decir que la Policía la ha arrestado en algún sitio y la retienen sin registrar la detención ni darle publicidad. Probablemente la habrán «enterrado» en algún pueblo de los alrededores. Lo cual equivale a decir que no tendremos la menor noticia de ella hasta que logren arrancarle cuantas pruebas les

parezcan necesarias para acusarla de asesinato premeditado. Ensayarán todos los ardides inventados por la Policía.

»Y cuando, por fin, rompa a hablar, lo confesará todo, incluso la noticia de que usted se halla aquí, en Summerville, hospedado en un hotel, bajo el nombre de Charles B. Duncan. Por consiguiente, ya puede esperar la llegada de la Policía; vendrán de un momento a otro. Ahora, ríase de todo esto, si le hace gracia.

El doctor Doray se sacó un pañuelo del bolsillo, enjugándose el sudor que inundaba su frente.

—¡Dios mío! —exclamó.

Perry Mason no añadió ni una palabra más.

Doray apoyó los codos en las rodillas. Sus manos colgaban, inertes, entre ambas piernas mientras la cabeza caía hacia delante, en muda contemplación de la alfombra.

—Puedo asegurarle a usted una cosa —afirmó—, y le doy mi palabra de honor de que es cierta: yo no hablé con Marjorie de venir aquí. Eso ha sido...

—¿Ha sido qué? —interrumpió, impaciente y bruscamente, el abogado.

Doray se contuvo, evitando el mostrar su enfado.

—Ha sido un completo error por parte de usted —concluyó—. Marjorie Clune no había de reunirse conmigo. Ella no sabe dónde estoy, ni tiene la menor idea acerca de cómo podría encontrarme. Además, yo no le he dirigido la palabra desde mi salida de Cloverdale —terminó Doray, agotado.

—Eso sólo demuestra que usted no sabe decir mentiras —replicó Perry Mason.

En aquel instante se oyeron unos rápidos pasos, procedentes del pasillo, y cómo después llamaban a la puerta.

El doctor Doray se quedó mirando a su visitante, con ojos agrandados por la más profunda consternación.

Mason abrió la puerta de un tirón, antes de que el doctor iniciase el menor movimiento.

Marjorie Clune apareció de pie en el umbral; sus azules ojos reflejaban honda emoción.

Al ver al abogado, su rostro se turbó con una expresión de increíble desmayo.

—¡Usted aquí! —exclamó.

Perry Mason afirmó con la cabeza, echándose ligeramente a un lado. Ella vio entonces al doctor.

—¡Bob! —le gritó—. ¡Dime qué ha ocurrido!

Doray salvó en cuatro veloces zancadas la distancia que los separaba, tomó en sus brazos a la joven y la atrajo hacia él.

El abogado, mientras tanto, cruzó la habitación, acercándose a la ventana, y se detuvo allí con las manos metidas en los bolsillos de la americana, contemplando, malhumorado, la calle que se vislumbraba al fondo.

—¿Por qué no tomaste el avión, querida? —susurró Doray—. Pensamos que te habían arrestado.

—Tuve un accidente de taxi, y llegué después de la partida del aeroplano. He venido en el primer tren disponible.

Perry Mason, que seguía plantado en el mismo sitio, dándoles la espalda y mirando aún hacia la calle, le preguntó a su vez, por encima del hombro:

—¿Por qué no ha seguido usted mis instrucciones, Marjorie, quedándose quietecita en su habitación?

—No pude —repuso ella.

—¿A causa de qué?

—No me es posible explicarlo satisfactoriamente.

—Pues yo opino —replicó el abogado, sin dejar de darle la espalda— que es muy importante el que me lo explique.

A estas palabras siguió un período de silencio. El doctor Doray empezó a cuchichear algo al oído de la joven.

Mason percibió el ligero susurro sibilante de las letras, y dio media vuelta sobre sus tacones.

—Cállese de una vez —le dijo al doctor Doray. Después, clavando la mirada de sus ojos en los muy azules de la joven, añadió—: Sea sincera, Marjorie. Es importantísimo que me cuente la verdad.

Ella movió la cabeza, negándose a hablar mientras su rostro palidecía hasta los labios.

El abogado la observaba astutamente.

—Muy bien —comenzó—. Puesto que usted no quiere explicar nada, seré yo quien se lo cuente. Usted telefoneó al doctor Doray. Él le propuso escaparse juntos y venirse a esta población. Ambos se proponían casarse, arrojando juntos lo que pudiera venir, o bien

se trataba tan sólo de esconderse aquí. ¿Quiere aclararme esta pequeña duda?

—No —contestó ella, con voz firme y tranquila—, eso no es verdad, señor Mason, no es cierto ni lo uno ni lo otro. Fui yo quien llamó al doctor Doray. Este viaje se me ocurrió a mí. Telefoneé a su hotel para proponérselo, pero él se había marchado. Le dejé un recado, encargándole que me llamase al Hotel Bostwick. Aunque ya se había despedido de aquel hotel, volvió por allí poco después y le entregaron mi mensaje. Entonces me telefoneó. Yo le pregunté si sería capaz de escaparse conmigo a esta ciudad, para pasar aquí una semana. Nos proponíamos alquilar esta serie de habitaciones nupciales y vivir aquí juntos durante los siete días, al cabo de los cuales me hubiese entregado yo a la Policía.

—¿Aquí mismo? —preguntó Perry Mason.

—No, claro que no. No pensábamos dejar que nadie se enterase de dónde habíamos estado. Primero hubiéramos vuelto a la capital.

—¿Y su amigo se hubiese entregado igual que usted a la Policía? Ella asintió con una inclinación de cabeza.

—¿Por qué razón rompió usted su compromiso conmigo, emprendiendo este viaje a Summerville? —inquirió el abogado.

La joven le miró de un modo franco y vehemente.

—Porque sentía la necesidad de pasar esta semana con Bob —contestó.

Perry Mason contemplaba los resueltos ojos de la muchacha, estudiándolos con suma atención.

—Me extraña todo eso, porque usted no es precisamente una muchacha a la cual considere yo capaz de hacer tal cosa —le dijo—. Hasta ahora ha visto a Bob Doray días y días, meses y meses enteros, y, no obstante, nadie la ha oído a usted manifestar deseos de pasar con él un solo domingo..., o por lo menos así lo tengo yo entendido. Y ahora, de pronto, se le antoja, vivir con él durante toda una semana, sin preocuparse de lo que ocurra. Dispense si le digo que usted...

Marjorie se acercó a Perry Mason, poniendo ambas manos sobre los hombros del abogado; sus labios estaban blancos y muy temblorosos.

—¡Por favor, no siga hablando! —exclamó—. Si se detuviera a pensar durante un solo minuto, no diría esas cosas. Hágame el favor

de callarse. Reflexione un poco y comprenderá la verdad.

Mason arrugó el ceño, mientras sus ojos se entornaban.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Yo creo que ya la he comprendido hace tiempo!

—Pues entonces le ruego que no la diga —suplicó Marjorie Clune.

El abogado se apartó de ella, volviendo a situarse frente a la ventana, donde se plantó con las manos embutidas en sus bolsillos. Desde allí oyó cómo el doctor Doray se precipitaba hacia Marjorie, estrechándola entre sus brazos, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Qué te pasa, querida? ¡Dímelo, te lo ruego!

—No puedo, Bob, me es imposible. Me harás volverme loca. Acuérdate de nuestro convenio: yo te dedicaré una semana, pero tú no me has de hacer preguntas. Me prometiste que...

Bruscamente, la voz de Perry Mason se impuso sobre los bajos tonos en que se desarrollaba la conversación de ambos jóvenes. Aquella voz pareció la de un locutor que anunciase algún acontecimiento importante.

—Acaba de llegar un automóvil —decía, sin volverse—; en este momento se ha detenido al otro lado de la calle. Un hombretón, que lleva un sombrero negro de ala ancha, desciende ahora del coche. Tiene todo el tipo de un «sheriff» de pueblo. Por el lado opuesto del vehículo baja otro hombre. Va vestido de uniforme y lleva una gorra de policía con galón lleno de dorados. A juzgar por su aspecto, debe ser un jefe importante. Los dos hombres están hablando entre sí. Ahora miran hacia acá.

La habitación, a espaldas del abogado, quedó silenciosa instantáneamente. Mason continuó diciendo, en el mismo e impersonal tono de voz.

—Empiezan a cruzar la calle, dirigiéndose a este hotel. Sólo quisiera poderles preguntar quién les ha recomendado que viniesen aquí, en busca, por lo menos, de uno de ustedes. Acaso han seguido a Marjorie, aunque también puede ser que hayan logrado descubrir cómo el doctor Doray se trasladó a esta ciudad en el aeroplano de medianoche.

Y Perry Mason giró sobre sus tacones tieso y con el rostro casi blanco de puro pálido. Marjorie Clune se hallaba a su lado; sus labios habían dejado de temblar, y a la sazón asaeteaba con los ojos

al abogado.

—Perfectamente —dijo la joven—, si no hay más remedio, nos dejaremos atrapar. Usted defenderá al doctor Doray igual que a mí, señor Mason. Quedamos de acuerdo en este punto, ¿no es así?

—Ustedes han de obrar en este momento de común acuerdo conmigo, y voy a trabajar el asunto con arreglo a mi propio sistema.

—¿En qué consiste? —preguntó Marjorie Clune, vivamente intrigada.

Los ojos de Perry Mason se desviaron en dirección al doctor Doray.

—Usted ha de desempeñar en este drama el papel de un verdadero hombre —le dijo—. Yo le voy a entregar a la voracidad de los lobos, y usted debe resignarse con su suerte y hasta sentirse satisfecho de ella, pero antes me va a prometer una cosa: esto será lo más difícil que usted habrá hecho en toda su vida, mas se ha de esforzar en llevarlo a cabo como es debido.

—¿Ayudaré con ello a Marjorie? —preguntó Doray, tranquilamente.

—Sí, señor —le contestó el abogado.

—¿Qué debo hacer?

—En primer lugar no perder la tranquilidad por nada del mundo.

—¿Y algo más?

Perry Mason sonrió con cierta melancolía.

—Y muchísimas cosas más —replicó—. Habrá para colmar su paciencia. Tenga en cuenta que ensayarán con usted todos los recursos conocidos dentro de la psicología policíaca. Le dirán que Marjorie Clune se ha confesado autora del asesinato, y que lo ha hecho porque lo ama a usted y desea salvarlo. Y lo harán de tal modo, que usted lo creerá sin ninguna duda. Incluso le enseñarán una declaración firmada, asegurando que Marjorie se la ha proporcionado a ellos. Le preguntarán a usted si desea portarse como un hombre, o si le parece mejor esconderse tras las faldas de su amiga y consentir que ella sea condenada a muerte por un crimen cometido, en realidad, por usted. En fin, no dejarán de probar todo lo que se les ocurra para hacerle hablar. Acaso lo que le digan sea fanfarronada, aunque también podría ser cierto. De todos modos, usted debe prometerme que ni siquiera pasará a pensar si se

trata de una cosa o de la otra. Quiero que me prometa, además, que usted dejará absoluta y enteramente a mi cargo todo lo relativo a la defensa de Marjorie; que, le digan lo que le digan, permanecerá tranquilo e indiferente, limitándose a manifestarles que yo soy su abogado, y que antes de contestar nada, necesita conferenciar conmigo. ¿Lo hará usted así?

—Sí, señor.

Perry Mason entonces se volvió hacia Marjorie Clune.

—¿Dónde está su maleta?

—La he dejado en la estación. Primero quería asegurarme de que Bob estaba aquí.

—Es usted una buena chica —le dijo—. Ahora venga conmigo.

Doray le echó los brazos al cuello, atrayéndola ansiosamente hacia él. Sus labios buscaron los de ella.

El abogado, mientras tanto, abrió de un repentino tirón la puerta.

—No pierdan el tiempo ahora en esas expansiones —les recomendó—. Venga en seguida, Marjorie.

La joven permaneció abrazada al doctor Doray durante unos segundos más; después dio media vuelta, corriendo a reunirse con Perry Mason.

—Cierre la puerta con llave, Doray —le indicó el abogado—, y no se apresure demasiado a abrirla.

Tomando a Marjorie Clune por el brazo, se lanzó con ella a lo largo del pasillo. Cerca de uno de los ángulos de éste, llamó con los nudillos a una puerta. Al otro lado se sintió el ruido de algunos movimientos.

—De prisa —dijo Mason, y arrastró a Marjorie, metiéndose en otro ramal del pasillo y recorriéndolo casi por completo. Llamó a otra puerta. Esta vez no oyeron ningún síntoma de respuesta. El abogado se sacó del bolsillo un manojo de ganzúas, insertó una de ellas en la cerradura, abrió prontamente aquella puerta y la sostuvo para dejar paso a Marjorie Clune, ordenándole:

—Entre pronto.

La joven atravesó el umbral, y apenas había tenido tiempo de penetrar en la habitación, cuando oyó el ruido que producía la puerta del ascensor al abrirse, y dos hombres, uno de ellos con uniforme de oficial de la Policía y una gorra galoneada de oro,

mientras el otro se tocaba con un negro sombrero «Stetson» de anchas alas, aparecieron al fondo del pasillo, avanzando hacia donde se encontraba Perry Mason.

Éste no se apresuró, sino que conservó su característica calma, moviéndose incluso con más tranquilidad. Penetró en la habitación, quedándose de pie en el umbral, de modo que sus anchas espaldas impidiesen a los policías el poder ver a Marjorie Clune. Poco a poco, empujó la puerta contra el borde de la pared, cerrándola por completo.

—Escuche, Marjorie —le dijo a la joven—; en el armario de la pared encontrará usted un cartel impreso en cartón que dice: «*Se ruega no molesten*». Cójalo y tráigamelo.

Ella abrió la puerta del armario, hallando allí el cartelito, que entregó al abogado, sin pronunciar una palabra.

Perry Mason seguía de pie junto a la puerta, con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, como quien está escuchando.

El ruido de una estrepitosa conversación les llegaba a través del abierto montante. Al cabo de un instante, las voces se fueron haciendo menos perceptibles, hasta perderse por completo.

Entonces, Mason hizo girar el tirador de la puerta, abriéndola; colgó en la manivela exterior de la cerradura el cordón del rótulo encartonado y volvió a cerrar, sin olvidarse de correr el pestillo interior. Hecho esto, repasó con la vista hasta los últimos rincones de aquella habitación del hotel.

—Está sin alquilar —dijo—. Probablemente no nos molestará nadie durante un buen rato.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó Marjorie Clune, extrañada.

—Pues ver si me es posible sacarla a usted de aquí y devolverla a la capital, que es donde debería estar ahora. Tranquilícese y no diga nada. Puede sentarse en esa silla.

Ella se dejó caer obediente, sobre el asiento que le señalaba Perry Mason.

El abogado seguía apoyándose en la puerta, en su afán de escuchar.

Por fin, se oyeron resonar unas sonoras pisadas en el pasillo. Perry Mason arrastró una silla, hasta colocarla junto a la puerta, y se subió en ella, quedándose quieto con el oído al nivel del abierto montante.

Volvían a oírse de nuevo fuertes voces, las cuales subían de tono con esas inflexiones crecientes y propias de quien interroga sin ser atendido. Tras de cada pregunta se producía una larga pausa, durante la cual no se oía el menor indicio de respuesta.

El abogado lanzó un suspiro de satisfacción, bajando de la silla y sonriendo a Marjorie Clune con aire de contento.

—Hemos tenido la suerte —le dijo— de que es lo bastante hombre para aguantar una matraca.

—¡Vaya si lo es! —exclamó la joven.

Capítulo 14

Perry Mason contemplaba a Marjorie Clune, mientras ésta se hallaba sentada en la incómoda butaca, desafiando la mirada del abogado con sus resueltos ojos.

—Y usted decidió casarse con Bradbury —le decía, lentamente —, porque pensó que Bob era el autor del asesinato.

La joven no replicó nada.

—Entonces —continuó diciendo Perry Mason—, Bradbury se sintió dispuesto a facilitar el dinero necesario para la defensa del doctor, ¿no es cierto?

—Desde luego —repuso ella—. Por eso tuve antes el temor de oírle decir algo que le diese a entender tal cosa a Bob. Él hubiese cargado sobre sus hombros una docena de sentencias de muerte, antes de consentirme llevar a cabo semejante sacrificio.

—¿Y por qué lo hizo usted?

—Era el único medio de conseguir dinero para su defensa.

—¿Y usted cree que ese infeliz se merece que lo defiendan, que se interesen por él?

—Naturalmente —replicó la joven—. Siendo usted abogado... no debía hacer tal pregunta...

—Por lo visto —prosiguió Perry Mason, hablando despacio—, Bradbury ha estado en comunicación con usted desde que usted habló conmigo y me prometió permanecer escondida en el Hotel Bostwick.

Marjorie contempló fijamente al abogado, sin decir nada.

—¿Telefonó a Bradbury —quiso saber Mason— o fue él quien la llamó a usted?

—Eso es algo que no puedo decirle —contestó ella.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque no me está permitido.

—O, dicho de otro modo, porque usted ha prometido no confesarlo, ¿no es así?

—Tampoco voy a contestar a esa pregunta.

El abogado insertó ambos pulgares en las aberturas de su chaleco y se puso a dar vueltas por la habitación.

—Los policías —comentó— han pescado ya a Bob Doray. En este momento le están abrumando a preguntas. Si yo he de encargarme de su defensa es importantísimo, ¡voto al diablo!, que me entere de cómo han sucedido las cosas. ¿Va usted, por fin, a decírmelo todo?

—Sí, señor.

—Muy bien. Pues continúe.

La joven empezó su relato en voz baja y firme. Por una o dos veces se notó que la garganta se le obstruía, pero sus ojos permanecieron secos y ella pudo continuar hablando con gran seguridad en sus afirmaciones y con la misma decisión hasta el fin.

—Yo, naturalmente, estaba satisfechísima cuando gané el concurso de Cloverdale. Me figuraba que iba a ser una gran estrella cinematográfica. Tal vez se me subió aquel triunfo a la cabeza, pero... soy muy joven, y a mi edad hubiese sido muy poco humano no sentirse vanidosa ante una suerte así.

»Llegué a la capital, rodeada de una atmósfera de gloria. Entonces descubrí que había sido engañada; como es lógico, yo era demasiado orgullosa para escribir a mi casa, dando explicaciones de lo ocurrido. Reflexioné y decidí que me sobraban elementos para salir del paso y que, por consiguiente, debía quedarme allí, en la metrópoli, a luchar por mi porvenir. Estaba segura de que si Patton me había engañado, haciéndome pensar que estaba en camino de ser una estrella de cine, yo podía muy bien mandar al diablo y hacerme por mis propios méritos, sin la ayuda de él.

Perry Mason mostró su conformidad con varias inclinaciones de cabeza.

—Yo ignoraba —continuó diciendo Marjorie— la masa de dificultades contra las cuales habría de luchar. Usted tal vez las conozca, porque vive en esa ciudad. Lo ensayé todo, sin ningún resultado; entonces, encontré a Thelma Bell; la conocí por mediación de Frank Patton. Yo seguía en contacto con él, porque intentaba conseguir algún empleo utilizando sus amistades y conocimientos. Mis escasas reservas se iban agotando, y yo

necesitaba reunir algún dinero para prolongar mi estancia en la gran ciudad durante algún tiempo más.

—Continúe, sin detallar tanto —le dijo el abogado—. Ya conozco todas esas miserias, y las que aún ignoro me las imagino. Cuénteme los hechos ocurridos.

—Yo tenía una cita con Frank Patton —prosiguió la joven—, la misma noche en que le mataron. Esta cita era para las ocho en punto. Aquella tarde vi a Bob Doray en una calle, conduciendo su propio automóvil; apenas lo vislumbré un instante, pero ya sabía que estaba en la capital. Empecé a llamar a varios hoteles, tratando de averiguar si en alguno de ellos tenían registrado al doctor Doray. Aquello fue una tarea bastante larga, casi interminable. Para ella utilicé el teléfono de una amiga que estaba abonada por una cuota fija, pues me hubiera salido muy caro emplear un aparato de los provistos de contador de conferencias. Dispénsame si no le digo quién era esa amiga, mas no quiero mezclarla en mi tragedia. Me estuve toda la tarde telefoneando. Por último, tuve la suerte de encontrarlo: se hospedaba en el Hotel Midwick. Le dejé el encargo de que me llamase en cuanto regresara a su alojamiento. Pocos minutos después, volvió él al hotel y me telefoneó. Entonces le indiqué dónde me hallaba, y él vino en su coche y me recogió.

»Yo estaba satisfechísima, y hasta me parece recordar que me excedí en mis demostraciones. En aquel momento era yo tan feliz, que por cualquier cosa lloraba.

»Él se enteró de que yo tenía una cita con Frank Patton, empeñándose en que no acudiese a ella. Me juraba que iba a matar a Patton. Como usted comprenderá, no lo decía de veras..., era tan sólo una manera de expresar su indignación.

—Sí, sí, continúe —le dijo Perry Mason, al observar que ella hacía una pausa y le miraba con cierta ansiedad.

—Bob tenía aquel cuchillo en su automóvil —añadió la joven—. ¡Sólo Dios sabe por qué razón hizo tal cosa! Debía de estar loco, a causa de mi desgracia. Yo deseaba acudir a la entrevista concertada con Patton, pero nunca fue mi intención el que Bob viniese conmigo hasta allí. No obstante, mi amigo insistió mucho, empeñándose en llevarme en su coche. Al fin llegamos a un acuerdo. Yo le permití que me acompañase hasta el portal del edificio donde vivía Patton; allí subiría yo sola; y le diría a ese individuo que diese por

terminadas nuestras relaciones de una vez y para siempre, pues estaba dispuesta a casarme con el doctor Doray. Mientras tanto, Bob debía regresar a su hotel. Yo no le di a él la dirección completa de Frank Patton; me limité a indicarle la calle y el número de la casa. Cuando hubimos llegado, le encargué se marchase pronto y me esperara en su hotel.

»Bob no quería dejarme sola; me suplicó que le dejase subir conmigo al cuarto de Patton. Yo me aterroricé mucho al verlo en tal actitud. Había parado ya el coche junto a la acera; si no recuerdo mal, frente a una boca de incendios; estaba tan excitado, que no me extraña se distrajesse y no se diera cuenta de su falta; juraría que ésa fue la causa de tal torpeza. Entonces le dije que tenía sed, convenciéndole de que me llevase a un bar. Allí me despedí de él, metiéndome en el tocador de señoras, donde esperé mucho rato... muchísimo rato. Envié afuera a la encargada para que mirase si Bob estaba aún en la sala. Allí seguía. Entonces se me ocurrió encargarle a aquella mujer que volviese a salir y le dijera a Bob que yo me había marchado ya por la puerta posterior del bar; en realidad no existía tal salida, pero trataba de ver si de este modo conseguía alejarlo de allí.

—¿Y usted continuó esperando dentro del tocador de señoras?

—preguntó el abogado.

—Sí, señor, yo seguí aguardando encerrada en aquel lugar.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted allí?

—No lo sé. Acaso fueron cinco minutos, tal vez mucho más. ¡Estaba tan nerviosa...!

—Y luego, ¿qué pasó?

—Pues cuando pensé que el campo estaba ya libre salí a la calle. No logré ver a Bob por ninguna parte; por lo tanto, me encaminé tan de prisa como pude al departamento de Patton...

—¡Alto ahí! Espere un segundo —interrumpió Perry Mason—. Antes de eso había usted telefoneado, dejando el recado de que iba a llegar con algún retraso a la cita.

—En efecto. Verá usted: ya había encontrado a Bob y me sentía feliz y encantada de ello, deseando estar con él tanto tiempo como me fuera posible. A causa de esto preví que llegaría a mi cita con cierto retraso.

—¿Y Thelma Bell tenía también una cita con Frank Patton para

aquella misma noche?

—Sí, señor. Su cita estaba convenida para la misma hora que la mía.

—Muy bien —replicó el abogado—. Ya vamos llegando a lo bueno. Prosiga, y dígame qué ocurrió después.

—Entré en el vestíbulo de la casa de departamentos —dijo Marjorie—. Tomé el ascensor, hasta el tercer piso, y recorrí los pasillos que conducían a los aposentos de Patton. Di con los nudillos en la puerta, pero sin recibir la menor respuesta. De un modo mecánico, instintivo, agarré el tirador de la cerradura; éste cedió, y abrióse la puerta. Me encontré en el interior del departamento, donde no tardé en darme cuenta de que las luces estaban encendidas y el sombrero, los guantes y el bastón de Patton, encima de la mesa. Llamé en voz alta: «¡Oiga, señor Patton!», o algo por el estilo; como nadie me contestara, me atreví a penetrar hasta el dormitorio. Allí me lo encontré.

—Un instante —dijo Mason—. ¿Encontró abierta la puerta del cuarto de baño, o cerrada?

—Yo la vi abierta.

—¿Y Patton estaba ya muerto cuando usted entró en el dormitorio?

—Desde luego. Yacía allí, tendido en el suelo, en medio de un gran charco de sangre. ¡Aquello era horrible!

—¿Qué ocurrió después? —inquirió decididamente Perry Mason.

—Pues nada —repuso ella—. Di media vuelta y me apresuré a salir. Cerré la puerta de golpe tras de mí, pero no eché la llave, porque yo no tenía ninguna; no estaba cerrada con llave cuando yo llegué, y así la dejé al partir. Huí a lo largo del corredor y tomé el ascensor, para bajar al vestíbulo; en éste no encontré a nadie. Salí de la casa de departamentos, y no había dado muchos pasos calle abajo, cuando lo vi a usted. Observé que me contemplaba escrutadoramente, como si se tratase de leer en mi rostro algo de lo que yo sabía, y eso me espantó. Por primera vez me di cuenta de que podría verme complicada de algún modo en aquel crimen.

—¿De qué modo? —preguntó el abogado.

—¡Oh..., temí un interrogatorio de la Policía u otras molestias por el estilo! Ya sabe usted..., esas cosas que a diario lee una en los periódicos: las terribles preguntas de los abogados, los fotógrafos

que buscan retratos sensacionales para la primera plana, las investigaciones sin fin...

—Usted llevaba unos zapatitos —dijo Mason—. ¿Qué ha sido de ellos?

—Me los quitó Thelma Bell.

—¿Por qué?

—Por una razón muy sencilla: estaban algo manchados de sangre.

—¿Lo sabía usted desde el primer momento?

—No, señor, no me había dado cuenta. Lo descubrimos después de llegar yo al cuarto de Thelma. Ella encontró pequeñas manchas oscuras cerca de las suelas.

—¿Cómo se los ensució usted?

—Porque sin darme cuenta puse el pie en el charco de sangre, y algunas gotas salpicaron los zapatos.

—¿No le caería ninguna sobre la chaqueta que llevaba? —preguntó el abogado.

—No, señor, ninguna. Tampoco me manché las medias; sólo los zapatos —replicó la joven.

—¿Está usted segura de que no había ninguna gota de sangre en las medias? —insistió Perry Mason.

—¡Claro que estoy segura!

—¿Ni en su traje?

—Ni en mi traje, puedo garantizárselo. ¿Cómo podía salpicar la sangre sobre mi traje, si no llegó a manchar mi chaqueta?

El abogado asintió con pausadas inclinaciones de cabeza.

—El argumento parece razonable —dijo—. Ahora, cuénteme algún detalle más de cómo se le ocurrió a usted marcharse del Hotel Bostwick, en lugar de permanecer quietecita allí, siguiendo mi consejo.

—Ya se lo he explicado —repuso Marjorie—. Me fui porque quería estar con Bob.

—Y cuando usted entró en las habitaciones de Patton, ¿no llevaba la intención de decirle que diese por terminada toda la relación con usted, porque iba a casarse con Bob Doray?

—Sí, señor —contestó ella, después de un momento de duda.

—Cuando la vi en la vivienda de Thelma Bell, ¿seguía usted con esa idea?

—En aquel momento estaba yo asustadísima. Al encontrar las manchas de sangre en mis zapatos, Thelma quiso saber qué había ocurrido. Yo le conté cuanto sabía. Y se mostró temerosa de verme complicada en el crimen.

—¿Le dijo eso?

—Sí.

—Antes me ha confirmado que Thelma tenía también una cita con Frank Patton aquella misma noche, ¿no es así?

—Habían convenido en verse, pero ella no hizo caso del compromiso. Muy a menudo dejaba plantado a Patton. Esta vez tuvo la culpa su novio, quien no quiso que acudiese a la cita; salieron juntos de paseo. Se llama George Sanborne, aunque... huelgan mis explicaciones, porque ya se lo contó a usted todo mi amiga. Como creo recordará, usted telefoneó a Sanborne y pudo comprobar la certeza de estos hechos.

—Dejemos eso por el momento —indicó Perry Mason—. Lo que yo quiero puntualizar bien ahora es si usted seguía decidida a casarse con Doray cuando yo la encontré en las habitaciones de Thelma.

—Me parece que sí. Sin embargo, en aquellos momentos no podía pensar mucho acerca de mi proyectado matrimonio, porque estaba atemorizada, sobre todo después de la visita y de las explicaciones de usted.

—Pero en cuanto se refiere a sus intenciones matrimoniales, usted continuaba dispuesta a casarse con Bob Doray.

—Sí, pensé en ello algún instante, sí; éstos seguían siendo mis propósitos.

—Ahora bien, a alguna hora antes de aquella medianoche, usted determinó casarse con Bradbury. ¿Por qué este cambio de idea? —preguntó el abogado.

—Porque estaba convencida de que era el único medio por el cual podía yo conseguir el dinero necesario para salvar a Bob Doray.

—¿Cree usted que fue Bob Doray quien cometió el asesinato?

—No creo nada ni pienso nada acerca de este terrible suceso. Sólo sé que debe tener el mejor abogado posible, para defenderle.

—Cuando usted vio el cadáver, ¿se fijó en el cuchillo que había servido para herirlo?

—Sí.

—¿Y lo reconoció?

—¿Qué quiere decir?

—¿No sabía usted que Bob Doray había comprado un cuchillo?

—Sí, y lo vi en su automóvil.

—¿Tenía usted alguna idea de lo que pensaba hacer con él después?

—Sí, porque me lo anunció.

—Y ésa era una de las razones por las cuales temía darle a conocer dónde vivía Frank Patton, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, cuando usted vio aquel cuchillo en el suelo, llegaría pronto a la inevitable conclusión de que Bob Doray era el asesino.

—¿A qué otra conclusión hubiese usted llegado en semejantes circunstancias? —preguntó Marjorie.

—Bien, vamos a ver —prosiguió Perry Mason—. En resumen: usted entró en el bar y se escondió en el tocador de señoras, permaneció allí un buen rato y tratando de convencer al doctor Doray de que se había ido.

—Sí, señor.

—Él debió de salir de allí unos cinco minutos antes de usted.

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo haría que Patton estaba muerto cuando usted entró en su vivienda? ¿Tiene alguna idea acerca de esto?

—No debía de hacer mucho rato —repuso la joven—, escasamente un minuto o dos, me parece a mí... ¡Oh, aquello fue espantoso!

—¿Se movía aún?

—¡No!

—¿Le brotaba sangre de la herida?

—A borbotones —contestó ella, y se estremeció con el recuerdo.

—Por consiguiente —concluyó el abogado—, usted dedujo, en aquel instante, que Doray era quien acababa de matar a Patton. ¡Claro! Usted pensó que al no volver a reunirse con su novio, enviándole, en cambio, el aviso de haber acudido ya a su cita con Patton, Bob se pondría rabioso.

—Sí, señor, eso mismo.

Perry Mason la miró, pensativo.

—¿Se da cuenta, muchacha, de lo que estoy haciendo por culpa suya? —le preguntó.

—¿Qué quiere usted decir? —replicó la joven.

—Pues estoy arriesgando toda mi carrera, todo mi renombre profesional y sólo a causa de la fuerte simpatía que usted despertó en mí, aparte de ciertas cosas que he podido observar en este extraño caso. A usted la acusan de asesinato y la persiguen para detenerla. Yo la ayudo a escapar. Si me descuido y logran probarme tal cosa, mi altruismo servirá para convertirme, desde un punto de vista técnico legal, en encubridor del hecho. Dicho de otro modo, seré procesado como culpable de complicidad en el asesinato.

Marjorie no supo qué decir.

—Yo no tengo tanta confianza en el doctor Doray como en usted —continuó explicando el abogado—, y por esa razón lo he dejado en la otra habitación, para que se las entienda con esa gente. A mí me consta que si la Policía hubiese encontrado vacía la habitación, hubiesen hecho todo lo posible por registrar el hotel entero. En cambio, al hallar a Doray, y mientras éste no les diga una palabra, es muy posible que a ellos no se les ocurra pensar si usted anda o no por esta casa. He aquí mi idea. Aunque bastante arriesgada, era la única solución posible en este apuro.

—Pero esa gente estará vigilando las puertas cuando salgamos de aquí —observó la joven.

—¡Exacto! Eso es indudable —repuso Mason—. Mas yo me he preocupado de idear algún medio de escapar de este sitio; ahora estamos los dos metidos en el mismo lío.

Y avanzando hacia la ventana, se plantó de nuevo a contemplar pensativamente lo que pasaba en la calle.

—¿Y no querrá usted decirme, al fin, por qué cambió de idea entre el momento de mi visita al departamento de Thelma y la medianoche de aquel mismo día? —le preguntó a la joven—. ¿Por qué motivos decidió tan de repente casarse con Bradbury?

—Ya le he explicado antes —contestó ella— que, a mi juicio, era el único medio de procurarme dinero para defender a Bob. Y yo estaba segura de que si Bob no tenía un abogado de primera clase, resultaría convicto del asesinato. Lo pensé muy bien antes de tomar esa resolución. Sabía que Bradbury le había encomendado a usted mi defensa y protección. Y pensé que Jim le encargaría asimismo de

sacar absuelto a Bob, si le prometía casarme con él.

Los ojos del abogado despedían vivos destellos.

—¡Ahora ha dicho usted exactamente lo que yo esperaba oírle decir! —exclamó.

—¿Qué he dicho yo?

—Que Bradbury se desprendería del dinero necesario para la defensa de Doray, si le constaba que usted se iba a casar con él.

Ella se mordió los labios, pero no replicó nada.

Perry Mason contempló a la joven, durante breves momentos, mostrándose taciturno y pensativo.

—Voy a ensayar un ardid con usted —le dijo—; de modo que ya puede prepararse, porque yo no me meto en estos juegos si no es para triunfar, cueste lo que cueste.

Ella se le quedó mirando con sus grandes y expresivos ojos.

—Desnúdese y métase en la cama —le ordenó el abogado, con una decisión que no admitía réplica.

El rostro de la joven no cambió de expresión, pues apenas se notó en él un ligero pestañeo.

—¿Me he de desnudar del todo? —preguntó.

—Necesito que su falda quede bien visible, colgada en una silla —le indicó Mason—. Los zapatos deben verse por debajo del lecho. También convendrá que sus medias aparezcan a los pies de la cama. Me interesa que se quite lo que sea necesario para que por encima de la colcha no asomen más que los tirantes de las camisas.

—¿Y qué ocurrirá entonces? —quiso saber Marjorie.

—Entonces, entrará conmigo un hombre en esta habitación. La mirará con gran curiosidad, y usted debe representar el papel de una muchacha alegre, que es lo que él se figurará que es, al verla así.

La joven se inclinó hacia un lado, empezando a desabrocharse la falda.

—Ya verá usted qué bien voy a representar la comedia —comentó, mientras se desnudaba—. Le pienso demostrar que merezco toda la confianza que usted ha puesto en mí.

—Siempre la he considerado como a una buena chica —repuso el abogado—. ¿Tiene usted alguna pastilla de goma de mascar?

—No, señor.

—¿Sería usted capaz, por lo menos, de mover las mandíbulas

como si estuviese mascando goma?

—Me parece que sí. Dígame..., ¿qué tal lo hago?

Él la contempló, pensativo.

—Mueva la mandíbula inferior un poco más hacia un lado, como hacen los rumiantes —le indicó—. El juego de mandíbulas del que masca goma es casi circular, por decirlo así.

—Voy a tener un aspecto terriblemente ordinario.

—Pues eso es precisamente lo que yo deseo de usted.

—¿Qué le parece ahora?

—Mucho mejor —contestó él—. Continúe ensayando y acabe de desnudarse.

Y Mason se fue otra vez, discretamente, hacia la ventana, entreteniéndose en mirar abajo, a la calle, hasta que oyó crujir los muelles de la cama.

—¿Está usted ya acostada? —preguntó, sin volverse.

—Sí —repuso ella.

El abogado giró sobre sus talones y examinó detenidamente los diferentes detalles de la escena. La falda estaba colgada en el respaldo de una silla y las medias, en la baranda inferior de la cama, mientras los zapatos asomaban por debajo de la misma.

—Veamos cómo va eso del mascado de la goma —le dijo a la joven.

Ella empezó a mover rítmicamente sus mandíbulas.

—Ahora, si ese hombre la mira, aunque sea de un modo descarado, no baje usted los ojos, no se porte como si estuviera avergonzada. Devuélvale la mirada con todo cinismo y con ese aire de invitación propio de cierta clase de mujeres. ¿Se ve usted capaz de hacerlo?

—¿Y qué va a pasar aquí? —replicó Marjorie.

—Todavía no lo sé ni puedo predecirlo —contestó él—. Probablemente se tratará del portero del hotel. No hará otra cosa sino mirarla, pero yo quiero que usted represente bien su papel.

—Se hará lo mejor posible —dijo la joven.

Perry Mason se acercó un poco más, sentándose en el borde del lecho. Marjorie sostuvo la inquisitiva mirada de él, sin desviar en lo más mínimo sus tranquilos ojos azules.

—De modo que en los zapatos blancos de usted había unas buenas manchas de sangre, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y dígame, ¿tenía Thelma Bell algún otro par de zapatos blancos?

—No lo sé.

—¿Y fue su amiga quien se encargó de limpiarlos?

—Sí.

—¿Qué estaba haciendo Thelma cuando usted llegó a su departamento?

—En aquel preciso instante acababa de tomar un baño. Ella se quedó mirando hacia mis zapatos y me dijo que me los quitase en seguida, añadiendo que debía desnudarme, tomar un baño y comprobar si tenía alguna otra mancha de sangre en los pies o en los tobillos.

—¿Le miró su amiga las medias?

—No, se limitó a recomendarme que me apresurase a realizar todo cuanto ella me había indicado.

—Usted fue en tranvía hasta el departamento de Thelma, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y en el instante en que usted iba a entrar en el baño, poco más o menos llamé yo a la puerta, ¿verdad?

—En efecto: así fue.

—Por consiguiente, usted no sabe, a ciencia cierta, qué hizo Thelma con sus zapatos.

—En realidad, no.

El abogado dio media vuelta, sin levantarse de la cama, de modo que quedó sentado con el codo izquierdo sobre la rodilla del mismo lado, mientras el pie derecho le servía para apoyarse en el suelo y la pierna izquierda descansaba por completo en el lecho.

—Amiga Margy —le dijo—. ¿No me engaña usted?

—No, señor. Le digo la pura verdad.

—Supóngase que yo le diera cuenta de haber efectuado una detenida investigación en la habitación de Thelma Bell, gracias a la cual hubiese encontrado una sombrerera en el armario de la pared; y que esa sombrerera estuviese rellena de trajes que habían sido lavados y que aún estaban húmedos, por no haber tenido tiempo de secarse; continuemos suponiendo que algunos vestidos mostraban pruebas evidentes de haber sido lavados con el fin de quitarles

manchas de sangre; y que debajo de ellos hubieran aparecido un par de zapatos blancos, un par de medias y una falda. ¿Qué le parecería todo esto?

Los azules ojos de la joven se fijaron sobre el rostro de él, con marcada intensidad.

De repente Marjorie Clune dio un brusco salto, quedando sentada en el lecho.

—¿Está usted seguro de que la falda y las medias habían estado también manchadas de sangre?

—Segurísimo.

—¿Y las habían lavado?

—Ya lo creo, y con excesiva precipitación —repuso Mason—. Las manchas de sangre eran muy parecidas a las salpicaduras, como las que se producen al dar bruscamente una puñalada sobre un cuerpo vivo.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha.

—Por otra parte —continuó diciendo el abogado—, no podemos dudar de que alguien estuvo en el cuarto de baño de Patton, hablando a gritos y diciendo algo relativo a sus pantorrillas. Por lo tanto, una de las dos miente descaradamente, Marjorie.

—También podía haber sido otra mujer —replicó Marjorie.

—Pero usted no conoce a ninguna más que pudiera ser la que gritaba tal cosa, ¿verdad?

—No.

—Y yo no creo que fuese otra muchacha —añadió Mason, lentamente.

Marjorie Clune entornó poco a poco sus párpados, enfrascada en hondas reflexiones, después de las palabras del abogado.

—Bien —dijo Perry Mason—; tratemos de otro aspecto del asunto. ¿Conoce usted a una joven llamada Eva Lamont?

—¿A quién, a Eva? ¡Sí, ya lo creo!

—¿Le parecen dignas de presentarse en un concurso las piernas de Eva Lamont?

—¿Qué quiere usted decir?

—Si sus piernas conquistarían alguno de los premios ofrecidos.

—No le dieron ninguno —confesó, sin querer, Marjorie.

—Entonces, ¿se presentó también Eva?

—Sí.

—En otras palabras: esa muchacha fue una de las concursantes de Patton, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y dónde se presentó?

—En Cloverdale.

—Esa Eva Lamont, ¿es una joven de cabello oscuro vivo, ojos negros y de tipo más o menos como el de usted?

Marjorie Clune confirmó la descripción con un gesto de cabeza.

—¿Por qué me lo pregunta? —quiso saber la joven.

—Porque tengo muchos motivos para creer que se encuentra también en la capital, aunque bajo el nombre supuesto de Vera Cutter, y que ella se ha tomado un extraordinario interés en el desarrollo de este caso criminal —explicó el abogado.

Los ojos de Marjorie Clune se abrieron de un modo exorbitante, a impulsos de su sorpresa.

—Y ahora, dígame una cosa, si la sabe —continuó Perry Mason —, ¿de dónde saca dinero esa muchacha?

—De muchísimos sitios —repuso amargamente Marjorie Clune—. Durante algún tiempo ha trabajado de camarera. Ésa era su ocupación cuando Frank Patton llegó a nuestra ciudad con la maldita idea de su concurso. Después de eso, ha hecho infinidad de cosas distintas. Tuvo varias oportunidades de exhibir sus piernas y fueron muchísimos los hombres que acudieron a admirarlas. Ella declaró que, tanto si ganaba el concurso como si no, iría a la capital y trabajaría en varias películas.

—Y después que usted ganó el concurso, ¿qué ocurrió?

—Entonces, juró que se marcharía a la metrópoli, donde pensaba obtener un gran éxito por su cuenta, dejándome a mí eclipsada. También dijo que si yo había ganado el concurso era gracias a mis adulaciones para con Frank Patton y que yo era una intrigante y tenía propósitos inconfesables.

—¿Era cierto eso? —preguntó el abogado.

—No, señor.

—Todavía no me ha contado usted muchas cosas de Eva Lamont, y es muy importante que yo tenga una información lo más completa posible.

—Me es muy antipática. No me gusta nada.

—Eso no importa. Ahora estamos tratando de un caso criminal y

muy grave. ¿Qué sabe usted acerca de ella?

—Yo no conozco muchos detalles de su vida, aunque he oído contar infinidad de cosas.

—¿Tales como, por ejemplo?

—¡Oh, montones de cosas!

—¿Sabe si ella vio a Frank Patton después de haber llegado usted a la capital?

—Debe de haberlo visto —contestó la joven, con lentas palabras; esa mujer es de las que no dejan a nadie en paz.

—¿Tiene Eva algún motivo para mostrarse enfadada con usted?

Marjorie Clune cerró los ojos, se volvió a recostar sobre la almohada y, tirando de la colcha, se tapó los hombros.

—Estaba locamente ilusionada con Bob Doray —repuso.

—Pero Doray la quiere a usted, ¿verdad?

—Sí.

Perry Mason sacó de su americana un paquete de cigarrillos, extrajo uno, y apenas se lo había acercado a mitad de camino de los labios, cuando se dio cuenta de su incorrección, y tendió el paquete a la joven.

—¿Quiere usted que yo fume también? —preguntó ésta.

—Haga lo que guste.

—No me ha comprendido usted. Me refería a si desea que esté fumando cuando venga ese hombre. ¿Presentaría un aspecto más apropiado si fumase?

—No, resultaría mejor si finge mascar goma. Difícilmente podría hacer ambas cosas.

—Entonces, fumaré ahora un cigarrillo.

Y tomó uno de la cajetilla.

El abogado sacó un cenicero del cajón del tocador, colocándolo en la cama, al alcance de ambos, y acercó una cerilla encendida al cigarrillo de Marjorie Clune.

—Déme aquella otra almohada, Marjorie —le dijo a la muchacha.

Marjorie se la entregó y Mason después de ahuecarla un poco, la colocó contra la baranda inferior del lecho, apoyando su espalda en ella.

—Voy a pensar un poco —le indicó a la joven— y me gustaría que no interrumpiese mis reflexiones.

Perry Mason consumió su cigarrillo en pocas chupadas, mientras lo mantenía frente a su rostro, observando el humo, que se rizaba en leves volutas ascendentes, con pupilas que parecían veladas por una soñolienta abstracción. Apenas se había quemado el cigarrillo hasta alcanzar el nivel de sus dedos, cuando el abogado hizo unas lentas inclinaciones de cabeza y desvió la mirada, enfocándola bruscamente sobre la muchacha.

Dejó la colilla en el cenicero, se puso en pie de un salto y se estiró el arrugado chaleco.

—Muy bien, Marjorie —dijo, en una voz sumamente amable—; me parece que ya tengo la respuesta.

—¿La respuesta a qué?

—Es una respuesta que lo contesta todo —explicó él—. Y no me importa confesarle a usted, mi apreciada Marjorie, que en cierto modo he sido un loco y un estúpido.

Ella se quedó mirando y tiritó un poco.

—¡Tiene usted un aspecto tan perfectamente frío cuando me mira de ese modo...! Cualquiera le creería capaz de emprender las más temerarias hazañas.

—Sí, tal vez sea capaz de acometer cualquier empresa, por difícil que parezca.

Y sacando un nuevo cigarrillo de su americana, se acercó otra vez al tocador, partió en dos el pitillo, extrajo de él un par de granos de tabaco y levantó, tirando de las pestañas, el párpado inferior de su ojo izquierdo, dejando caer dentro de él las partículas de tabaco. Luego, repitió la misma maniobra con el ojo derecho, echándose en él otro par de granos de tabaco. Después, se restregó ambos ojos con los nudillos.

Marjorie Clune, mientras tanto, se había sentado en la cama, contemplando la escena con curiosa satisfacción.

Gruesas lágrimas afluyeron a los ojos de Perry Mason, resbalando a lo largo de sus mejillas. Entonces, se acercó al lavabo, andando a tientas, se lavó los ojos con abundante agua fría, se los secó con una toalla y se fue hacia el espejo para mirar en él, comprobando que los tenía rojizos y congestionados de sangre. Después de todo este aparato, y haciendo un gesto de satisfacción, se humedeció los dedos en el chorro del grifo, pasándoselos repetidas veces por el borde del cuello de su camisa, hasta dejarlo

completamente húmedo y arrugado; después aplastó un poco su corbata hacia un lado y una vez más se fue a ver en el espejo el efecto conseguido.

—Perfectamente, Marjorie —dijo—. Ahora sólo resta que usted me espere aquí hasta mi regreso, y no se olvide de mascar goma, como hemos convenido.

Avanzó hasta la puerta, abriéndola y saliendo al pasillo, sin volver la vista una sola vez, y dio un fuerte portazo tras él.

Capítulo 15

Perry Mason avanzó a lo largo del pasillo, buscando el ascensor de los equipajes. Al fin consiguió hallarlo y, apretando un botón, esperó a que la jaula subiese, dando tumbos, hasta el sexto piso. Cuando se detuvo allí, abrió las puertas, se introdujo en la jaula y apretó un botón que decía: «Almacén de equipajes».

El gran montacargas bajó lentamente a lo largo de su pozo, y al cabo de un rato de marcha, hizo una brusca parada. El abogado abrió las dos puertas, entrando en el amplio local destinado al tráfico y conservación del equipaje de los huéspedes. Un portero de uniforme, sentado ante un pupitre, se le quedó mirando en una forma interrogante y poco cordial.

Perry Mason se apoyó, haciendo eses, contra la puerta del ascensor; bajó tambaleándose un par de escalones que había en la entrada del almacén; luego, se detuvo un momento, lanzó un profundo suspiro y saludó con una estúpida mueca al hombre uniformado.

—Vengo por mi baúl —le dijo, hablando entre dientes y de un modo confuso.

—¿Qué baúl? —preguntó el portero, con bastante hostilidad en su voz.

El abogado le contestó con otro visaje, al mismo tiempo que se registraba los bolsillos, sacando finalmente un buen fajo de billetes de Banco. Separó de entre ellos uno de un dólar, tendiéndoselo al empleado. Éste adelantó la mano para recogerlo; entonces, cuando el portero iba a tomarlo entre sus dedos, Mason lo retiró bruscamente, y como si pensase.

—No es bas... bastante —dijo, con voz ronca e insegura.

Y rebuscó en el rollo un nuevo billete de cinco dólares, contemplándolo especulativamente; su meditación no debió de

dejarlo convencido, porque, tras sacudir su cabeza en solemnes negativas, continuó hojeando el rollo de billetes, hasta hallar uno de veinte dólares.

La palma del portero se extendía con creciente ansiedad. Aquellos dedos se cerraron como garfios sobre el valioso billete, mientras la seria mirada de franca hostilidad se desvanecía en su rostro. Después de guardarse el dinero en un bolsillo, se puso en pie, adoptando una amable actitud.

—¿Tiene usted el talón de su baúl? —preguntó.

Perry Mason agitó la cabeza, contestando negativamente.

—No he podido encontrarlo —repuso.

—¿Y qué clase de baúl es? —preguntó el portero, muy condescendiente—. ¿Qué aspecto tiene?

—Es muy grande —dijo el abogado—, es un baúl enorme, un verdadero baúl de viajante. Verá usted..., tengo que llevar con él todos mis tratos. A ver si lo encuentra pronto... ¡Maldita sea..., esto me retrasa ahora un par de días!

El portero avanzó hacia un gran montón de baúles. Perry Mason volvióse locuaz de repente.

—Sí, señor... dos días de retraso..., aunque usted no lo crea —dijo, balbuceando—. Mi mujer lo descubrirá todo ahora... ¡Figúrese usted la que se va a armar! En cuanto un buen amigo le dé el soplo, ella vendrá corriendo desde la capital, para pescarme. Tal vez contrate a algún detective y me enreden en la mar de líos. ¡Buena la ha hecho esa amiguita guapa! Pero yo no quiero que ella figure en el escándalo que me armarán...

El portero señaló hacia un baúl enorme, preguntándole:

—¿Es éste?

El abogado negó con la cabeza.

Entonces, aquel hombre se dirigió hacia otro grupo de baúles.

—Este otro lo han dejado aquí abandonado hace unos días —indicó.

El rostro de Perry Mason se alegró con una sonrisa.

—¡Ya lo pescamos! —exclamó, dando cariñosos golpecitos sobre el baúl—. ¡Vámonos juntitos, mi viejo amigo!

—¿Qué número tiene su habitación? —inquirió el portero.

—Seis-cuatro-dos —dijo el abogado.

—Ahora mismo se lo haré subir —replicó el portero.

—No pierda ni un segundo, ¿eh, amigo? —insistió Perry Mason—. A lo mejor, hay por ahí algunos detectives que están vigilando el hotel.

El empleado se mostró comprensivo y amable en demasía.

—Muy bien, señor; entonces, se lo subiré yo mismo —le dijo—. Verdaderamente, una mujer no tiene derecho a investigar la vida de su marido, cuando éste se ve obligado a vivir fuera de su casa durante días y días. De cuando en cuando, bien puede permitirse un hombre alguna pequeña diversión.

Mason dio unos ligeros golpecitos sobre la espalda del portero.

—Eso sí que es hablar bien —replicó confidencialmente—. Una pequeña diversión de cuando en cuando no hace daño a nadie.

Entretanto, el empleado había ido a buscar una carretilla; puso el baúl en ella y lo condujo hasta el montacargas. El abogado no se apartó del portero ni un instante, mientras el ascensor subía hasta el sexto piso, y anduvo junto a él, con una mano puesta sobre el baúl, en tanto se lo llevaban a la habitación indicada. Al llegar a la puerta de ésta, la abrió y se echó a un lado.

El portero empujó la carretilla hasta el centro de la habitación. Marjorie Clune volvió la cabeza al oír entrar a aquel hombre; su mandíbula no cesaba de moverse, como si la joven estuviese mascando goma.

El empleado aventuró una tímida ojeada hacia la muchacha; luego, se apresuró a desviar la mirada, disimulando su curiosidad.

—Tengo media docena de botellas de whisky en ese baúl —dijo Perry Mason, señalando al centro de la habitación—. Las colocaré bien escondida en cualquier rincón. Dentro de unos quince minutos estaré listo para salir de aquí... tal vez dentro de diez. Mi esposa puede haber mandado detectives a vigilar el hotel. Búsqueme un taxi... y haga el favor de esperarme en la entrada de servicio, ¿eh, amigo?

Y de nuevo se echó la mano hacia el bolsillo de sus pantalones.

—Gracias, señor, pero ya me ha dado antes... —empezó a decir el hombre, aunque su voz se desvaneció en un placentero silencio, mientras el abogado, muy majestuoso, volvió a sacar el fajo de billetes, separó otro de veinte dólares y lo depositó en la mano del portero.

—El señor no tiene más que llamar en este timbre, en cuanto

esté preparado para salir —dijo el complaciente empleado—. Yo tendré ya un taxi esperando abajo.

Y se dirigió a la puerta, deteniéndose un instante, con la mano puesta ya en el pomo de la cerradura, para lanzar una última y rápida mirada a la muchacha que estaba en la cama.

Marjorie Clune esperaba aquello. Aguantó el flechazo de los picarescos ojos del portero con una atrevida expresión llena de engañosas promesas.

El empleado salió, por fin, al pasillo, cerrando la puerta.

—¡Magnífico! —exclamó Perry Mason—. Ahora, salga de la cama y vuélvase a vestir.

Marjorie Clune salió del lecho, apresurándose a poner el vestido. Mientras tanto, el abogado había sacado de un bolsillo un manojo de ganzúas y ensayaba con ellas las cerraduras del baúl.

Cuando Marjorie Clune hubo acabado de vestirse, de retocarse el peinado y de empolvarse la cara, Mason logró, por fin, abrir el baúl. Este se hallaba lleno de prendas femeninas, cada una de ellas bien colocada en un colgador y provista de una etiqueta en la cual figuraban datos de su coste y el respectivo número de catálogo. El abogado sacó todas aquellas ropas, quitándoles las colgaduras y tirándoselas a Marjorie Clune.

—Cuélguelas en el armario —le dijo—, y cierre después bien la puerta.

Ella recogió, una a una, las diferentes prendas, sin replicar la palabra, e hizo media docena de viajes al armario. Perry Mason inspeccionaba el interior del baúl.

—El viaje no será muy agradable —le dijo—. Tendrá usted que agarrarse muy bien, porque probablemente la van a zarandear de lo lindo. El aire que respirará no será muy puro, pero tampoco tendrá que aguantarlo por mucho tiempo.

—¿Quiere usted decir que yo me he de meter en ese baúl?

—Sí, señorita —contestó él—, tendrá usted que meterse en este baúl, y hasta debe hacer todo lo posible para que le guste. Puede sentarse en el fondo, si dobla las rodillas de modo que su barbilla descansa en ellas. Yo le diré al portero que dentro van media docena de botellas de whisky y que, por consiguiente, maneje el baúl con cuidado y lo mantenga siempre de pie. El baúl lo atarán en uno de los estribos del coche. Al chófer le diré que me lleve a otro

hotel cualquiera. Allí tomaré una habitación y haré que me suban en seguida el baúl. No se me olvidará recomendar mucho a todo el mundo que lo manejen con sumo cuidado. Pero, de todos modos, siempre le darán algunas sacudidas y usted recibirá más de un golpe, lo cual no va a ser muy agradable.

—Y después, ¿qué va a ocurrir? —preguntó la joven.

—Tan pronto como consiga albergarme en otro hotel, abriré el baúl —le contestó él—. Usted podrá salir y tomaremos un taxi hasta el aeropuerto. Allí nos espera un aeroplano de cabina cerrada, en el cual embarcaremos.

—¿Hacia dónde? —quiso saber ella.

—De vuelta a la capital —repuso él.

—¿Y qué vamos a hacer en la capital?

—En cuanto lleguemos allí, pondremos las cosas claras, para lograr una solución definitiva.

Marjorie apoyó su mano en el brazo de Mason.

—Esos vestidos... —le dijo—, esas ropas de Thelma que tienen manchas de sangre... ¿sabe usted dónde están?

—Sí.

—¿Me lo puede decir?

—Se hallan donde las encontraremos en cuanto nos sean necesarias; y si nos conviene, recogeremos de paso a la propia Thelma Bell.

—Cambiaría mucho la situación de Bob si se descubrieran esas prendas manchadas —comentó la joven—. Como usted ya sabe, Bob es mi novio. Podrán creer que él tenía motivos para matar a Patton, pero Sanborne era el novio de Thelma y tenía motivos más poderosos que los que Bob Doray haya podido tener nunca. Verá usted... Patton fue...

La voz de la muchacha se cortó de repente.

—¿Qué fue? —preguntó el abogado.

—Nada... nada —repuso ella—. Eso no cambia el aspecto del asunto. Sólo me preocupaba lo que pueda ocurrir con las prendas goteadas de sangre.

Perry Mason hizo un gesto, señalando el baúl.

—Métase de una vez —le dijo.

Capítulo 16

Cuando el aeroplano se inclinó hacia abajo, para acercarse a la pista de aterrizaje, Perry Mason se volvió a Marjorie Clune y, haciendo una especie de bocina con ambas manos, le gritó al oído:

—Hay una parada de automóviles en el extremo norte del aeropuerto.

Vaya usted directamente hacia el cobertizo de los taxis. Tome uno, métase en él y dígame al chófer que me aguarde. Tengo que telefonar a algunos sitios y me interesa que usted se esconda todo lo posible donde nadie pueda verla. Por lo tanto, déjese de dar paseos por aquí. Y manténgase alerta, con los ojos bien abiertos. ¿Me ha comprendido?

Ella asintió con una inclinación de cabeza.

—Yo no me entretendré más de diez minutos —continuó diciendo él—. Tal vez no tanto.

El avión describió una amplia curva, enderezó su dirección, acortó la marcha acercándose a tierra, y poco después, las ruedas rebotaban ligeramente sobre la pavimentada pista. El piloto volvió a acelerar la velocidad del motor, mientras la cola se arrastraba por el suelo, llevando a sus pasajeros hasta las inmediaciones de los hangares.

—¿Desea algo más? —le preguntó al abogado, en cuanto el motor acabó de pararse.

Perry Mason le dijo que no, con un gesto, se sacó la cartera del bolsillo y pagó al aviador con un billete de Banco, haciéndole después una seña a Marjorie Clune.

—Métase en el taxi —le repitió—. Dentro de pocos minutos me reuniré con usted.

Y dirigiéndose a la cabina telefónica, llamó a su oficina.

La voz de Della Street fue por el alambre hasta sus oídos.

—¿Está usted sola, Della? —preguntó el abogado—. ¿Puede usted hablar con libertad, o hay alguien en la oficina que no deba oír sus palabras?

—Espere un momento —repuso ella—. Voy a ver si encuentro la causa de que se le oiga tan mal. Debe ser alguna conexión floja. ¿Cómo dice usted... que tal vez sea por culpa del aparato de la biblioteca? Muy bien... sí... tal vez la horquilla del receptor no ha bajado del todo.

Y luego añadió en voz muy baja.

—No se mueva del aparato, haga el favor.

Perry Mason esperó.

Al cabo de un momento, pudo oír de nuevo la voz de su secretaria.

—Ahora estoy en la biblioteca, jefe. Había dos detectives en la oficina exterior, y también está Bradbury esperándolo a usted.

—¿Y en la biblioteca no hay nadie?

—Absolutamente nadie.

—Muy bien —comentó él—, pues, ante todo, quiero puntualizar una cosa: ¿tiene usted noticias de College City?

—Hay un telegrama que sólo dice: «Estoy en el Hotel College City». Está firmado con las iniciales T. B.

—¿Hay algo más?

—Eso es todo, si exceptuamos que los detectives están dando vueltas sin apartarse de aquí. Ya han subido al despacho un par de veces.

—¿Y qué quiere ahora el señor Bradbury? —preguntó el abogado.

—No lo sé —dijo la joven—. Algo se trae entre manos. Ha perdido aquel aire de cordial afabilidad característico de él, y se muestra seco y duro... más duro que una piedra.

—Pues yo también estoy bastante duro —replicó Mason—. Mejor dicho: lo estaré si los acontecimientos se me ponen en contra.

—Algo parece anunciarme que los acontecimientos se pondrán en contra. ¿Cómo van las cosas? ¿Está usted bien?

—Admirablemente.

—Paul Drake actúa de una forma muy misteriosa —indicó la joven secretaria—. Ha telefoneado un par de veces. Parece estar convencido de que usted se verá en un grave aprieto de un

momento a otro, y él no quiere verse mezclado en el asunto.

—¿Ocurre alguna otra cosa? —preguntó el abogado.

—Creo que ya se lo he dicho todo.

—Muy bien, Della. Entonces, convendrá que tome nota de las siguientes instrucciones: telefonee a Thelma Bell, pidiendo comunicación con el Hotel de College City. No conviene llamar desde mi oficina; utilice cualquier otro aparato o salga y aproveche una cabina telefónica. Dígale quién es usted. Explíquele que yo estoy verdaderamente ansioso por saber si a Marjorie Clune la llamaron por teléfono la noche del crimen, mientras permaneció en su departamento y después de haber salido yo de allí. Indíquele que es muy importante para mí aclarar este punto.

—Y después, ¿qué? —preguntó Della.

—Si Marjorie fue, en efecto, llamada por teléfono —explicó él—, tome el Código de Derecho Civil y póngalo encima de su mesa de trabajo, cerca de la centralita telefónica. Si yo no veo el libro puesto allí al entrar en mi despacho, me enteraré de que, por una u otra razón, usted no ha podido hablar con Thelma Bell o no ha logrado obtener una respuesta afirmativa a mi pregunta.

La voz de Della Street tembló un poco al decir:

—Señor Mason, supongo que no se habrá usted llevado a Thelma Bell fuera de la capital, ¿verdad? ¿Es usted también el inspirador de esta fuga?

—Ya trataremos del asunto en otra ocasión —contestó Perry Mason.

—Pero... mi querido jefe, la Policía está...

—La repito que más tarde trataremos de este asunto, estimada Della.

—Muy bien, jefe.

—Instale a Bradbury en mi biblioteca —le indicó el abogado—. Allí podrá esperar mejor. Puede usted decirle confidencialmente que me reuniré con él antes de una hora.

—Muy bien.

—Ahora, en cuanto a los detectives —dijo Mason—, ¿se han puesto muy insistentes cuando subieron al despacho?

—Ya le indiqué antes que han estado aquí dos o tres veces. Tratan de enterarse de si usted piensa venir hoy a la oficina, a una hora u otra. No cesaban de preguntarme si había recibido alguna

noticia de usted.

—¿Son los mismos detectives que me visitaron ahí la otra noche? —preguntó el abogado.

—Éstos se llaman Riker y Johnson, si no recuerdo mal.

—Son los mismos. Pero usted no cree que se instalen definitivamente en nuestra oficina, ¿verdad?

—Me parece que no. Entran de cuando en cuando, dan dos o tres paseos por mi despacho, están aquí unos minutos, haciendo preguntas, y luego se marchan. La última vez que han venido era la tercera de hoy.

—¿Sabe usted si alguno de ellos vigila la entrada del edificio?

—No, pero creo que alguien me siguió cuando salí a almorzar.

—¿Y le parece que la seguirán también en un recorrido por dentro del edificio?

—No, no lo creo.

—Bueno, pues tome veinte dólares del cajoncito de la caja —le indicó Mason— y baje al sótano en el ascensor. Dígale a Frank, el portero, que yo estoy trabajando en un caso muy apurado y que algunos detectives particulares intentan seguirme. Fíjese bien: dígale que se trata de detectives particulares, y no se olvide de relacionar bien este detalle. Explíqueme que yo deseo entrar en mi oficina sin que nadie se entere. Indíqueme que vigile la puerta del cuarto de calderas, sin apartarse de allí. Yo llegaré en un taxi, y entonces debe abrirme él rápidamente esa puerta y tener preparado en el sótano uno de los ascensores, para que no pierda un instante. Que se arregle de antemano con el encargado del ascensor, para que éste me conduzca pronto y sin parada intermedia hasta el sexto piso.

—Muy bien —dijo ella—. ¿Desea algo más?

—Me parece que ya lo he dicho todo —repuso el abogado—. Estaré...

La voz de J. R. Bradbury llegó en aquel momento por la línea telefónica, resonando con firme insistencia.

—¡Señor letrado... señor letrado... insisto en verle a usted!

—¿Quién me habla? —preguntó Perry Mason.

—Bradbury... yo soy Bradbury.

—¿Y desde dónde habla usted?

—Desde su despacho particular.

—¿Cómo demonios ha conseguido usted esta comunicación?

—Me la he puesto yo mismo, ya que tanto le interesa saberlo —contestó Bradbury—, y haga el favor de no renegar cuando hable conmigo.

El abogado pudo oír un rápido y entrecortado suspiro.

—¿Sigue usted al aparato, Della? —le preguntó a su secretaria, en voz muy baja.

—Sí, jefe —contestó la joven.

—¿Hablando desde la biblioteca?

—Sí.

—¿Cómo se enteró usted de quién llamaba, señor Bradbury? —preguntó Mason.

—No soy tonto —repuso el interpelado—. Ya he tratado de convencerle a usted de eso en dos diferentes ocasiones.

—¿Y qué quiere usted ahora?

—Necesito que el doctor Doray se confiese culpable del crimen y se deje condenar a cadena perpetua.

—Escuche —le dijo el abogado—; no puedo hablar con usted por teléfono, pero dentro de poco rato llegaré a esa oficina. Espéreme en la biblioteca y... fíjese bien en esta recomendación, señor Bradbury: procurará usted no tocar nada de lo que hay ahí. ¿Me comprende bien? No me ha gustado el verle manipular en mi centralita. Yo me basto y me sobro para llevar los negocios en mi oficina; por lo tanto, no necesito que usted se meta donde no le llaman, y menos que se mezcle en las conversaciones telefónicas de mi casa.

—Escuche a su vez —replicó Bradbury—; tengo que hablar con usted antes de que vea a nadie más... ¿lo ha entendido bien claro?, a nadie más.

—Hablaré con usted cuando llegue a mi oficina —repuso Mason.

—No, señor; hablará usted conmigo ahora mismo. Tengo que comunicarle acontecimientos muy importantes. La Policía se ha puesto en movimiento para detenerlo a usted. Ya han encontrado un taxi.

—¿Qué taxi?

—El que tomó desde su despacho, haciéndose conducir a la esquina de las calles Novena y Olive, dónde se reunió con Paul Drake. Desde allí lo volvió a utilizar para ir directamente a los

departamentos Holliday, a entrevistarse con Patton. Después, aprovechando siempre el mismo taxi, fue a una droguería, desde la cual me telefoneó y a continuación se hizo llevar hasta los Departamentos Saint James, hallando allí a Marjorie Clune y dedicándose a facilitarle la fuga. Todo eso, señor letrado, ha sido un enorme disparate y la Policía le hará responsable de su desacertada gestión. Y, con esto, la huida de Marjorie aparece aún más perjudicial para ella, pues aumenta su culpabilidad.

Perry Mason apretó con tal fuerza el receptor, que la transpiración de la palma de su mano humedeció la ebonita.

—Ya que usted se muestra tan explícito —le dijo a Bradbury—, continúe y dígame algo más.

—A eso voy: exijo que Marjorie Clune no se vea mezclada en estos líos. Prescindiendo de los futuros acontecimientos, esa joven debe permanecer y permanecerá al margen del proceso. Ya me he puesto en relación con la fiscalía, opina que el doctor es el único culpable. Si Doray confiesa su culpabilidad, retirarán la acusación que pesa sobre Marjorie, siempre que la declaración de Doray la releve de toda culpabilidad.

—¿Y qué harán entonces con el doctor? —preguntó Perry Mason.

—Le condenarán a cadena perpetua. De este modo escapará a una pena de muerte. Realmente, tal solución constituye lo único que puede hacerse en favor suyo.

—Yo soy quien ha de determinar lo que debe hacerse en favor suyo —replicó el abogado.

—Eso no es cierto. Usted no puede hacer tal cosa, porque está trabajando bajo mis órdenes.

—Soy el defensor del doctor Doray.

—Lo defiende usted por encargo mío.

—A mí me importa un comino quién me encarga su defensa —dijo Mason—. Cuando me encargo de representar los intereses de un hombre, éste tiene derecho a los mayores esfuerzos de mi habilidad profesional.

La voz de Bradbury se mostró tan fría como insistente, al replicar:

—Usted es un hombre de gran voluntad, señor Mason; pero yo también poseo mi correspondiente fuerza de voluntad. La Policía

está muy interesada en descubrir a quién telefoneó usted desde la droguería y qué le contó a esa persona desconocida. Mientras viene usted hacia su oficina, reflexione un poco acerca de la situación y teniendo presente estos hechos...

—Muy bien —dijo el abogado—. Ya nos veremos en cuanto llegue ahí. Adiós.

—Adiós —repuso Bradbury.

Perry Mason esperó hasta oír el ligero ruido indicador de haberse cortado la conexión con su conferenciante. Entonces, en voz baja, preguntó:

—¿Sigue usted escuchando, Della?

—Sí, señor Mason —contestó la joven.

—¿Ha oído usted lo que me ha dicho ése?

—Y lo he tomado todo en taquigrafía.

—¡Buena chica! —exclamó el abogado—. Escúcheme: meta a Bradbury en mi biblioteca. Antes de una hora estaré yo ahí. Procure que nuestro querido cliente no pueda entrometerse en nada ni causarnos ningún perjuicio. Dígale que yo llegaré de un momento a otro. No le deje salir de la biblioteca y vigile bien el teléfono. A juzgar por lo ocurrido, conoce perfectamente la manera de establecer conexiones telefónicas. Por eso, cuando se figuró lo que usted estaba haciendo, se preparó la comunicación en el cuadro de la centralita y se introdujo en mi despacho particular.

—¿Es cierto eso de la Policía y del taxi? —preguntó la joven.

Perry Mason hizo una mueca ante el teléfono, antes de responder:

—De este asunto sabe usted tanto como yo, Della. ¿Por qué no le saca algunas noticias a Bradbury?

—¡Pero eso significa que se ha metido usted en un lío terrible!

—Sí, tal vez tenga la mala costumbre de meterme en líos, antes de concluir un asunto —dijo el abogado—, pero siempre sé librarme de las consecuencias. Pronto nos veremos, Della. Hasta ahora.

Y colgando el receptor telefónico, marcó en el disco el número de la Cooperativa Investigadora.

—Les habla el abogado Mason —dijo—. ¿Saben algo más de Vera Cutter?

—Tenga la bondad de esperar un momento —repuso la telefonista.

Poco después, una voz de hombre llegó por teléfono, preguntando:

—¿Con quién hablo?

—Soy Perry Mason.

—¿Conoce usted al señor Samuels?

—Sí.

—¿Cuál es su primer nombre?

—Jack.

—¿Cuándo lo vio por primera vez?

—Hace cosa de un año —dijo el abogado—. Se presentó en mi oficina, para ofrecerme sus servicios y ver si le podíamos encargar algún trabajo.

—¿Y qué le contestó usted?

—Le dije que nos servíamos del detective Drake, quien nos hacía todas las gestiones necesarias, pero con gusto le proporcionaríamos algún asunto en la primera oportunidad, si se presentaba algo que Drake no pudiese hacer.

—¡Magnífico! —exclamó aquella voz—. Ahora ya estoy convencido de que es usted el propio Mason, y ahí van las últimas noticias: Vera Cutter continúa encerrada en su habitación del Hotel Montmartre. Tiene el cuarto número 593. De cuando en cuando, telefonea a la oficina del detective Drake. Todavía no hemos podido enterarnos de estas conversaciones. Ella no llama a nadie más, pero a intervalos regulares telefonea un hombre preguntando por ella.

—¿Está ahora en su habitación?

—Sí, señor.

—Pues con eso tengo bastante —replicó Perry Mason. Voy a dejarme caer por allí, para ver si puedo charlar un rato con ella. Encargue a sus detectives que no pierdan el tiempo siguiéndome cuando yo salga de ese hotel. Iré acompañado de una joven.

Después de dar estas instrucciones, colgó el teléfono y se fue hacia el taxi. Marjorie estaba sentada en el interior del coche, con el rostro echado hacia delante y manteniéndose rígidamente en aquella posición.

—Margy —le dijo—, ¿conocería usted la voz de Eva Lamont si la oyese?

—Me parece que sí —contestó ella.

Mason le hizo una seña al conductor del taxi, diciéndole al

mismo tiempo:

—Hotel Montmartre.

Luego, se dejó caer en el tapizado asiento, junto a la muchacha.

—¿Qué hace Eva Lamont en esta ciudad? —preguntó Marjorie Clune.

—Sí, en efecto, es Eva Lamont la joven de quien sospecho, se dedica a ensayar las peores cosas que podrían hacerse para complicar a Bob Doray en la causa criminal derivada del asesinato de Patton.

—¿Y por qué esa animosidad?

—Pueden suponerse dos razones —contestó el abogado, mientras sus ojos se entornaban pensativamente.

—¿Cuáles son?

Mason miraba por la ventanilla del taxi, estudiando el escenario de la calle con sus especulativos ojos.

—No, Margey —le repuso a la joven—, no quiero preocuparla a usted con un montón más de conflictos en qué pensar. Prométame tan sólo una cosa..., o sea, que si la Policía la detuviese a usted, no les dirá nada.

—Hace mucho tiempo que tengo decidido eso mismo —replicó ella.

Perry Mason no añadió nada, prosiguiendo con su observación del tráfico callejero. Entretanto, el chófer del taxi acercó el coche hacia la acera de la derecha, pues habían llegado.

—¿Quiere usted que paremos frente a la entrada principal del hotel? —preguntó.

—Sí —contestó el abogado—, porque aquí termina nuestro viaje.

Y pagando lo indicado por el taxímetro, tomó el brazo de Marjorie Clune y la acompañó hasta el ascensor del hotel.

—Al quinto piso —le dijo al empleado.

En el momento de salir de la cabina, una vez llegados al quinto piso, Perry Mason se inclinó un poco, de modo que sus labios quedasen junto a la oreja de Marjorie Clune.

—Yo entraré en la habitación —le indicó—. Voy a ver si me enzarzo de algún modo en una discusión con esa mujer. Procuraré hacerla hablar lo más alto posible. Mientras tanto, usted escuche con la oreja apoyada en la puerta y vea si reconoce su voz. Si la puede identificar, todo habrá ido admirablemente. En caso

contrario, llame a la puerta y yo la abriré.

—Si es Eva Lamont, me reconocerá en cuanto entre —advirtió Marjorie.

—Eso no importa; es una de las cosas que ya tenía previstas. Lo importante es que yo me entere de si es Lamont.

Y condujo a Margy a lo largo del pasillo, dando vuelta a la última esquina.

—Hemos llegado —le dijo—. Lo mejor será que se quede ahí, apoyada contra la pared. Intentaré hacerla hablar mientras la puerta esté abierta, por que tengo miedo de que usted no sea capaz de oírla bien a través de la madera.

El abogado dio unos golpecitos de llamada con los nudillos.

Entonces, abrieron la puerta desde dentro, pero sólo una rendija.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja, una mujer.

—Soy un empleado del despacho del detective Drake —repuso Mason.

Y no se cruzó ninguna otra palabra. La puerta acabó de abrirse. Una mujer ataviada con traje de calle sonreía invitándolo a entrar.

El abogado penetró en la habitación.

—Bien —le dijo—, parece como si usted estuviera dispuesta a dejarnos plantados.

La mujer contempló, extrañada, a Perry Mason, paseando luego su mirada desde el gran baúl guardarropa que se hallaba junto al lecho, parcialmente lleno de vestidos, a la abierta maleta colocada encima de la cama y a una segunda maleta cerrada que estaba en su silla.

Después, se volvió para mirar hacia la puerta, la cual había quedado abierta; y sin pronunciar una sola palabra, cruzó la habitación, la cerró y echó la llave.

—¿Quiere explicarme bien lo que desea? —preguntó ella.

—Pues trato de averiguar —repuso el abogado— por qué se ha inscrito usted con el nombre de Vera Cutter y, sin embargo, su equipaje lleva marcadas las iniciales E. L.

—Es muy sencillo. Se trata del nombre de mi hermana: Edith Loring.

—¿Y usted es de Cloverdale?

—No, soy de Detroit.

Perry Mason se acercó, paseando, al baúl guardarropa, tomando

de él una falda que pendía de un colgador de madera; luego dio media vuelta al colgador, encontrando un letrero impreso en él, que decía: «*Talleres de lavado y tinte de Cloverdale*».

Los oscuros ojos de la joven le miraron con chispeante malevolencia.

—Mi hermana vive en Cloverdale —le dijo.

—¿Pero usted es de Detroit?

—¡Oiga! ¿Puedo saber con quién estoy hablando? —preguntó la joven, en una voz que de repente se volvió dura—. Me parece que usted no es ningún empleado del señor Drake.

El abogado sonrió.

—Eso no ha sido una excusa para entrar en conversación con usted —le repuso—. Realmente, lo que yo quería saber era...

La joven se había apartado de él y lo contemplaba con gran fijeza, muy pálida de rostro, los ojos brillantes y precavidos y una mano contraída sobre un barrote de latón de los que formaban la baranda inferior de la cama.

—... lo que yo quería saber de un modo particular —continuó diciendo Perry Mason— es dónde se hallaba usted cuando Frank Patton fue asesinado.

Durante más de diez segundos, la joven continuó con la vista clavada sobre él, sin hacer el menor movimiento ni decir una sola palabra. El abogado le devolvía la mirada con una expresión acusadora.

—¿Es usted un agente de la policía? —preguntó ella, por fin, en voz baja y ronca.

—Supongamos que usted conteste primero a mi pregunta —le dijo Perry Mason—, y entonces responderé yo a la suya.

—Le voy a dar la dirección de mi abogado —replicó la muchacha.

—¡Ah! Por lo visto, tiene usted un abogado, ¿verdad?

—Sí, señor, tengo un abogado. No se vaya usted a figurar que yo le voy a consentir a cualquier pelagatos que venga aquí y pretenda intimidarme con preguntas como ésta. No sé absolutamente nada referente al asesinato de Frank Patton, excepto lo que he leído en los periódicos. Pero si usted se ha creído que podía venir aquí y resolver el problema con mis declaraciones, le aseguro que antes se volverá loco.

—Así, ¿no puede usted decirme dónde estaba cuando mataron a Frank Patton?

—No, señor, no se lo diré.

—Y si yo la llevase ahora al cuartelillo de la policía, ¿qué haría usted?

Por toda respuesta ella se acercó al teléfono de la habitación, descolgó el receptor y pidió el número de la oficina de Perry Mason. Tras un momento de silencio, se notaron ciertos pequeños zumbidos en el auricular, y aquella mujer dijo, en un tono frío y soberbio:

—¿Está ahí el señor Mason?... Me gustaría hablar con el propio señor Perry Mason. Puede usted decirle que le llama Vera Cutter.

El receptor hizo varios ruidos.

Mason estudiaba las diferentes expresiones que se iban sucediendo en el rostro de la joven, pero fue incapaz de encontrar una sola con algún significado interesante. Después de un breve instante, ella dijo, en tono adulator:

—¡Oh, buenas tardes, señor Mason! Habla otra vez con miss Vera Cutter. Usted me dijo que le avisase si alguien me preguntaba acerca de los motivos de mi estancia en esta ciudad. Pues ahora se ha presentado aquí, en el hotel, un hombre que pretende ser agente de policía y... ¿Qué pasa?

El receptor seguía haciendo ruidos extraños.

La cara de Vera Cutter se animó con una sonrisa.

—Le doy mis más expresivas gracias, señor Mason. Así, pues, usted me recomienda que si, en efecto, este señor es agente de policía, lo envíe a su oficina, y si no lo es llame al cuartelillo más próximo y lo haga arrestar por fingirse agente, ¿no es así?... Bien..., muchísimas gracias, señor Mason. Siento mucho haberle molestado de nuevo, pero ha sido por seguir sus instrucciones..., sí, las de llamarle a usted si alguien pretendía interrogarme. ¿Cómo dice...? ¡Oh, es muy amable!

Y colgando el teléfono, se volvió hacia Perry Mason, en actitud triunfadora.

—Supongo que usted conocerá a mi abogado —le dijo—. Es el señor Perry Mason, tal vez el más célebre e importante de esta metrópoli. Pues bien, este señor se ha encargado de la defensa de mis intereses mientras yo esté aquí, y dice que si usted no es un agente de policía, él se encargará de que lo arresten por el delito de

suplantar la personalidad de un empleado del Estado. Y que si usted es, en efecto, agente de policía, vaya a su oficina y hable con él personalmente.

—¿Y usted hablaba ahora personalmente con el señor Mason? —le preguntó el abogado.

—¡Claro está que sí! Hace un momento hablaba con el mismísimo Perry Mason. Dada la importancia del anticipo que le he pagado, no es cosa de perder mi tiempo charlando con cualquier empleadillo de su oficina.

—¡Caramba, qué divertido es esto! —exclamó el abogado—. El caso es que yo también necesito ver a Perry Mason. Le llamé hace menos de diez minutos y me dijeron que no volvería hoy por su oficina.

La joven sonrió con afectada arrogancia, añadiendo:

—No es lo mismo que llame una persona u otra, cuando se pide que el señor Mason se ponga al teléfono. Es un hombre muy ocupado y no puede perder su tiempo con detectives baratos ni con advenedizos.

—¿Y usted no querrá decirme por qué tenía su equipaje tan preparadito, como si estuviese a punto de partir de la ciudad? —preguntó el abogado, señalando hacia el dispuesto baúl.

Ella se rió burlonamente.

—Escuche, amigo —le dijo—; no pienso decirle a usted nada, sino gritarle: «Largo de aquí, fuera de mi cuarto». Si es usted policía, vaya a ver a Perry Mason; y si no lo es, ¡váyase al infierno ahora mismo!

En aquel momento se oyó un golpecito dado en la puerta. El abogado se volvió inmediatamente, con un ademán de ir a abrirla.

Vera Cutter se precipitó delante de él, exclamando:

—¿Cómo se atreve a abrir la puerta de mi cuarto?

Y, adelantándose, fue ella quien, cogiendo el pomo de la cerradura, abrió violentamente.

Marjorie Clune se hallaba de pie en el umbral.

—¿Cómo está usted, señorita Eva Lamont? —le preguntó, a guisa de saludo.

La interpelada se quedó mirando a Marjorie durante dos o tres segundos, sin saber qué contestar.

—De modo que usted se llama Eva Lamont, ¿verdad? —dijo

Perry Mason.

Eva, por toda respuesta, apuntó al abogado con un rígido dedo índice.

—¿Ha venido usted con el señor? —le gritó a Marjorie Clune.

Ésta miró interrogadora a Mason.

Antes de que el abogado tuviese tiempo de hacer ninguna señal indicadora de lo que debía responder, Eva Lamont dio media vuelta rapidísima, precipitándose sobre el teléfono de la habitación.

—Espere un momento, mi querida amiga —le dijo a Marjorie, hablando sin volverse, por encima del hombro—. Sé de un hombre que desea preguntarle a usted muchas cosas acerca de aquel precioso contrato cinematográfico.

Y arrebatando el auricular de su horquilla, gritó:

—¡Jefatura de Policía!... ¡Jefatura de Policía!... ¡Vamos, señorita, póngame de una vez en comunicación con la Jefatura de Policía!

Perry Mason asió un brazo de Marjorie Clune, dando un fuerte tirón de ella. Ambos echaron a correr juntos, escapándose pasillo adelante. Tras ellos continuaba resonando la voz de Eva Lamont, que repetía:

—¿Jefatura de Policía?... ¿Jefatura de Policía?... ¿Hablo con la Jefatura de Policía?

El abogado utilizó la escalera para bajar al cuarto piso, y una vez en éste apretó el timbre de llamada del ascensor.

—¡Tranquilícese! —le aconsejó a Marjorie Clune.

Y cuando atravesaban el concurrido vestíbulo del hotel procuró moderar las impacencias de la joven, conteniendo sus pasos cuando veía en ella intenciones de echar a correr en rápida carrera.

—No se apure..., tenga calma —le recomendaba en voz baja.

Al llegar a la calle, le hizo una señal a un taxi que pasaba.

—Hotel Mapleton —fue la orden que le dio al chófer.

Y al mismo tiempo que se acomodaba en el coche, sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo a Marjorie Clune.

—¿Quiere usted fumar? —le preguntó.

La joven tomó un cigarrillo y Perry Mason se lo encendió, aplicando luego la cerilla a otro que cogió para él.

—Recuéstese bien en el respaldo de su asiento —le indicó a Marjorie— y trate de distraerse con pensamientos completamente

ajenos a nuestro caso. Abandónese cuanto le sea posible, sin preocuparse por nada. Y no me interrumpa con preguntas, porque voy a reflexionar. Usted, en cambio, procure no pensar, pues con ello sólo conseguiría complicar aún más las dificultades de su situación. Dedíquese a recordar cosas agradables, no haga ningún esfuerzo de imaginación y descanse. Le conviene estar tranquila y despejada, porque vendrán días de prueba.

—¿Vamos a la Jefatura de Policía? —preguntó ella.

El abogado le contestó, en un tono bastante sombrío y taciturno:

—¡Quia! No pondremos el pie allí, mientras yo pueda impedirlo.

Y continuaron su viaje en completo silencio, llegando así al Hotel Mapleton. Perry Mason le ordenó al chófer esperar un momento y le dijo a Marjorie Clune que permaneciese en el fondo del coche, procurando taparse el rostro con una mano, tanto como le fuera posible. Mientras le recomendaba esto, un portero uniformado había abierto la portezuela del taxi, y el abogado se apeó avanzando con rápidos y decididos pasos hacia la puerta giratoria del hotel y luego hasta el despacho de recepción.

—Aquí se hospeda un señor llamado J. R. Bradbury, en el cuarto número 693, ¿no es cierto? —inquirió.

La empleada alzó sus cejas de un modo interrogativo, replicando:

—Sí, señor. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Yo soy su abogado —repuso Mason—, y como existe la posibilidad de que me convenga hacerle salir de esta ciudad de un momento a otro, por razón de un importante asunto, quisiera dejar liquidada su cuenta, y así podrá partir en cuanto haga falta, sin perder un instante.

—¿Deja usted libre la habitación de ese señor, en nombre suyo? —quiso aclarar la cajera.

—No; sencillamente, vengo a pagar su cuenta hasta este momento —contestó él.

La empleada tiró de una gaveta del archivo, y extrayendo de ella un hoja de papel, se dirigió a una máquina de sumar, manipulándola durante unos instantes, hasta tener calculado el importe total de la factura. Entonces, volvió a reunirse con el abogado, indicándole.

—La cuenta pendiente asciende a ochenta y tres dólares con

noventa y cinco centavos.

—La de la habitación 693, ¿verdad? —preguntó Perry Mason.

—Sí, señor. Ahora sólo tiene alquilada la 693 —explicó la joven—, pero antes tuvo también la 695, que comunica con la primera, y durante varios días estuvo pagando ambas habitaciones.

El abogado sacó un billete de cien dólares y lo introdujo por la ventanilla de la caja. La empleada lo examinó, arrugándolo y manoseándolo entre sus expertos dedos, y se lo llevó a la caja registradora. Marcó en ella el cobro y le trajo a Mason el cambio, junto con un recibo.

El jurisconsulto examinó aquel documento.

—Estas conferencias telefónicas —comentó, señalando al recibo con un dedo—, ¿han sido locales o interurbanas?

—Las interurbanas van marcadas con este signo —explicó la cajera—. Las demás, son urbanas.

—Me gustaría tener una cuenta detallada de estas conferencias urbanas —replicó Perry Mason—. Como usted comprenderá, yo pago ahora una cuenta que no es mía, sino del señor Bradbury. Los restantes conceptos están bien claros y especificados, y no puedo decir nada de ellos, pero me agradecería mucho poderle presentar también un detalle completo de estas llamadas telefónicas locales.

La muchacha frunció su frente por un momento, al cabo del cual dijo:

—Bueno, ya se lo haré. Es un poco pesado buscar esos datos, y me costará algunos minutos el encontrarlos y reunirlos.

—Muchas gracias, señorita —repuso el abogado, sonriendo—. Si no es abusar de su amabilidad, le agradeceré los anote aquí mismo, en el dorso del recibo.

La cajera recogió el documento, se acercó a la centralita telefónica y habló con la operadora. Un momento después, volvía al mostrador trayendo un libro de anotaciones encuadernado en piel; lo abrió y se puso a copiar datos con sus ágiles dedos. Cuando hubo terminado, devolvió el recibo a Perry Mason.

—Le he anotado todas las llamadas; una por una —dijo.

El abogado cogió el papel, lo dobló cuidadosamente, sin preocuparse de echarle una sola mirada, lo introdujo en uno de sus bolsillos y se dispuso a marcharse, no sin antes decir a la complaciente empleada:

—Muchas gracias, señorita, le quedo muy reconocido por su amabilidad.

Capítulo 17

Perry Mason dio un empujón a la puerta de su oficina, echándose a un lado para dejar libre la entrada a Marjorie Clune.

Della Street, que estaba sentada a su mesa, junto a la centralita telefónica, se levantó de un salto, paseando su mirada desde el rostro de su jefe a los azules ojos de su acompañante.

—Della —dijo el abogado—, aquí le presento a Marjorie Clune, la muchacha de las piernas bonitas. Señorita Margy, ésta es Della Street, mi secretaria.

Della Street no aparentó darse por enterada de aquella presentación.

Después de contemplar un instante a Marjorie, desvió sus ojos de nuevo hacia la cara de Perry Mason.

—¿Y es usted mismo quien la trae aquí? —le dijo—. ¿Usted?

El abogado contestó con una inclinación de cabeza.

—Pero, ¿ya recuerda que los detectives andan por aquí? —comentó la joven secretaria—. ¿No se le ocurre que volverán? Tienen montada la vigilancia de este edificio. Ustedes han entrado, sí, pero no podrán salir, y la señorita Clune está reclamada bajo la acusación de un asesinato. Esto servirá sencillamente para complicarlo a usted en el caso, como encubridor.

Marjorie Clune se colgó del brazo de Perry Mason.

—¡Oh, cuán apenada estoy! —dijo. Luego, volviéndose hacia Della Street, añadió—: De haberlo sabido, yo no hubiera hecho semejante locura.

La secretaria se acercó rápidamente a Marjorie Clune, y echándole un brazo sobre sus hombros, le dijo, compasiva:

—¡Bueno, bueno, señorita, no se apure! Usted no tiene la culpa. Mi jefe está siempre haciendo tonterías como ésta... siempre arriesgándose porque sí...

—Y siempre saliendo con bien de tan terribles situaciones —añadió el abogado, sonriente—. ¿Por qué no le cuenta también eso, Della?

—Porque algún día no será usted capaz de salir del paso —replicó la secretaria.

Perry Mason miró a su empleada de un modo muy significativo.

—Introdúzcala en mi despacho particular, Della —le indicó—, y que espere allí.

La señorita Street abrió la puerta de la habitación señalada por su jefe.

—Entre usted, ¡pobre niña! —le dijo a Marjorie, maternalmente—. Todo esto es espantoso, ¿verdad? Pero no se preocupe, pues pronto se resolverá de un modo favorable.

Marjorie Clune se detuvo en el momento de ir a traspasar el umbral.

—Hágame el favor de no crearse ningún conflicto por culpa mía..., ¿me lo promete? —le preguntó al abogado.

Della Street la empujó suavemente con el brazo, obligándola a entrar, sin más demoras, en el despacho interior. Luego, le hizo tomar asiento en el gran sillón de cuero que, destinado a los visitantes, se hallaba ante el escritorio de su jefe.

—Espérese aquí y trate de descansar algo —le recomendó—. Como este sillón es tan amplio, puede usted apoyar la cabeza en el blando almohadillado del respaldo y recoger los pies sobre el asiento; así estará bien cómoda.

Marjorie Clune le dedicó una agradecida sonrisa.

Después de dejar instalada a la atribulada muchacha, Della Street se reunió con Perry Mason en el despacho exterior.

El abogado se fue hacia la puerta de entrada, la abrió y corrió el trinquete de la cerradura, dejándolo en la posición de seguridad en que lo dejaban por las noches, para que no pudiera abrirse desde fuera sin tener la llave.

—No quiero que nadie me estorbe durante unos pocos minutos —comentó—. ¿Dónde está Bradbury? ¿En la sala de la biblioteca?

La señorita Street contestó afirmativamente inclinando la cabeza; luego, dirigió la vista a la puerta del despacho particular, preguntándole a su jefe:

—¿Dónde la ha encontrado?

—Por más suposiciones que usted hiciera, nunca lo adivinaría —repuso Mason.

—¿No me quiere decir dónde estaba?

—En Summerville.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y cómo fue allá?

—En tren. Pero yo llegué antes que ella.

—¿Es posible?

—Sí. Fui allí siguiendo a otra persona.

—¿A quién?

—Al doctor Doray. Se había marchado en el avión de medianoche.

—¿Y los encontró allí a los dos? —preguntó Della.

El abogado confirmó con un gesto la suposición de su secretaria.

—¿Estaban juntos?

Perry Mason se sacó del bolsillo su paquete de cigarrillos, mirándolo con afectada tristeza.

—Sólo me quedan dos —comentó.

—Aquí tengo ya preparada otra cajetilla —repuso su secretaria.

Él encendió uno de los pitillos, deleitándose en las primeras chupadas.

—Dígame, ¿estaban juntos? —volvió a preguntar Della Street.

—Sí, y nada menos que en la mejor «suite» nupcial del hotel.

—¿Se han casado, por lo visto?

—No, no se han casado.

—¿Pero iban a casarse?

—No, porque ella estaba dispuesta a contraer matrimonio con Bradbury.

—Entonces, usted quiere decir... que..., que... —balbuceó la secretaria.

—Sí, señorita, eso mismo —repuso él, sin dejarle acabar la frase—. Ella iba a casarse con Bradbury, porque este señor la había acorralado de tal modo, que no quedaba otra alternativa. Pero antes de sacrificarse, decidió dedicar una semana de su vida a Bob Doray.

Della Street se acercó a un voluminoso libro que estaba junto a su teléfono.

El abogado la interrumpió con una afirmativa inclinación de cabeza.

—Sí —dijo—, ya me di cuenta de la señal, tan pronto como

entré. Eso es un dato importantísimo. Era algo que yo debía saber a toda costa, pero estaba temeroso de encontrarme aquí a algunos detectives y no quería verla a usted en el trance de darme la noticia delante de ellos.

—Bien, pues ésta es la señal que usted me indicó, y ya sabe su significado: Marjorie Clune utilizó el teléfono del departamento de su amiga Thelma Bell, cinco minutos justos antes de marcharse de allí.

—¿Y sabía Thelma quién se hallaba al otro extremo de la línea?

—No; ella dice que Marjorie se quedó en su casa y habló por teléfono durante pocos minutos, advirtiéndole luego a quien comunicaba con ella: «Te llamaré otra vez antes de una hora», o algo así; y también me ha contado que Marjorie no parecía muy contenta después de aquella conversación telefónica, porque estaba temblando en el momento en que colgó el receptor.

Perry Mason, absorto en sus pensamientos, contemplaba el humo que se desprendía de su cigarrillo, como si estudiase sus caprichosos rizos.

—¿Y qué opina de lo de Bradbury? —le preguntó su secretaria—. ¿Va usted a seguir sus instrucciones?

—¡Que se vaya al infierno con sus ocurrencias! —exclamó el abogado—. Yo soy quien lleva este asunto y no necesito sugerencias ajenas.

Coincidiendo con estas palabras, se abrió silenciosamente la puerta de la sala biblioteca, y J. R. Bradbury se introdujo en la oficina, pálido casi blanco de rostro, pero con una expresión enérgica y unos ojos fríos y resueltos.

—Usted puede pensar, si así le acomoda, que es quien dirige esta comedia —comentó—, mas yo le aventajo en muchas cosas. De modo que esa pequeña mentirosa, esa muñeca estúpida, ha querido engañarme, ¿eh? Y se fue a vivir con Doray a una «suite» nupcial, ¿no es así? ¡Malditos sean! ¡Ya les enseñaré yo a ese par!

Mason miró a Bradbury con un interés rebosante de soberbia.

—¿Estaba usted escuchando por el ojo de la cerradura —le preguntó—, o se subió a una silla y oyó todo eso por el montante?

—¡Como si ese detalle le interesase mucho! —repuso Bradbury, en tono frío y furioso—. Pues bien, sí, he estado escuchando por el montante, después de abrirlo poco a poco para oír mejor.

Della Street miraba alternativamente a Bradbury y a su jefe, con ojos llenos de indignación. Se le oyó hacer una rápida inspiración, como si fuese a decir algo, pero entonces se fijó en la significativa mirada de Mason, permaneciendo silenciosa.

El abogado se sentó a medias sobre una esquina de su mesa, dejando que su pierna levantada se balancease, perezosamente, de un lado para otro.

—Me parece que vamos a tener que hablar muy claro, señor Bradbury —le dijo a su cliente.

Este último asintió con un gesto replicando:

—Entérese bien de lo que le voy a decir, señor Mason. Usted es un luchador, y yo lo admiro y lo respeto mucho; pero yo también estoy dotado de espíritu combativo, y creo que usted, a su vez, no me considera como es debido.

Su voz era áspera, cortante y forzada.

Los ojos de Perry Mason se mantenían fijos, tranquilos y pacientes.

—No, amigo Bradbury; usted no es un luchador, mal que le pese; usted es de los que toman ventaja, aprovechándose de los errores de otras personas. Su cerebro es de un tipo muy corriente en la Banca. Se sienta usted en un rincón, observa, aguarda y se echa encima súbitamente cuando cree llegado el momento oportuno. Yo no combato de este modo, yo voy sondeando el terreno, preparándome mis propios éxitos, pero corriendo también los correspondientes riesgos. Usted, en cambio, no quiere aventurarse nunca; prefiere ocupar posiciones seguras. No arriesga jamás su propia piel.

Se produjo un rápido cambio de expresión en los ojos de Bradbury.

—No sé de dónde saca eso de que yo no arriesgo mi propio pellejo —dijo—, porque corro infinidad de albuces, si bien soy siempre lo bastante modesto para ocultarlo.

Los ojos del abogado continuaron mostrándose pacientes y contemplativos.

—Le concedo a usted algo de razón en sus aseveraciones, señor Bradbury —repuso—. Tal vez debo yo rectificar mi primitiva declaración.

—Bueno, toda esta retórica no nos va a conducir a ninguna parte, amigo Mason —concluyó Bradbury—. Creo que usted y yo

nos comprendemos mutuamente de un modo perfecto. Yo estoy acostumbrado a mis propios procedimientos; resuelvo mis problemas a tuercas o a derechas, pero los resuelvo. Hay muchas personas que me odian; otras muchas opinan que yo uso tácticas desleales; sin embargo, todos han de admitir que cuando yo digo: «Voy a hacer tal cosa», la hago.

Della Street paseaba su mirada alternándola de uno a otro hombre.

Mientras tanto, Perry Mason fumaba en silencio.

—Le indiqué antes a usted —continuó Bradbury— que necesito que Bob Doray se confiese culpable.

—Eso no es lo primero que usted me dijo —replicó el abogado.

—Cierto, mas he cambiado de idea y, por consiguiente, de planes. Deseo que usted consiga lo que acabo de indicarle ahora.

Mason frunció los labios pensativamente, mirando a su secretaria y, después, a Bradbury.

—Yo no habría admitido nunca los encargos de usted, si hubiese sabido que ésta iba a ser una de las condiciones, señor Bradbury. Recuerde usted que le costó trabajo el que yo aceptase el defender al doctor Doray. Y le advertí que si me encargaba de esa misión, la desempeñaría poniendo en juego lo mejor de mi habilidad, luchando por salvar a ese hombre de toda condena posible, y que sus intereses y los de Marjorie Clune serían las únicas cosas dignas, para mí, de ser tenidas en cuenta durante mi gestión.

—No me importa nada de lo que usted me dijo —repuso Bradbury, impaciente—. El tiempo apremia. Hemos de actuar pronto de un modo u otro, y...

Un ruido le interrumpió: era el producido por la masa de un hombre que forcejeaba contra la puerta de entrada a la oficina exterior. El cristal biselado mostró las sombras de dos individuos, cuyas siluetas se dibujaban en él. Mientras tanto, el pomo de la cerradura se agitaba bruscamente, y sus movimientos eran acompañados por imperativos golpes dados en la puerta.

El abogado le hizo una seña a su secretaria.

—Abra la puerta, Della —le ordenó.

Bradbury advirtió, de una manera rapidísima:

—Pongámonos de acuerdo, señor Mason. Mi decisión es firme y absoluta con respecto a este punto: como usted trabaja por mi

cuenta, debe cumplir mis órdenes.

—Yo siempre trabajo en beneficio de los intereses de mis clientes —replicó el abogado—. Acepté el encargo de usted en el bien entendido de que había de hacer todo lo posible para conseguir una completa reivindicación de mis defendidos, y...

Cortó sus palabras al ver que Della Street acababa de abrir la puerta.

Riker y Johnson se precipitaron dentro de la habitación.

—Bueno —dijo Riker—, al fin hemos dado con usted.

—¿Acaso me buscaban, muchachos? —preguntó Perry Mason.

Johnson se echó a reír.

—¡Oh, no! —exclamó con marcado sarcasmo—. No es eso precisamente lo que nos hace venir aquí. Sólo deseábamos verle con motivo de un pequeño consejo de carácter legal.

Riker dio dos pasos hacia Bradbury.

—¿Quién es este hombre? —le preguntó al abogado.

—Un cliente —repuso Perry Mason.

—¿Y qué hace aquí?

—¿Por qué no se lo pregunta usted a él? —replicó el abogado—. Yo no le puedo contestar, porque los encargos de mis clientes los considero siempre como noticias confidenciales.

Bradbury se encaró con los dos agentes, pero no dijo nada.

—Necesitan verlo a usted en la Jefatura de Policía, para hacerle algunas preguntas —le indicó Johnson a Perry Mason.

—¡Qué lástima! —exclamó este último—. Da la casualidad de que he estado fuera de mi oficina durante algún tiempo, y tengo un poco de trabajo para resolver en el acto. Me temo que no podré ir a la Jefatura ahora mismo.

—Me parece que ya le hemos dicho que su presencia es necesaria allí para someterlo a un interrogatorio —indicó Riker.

—¿Vienen ustedes provistos de una citación en regla? —preguntó el abogado.

—No —repuso Riker, arrugando el ceño—, pero podemos proporcionárnosla, y no será cuestión de mucho rato.

—Muy bien dicho —observó Mason—. Pues manos a la obra y vayan en busca de ese documento.

—Oiga, amigo —advirtió Johnson—; de nada le va a servir que se ponga en ese estúpido terreno. Ya sabe usted que podemos

detenerlo ahora mismo y llevárnoslo a la Jefatura. Si insiste en que nos procuremos una orden escrita, se hará así, pero entonces se abrirá procedimiento criminal y luego habrá que seguirlo. Usted está comprometido en este asunto de tal modo, que parece como si se hubiera metido de cabeza en un caso de felonía. El jefe quiere proporcionarle la oportunidad de salir con bien del apuro. Desea darle ocasión de explicarse, antes de presentar ante el Jurado de acusación las pruebas que ha reunido. Es un favor que debe agradecerle. Si quisiera hablar y explicarle sus cosas, para tratar de salir del paso, síganos. A nosotros nos da lo mismo un procedimiento que otro. Sólo nos han enviado aquí para que le acompañemos a la Jefatura, y no tenemos preferencia por seguir un camino determinado.

—Escúchenme, muchachos; me han dicho antes que venían aquí con motivo de consejo de carácter legal —dijo el abogado—. Me va pareciendo, después de oírles, que tenían razón. Aparentemente, al menos, la tienen, porque necesitan que yo les dé un consejo. Y voy a dárselo: ustedes podrán conducirme a la Jefatura de Policía cuando vengan provistos de un mandamiento en regla, decretando mi detención. Sin ese documento no me sacarán de aquí de ninguna manera.

—Nosotros nos lo podemos llevar a usted ahora mismo, pese a todas sus opiniones legales —replicó Johnson.

Perry Mason les dirigió una mirada investigadora y agresiva por demás.

—Bien —les dijo—, tal vez les sea posible detenerme, aunque acaso, repito, no puedan conseguirlo tan fácilmente.

—¡Maldita sea! —exclamó Riker—. Tú, Johnson, vete al teléfono y llama a la Jefatura.

Mason se encaró con los dos detectives, riendo sarcásticamente.

—¡Vamos, muchachos! —repuso—, acabemos de una vez con esta comedia. No están hablando con un tonto de remate que desconozca sus derechos, sino con un abogado. Si ustedes, señores policías, hubiesen tenido pruebas suficientes para extender el mandamiento de arresto, ya lo hubieran traído ahora consigo. Pero no lo traen y no podrán procurárselo, ni ahora ni después. Tal vez el jurado de acusación, después de darle muchas vueltas al caso, sea capaz de extender una denuncia contra mí, o acaso encuentren

ustedes algún individuo lo bastante loco para firmar semejante documento, pero todo lo que conseguirán con esto es que yo me ponga en una actitud defensiva, porque veo que quieren inmiscuirse en mis asuntos privados. Convénzanse de que ése es un mal camino, de que no pueden hacer tal cosa. En fin, ahí tienen el teléfono. Si quieren, pueden llamar a la Jefatura de Policía.

Y volviéndose hacia su secretaria, añadió:

—Haga lo que desean, Della. Siga la comedia y llame a la Jefatura de Policía.

La joven descolgó el teléfono y se puso a llamar con su acostumbrada insistencia.

—Póngame en comunicación con la Jefatura de Policía —le dijo a la operadora de la central.

Perry Mason les hizo una mueca a los detectives.

—Cuando esté preparado para ir a las oficinas de la Policía —explicó—, iré allá. Y si ustedes, compañeros, desean arrestarme, no se aguanten las ganas y deténganme, pero ándense con mucho cuidado para asegurarse de que lo hacen en una forma completamente legal.

—Ahora, escúcheme —advirtió Johnson—; hemos reunido un montón de pruebas que lo comprometen a usted, señor Mason, un montón. Usted está mezclado de muchas maneras en este asunto. Empezaron a complicarse las cosas al esconder a Marjorie Clune.

—¿Y cómo saben ustedes que fui yo quien la escondió? —quiso saber el abogado.

—Porque usted alquiló un taxi y lo retuvo, esperándolo, en las cercanías del cuarto donde se hallaba esa joven, la cual salió poco después de haberla visitado usted.

—¡Caramba! ¿Han averiguado todo eso? —exclamó Perry Mason, añadiendo luego—: ¡Qué afortunados!

—Esperan en el aparato los de la Jefatura de Policía —advirtió en voz baja Della Street—. Señor Mason, ¿qué desea usted?

Johnson miró a Riker.

—¡Voto al diablo! —exclamó el primero—. ¿Qué les vamos a decir? Cuelgue el aparato, señorita.

—Haga lo que le mandan, Della —añadió el abogado.

La secretaria movió una clavija, cortando la comunicación establecida.

—De todos modos —le dijo Johnson a Perry Mason—, le apostaría a usted cinco dólares a que volveremos aquí con la orden en regla de arresto antes de transcurrir cuarenta y ocho horas.

—Pues yo le apuesto cinco dólares a que no —replicó el abogado—. Deposite su dinero, formalizando la apuesta.

Ambos policías se volvieron y empezaron a marchar en dirección a la puerta.

Bradbury contemplaba fijamente a Perry Mason.

—Un momento, señor letrado —le dijo—. ¿Va usted a seguir mis instrucciones en este asunto?

Mason avanzó dos pasos hacia Bradbury, y después se quedó parado, contemplándolo con molesta fijeza. Riker, con la mano ya sobre el tirador de la cerradura, se detuvo a ver qué pasaba, mientras Johnson se volvía para presenciar la escena.

—Escuche esto —le gritó el abogado a Bradbury, recalcando las sílabas—, y procure entenderlo bien, porque no quiero tener que repetirlo; en todo cuanto se refiera a nuestro caso, usted debe contentarse con el papel de «Santa Claus»; sí señor, ni más ni menos. Límitese a pagar los gastos; pero aparte de eso, no se meta en ninguna otra cosa..., ¿me comprende?, ¡ni en una sola maldita cosa!

Bradbury, sin darse por enterado, se volvió hacia los detectives.

—Señores —les dijo—; si abren la puerta de ese despacho particular, encontrarán ahí escondida a Marjorie Clune, quien hasta ahora ha huido de la Justicia.

Perry Mason se plantó de un solo salto delante de los dos agentes.

—Al que se atreva a abrir esa puerta sin un mandamiento de registro —advirtió—, le romperé una mandíbula.

Los dos hombres cambiaron entre sí rápidas miradas, dirigiendo después la vista a Bradbury, con expresión interrogativa.

—Les aseguro que sé muy bien lo que me digo —insistió Bradbury—. Esa muchacha está ahí dentro, y si no se apresuran a detenerla se les escapará por la puerta que da al corredor del piso.

Ambos detectives se lanzaron hacia la entrada del despacho particular. El abogado les salió al paso con la flexible actitud de un boxeador profesional. Bradbury saltó tras él por la espalda, rodeando con sus piernas la cintura de Mason y sujetándole los

brazos. Perdiendo el equilibrio ante aquella acometida imprevista, Mason se tambaleó ligeramente. Riker aprovechó el momento para cargar contra él, y Mason y Bradbury rodaron sobre la alfombra. Delta Street gritaba con todas sus fuerzas, mientras Johnson abría de un empujón la puerta del despacho particular.

Marjorie Clune se esforzaba, sin conseguirlo, en correr el pestillo de la puerta de escape, único camino para ganar el vestíbulo del edificio.

—¡Estése quieta ahí mismo o le suelto un tiro! —gritó Johnson.

La joven se volvió para mirar a quien le daba tan imperiosa orden. Pero se quedó inmóvil, el rostro casi blanco de puro pálido, sus azules ojos muy abiertos y asombrados, al ver allí a los dos detectives.

—¡Válgame Dios! —exclamó Johnson, en voz contenida—. ¡Vaya si lo es! ¡La propia Marjorie Clune!

Mientras tanto, Perry Mason había logrado volverse a poner en pie. Bradbury se sacudía cuidadosamente las escasas partículas de polvo adheridas a las rodillas de sus bien planchados pantalones. Riker se sacó unas esposas del bolsillo de la americana.

—¿Es usted Marjorie Clune? —le preguntó este último policía a la asustada muchacha.

Los ojos de Marjorie se clavaron sobre él, mirándolo con bastante decisión y valor.

—Si tiene usted alguna pregunta que hacerme —le dijo sin vacilar—, entiéndase con mi abogado, el señor Perry Mason.

Éste le hizo un gesto a su secretaria.

—Vuelva a llamar a la Jefatura de Policía, Della —le ordenó.

Capítulo 18

Perry Mason sujetó a Johnson por el hombro, en el momento en que este último colocaba las esposas en las muñecas de Marjorie Clune.

—Usted no necesita maniatar a esta señorita, ¡grandísimo zoquete! —le gritó.

Johnson dio media vuelta bruscamente, brillándole de odio los ojos.

—¿Se cree usted que porque es abogado va a hacer todo lo que le dé la gana? —le replicó a Mason—. Primero nos dijo que no podíamos arrestarlo a usted, y ¡cáspita!, que en esto tenía razón. Ya sabíamos nosotros que no era posible. No teníamos bastantes motivos para detenerlo legalmente. Pero la situación ha cambiado desde entonces. Ahora podemos arrestarlo con todas las de la Ley.

—¿Quieren ustedes escucharme un momento? —preguntó Perry Mason.

—¡Oh! Ahora quiere usted contarnos cuentos, ¿no es así? —comentó Riker—. La situación actual es un poquitín diferente. Conque siente deseos de hablar, ¿verdad?

Della Street entró en el despacho particular del abogado, deteniéndose hasta cruzar una mirada con él.

—La Jefatura de Policía al teléfono —le indicó.

—Dígale al detective sargento O'Malley que, si puede venir a mi oficina antes de diez minutos, le proporcionaré algunos datos confidenciales referentes al caso del asesinato de Patton —repuso Mason.

La secretaria inclinó su cabeza, en señal de asentimiento.

—No podrá venir aquí en sólo diez minutos —dijo Johnson—. Más vale que le diga a O'Malley que espere en la Jefatura.

Della Street no le hizo el menor caso, apresurándose a volver a

la oficina exterior, para cumplir el encargo de su jefe.

El señor Bradbury, con una fría sonrisa de triunfo en su rostro, se sacó un gran cigarro del bolsillo, cortó una de sus puntas y lo encendió.

—Este hombre es quien me encargó la defensa de Marjorie Clune —declaró el abogado, señalando a su cliente—. Él es el único que me ha recomendado que la mantuviese alejada de la Policía, procurando evitarle a la joven toda molestia.

—Nunca dije semejante cosa —replicó Bradbury.

—Él es también quien me encargó la defensa del doctor Robert Doray.

—Repito que todo eso es falso —insistió Bradbury.

—¿Y qué demonios nos importa a nosotros lo que haya hecho o dicho ninguno de los dos? —preguntó Riker—. Hemos conseguido atraparlo a usted y tenemos también en nuestro poder a esta pájara. La muchacha está acusada de asesinato. Usted ya sabía que la buscábamos para detenerla por ese motivo, porque la noticia se ha publicado en los periódicos. La joven ha sido encontrada en su oficina, y usted estaba ocultándola aquí. Esto le proporciona el papel de encubridor de la acusada. Estamos ante un caso de felonía y no necesitamos ya ningún mandamiento para arrestarlo. Ahora tenemos la prueba acusadora que nos hacía falta: se trata de un delito de felonía cometido en nuestra presencia, se mire como se quiera, aunque existiendo la felonía, importa poco que nosotros la hayamos presenciado o no.

—Si ustedes quieren escucharme —dijo Perry Mason—, yo les explicaré claramente todos los detalles de la situación.

—Dígaselos al juez —repuso Johnson—. He estado tratando de darle caza a usted desde el mismo día en que nos conocimos, señor Perry Mason. Y usted nos ha estado tomando el pelo. Tomándonos el pelo y dándole largas al asunto durante demasiado tiempo; de modo que ahora no le queda otro recurso que venir con nosotros. Póngale los brazaletes, Riker.

El abogado se quedó mirando fijamente a los dos detectives.

—Necesito hablarles —les dijo.

—Me importa un comino lo que usted necesite —le replicó Johnson.

—Cuando lleguemos a la Jefatura de Policía —indicó Perry

Mason—, me preguntarán si tengo algo que alegar. Y yo les diré que estaba dispuesto a confesarlo todo, pero que ustedes dos han sido tan torpes, que no quisieron dejarme hablar, por lo cual, en vista de su actitud, he decidido mandar al infierno a la acusación, condenándola a que se las arregle como pueda y trate de probar claramente mi culpabilidad.

Johnson se volvió hacia Riker, diciéndole:

—Cierra con llave esa puerta. Si este hombre quiere confesar algo, eso ya es distinto.

—¿Quiere usted declarar? —le preguntó Riker al abogado.

—Sí —repuso este último.

—¿Qué nos va a decir?

—Me referiré a las cosas en que pienso basar mi defensa.

Riker abrió la puerta de comunicación con la oficina exterior.

—Oiga, joven —le dijo a Della Street—, venga aquí y tome en taquigrafía lo que diga este señor.

—Es su propia mecanógrafa —objetó Johnson.

—No importa. Ella tomará esas notas si él se lo manda —replicó Riker—. Y si el señor no quiere darle tal orden, pues no habrá declaración de ninguna clase.

Mason rió.

—No se piensen, muchachos, que ustedes van a meterme miedo —les dijo—. Pero da la casualidad de que a mí también me conviene que se registre mi declaración. Della, ¿quiere usted hacer el favor de tomar taquigráficamente todas las palabras que se pronuncien en esta habitación? Necesito una transcripción completa taquigráfica de lo que se diga y de quién lo dice.

—Vamos allá —repuso Johnson, frunciendo los labios ligeramente—. Empiece su peroración.

—La primera vez que tuve noticias de este asunto —comenzó el abogado— fue cuando solicitó mis servicios el señor J. R. Bradbury, ese caballero que está de pie ahí. Antes de verme a mí, había estado en la oficina del fiscal del distrito, pero allí no pudieron complacerle. A mí me dijo que buscara a Frank Patton y tratara de acusarlo. Por indicación mía, utilizó los servicios de Paul Drake, y de sus ayudantes, para hallar a Patton.

—Esto no parece una declaración —comentó Riker.

Perry Mason clavó en él una fría mirada, replicando:

—¿Quiere usted escuchar o prefiere que no oiga nada?

—Déjale hablar, Riker —recomendó Johnson.

—Quisiera hacer constar que yo no acepto las caprichosas afirmaciones de este hombre —advirtió Bradbury.

—Cállese —le dijo Johnson.

—No me callaré hasta haber expresado mi punto de vista —replicó Bradbury—. Conozco muy bien cuáles son mis derechos.

Riker se le acercó, agarrándolo por el nudo de su corbata.

—Escuche, amigo —le gritó—, nos hemos quedado aquí para escuchar la confesión de este señor, no para oír los comentarios de usted. De modo que a sentarse y a callar.

Y empujó a Bradbury hacia atrás, haciéndole caer en una silla. Después se volvió hacia Mason.

—Continúe —le dijo—. Usted necesitaba hablar. Pues ya puede empezar.

—Bradbury se presentó en mi oficina —prosiguió el abogado—. Antes de su visita, yo había recibido un telegrama firmado por Eva Lamont. Bradbury me indicó que él era quien había enviado aquel despacho. En el telegrama se me pedía que estuviese preparado para actuar en cierto caso relativo a Marjorie Clune. Bradbury me explicó el asunto. Marjorie Clune había sido víctima de las combinaciones de Frank Patton, y él me necesitaba para encargarme que buscase a Frank Patton y presentara contra él una acusación legal. Por mediación de Drake conseguimos enterarnos del domicilio de Patton. Al hacer estas gestiones, tuvimos ocasión de entrevistarnos con una joven llamada Thelma Bell, la cual vive en los Departamentos Saint James, en el Este de la calle Faulkner. El número del teléfono es Harcourt, 68391. Siempre he tenido una memoria feliz para recordar números de teléfonos.

»En la tarde en que Drake logró enterarse del domicilio de Frank Patton, yo estaba sentado en mi despacho, esperando una llamada telefónica de dicho detective. Pensábamos salir juntos, para intentar arrancarle a Patton una confesión comprometedor. Bradbury llegó entonces a mi oficina. Yo le dije que me esperase, haciéndole sentar en el despacho general. Poco después llamó Drake por teléfono; le dije al detective que me reuniría con él. Tomé un taxi y me dirigí a su encuentro. Mientras tanto, envié a Bradbury a su hotel, donde había de recoger ciertos periódicos. Se hospeda en el Hotel

Mapleton. Me anticipó que tardaría media hora en hacer el viaje de ida y vuelta, aun utilizando un taxi. Esto podía ser verdad, teniendo en cuenta la distancia a recorrer, la cual requería casi exactamente dicho tiempo.

—¿Va usted a confesar —preguntó Bradbury en tono frío y acusador— que penetró antes que la Policía en el departamento de Patton, cerrando con llave la puerta cuando salió de allí?

Johnson se encaró a Bradbury.

—¿Qué sabe usted de eso? —le preguntó.

—Pues a mí me consta que el señor letrado hizo lo que acabo de decir —repuso Bradbury.

—¿Y cómo se ha enterado usted?

—Porque me llamó por teléfono mientras estaba yo aquí, en su oficina, no mucho después de las nueve de la noche, contándome detalles del asesinato —contestó Bradbury, acompañando sus palabras con una triunfadora mirada de soslayo a Perry Mason—. Me explicó cómo se había cometido el crimen y ni la misma Policía lo sabía a aquellas horas. Yo le dije que hiciese todo lo posible para proteger a Marjorie Clune. Me refería, como es natural, a los recursos puramente legales.

Johnson y Riker cambiaron entre sí rápidas miradas.

—¿Era ésa, entonces, la llamada telefónica que Perry Mason hizo desde la droguería? —preguntó Riker—. Porque nosotros hemos seguido la pista de su taxi desde aquí hasta la esquina de las calles Novena y Olive, desde esa esquina a la vivienda de Patton, desde este último sitio a una droguería y luego hasta los departamentos de Saint James.

—Sí, señores, yo fui quien habló con él en esta ocasión —dijo Bradbury—. Deseo dejar definitivamente sentado que he hecho esta misma declaración ante testigos y tan pronto como llegó a mi conocimiento que el señor Mason había procedido de un modo ilegal en absoluto. No quise verme envuelto en ninguna ilegalidad técnica.

Riker miró a Della Street.

—¿Ha copiado usted bien esas palabras? —le preguntó.

—Sí, señor —repuso la secretaria.

—Continúe usted —le indicó Johnson a Bradbury.

—Dejemos primero que acabe el señor Mason —hizo constar

Bradbury, señalando, con un ademán de cabeza, hacia el abogado.

—Muy bien. Pues llegué al cuarto de Patton —siguió diciendo el jurisconsulto— y llamé a la puerta. Nadie me contestó. Entonces, abrí y entré en la vivienda. La puerta no estaba cerrada con llave. Allí encontré el cadáver de Patton. Había sido herido de una puñalada. También hallé una porra tirada en un rincón del aposento principal. Cuando ya me marchaba, oí a un guardia que se acercaba por el pasillo. Yo no quería que me vieran salir del departamento, ni tampoco me convenía ser visto allí, plantado ante la puerta abierta. Yo llevaba una llave maestra en el bolsillo, y la aproveché para cerrar por completo la puerta, después de lo cual me puse a dar golpes sobre sus plafones. Le dije al policía que acababa de llegar y que estaba llamando para ver si me abrían y podía entrar a visitar a aquel vecino.

Perry Mason hizo una pausa. Se produjo un gran silencio en la oficina, el cual permitió a todos los allí presentes oír los rasgueos producidos por la pluma de Della Street al deslizarse sobre su cuaderno taquigráfico, así como los profundos suspiros que intercalaba en su respiración.

—¡Valiente abogado me está resultando usted! —exclamó Riker, desdeñosamente—. Esa confesión, corroborada por el señor Bradbury, le va a meter en una celda, donde pasará el resto de su vida.

—En la mesa del cuarto de Patton había dos recados telefónicos —continuó explicando Perry Mason sin darse por enterado del último comentario—. En uno de ellos se le avisaba que dijese a Thelma que Marjorie llegaría tarde a su cita. El otro era para que hablase con Margy, llamando a Harcourt, 63891. Yo vi aquellos dos mensajes telefónicos y el segundo me recordó el número de Thelma Bell. Telefoneé a Bradbury, solicitando sus nuevas instrucciones, en vista de los hechos ocurridos. Él me contestó que protegiese a Marjorie Clune, sin parar mientes en lo que tuviera que hacer para conseguirlo, ni en los medios que fuera preciso emplear.

—¡Eso es una mentira! —replicó Bradbury—. Yo lo contraté a usted en calidad de abogado. Por consiguiente, nunca pude esperar que hiciese nada ilegal. Es decir, que yo no puedo compartir con este señor la responsabilidad de sus errores.

—No se preocupe por eso —advirtió Johnson—. Continúe,

Mason.

—Después me fui al departamento de Thelma Bell —dijo el abogado—. Allí encontré a Marjorie Clune. En el momento de mi llegada se estaba bañando, y Thelma Bell se había tomado también, antes que su amiga, otro baño. Thelma me dijo que tenía una cita con Frank Patton, pero que no había acudido a ella, pues prefirió salir de paseo con su novio. Yo telefoneé a ese muchacho, con el fin de comprobar tal extremo, y él me confirmó la noticia.

»Le recomendé a Marjorie Clune que se fuese a un hotel, inscribiéndose en el registro de entrada con su propio nombre, y que luego telefonease a mi oficina, dándome cuenta de dónde se había alojado, y le aconsejé que no saliera del hotel. Ella me prometió que así lo haría. Siguiendo mis instrucciones, telefoneó a mi oficina, comunicando que se hallaba en el hotel Bostwick, en el cuarto 408. El número de teléfono era Exter, 93821. Yo volví a hablar con Bradbury. Le conté lo que había ocurrido, si bien omití el explicarle mi entrada en el departamento de Patton, así como que era yo quien había cerrado la puerta con llave. Bradbury me encargó que defendiese al doctor Doray, al mismo tiempo que Marjorie Clune, y yo acepté su proposición.

»Cuando telefoneé al señor Bradbury, se hallaba en su hotel, porque no quiso esperarme en mi despacho. Había vuelto a esta oficina con los periódicos que fuera a buscar al Hotel Mapleton. Su retorno fue aproximadamente hacia la hora en que yo telefoneé por primera vez. Creo que acababa de entrar aquí cuando le llamé desde la droguería situada cerca del departamento de Patton.

—También traje junto con los papeles una cartera —intervino Bradbury.

—Sí —repuso el abogado—, usted telefoneó a Della Street, preguntándole si convendría que la trajese, y ella le contestó que sería un buen medio de llevar bien ordenados todos aquellos papeles.

—Esa conferencia telefónica la tuve desde mi habitación del hotel —explicó Bradbury a los policías.

—Después de lo dicho —continuó Mason—, telefoneé a Marjorie Clune, resultando que se había ido del hotel. Mientras tanto, unos agentes de policía se pusieron en contacto con mi secretaria, aquí presente, acusándola de haber telefoneado al doctor Doray para

recomendarle su huida de este distrito. En realidad, Della Street no había telefonado al doctor.

—Eso lo dice usted —comentó Bradbury.

—Cállese de una vez —le ordenó Riker.

—Me enteré —siguió contando el abogado— de que Marjorie Clune había intentado tomar el avión de medianoche. Entonces, alquilé un aeroplano, y en él me puse a seguir el itinerario del susodicho avión correo. Al llegar a Summerville, primer punto de escala, descubrí que el doctor Doray había desembarcado. Me dirigí al hotel River View, donde hallé al doctor Doray, alojado en la «suite» dedicada a los recién casados. Al principio, él protestó de que Marjorie Clune estuviese enterada de su viaje, pero mientras estábamos hablando, la señorita Clune se personó en la habitación. Según nos dijo, había llegado al aeródromo después de la salida del avión, por lo cual tomó el tren. La Policía se presentó entonces en aquel hotel, buscándola para arrestarla. Yo escamoteé a la joven, logrando sacarla del hotel y traerla de nuevo a esta ciudad —afirmó Mason, haciendo una pausa.

—¿Eso ha hecho usted? —preguntó Riker.

—Sí, señor, eso hice —repuso Mason.

—¡Y el tonto lo confiesa! —contestó Johnson.

El abogado los miró a ambos con sus fríos y desdeñosos ojos.

—Si a ustedes, señores, les interesa mi confesión —dijo—, será preferible que mantengan la boca cerrada, y así acabaré antes, pues es larga.

—Déjese de hacer frases y continúe —le replicó Johnson.

Perry Mason le contestó con una fija mirada; después cambió de postura, colocándose frente a Della Street.

Bradbury volvió a meterse en la conversación, diciendo:

—Si ustedes dos, señores, hacen buen uso de sus cerebros, comprenderán que el detalle de aquella puerta cerrada con llave va a tener una importancia capital en este proceso. Si la citada puerta hubiese aparecido cerrada, pero sin echar la llave, eso hubiera equivalido casi a poder asegurar que Robert Doray mató a Frank Patton. Mas si la puerta se encuentra cerrada con llave, eso significa que Frank Patton fue asesinado por...

—Oiga: guárdese en la mollera todos sus comentarios —dijo Johnson, interrumpiéndole—. Ya tendrá oportunidad de hablar

antes de que se acabe este asunto. Usted está jugando al escondite con la mismísima Ley. A mí me va pareciendo que intenta hacer víctima de un *chantaje* a Perry Mason, aprovechándose de los informes que posee. No se crea que nos va a soltar todas esas noticias y le vamos a dejar luego que se marche tan tranquilo.

—¡Ustedes no pueden hablarme a mí de ese modo! —gritó Bradbury, saltando de su silla.

—Hazle que se siente otra vez, Riker —ordenó Johnson.

Su compañero agarró de nuevo a Bradbury por la corbata, lanzándolo hacia atrás y sobre la silla.

—A sentarse y a callar —le dijo.

En la puerta exterior se oyó entonces una imperativa llamada.

—Debe ser el sargento detective O'Malley —indicó el abogado.

Johnson se mostró ligeramente inquieto, mientras le decía a su compañero.

—Anda, ábrele la puerta.

Riker se fue hacia la entrada, franqueando el paso a quien llamaba. Éste era un hombre de corta estatura, bastante panzudo, de cara redonda y angelical y unos ojos muy pequeños, aparentemente desprovistos de toda expresión. Entró en la oficina avanzando con pasos rápidos y muelles y no se detuvo hasta hallarse en el centro del despacho particular de Perry Mason. Allí se paró, frente al pequeño grupo de personas que se hallaban reunidas en aquella habitación.

—Buenos días, O'Malley.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el recién llegado.

—Esta muchacha es Marjorie Clune, la que está reclamada por el asesinato de Patton —explicó Johnson, apresurándose a intervenir antes de que nadie más contestase—. El señor Mason la tenía escondida en su oficina. Él es quien nos la venía escamoteando en todas partes, desde el principio de este caso.

Los ojos de O'Malley se desviaron hacia Marjorie Clune, fijándose después en el abogado, para ir a parar al rostro de Johnson.

—Cuando Perry Mason hace algo —le replicó a su subordinado —, suele estar muy bien enterado de lo que hace. ¿Se vieron obligados a ponerle esas esposas a la joven?

—Es una criminal —dijo Johnson—. Y en cuanto al señor

Mason, ahora nos estaba haciendo una confesión.

—¿Una qué...? —preguntó O'Malley.

—Una confesión.

—¿Y qué es lo que estaba contando? —quiso saber el sargento.

—Pues confesaba el hecho de que él entró en el cuarto de Patton, hallando muerto a éste. Anduvo por allí dentro y cerró la puerta con llave, antes de la llegada de la Policía, mintiendo después al declarar cómo había encontrado la puerta al llegar.

O'Malley se quedó mirando al abogado, mientras surcaban su frente profundas arrugas demostrativas de la confusión reinante en su cerebro. Luego, desvió sus ojos en dirección a Della Street.

—¿Anota usted esto, señorita? —le preguntó.

Ella le dijo que sí con una breve inclinación de cabeza.

El sargento volvió a contemplar, una vez más, a Mason.

—¿Qué se propone usted, amigo Perry? —inquirió.

—¿Quién, yo? Pues nada —repuso el abogado—. Sólo trataba de hacer una declaración completa de los últimos hechos, pero me he visto interrumpido infinidad de veces.

—Si he de dar crédito a mis oídos, usted quiere decir que estaba declarando por escrito un delito de felonía y que su propia secretaria era la encargada de tomar las correspondientes notas taquigráficas..., ¿no es esto? —preguntó O'Malley cuya voz reflejaba su creciente aturullamiento e incredulidad.

—Cuando acabe de hablar —dijo Mason—, si es que me dejan acabar, mi declaración se explicará por sí sola.

El sargento se encaró con Bradbury.

—¿Quién es este señor? —preguntó.

—Se llama J. R. Bradbury —contestó el abogado—. Es quien me encargó la defensa de Doray y de Marjorie Clune. Él paga todos los gastos.

—Bien, pues continúe y concluya su confesión —le indicó O'Malley a Perry Mason.

—Quisiera explicar hasta dónde llega mi relación con... —empezó a decir Bradbury.

El sargento se volvió hacia él.

—Usted haga el favor de callarse —le ordenó.

Mason reanudó su relato:

—Sin ningún género de duda, Frank Patton fue asesinado con un

cuchillo. La porra hallada en sus habitaciones no tiene nada que ver con el crimen. Y por otra parte, también es obvio que el asesino arrojó aquella porra al rincón, después de cometer el crimen. Hablando con Marjorie Clune, me enteré por ella de que el doctor Doray la había acompañado en su automóvil hasta un lugar cercano al domicilio de Patton. Doray compró el cuchillo y, además, profirió amenazas contra Patton. Desde luego, intentaba matar a ese individuo. Por esa razón Marjorie no quiso decir dónde se hallaba Patton. Para entretener a su amigo, se lo llevó a un bar, con objeto de hacer tiempo; allí se metió en el tocador de señoras, enviándole al doctor el recado de que se había marchado por la salida posterior de la tienda. Esto era falso, pues no existía tal puerta, y ella seguía escondida en el tocador. Cinco minutos después de que Doray se hubo ido, por fin, del establecimiento, Marjorie salió de su escondite y corrió a la vivienda de Patton. Según cuenta, ya lo encontró muerto. Yo me crucé con ella cuando salía de la casa de departamentos.

»Después fui al domicilio de Thelma Bell y conseguí quitar de en medio a esa joven. Le compré un billete de ferrocarril para College City, con el cual se fue a esa ciudad, hospedándose allí en un hotel.

»Inventé un pretexto para volver al cuarto de Thelma, registrándolo concienzudamente. Por fin pude encontrar una sombrerera, dentro de la cual había unos zapatos blancos, unas medias y un vestido. Todas estas prendas presentaban señales de haber estado manchadas de sangre y se veía que fueron lavadas con apresuramiento. Los zapatos eran blancos y pertenecían a Marjorie Clune, siendo las restantes cosas propiedad de Thelma Bell. Facturé la sombrerera a College City, guardándome el talón. Después, le di a Thelma Bell el billete de ferrocarril, de modo que ella viajó, sin saberlo, con el billete que había servido para facturar la sombrerera.

El abogado rebuscó en un bolsillo de su chaleco, sacando un cartoncito numerado y entregándoselo al detective O'Malley.

—Eso servirá para recoger la sombrerera —le explicó.

—¿Así, pues los zapatos pertenecen a Marjorie Clune? —preguntó O'Malley.

—Sí, sólo los zapatos —repuso Mason.

—Eso es lo que ella le ha contado —puntualizó el sargento.

—Exacto; me guío por las palabras de ella.

—Usted es un abogado muy estúpido —comentó Bradbury—, porque traiciona las confidencias de sus clientes. Está divulgando cosas que le han comunicado en secreto. Está...

—Si no se quiere callar ese individuo —le indicó O'Malley a Riker—, convénzale de otra manera.

Riker se acercó a la silla de Bradbury.

—Supongo que lo habrá oído bien, ¿no es así, amiguito? —le dijo, amenazándole con el puño.

Los ojos de Bradbury le miraban con frialdad e insolencia.

—No se crea que me asusta ni una pizca con sus bravatas —replicó a Riker.

Perry Mason continuó su narración, con lo cual evitó que la atención de los demás se concentrase en la disputa iniciada entre Bradbury y Riker.

—Posteriormente realicé una nueva investigación para comprobar la coartada de Thelma Bell —explicó el abogado—, encontrando que ninguno de sus puntos era cierto. Estoy convencido de que esa coartada es un puro invento, no muy hábil, por cierto, ni demasiado ingenioso. Es la coartada de un aficionado principiante... es decir, urdida con excesiva precipitación. Thelma Bell estaba bañándose cuando Marjorie Clune regresó a su departamento. A mi juicio, es indudable que aquel baño tenía por único y exclusivo objeto hacer desaparecer, sin riesgo, unas comprometedoras manchas de sangre.

A estas palabras siguió un momento de silencio.

—¿Quiere usted decir que Thelma Bell fue quien lo asesinó? —quiso saber O'Malley.

El abogado contestó con un gesto, recomendándole silencio.

—Cuando Bradbury se presentó por primera vez en mi oficina —prosiguió explicando—, no sabía dónde se hallaba Patton ni conocía tampoco el paradero de Marjorie Clune. Por otra parte, cuando yo dejé a Marjorie en el cuarto de Thelma Bell, la primera parecía decidida a casarse con el doctor Doray, porque lo amaba. Más tarde, al encontrarla en Summerville, me dijo que pensaba casarse con Bradbury. No se trata de que su cariño por Doray hubiese disminuido en lo más mínimo. En realidad, se iba a casar con Bradbury precisamente por estar muy enamorada del doctor. La

pobre joven sabía que su novio se hallaba en difícil situación. Él compró el cuchillo y había manifestado sus intenciones de matar a Patton. Por si esto era poco, con ese mismo cuchillo fue consumado el asesinato. En la mente de la muchacha se fue forjando el convencimiento de que el doctor Doray era quien realmente cometió el crimen. Y Marjorie estaba segura de que Bradbury pondría el dinero necesario para defender a su novio, si ella consentía en casarse con el primero.

»Antes de encontrármela en Summerville, pero después de su huida del Hotel Bostwick, yo me entrevisté con el señor Bradbury. Me encargó de la defensa del doctor Doray, sin abandonar, desde luego, la de Marjorie Clune, recomendándome mucho que procurase sacar absuelto al primero. Después de esta entrevista, yo telefoneé a mi oficina, para procurarme un informe: se trataba de encargarle a mi secretaria que se pusiera en contacto con Thelma Bell y se enterase de si Marjorie había telefonado a alguien, antes de salir del departamento de Thelma, en la noche del suceso. Bradbury escuchó clandestinamente nuestra conversación; se había tomado la libertad de introducirse en mi despacho particular, manipulando en el cuadro de mi centralita, para establecer la comunicación. De repente, rompió a hablar, revelándome su presencia, y me ordenó que consiguiese del doctor Doray una confesión de culpabilidad y le obligase a aceptar una sentencia de cadena perpetua.

»Ahora bien; indudablemente, el señor Doray no tenía el cuchillo en sus manos cuando entró en el bar con Marjorie Clune. También es obvio que seguía ignorando, por el momento, la dirección de Patton. Salió del bar unos cinco minutos antes de que partiera de allí su novia. Aún en el supuesto de que hubiese tenido tiempo de regresar a su automóvil, recoger el cuchillo, entrar en las habitaciones de Patton, asesinarlo y escapar de allí, todo esto en cuestión de cinco minutos, queda todavía una duda por resolver: ¿cómo encontró el departamento de Patton? Marjorie Clune cree, según parece, que él pudo seguirla hasta el departamento, pero no tiene en cuenta, al pensar así, que ella llegó al lugar del crimen *después* de cometido éste, no *antes*, lo cual es trascendental.

»Cuando Bradbury vino a mi oficina, en la tarde del asesinato, desconocía aún dónde se albergaba Patton. Asimismo continuaba sin saber nada todavía del paradero de Marjorie Clune. Sin

embargo, después del crimen, debió de hablar con Marjorie, pues de otro modo no se explicaría el que me encargase la defensa del doctor Doray, única condición por la cual pudo consentir la muchacha en casarse con él; a consecuencia de este cambio de plan, ella desobedeció mis recomendaciones de quedarse quietecita en el hotel y se fue a Summerville, decidida a pasar una semana de felicidad en los brazos del hombre a quien amaba. Por otra parte, Marjorie no sabía dónde se hospedaba Bradbury en esta ciudad, así como éste ignoraba el domicilio de ella. No obstante, alguien llamó por teléfono al departamento de Thelma Bell, hablando largo rato con Marjorie Clune, y como resultado de esta conferencia la joven alteró sus planes. Por consiguiente, tal conversación telefónica debe de haber tenido lugar con Bradbury. Ella no ha querido confesármelo, pero yo creo que esta consideración se desprende claramente de todos los hechos expuestos.

Perry Mason se volvió entonces a Bradbury.

—¿Puede usted confirmarnos la certeza de mi suposición? —le preguntó—. ¿Fue usted quien la llamó por teléfono?

—Y si así fuese..., ¿qué tendría de particular? —inquirió Bradbury.

—¡Oh..., nada! Sólo trato de ir puntualizando las circunstancias del crimen, así como las razones que impulsaron a Marjorie Clune a violar mis instrucciones de que no se moviera del Hotel Bostwick. Por eso le hago a usted mi pregunta de un modo franco y sin rodeos, señor Bradbury, aunque deseo advertirle que responder con una mentira podría ser tomado como indicio de culpabilidad.

—¿Culpabilidad de qué? —gritó Bradbury, con cierta insolencia.

El abogado se encogió de hombros.

—A usted le gustaría cogerme en una mentira, ¿verdad? —dijo Bradbury.

—A mí me importa un comino lo que usted haga —le replicó Mason.

Bradbury desvió su mirada desde el jurisconsulto a Marjorie Clune. Durante un largo rato, contempló fijamente a la joven. Después, con pausado énfasis, dijo:

—Ahora veo a dónde quiere usted llegar, señor letrado. La señorita Clune está dispuesta a hacer cualquier cosa, con tal de salvarle la vida a Doray. Y usted es lo bastante listo para saber

hinchar un detalle insignificante, como lo es esa llamada telefónica, y presentar una teoría dramática y sensacional, exagerando mediante ella la importancia de esa pequeña circunstancia; y luego, con el auxilio de Marjorie, quien me tildará de embustero, simular que me han cogido en una trampa.

—Cuando haya terminado con todas esas suposiciones gratuitas —repuso el abogado, muy fríamente—, ¿tendrá la bondad de contestar a mi anterior pregunta? La repetiré, por si no la recuerda: ¿fue usted, o no, quien telefoneó a la señorita Clune?

—No fui yo —contestó Bradbury.

—Nuevamente le prevengo —dijo Mason— que la falsedad de su respuesta será tomada como indicio de culpabilidad. Déjeme insistir: ¿fue usted quién llamó o no fue usted?

—¡Siga, siga...! —exclamó Bradbury, con burlona risa—. Continúe aumentando la tensión de este drama, tan del agrado de usted, y exagere la importancia de la mentira que Marjorie nos contará dentro de poco. Utilice toda su pericia de picapleitos listo y prepárele un bonito decorado dramático al perjurio de Marjorie Clune: y cuando usted haya terminado la representación, un hecho cierto persistirá inmutable: que yo no hablé por teléfono con esa joven.

—Sí, señor —replicó Perry Mason, con lentas y claras palabras—, usted fue quien habló por teléfono aquella noche con Marjorie Clune. Ahora voy a probarlo. Pero antes conviene aclarar otra cosa: ¿cómo se enteró usted de que se podía encontrar a la señorita Clune llamándola por aquel teléfono?

Bradbury empezó a decir algo, mas se contuvo y no quiso acabar su frase, y quedó en una clara actitud vacilante.

—Estoy esperando una respuesta —advirtió el abogado.

—¡Pues espere sentado, maldito picapleitos! —exclamó Bradbury.

Perry Mason se volvió hacia el detective sargento O'Malley.

—A este señor le constaba que podía hallar a Marjorie Clune en aquel número telefónico —explicó—, porque había leído el recado que estaba encima de la mesa del departamento de Patton. Lo leyó cuando fue a matar a Patton.

Della Street levantó su vista del cuaderno taquigráfico, mientras Marjorie lanzaba un rápido grito contenido. O'Malley hizo un

brusco movimiento, clavando en Bradbury sus astutos y observadores ojos, pero Bradbury continuó sentado y absolutamente inmóvil durante cinco segundos completos, al cabo de los cuales sonrió a Mason en arrogante condescendencia.

—No conviene olvidar —dijo— que, en primer lugar, yo no sabía dónde habitaba Frank Patton, porque usted, señor letrado, tuvo muy buen cuidado de ocultarme siempre la información recopilada por el detective Drake; y, por otra parte, usted mismo me envió a mi hotel, en busca de unos periódicos. Tardé exactamente treinta minutos en ir allá y regresar a su oficina. Es el tiempo correspondiente a tal recorrido; no hubiese podido hacer el viaje de ida y vuelta en menos de veinticinco minutos, sin arriesgar mi vida. Para ir al departamento de Patton y volver desde allí hubiera necesitado al menos otra media hora. Teniendo en cuenta tales circunstancias, creo que usted habrá de idear algún otro procedimiento para desacreditar la declaración prestada por mí en contra suya, y buscar cualquier medio de venganza que no sea tan primitivo.

—Usted sabía perfectamente dónde se albergaba Patton —repuso el abogado—, porque lo escuchó durante mi conversación telefónica. Su habilidad para manipular los cuadros de las centralitas demuestra que *pudo muy bien hacer eso*. Y el hecho de haber ido usted a la vivienda de Patton, leyendo allí el mensaje telefónico que daba el número del teléfono para llamar a la señorita Clune, comprueba que lo hizo. En cuanto a la coartada del viaje al hotel, sólo sirve para demostrar su premeditación y el planteamiento de su crimen, porque es absolutamente falso que se olvidara traer consigo los citados periódicos. Usted los trajo al venir a mi oficina, y también vino con aquella gran cartera. El detalle de la llamada telefónica es un pequeño retoque artístico de su admirable hazaña; usted telefoneó desde cualquier lugar cercano al departamento de Patton, y le dijo a Della Street que hablaba desde su cuarto del hotel; como es natural, mi secretaria no tenía ningún medio de confirmar si eso era cierto. Bien, pues, cuando usted llegó a este Departamento de oficinas, le dejó los periódicos y la cartera, todo ello envuelto en un papel y formando un paquete bastante grande, a la joven encargada de la tabaquería del vestíbulo.

»Usted llevaba consigo, además, una porra. Le constaba que

debía utilizar un arma silenciosa. También sabía que si lograba hacerme ir a mí al cuarto de Patton, habiéndome convencido previamente de que usted se hallaba ocupado en cualquier otra tarea y no sabía dónde habitaba ese individuo, podría asesinarlo y escurrir el bulto. Por eso simuló que se marchaba de mi oficina con gran cachaza y tranquilidad, y por eso mismo se detuvo a galantear un momento a Della Street. Sin embargo, en cuanto salió de mi despacho, echó a correr como un galgo. Se hizo conducir, en un taxi, hasta un lugar cercano al domicilio de Patton. Y entonces se dio cuenta de algo que, a su juicio, constituía una maravillosa y afortunada casualidad: el automóvil del doctor Doray estaba estacionado allí cerca, ante su vista. Despició usted el taxi, se fue aproximando, con disimulo y cautela, a observar aquel coche, y en su interior halló el paquete del cuchillo. Llevandoselo consigo, subió a las habitaciones de Patton y asesinó a éste, consiguiendo huir del departamento sin ser visto por nadie.

»Thelma Bell se hallaba en el cuarto de baño, lanzando gritos histéricos, cuando usted entró en el departamento. La puerta no estaba cerrada con llave. Usted la abrió y se introdujo en las habitaciones de su víctima. Patton intentaba entonces penetrar en el cuarto de baño. No llevaba más ropa que unas prendas interiores. Cuando él lo vio entrar, empezó a ponerse una bata. Usted se le aproximó, y sin que mediara palabra alguna le clavó el cuchillo en el corazón. Patton cayó muerto, mientras usted daba media vuelta y se dirigía a la puerta de entrada. Mas en aquel momento se acordaba de la porra; ya no tendría necesidad de ella. Usted pensó en la posibilidad de verse registrado y no quiso continuar conservando tal arma sobre su persona. Se la sacó del bolsillo, tirándola a un rincón. Después, echó a correr escalera abajo, pudo salir de la casa sin tropezar con dificultades y tomó un taxi. Lo hizo parar a una o dos manzanas de allí, para telefonar a Della Street, diciéndole que la llamaba desde su habitación en el hotel, y le preguntó si convendría le llevase también la cartera, junto con los periódicos.

»Luego, continuó su recorrido en un taxi, llegando al poco rato a este edificio, recogió en la tabaquería el paquete guardado por la joven dependienta, rompió el papel que lo envolvía, dejando otra vez sueltos el paquete de periódicos y la cartera, y entró con gran

flema en mi oficina, justamente cuando yo telefoneaba para saber si usted había llegado ya y, en tal caso, explicarle lo del crimen.

»Thelma Bell oyó el golpe producido por el cuerpo de Patton, al desplomarse en el suelo. Asustada por ese ruido y por no oír ya a Patton, recorrió el pestillo del cuarto de baño y salió de su encierro. Luego, al descubrir el cadáver, se inclinó sobre él, manchándose de sangre la falda, las medias y los zapatos. Estos últimos no eran blancos, por consiguiente, las manchas no se destacaban en ellos de un modo muy marcado, y pudo disimularlas con un poco de betún. Pero su falda y sus medias estaban echadas a perder. Se limpió un poco en el mismo cuarto de baño de Patton, haciéndolo lo mejor que le fue posible, y después se marchó a su vivienda, tomando un baño al llegar allí. Para este recorrido utilizó un taxi. Cuando ya había acabado de lavarse llegó Marjorie Clune. Conocedora Thelma de que su amiga tenía también una cita con Patton, se apresuró a dirigirle una investigadora mirada, para descubrir si en su traje se observaba alguna mancha de sangre. Encontró varias en los zapatos de Marjorie, y le aconsejó que se bañase. Thelma no quería que su amiguita resultase complicada en el asesinato. Por otra parte, tampoco deseaba que recayesen sospechas sobre ella misma. Había llamado a Sanborne, su novio, tan pronto como llegó al departamento, y entre ambos se apresuraron a concertar una coartada. Pero el razonamiento de tal coartada estaba lleno de lagunas y contradicciones, porque no lo pudieron hacer mejor por teléfono.

Perry Mason cesó de hablar.

Bradbury lo miró con burlón desprecio.

—¿Sería un abuso muy grande pedirle a usted nos presentase alguna prueba más convincente que esas caprichosas conclusiones suyas? —preguntó, en insolente tono.

La sonrisa del abogado, al oír aquellas palabras, fue tan fría como indiferente y tranquila.

—A la mañana siguiente, me entrevisté con la joven de la tabaquería —continuó explicando—, y ella me contó lo del paquete dejado allí por usted. Comentando detalles, mencionó que usted llevaba siempre el mismo traje de color castaño. Y yo recordé entonces que, en efecto, usted había venido aquella tarde a mi oficina vestido con ese traje; sin embargo, cuando más tarde lo vi a

usted en el hotel, llevaba un temo de lana gris. Se ve que usted fue muy de prisa de mi oficina al hotel y, en cuanto llegó allí, se cambió de ropa. Eso me extrañó mucho, y me pregunté dónde estaba el motivo. ¿No sería por haber descubierto alguna mancha de sangre en su traje castaño? Desde luego, tales manchas no se apreciarían muy bien en un paño de aquel color, visto a la luz artificial. Pero todo parecía indicar que había alguna y que usted deseaba deshacerse del traje. Se me ocurre que no le habrá sido muy fácil desprenderse de él, por lo tanto, pienso que lo encontraremos escondido en algún rincón de su cuarto del hotel.

»Aparte de todo esto, y para completar su plan, a usted le convenía que Doray huyese de esta ciudad. Le interesaba, por lo tanto, hacerle sentir verdadero pánico. A fin de conseguirlo, usted utilizó a Eva Lamont, la cual llamó por teléfono al doctor Doray, cuando éste se hallaba en su hotel. Esa señorita le dijo que era Della Street, es decir, mi secretaria, quien le llamaba y que lo hacía para recomendarle, de parte mía, que abandonase cuanto antes este distrito judicial.

»El señor Doray, alarmado, se marchó inmediatamente de aquel hotel, pero dejando unas señas por si se recibía algún recado para él. Así fue como recibió el aviso de Marjorie; la llamó por teléfono y entre los dos convinieron lo de su escapada a Summerville.

—¿Y quién es esa Eva Lamont? —quiso saber O'Malley.

—La mujer que ocupaba una habitación inmediata a la del señor Bradbury, en el Hotel Mapleton, hasta ayer mismo —le aclaró Mason—. Esa muchacha, pagada por Bradbury y siguiendo en todo sus instrucciones, se trasladó al Hotel Montmartre, se inscribió allí con el nombre de Vera Cutter y le dio instrucciones a Paul Drake en el sentido de que procurase complicar a Doray en este proceso, antes de que se presentase cualquier nuevo acontecimiento.

»Cuando yo llamé por teléfono a Bradbury, encontrándose éste en mi oficina, y le puse en antecedentes de la muerte de Patton, casi le dio un ataque de nervios y se manifestó muy sorprendido. Es una falta propia de un principiante. Se extralimitó en sus fingimientos. Sorpresa equivale a consternación, y consternación viene a ser sinónimo de terror.

»Volviendo ahora a nuestro tema anterior, es decir, a detallar lo relativo a Eva Lamont, les diré a ustedes que Bradbury la empleó

para comprometer a Doray. Naturalmente, cuanto más negra se presentase la situación del doctor, más deseosa se mostraba Marjorie Clune de hacer todo lo que fuera preciso para conseguir la salvación de su amigo.

»Cuando el señor Bradbury se puso a escuchar esta tarde lo que yo le decía por teléfono a Della Street y me oyó darle instrucciones para que investigase si Marjorie Clune había recibido alguna llamada telefónica antes de su salida del departamento de Thelma Bell en la noche del crimen, se dio cuenta de que yo seguía una buena pista y tuvo miedo de verse descubierto. Por consiguiente, cambió de plan en el acto y me ordenó que procurase obtener una confesión de culpabilidad por parte de Doray, así como el que se resignase a una condena de cadena perpetua. Necesitaba adoptar esta nueva actitud, porque veía bien claro que yo estaba, por lo menos, empezando a descubrir la verdad de lo ocurrido. Y por eso intentó entonces obligar a Doray a representar el papel de convicto y procuró mezclarme a mí en el asunto, todo ello con el único fin de salvar su propia piel.

»Y con esto, señor, queda completa mi declaración —concluyó Perry Mason.

Después el abogado cruzó la habitación y se fue a sentar junto a la pared.

Bradbury, mientras tanto, sostenía la acusadora mirada del sargento O'Malley.

—¡Qué sarta de mentiras! —exclamó el primero, por todo comentario—. ¡Esto es una sarta de condenadas falsedades! Pídale que presente, al menos, la más mínima prueba.

—Yo creo —añadió el abogado— que si ustedes registran bien su habitación en el Hotel Mapleton, amigo O'Malley, encontrarán aquel traje castaño con las manchas de sangre. También pueden comparar sus huellas digitales con las halladas en el sangriento cuchillo, y verán como son idénticas. Y por si esto no bastara, y para demostrarle a usted cuán embustero es, le contaré que esta misma tarde me dejé caer por su hotel y, actuando como abogado suyo, le pagué la cuenta pendiente. Al abonar su importe, pedí un detalle de la partida correspondiente a las conferencias telefónicas urbanas, rogando a la cajera me anotase todos los números a los cuales se había llamado. Aquí tengo esa lista. Examinándola, podrán

ver que llamó a Harcourt, 63891, en la noche del asesinato; y que asimismo habló con Grove, 36921, cuyo número era el del doctor Doray, mientras éste residió en el Hotel Midwick. También podrán comprobar que hasta esta mañana pagaba en el hotel por un juego de habitaciones y que la mujer que ocupaba el segundo dormitorio se llamaba Eva Lamont. Si sus hombres se apresuran a ir al Hotel Montmartre, encontrarán todavía allí a esa muchacha, inscrita bajo el falso nombre de Vera Cutter, y Paul Drake la identificará como a la joven que le dio todos los informes que sirvieron para orientar a la Policía en cuanto a la culpabilidad del doctor Doray.

Y mientras iba diciendo esto, Perry Mason había sacado de un bolsillo la cuenta del Hotel Mapleton, entregándosela al detective sargento O'Malley.

Luego, el abogado se encaró con el culpable.

—Ya le avisé a usted, Bradbury —le dijo—, que no mintiese en lo relativo a si llamó por teléfono a Marjorie Clune. Le advertí a tiempo que eso equivaldría a una confesión de culpabilidad.

Bradbury contempló un instante a Perry Mason. Su rostro se había ido quedando tan blanco como la nieve.

—¡Maldito sea usted! —murmuró en voz baja, aunque vibrante de odio.

O'Malley se volvió hacia Della Street.

—¿Será usted tan amable, señorita, que me consiga comunicación telefónica con la Jefatura de Policía? —le rogó—. Voy a enviar a algunos agentes al Hotel Montmartre, para que detengan a Eva Lamont, y otros al Hotel Mapleton, donde registrarán las habitaciones de Bradbury.

El abogado despidió amablemente a O'Malley.

—Agradecidísimo por todo, sargento —le dijo.

Luego, encarándose con Bradbury y haciendo un gesto comprensivo, añadió:

—Como usted ya hizo constar tan acertadamente, amigo Bradbury, nosotros nos comprendemos muy bien el uno al otro. Ambos somos luchadores, sí, señor; pero empleamos diferentes armas; eso es todo.

Capítulo 19

Los periodistas estaban agolpados en el umbral del despacho particular de Perry Mason, formando un nutrido semicírculo. Los fotógrafos de la Prensa enfocaban sus cámaras y se disponían a disparar los flashes. El famoso abogado ocupaba el gran sillón giratorio, detrás de su mesa de trabajo. Un poco más al fondo, de pie y con una cariñosa mirada en sus ojos y una sonrisa de satisfacción en los labios, veíase a Della Street. El doctor Doray estaba sentado en el gran sillón de cuero. Y Marjorie Clune se apoyaba en uno de los brazos del sillón.

—¿Quieren hacer el favor de juntar algo más sus cabezas? —les rogó uno de los periodistas, dirigiéndose a Marjorie y al doctor—. Usted debe inclinarse un poquito hacia delante, señorita Clune, y en cuanto al caballero, nos convendría que mirase al rostro de la joven y pusiera una cara sonriente...

—Ya me sonrío —replicó el doctor Doray.

—Eso no es una sonrisa, sino una mueca —le dijo el fotógrafo—. Lo que nosotros necesitamos es un cuadro un poco más apasionado. Ustedes son ahora tan felices, que ni siquiera saben expresarlo.

Marjorie Clune inclinó la cabeza, apoyándola casi en la de su novio.

Perry Mason contemplaba a la pareja con indulgente sonrisa.

Los flashes funcionaron, iluminando bruscamente la escena.

Entonces uno de los periodistas se dirigió al abogado, preguntándole:

—¿Nos querría usted decir, señor Mason, cuándo sospechó, por primera vez, que Bradbury era el culpable?

—Me di cuenta de ello una vez que me hube convencido de que Bradbury había hablado con la señorita Clune pocas horas después del asesinato y antes de medianoche —explicó el jurisconsulto, en

lentas palabras—. A mí me constaba que Marjorie no podía haberle llamado, porque la muchacha ignoraba dónde vivía él. Por consiguiente, había de ser Bradbury quien inició la conversación telefónica. Tampoco era posible que la llamara después de marcharse ella al Hotel Bostwick, siguiendo mis consejos. Es decir, que debía haber sido mientras la joven permanecía en la vivienda de su amiga Thelma Bell. Entonces me dio a pensar cómo era posible que Bradbury estuviese enterado de que Marjorie se hallaba en el departamento de Thelma. Necesariamente tenía que haber recibido aquella noticia, de algún modo, mucho antes de que yo se la diera. Y el único medio por el cual podía conocerla, a mi juicio, estaba en que hubiese visto el número de teléfono anotado en la tira de papel dejada sobre la mesa de Patton.

—Por lo visto, usted le tendía una trampa, ¿no es así? —insinuó el periodista.

—No es ésa la palabra más apropiada —repuso el letrado—, pero sí he de admitir que empecé a poner las cosas en su lugar. Yo recordaba que Bradbury había entrado en la oficina leyendo el último número de la revista *Liberty*, el mismo que aquel día estaba colgado en el puesto de periódicos y tabacos existente en el vestíbulo de este edificio. Era de presumir que aquella misma tarde debió de comprar la revista en la citada tabaquería. Por consiguiente, cuando la joven dependienta del despacho de tabacos me contó que le había dejado allí un gran paquete, para que se lo guardase, comprándole de paso una revista, deduje que dicho paquete lo dejó cuando venía por primera vez en aquella tarde, hacia mi oficina, aunque él no hubiese mencionado para nada el tal paquete. Entonces comencé a fijarme en otros detalles y me di cuenta de que no sólo era posible el que Bradbury es tuviese ocultando su culpabilidad, sino que casi aparecía, como cosa cierta, que él era el asesino. Yo necesitaba, para comprobar esto, descubrir a qué número había llamado por teléfono. Pero no podía imaginarme cómo iba yo a conseguir tal cosa, hasta que recordé un detalle de organización de muchos hoteles, los cuales llevan un registro donde se anotan todas las conferencias urbanas e interurbanas pedidas por sus huéspedes, a fin de poderlas justificar al facturarlas. El problema, pues, claro, era bien sencillo de resolver.

—¿Y cómo supo usted que Eva Lamont había intervenido en el caso? —inquirió el periodista.

—Porque el primer telegrama recibido por mí y relacionado con este asunto llevaba la firma de Eva Lamont —explicó Perry Mason—. Según parece, Bradbury intentó utilizar a esta joven, encargándola de llevar a cabo sus siniestros propósitos. Después le entró miedo de que ella no fuese capaz de hacer ciertas cosas convenientes para sus planes y por eso se limitó a retenerla junto a él y emplearla como ayudante en la labor de comprometer a Doray. Desde luego, esta muchacha no estaba enterada de la verdad, porque él sólo le confió algunos hechos; los que le interesaba que fuesen conocidos por la joven. Y ella hizo tan sólo las cosas que Bradbury le indicó. Es una mujer bastante lista y supo desempeñar bien su papel, obedeciendo, sin discutir, las instrucciones de él, y logrando engañar a Paul Drake. Por mediación de Eva, Bradbury pudo conseguir que la policía se pusiera en persecución del doctor Doray, con mucha mayor rapidez que la que en otro caso hubiesen empleado.

—¿Y cuándo cree usted que Bradbury empezó a concebir la idea de asesinar a Patton? —preguntó el primer periodista.

—Pues hace ya mucho tiempo —dijo el abogado—. No estudió un plan detallado, como es natural, hasta que ciertos hechos se fueron destacando por sí mismos, de un modo marcado, lo cual le facilitó el medio de preparar una inteligente y hábil combinación. Porque Bradbury es un hombre muy listo... no tengan la menor duda acerca de eso. Después, naturalmente, se vio ayudado por algunas circunstancias muy afortunadas para él, logrando casi llevar al doctor Doray hasta la silla eléctrica.

»Ningún jurado del mundo hubiese creído nunca en la sinceridad del doctor Doray cuando éste afirmara que el cuchillo había desaparecido misteriosamente de su automóvil, mientras dejó el coche estacionado en las inmediaciones del departamento donde vivía Patton. Además, aunque el doctor Doray resultase convicto del crimen en cualquier momento, siempre era posible que Marjorie Clune fuese la verdadera autora del asesinato confesado por aquél.

—¿Y usted razonó todo este complicado asunto sin contar con la ayuda de una declaración completa por parte de Thelma Bell? —interrogó el reportero.

—En efecto, yo solito fui reconstruyendo lo que había ocurrido —repuso Perry Mason muy lentamente—. Thelma Bell no me dijo nunca la verdad. La primera vez que yo me he enterado de su historia completa ha sido hace muy pocos minutos, cuando he visto la declaración firmada que esa muchacha ha facilitado a la Prensa, en la cual relata exactamente todo lo ocurrido: cómo Patton, bajo la influencia de una excesiva dosis de licores, intentó atropellarla, encerrándose con ella en su dormitorio; cómo Thelma buscó refugio en el inmediato cuarto de baño donde se desahogó hablando a gritos. La joven se daba cuenta de que Patton la había explotado con aquellas continuas ocupaciones en que sólo se cotizaba su belleza física. Estaba cansada y nerviosa y por eso no pudo evitar sus gritos histéricos.

»Bradbury la oyó, como es natural, en cuanto entró en la vivienda de Patton. Le fue muy fácil penetrar allí: sencillamente, abrió la puerta del cuarto y se introdujo en él. El momento y lugar eran ideales para la realización de sus propósitos.

—Pero usted ha confesado... ¿no es así, señor Mason?, que cerró con llave la puerta de ese departamento y luego engañó a la Policía con falsas declaraciones... ¿verdad? —observó uno de aquellos periodistas.

El abogado hizo una alegre mueca y después guiñó los ojos.

—Todo eso es cierto.

—¿Y no es delictivo?

—No, señor. Un hombre puede engañar a la Policía, o a cualquier persona, tanto como le dé la gana. Si sus mentiras tienen por objeto ocultar la culpabilidad de un criminal, se hará reo, en todo caso, del delito de felonía. Si ha mentido después de prestar juramento, es culpable de perjurio. Pero en este caso, las mentiras se dijeron con el fin de atrapar a un asesino.

—Está bien, mas... ¿no se arriesgaba usted al hacer eso? —puntualizó el periodista.

Perry Mason empujó hacia atrás el sillón, apartándolo de su mesa escritorio, se puso de pie y se quedó plantado, irguiendo sus rectangulares hombros, mientras contemplaba a todos aquellos periodistas con unos ojos en los que se leía un destello de intensa diversión y otro de algo que no era diversión precisamente. Su tono de voz fue casi despreciativo cuando contestó:

—Caballeros, yo siempre me arriesgo. Así es como yo entiendo el juego. Y me agrada el hacerlo.

El teléfono de la mesa del abogado empezó a llamar insistentemente. Della Street levantó el receptor, escuchando durante breves minutos, y después salió de la habitación. Perry Mason se volvió hacia los periodistas.

—Señores —les dijo—, creo que ya tienen ustedes todo lo que necesitaban. Por lo tanto, voy a pedirles que den por terminada esta entrevista. Dispénsenme, pero estoy muy fatigado.

—Naturalmente... lo comprendemos —replicó un periodista, iniciando el desfile.

El letrado miró a Marjorie Clune y a Bob Doray durante un corto momento, como si le fuesen desconocidos. Después, con un gesto de cabeza, les señaló la puerta.

—¿Qué hacen ustedes aquí, criaturas? —les dijo—. Su caso está resuelto. Váyanse ya. Aquí han cesado de ser un asunto pendiente; ahora no son sino una carpeta de archivo: «El caso de las piernas bonitas». Y su legajo se ha cerrado ya.

—Bien, pues, buenos días y adiós, señor Mason —repuso Marjorie con acentuada cordialidad—. Nunca se lo podré agradecer... ya sabe usted a qué me refiero.

La puerta de la oficina se abrió, entrando de nuevo Della Street. La secretaria despidió con cariñosa mirada a los que salían, volviéndose después hacia su jefe.

—En mi despacho acaba de presentarse el hombre más original que pueda imaginarse —le dijo—, y yo creo que debe recibirlo, pero necesitaba consultar antes con usted.

—Muy bien —repuso Perry Mason—. ¿Y qué quiere?

—Dice que necesita verlo a usted para tratar de un perro aullador.

El rostro del abogado permaneció inexpresivo, pero sus pacientes ojos pestañearon mientras miraba a su joven secretaria y le decía:

—Acaso le haga falta un bozal.

Della Street no sonrió; sus palabras fueron breves al explicar:

—Es algo terriblemente serio. Este hombre no puede apenas estarse quieto en su asiento. Cualquiera diría que no ha dormido en una semana. Yo quise saber qué clase de asunto le traía por aquí, y

su respuesta fue que sólo me podía indicar que se trataba de un perro aullador. Al principio me eché a reír, mas nunca olvidaré la cara que puso. Contuve mi risa, y entonces continuó explicándome que deseaba también consultarle a usted en lo referente a un testamento.

El rostro de Perry Mason demostró su completa falta de interés hacia el nuevo asunto.

—Estoy muy cansado —dijo— y, además, no me gusta redactar testamentos. Soy un abogado criminalista.

Pero Della Street siguió hablando, sin prestar atención a su comentario.

—Luego me indicó que necesitaba saber si un testamento continuaría siendo válido cuando el testador es ejecutado por haber cometido un asesinato. Yo le pregunté quién había hecho este testamento, y él me dijo que se trataba del que él pensaba hacer, y volvió a insistir en la necesidad de verlo a usted para hablar acerca de ese documento y del perro aullador.

Un repentino interés se reflejó en los ojos del abogado. Las arrugas indicadoras de fatiga se fueron borrando de su rostro.

—Dígale que pase —le indicó a su secretaria.

Notas

[1] Nombre que en los días de prohibición alcohólica se daba en Estados Unidos a los bares y salones en donde, con ciertas precauciones, se despachaban licores a los parroquianos conocidos.
(N. del T.) < <